

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

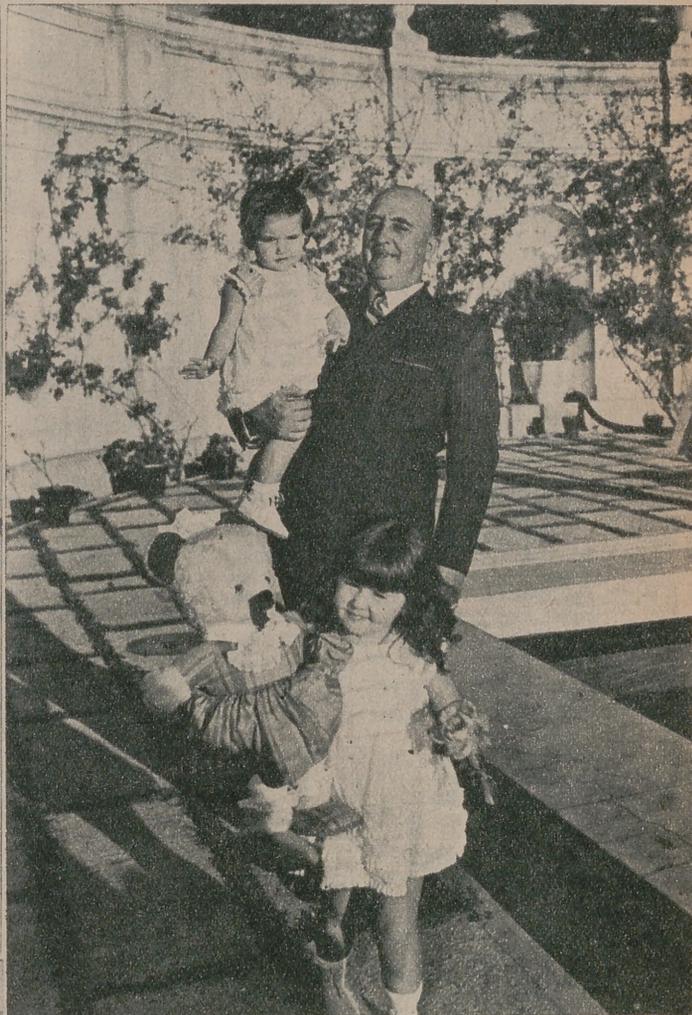
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 23 marzo - 3 abril 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 278

9 DE ABRIL DE 1939

UN DIA DEL QUE
VIVEN QUINCE
AÑOS DE PAZ

TERRA NUEVA
ALMAS NUEVAS



LA JUVENTUD QUIERE
UNA ESPAÑA HIJA
LEGITIMA DE LA
QUE ESTAN CONS-
TRUYENDO SUS
PADRES, CONCRETA
Y POSITIVA

UN DIA DEL QUE VIVEN 15 AÑOS DE PAZ: 1.º DE ABRIL DE 1939

LOS nostálgicos les llaman los «dulces años treinta». El hombre aun no ha abandonado totalmente el sombrero. En el mundo domina una bucólica confianza, siguiendo la corriente de la superproducción. De cuando en cuando se quema café en el Brasil, porque sobra, o se destruyen toneladas de carne en la Argentina, por la misma razón. Son los tiempos en que el cine sonoro da sus primeros pasos. Comienzan a hacer su fama astros que ahora pasan del medio siglo, y de los sesenta años, aunque en la pantalla lo disimulen maravillosamente. A España, nación sin rumbo ni política constructiva, llegan las migajas de la prosperidad mundial. Los anuncios de los periódicos lo certifican. Automóviles, camiones, máquinas fotográficas, carne envasada venida de Chicago sin escalas... Lo que de fuera procede tiene entrada fácil. Si dentro la industria se va muriendo—allá se llevó el diablo las factorías automovilísticas de Nacional-Pescara—no importa demasiado. El mundo, alegremente, camina hacia la «felicidad». También el bolero de Ravel se oye en todas partes. A la gente se le van arrancando las más hondas creencias con frialdad demoníaca. Surgen apóstoles del amor libre, del divorcio, de la homosexualidad. España se va convirtiendo en una país «moderno». Se dice:

—¡Los pobres delincuentes sólo son enfermos!

○ Se afirma:

—¡Las ideas políticas no delinquen!

○, para concluir:

—¡La Patria es un concepto superado!

Se lleva ser sectario o anticlerical. Para triunfar, el intelectual ha de hacerse masón o de la Institución Libre de la Enseñanza. El obrero tiene que llenarse de odio hasta rebosarlo. El país se va deshaciendo, poco a poco, con música de fox.

La estampa de aquel tiempo puede quedar resumida en una tertulia de café. Sea una cualquiera. Las lámparas son francamente feas. El cubismo se ha subido a los techos. Níquel, madera y bombillas. Las bombillas llegaron, por complicados caminos, del Japón. Las mesas son de mármol. Quedan espejos. Un grupo de clientes discute. Allí se ha discutido siempre. Acaba de abandonarse el asunto de los altercados en el Congreso. Ahora sale el tema de la técnica. Uno de los presentes ha conseguido comprarse una moto «Norton» a plazos. Está orgulloso.

—Nunca en España se hará una cosa así.

A alguno le sienta mal la afirmación. Tiene fe en sí mismo y en sus compatriotas. Replica:



La paz y la tranquilidad de la calle de ahora no tienen comparación con ninguna época

—Puede hacerse. Ha salido de manos de hombres.

—Falta mucho que aprender —contesta un pesimista—. Nuestro carácter no permite trabajar en equipo. Un hombre solo puede hacer lo que quiera. Cuando se pide organización, nada.

Otro contertulio sensato, leído, tercia en la conversación: —Mira lo que dice Cajal. Ni microscopios, ni mapas, ni motores, ni medicinas... Nada se hace aquí. De fuera, de fuera viene.

El primero, tozudo, insiste: —Por eso no se hace, porque viene de fuera.

Un erudito cita el caso de Nicolás Monturiol y su submarino, que no pudo salir adelante ni por suscripción popular. Otro habla del autogiro La Cierva. El optimista, sin embargo, conserva su fe. Y en su adentro, se repite:

—¡Ya llegará el tiempo en que hagan cosas que valgan la pena!

El optimista tiene razón. Pero muchas vidas tienen que cambiar hasta que su esperanza madure.

LA POLITICA INTERNACIONAL, CLARA Y EJEMPLAR

Frente a aquel escaparate mataron a Canalejas. Pertenecía a una librería de la Puerta del Sol. Expuesto en la vitrina, un volumen grueso, en francés, encuadernado en rústica e impreso con sencillez y pulcritud.

—Es el compendio de los documentos hallados por los rusos en los archivos de la Wilhelmstrasse. Ahí se cuenta cómo Franco mantuvo gallardamente su talla de estadista genial y su inalterable firmeza. En cuanto se toca-

ra la independencia de España, cualquiera encontraba una cerrada oposición.

Sí. Los rusos han sido quienes, por paradoja, han lanzado al mundo las pruebas más claras de que España hace una política exterior de acuerdo con principios claros y eternos, y poniendo sobre todo el interés nacional. Ya fueron dadas a conocer en EL ESPAÑOL de la primera época, con el título de «Las cartas boca arriba», aquellos mensajes que nuestro Caudillo enviara a Winston Churchill advirtiéndole el mal camino que seguía. Pero no sólo cuentan estas cosas.

Ha sido un diputado izquierdista, envenenado de viejo por el odio hacia España, el que ha expuesto con mercedísima claridad en el Parlamento francés el peso de nuestra política en el concierto de las naciones.

A monsieur Arthur Conte le llenó de desesperación tener que reconocer que España goza de amistades firmes en Egipto, Siria o el Pakistán; que la Hispanidad es algo más que retórica; que los Pactos con Norteamérica son eficaces, honrados y claros; que el Concordato con la Santa Sede es ejemplar; que la admisión de nuestro país en la U. N. E. S. C. O. es otro triunfo; que Inglaterra se inquieta cuando se la nombra en serio Gibraltar; que Marruecos es mal lugar para los franceses... Los seguidores le aumentan a monsieur Arthur Conte al recordar que el

Gobierno español ha tenido a bien no responder a determinadas «protestas» francesas. Cuando, en el ápice de su irritación, descarga en torrente de impropiedades, otro diputado con más sentido común—monsieur Armand de Baudry d'Asson—le interrumpe:

—Esa España no nos hace ni pizca de caso.

Las izquierdas, en su papel de «claque», protestan ruidosamente. Pero nadie puede borrar la impresión de desencanto que flota en el aire. Monsieur Arthur Conte, sin quererlo, acaba de demostrar que ya no se puede jugar con la voluntad española. Los que intentan ignorar esta realidad se encuentran dando cabezadas contra un bastión inmovible cuando se tercia. ¡Y lo que se terciará!

NO SE ADMITEN LAS IMPOSICIONES DE FUERA

Fué un periódico suizo el primero que recogió la noticia: «En España se estaban retirando de la circulación las monedas de cobre.» Serían sustituidas por otras de aluminio. Y el material obtenido serviría para hacer el tendido aéreo de las líneas ferroviarias electrificadas. Era por el año cuarenta. Europa estaba dividida en una lucha sin cuartel. Entre nosotros se trabajaba en silencio. El cambio de monedas fué una pequeña revolución. Como esta otra, profunda, no obstante, en su significado.

De La Coruña a Santiago se hizo un ensayo con un camión militar. La gente comentaba que anduvo sin gasolina. ¡Consumía carbón de madera! Habían entrado en escena los gasógenos. Y detrás vinieron la sequía, los «navioverts», el bloqueo...

Un día, España, representada por individuos de todas las profesiones, se encontró en la plaza de Oriente dispuesta a protestar. En aquella protesta iba implícita la manifestación del hombre español, bien distinto del de los «dulces años treinta». Allí permanecían los combatientes de la guerra que habían sentido en su propia carne el desgarrar de los disparos. Pero allí estaba también el joven y hasta el edescente que comenzaban a darse cuenta de que la unidad individual, en cuanto a la persona, no era la pasiva, el dejar hacer que él había estudiado alguna vez en la Historia. En aquellos instantes, el hombre español del momento no admite las imposiciones, y frente a las dificultades opone su ingenio y su trabajo y trata de vencerlas. Y, además, las vence.

Lo que no se podía importar, era reinventado dentro del país. Así se hicieron recambios para automóviles, tan buenos como los mejores. Así se extendió la industria de accesorios eléctricos. La agudeza racial se derramó con una característica poco frecuente antes. Se buscaba, fundamentalmente la calidad y la permanencia. Al que quiso hacer trampas se lo llevó el viento. El que puso entusiasmo en la tarea creó factorías y clientela para toda la vida.

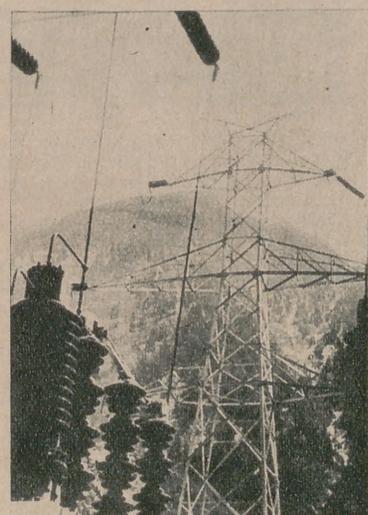
Estas luchas y otras guardadas muy adentro dicen bien claro que la paz no es sinónimo de



Los niños, en los parques públicos, son la futura esperanza de la España que trabaja



Un Desfile de la Victoria en Madrid. El Ejército se ha modernizado



Por todas partes avanza la paz. Esta es una torre metálica para transporte de electricidad a 132 kilovoltios

descanso. Entretanto nació un hecho nuevo y prometedor.

EL HOMBRE ESPAÑOL TIENE YA FE EN LA TECNICA ESPAÑOLA

No ha aparecido todavía. Pero no tardará en surgir un comer-

ciante burlón que ponga en las vitrinas de su establecimiento un letrero con texto semejante a éste:

«Las medias que aquí se venden no proceden de Tánger. Están hechas en Barcelona, como es natural.»

Aquella paleta desconfianza de otros tiempos frente a los productos fabricados en España ha desaparecido casi de raíz en nuestras gentes. El «optimista» de los años treinta, aquel hombre de fe que no perdía la esperanza puede decir hoy, con verdad, a sus amigos:

—¿Veis? Ahora se exportan a América máquinas de coser y motocicletas, y material científico, y cien cosas más. Las mujeres españolas bordan sus ropas con máquinas construidas aquí, y los aparatos de radio que alegran los hogares son tan nacionales como cualquiera de vosotros. A nadie se le ocurre ahora importar material eléctrico. ¡Mirad los Pegaso-Diesel!

Y así puede seguir el optimista haciendo la enumeración de todas las grandes y pequeñas cosas que son fruto del trabajo español. Hay ahora una extensa aristocracia laboral de hombres que dominan su técnica en tareas precisas, hermosas, constructivas. Hace un año, en una Exposición del Consejo Superior de

Investigaciones Científicas, daba gloria ir explicando a licenciados extranjeros cómo aquellos microscopios, y potenciómetros, y contadores de Geiger para detectar radiaciones, no procedían del extranjero.

—¿Es posible?

Esta era la respuesta primera, casi obligada. Luego venía el convencimiento y la admiración.

El ingeniero de ahora es totalmente distinto al ingeniero de hace treinta años. Ha estudiado la técnica, la ha asimilado y la pone constantemente en práctica. Ha llegado al convencimiento de que lo que puedan hacer otros hombres igualmente puede ser realizado por él. Recorre el extranjero y regresa a España a trabajar. El sabe que su puesto de trabajo está aquí, junto a los suyos y para los suyos. Y, poco a poco, va levantando una factoría, un gran taller, una gran Empresa. Este ingeniero activo, realizador, del año cuarenta y tantos, ha asesinado, olímpicamente, al ingeniero, desesperanzado de los tiempos pasados. Ha muerto, pues, el tipo del técnico dedicado únicamente a firmar expedientes. Y, por el contrario, ha nacido jubiloso este otro conquistador casi mágico, de soluciones que, a veces, parecían imposibles.

Ya hay grandes fábricas cuya dirección constituye labor digna para una vida. Se proyectan otras, dando ocasión para crear con cálculos y planos. Los grandes centros productores de nitratos, las destilerías de lignitos de Puertollano, la central térmica de Puentes de García Rodríguez, o la realización del complejo de Avilés, devoran equipos completos. El trabajo con estilo, ese que no se creía posible, ayuda a cambiar lo que sólo era teoría en realidades claras. Bien se debe agradecer al Instituto Nacional de Industria la firmeza con que ha sabido sostenerse en su trayectoria. Hubo que mantenerlo contra viento y marea. Sus metas eran tan ambiciosas, que los prudentes se asustaban. Hoy son los mismos timoratos de antes los que aguardan con ilusión lo que depare el porvenir.

EL OBRERO NO ES UN ENFERMO DE SEGUNDA CLASE

¡Prudencia, peatón! No tema. No va a encontrarse con un motín. Esas son ya cosas de Museo. Debe preocuparse únicamente por los coches. A ciertas horas son francamente peligrosos. La calle está cambiada. Más limpia, con jardines. Usted, si conoció el Madrid de antes, recordará aquel laberinto desagradable que era la hipotética prolongación de la Gran Vía. Ahora es la avenida de José Antonio. Va, toda seguida, hasta la calle de la Princesa. En provincias hallará más casos como éste. Rúas nuevas, urbanizadas. Podrá recorrerlas sin miedo, incluso de madrugada. Los Alcaldes de España se han metido en hondas empresas de cara al futuro. Si nosotros nos encontramos con un país que se nos había quedado pequeño, estos regidores municipales, con proyectos como el Gran Madrid o el Valladolid nuevo, conseguirán que dentro de veinte años la gente les bendiga. Pero no reside el cambio en un embellecimien-

to formal nada más. Hay que buscar en el hombre mismo la razón de que la calle esté más digna y alegre. A la salida de un cine de estreno se mezclan intelectuales y menestrales, sin que en su aspecto haya diferencias notables. El trabajador tiene en su casa aparatos de radio, va a la sierra los domingos, veranea en la playa. Ya es imposible que un centro de trabajo se convierta en manantial de odios. Mucho han contribuido a ello los Seguros sociales y las clínicas espléndidas del Seguro de Enfermedad. Son más de ocho millones de beneficiarios de estos Seguros, y se eleva a doce mil el de prestaciones realizadas mensualmente. Los servicios sanitarios del Instituto Nacional de Previsión, prácticamente sin precedentes, también aumentan. Están en ejecución sesenta y siete grandes Residencias



La religiosidad tradicional de España tiene su reflejo en esta vista del templo de la Sagrada Familia, de Barcelona

y doscientos siete Ambulatorios. Funcionando hay más de veintitrés de las primeras y seiscientos sesenta de los segundos.

Alegra visitar una de estas clínicas, con abundancia de médicos. No faltan ni las más costosas instalaciones de radioterapia. Allí el obrero no es un enfermo de segunda clase. Es un hombre que usa lo suyo. Y a tal señor, tal honor.

También contribuirá a cambiar radicalmente la manera de ser del español una institución puesta en marcha este año: los Jurados de Empresa. Entre unas cosas y otras, como ya hemos dicho antes, la calle está desconocida.

PUEBLOS NUEVOS PARA ALMAS NUEVAS

La gran unidad de España, viva y palpante, está en su población. España crece. Tres millones de habitantes, en diez años, de aumento. Desde 1940 a 1950. Hay veces que la gente comenta por la calle:

—Somos tantos, que apenas cabemos.

Unido a este crecimiento absoluto, se nos presenta el favorable

aumento vegetativo de la población. De 143.001 nacimientos de exceso sobre las defunciones en 1942, se ha pasado a 314.512 en 1952, cifra jamás alcanzada en ninguno de los años de toda nuestra historia. Aquí influyen de una manera directa las nuevas instalaciones sociales y sanitarias, que no abandonan al hombre de hoy, frente al desamparo asistencial de hace veinte años. El aumento de población, la disminución de las defunciones y el ritmo de los nacimientos son la señal más firme y clara del bienestar material de un pueblo. Mientras las naciones de Europa y la más representativa de América pierden una decena de millones de hombres, España, en su mejor y más florida época de paz, gana tres. Mientras las poblaciones se derrumban bajo el estallido de las bombas, España edifica nuevos pueblos—sesenta y dos ha creado el I. N. C.—, y, hasta en ocasiones, construye ciudades casi enteras, como Santander, por ejemplo, destruida por un incendio.

Después de la población—tal vez, apurando las cosas, debiera de estar en primer lugar—nos encontramos con el suelo. El hombre va roturando la tierra, ayudado por las grandes obras hidráulicas. Desde el año 1939, España ha dedicado cerca de dos millones más de hectáreas de su suelo a grandes grupos de cultivo. Ochocientas mil hectáreas han aumentado las tierras dedicadas a los cereales. Y en este orden, siguiendo en importancia, las leguminosas aumentan ciento diez mil hectáreas; el olivar, doscientas mil; las plantas textiles, sesenta mil, y el tabaco, seis mil, y así todos y cada uno de los grandes cultivos españoles. El labrador ama, más todavía, a la tierra y la cuida y la mimó con un esmero jamás conocido. El labrador busca y compra—con ayuda del Estado en los casos oportunos—tractores que mecanicen su trabajo, abonos que dupliquen la producción y maquinaria que adelante las tareas de la recolección.

El agricultor de hoy ya no es el indocultado labriego de hace veinte años. El agricultor de hoy se marcha el domingo a la ciudad a ver los partidos de fútbol, va al cine en su pueblo, donde proyectan la última realización de Cecil B. de Mille, y compra, cuando llega el caso, una localidad de sombra para ver al eterno Domingo Ortega en las corridas de feria, igual que antes lo hacía el administrador de las tierras de al lado, que eran de un gran terrateniente.

EL APRENDIZ DE HOY QUIERE SER CAMPEON

Estamos casi en el año cincuenta. El aprendiz de ahora sabe tanto como un obrero de los de antes. El aprendiz de ahora, que tiene su bicicleta, que los domingos lleva una hermosa corbata de colorines, y que, para ir a trabajar, va vestido como un verdadero señor, asiste a clases técnicas, se matricula en las Escuelas de Trabajo y tiene una ilusión: ser campeón de España. Pero este Campeonato de España no tiene nada que ver ni con el fútbol ni con el deporte profesional. El aprendiz quiere ser campeón de aprendices, quiere ser el mejor de todos los futuros

obreros. Y por eso, cuando llega a casa por la noche, en vez de leer novelas policíacas, se sienta en una silla, bajo la luz del comedor donde el padre lee el periódico, y estudia la teoría de los metales. El padre, entre noticia y noticia, le mira satisfecho. En medio de todo, se siente orgulloso. Y piensa:

—España se industrializa.

La preocupación del español medio de hoy radica, principalmente, en el aumento de la producción, en la noticia de la inauguración de nuevos pantanos o en el anuncio de la puesta en marcha de mejores y más formidables industrias.

—¿Sabe usted que desde 1939 a 1952 se han inaugurado en España 63.369 industrias?

—¿Sabía usted que 12.681 son químicas y quimicofarmacéuticas?

—¿Y que 9.774 son textiles?

—¿Y que 7.728 son metalúrgicas y siderúrgicas?

—¿Y que 5.341 pertenecen a la construcción, al vidrio o a la cerámica?

—¿Y que el grupo menor, de los mayores, es el de las industrias electromecánicas o electroquímicas, con 1.471?

Este es, en gran número de casos, el fondo de las conversaciones actuales.

Por las provincias españolas se va notando rápidamente esta transformación. Ahí tenemos, por ejemplo, a León.

León tiene una cuenca minera. Por Villablino y los valles montañosos yacían enterrados filones de carbón pidiendo ser sacados a la luz. León ha notado, para bien, naturalmente, el aprovechamiento de una riqueza hasta ahora secreta. Desde el tren se ven las negras bocas de los pozos y los tingladillos de los lavaderos. Los mineros, cuando dejan el trabajo, marchan a sus nuevas viviendas, construidas expresamente para ellos por previsión del Instituto Nacional de la Vivienda. Siete mil hogares de nueva planta, alineados, con rectas calles pobladas de arbolitos, con jardines y flores, como en las películas que nos vienen de más allá de los mares, están en pie, con sus habitantes dentro, como símbolo y orgullo de esta transformación social de España, que considera al hombre igual, con los mismos derechos, deberes y necesidades, sea cual sea su profesión, sea cual sea su trabajo.

Este es el minero de hoy: un hombre que los domingos, si visita al «chigre» o la taberna, juega también al frontón o al fútbol, se escapa a la montaña, cara al cielo. Lleva dentro de sí un verdadero orgullo: ser minero. Se enfada y ataca cuando alguien le recuerda aquello de «dinamitero». El es un hombre que trabaja para que sus hijos, que apenas tienen ahora cuatro años, sean alguna vez, ¿por qué no?, ingenieros de la mina que conoce palmo a palmo. Y cuando, por distraerse, le da patadas a un balón con los demás compañeros, mira hacia donde están sentados sus pequeños y sonríe. En su sonrisa está el símbolo de su época.

LA CIUDAD IDENTIFICADA CON EL CAMPO

Dicen que Dios escribe recto con trazos torcidos. Otros afirman que las dificultades, bien llevadas, son fuente de felicidad. Se



Parador de Pajares, Oviedo: novísima construcción para el turismo, dotado de todos los adelantos precisos

guramente tienen razón. De la sequía del año cuarenta y cinco —peligrosa, perturbadora— salió robustecida la unidad nacional. La radio había descubierto una noticia. A la hora de la cena surgía un discusión más:

—¡Calla, niña! Ahora van a dar el parte de los pantanos.

Al padre, hombre serio y trabajador, le interesaba saber en especial cómo iba la zona Centro-Levante. A otros eran los saltos del Noroeste. A todos, sin embargo, les alteraba la noticia de que los embalses bajaban. Lo mismo que a todos los españoles les satisface conocer que son más de ciento diez los embalses en funcionamiento, frente a setenta y cuatro en 1936.

Esta es la variación. El hombre de ahora se preocupa de las

grandes construcciones hidráulicas, como si de su propia casa se tratase. Es un sentimiento de firmeza ante el porvenir. Y cada nueva estadística que se publica queda anotada en la memoria.

En los tiempos de la sequía, cada región vivió pendiente de las demás. Las fábricas de Cataluña, sin los pantanos del Duero, mal podían subsistir. Los textiles del Principado eran imprescindibles a la hora de hacerse ropa. Paralela atención a la que en otros años trajo el parte oficial del Cuartel General del Generalísimo estaba ahora prendida de los balances hidráulicos semanales. Cada central inaugurada era una victoria sobre la miseria. Lo que en una región ocurría fué inquietando y alegrando a las demás. La radio, las quinielas, el fútbol,



La industria naval ha experimentado estos quince años un gran impulso en su aumento de tonelaje. Este es el nuevo trasatlántico «Guadalupe», de construcción española, que hará la ruta a América

y una afición a viajar que cada día es mayor, ayudan al mutuo conocimiento y comprensión. Hay quien descubre que el solar hispano está lleno de posibilidades inéditas. El mercado que veintiocho millones de españoles constituyen puede hacer rico a cualquiera. Y enriquecerse así es prestar un servicio y enriquecer a los demás.

De esta manera hoy, a lo largo de quince años de paz, de quince años de trabajo en gracia de Dios, el hombre de la ciudad y el del campo están unidos; más todavía, identificados. Las preocupaciones de uno se sienten como propias por el segundo. Las contrariedades del campo adquieren carta de naturaleza personal en las avenidas de las capitales. De esta forma, lo que nunca se había conseguido está ahora vivo y latente para que cualquiera lo contemple. A lo largo de los problemas comunes se ha forjado la unidad indestructible de las tierras, de los pueblos y de los españoles.

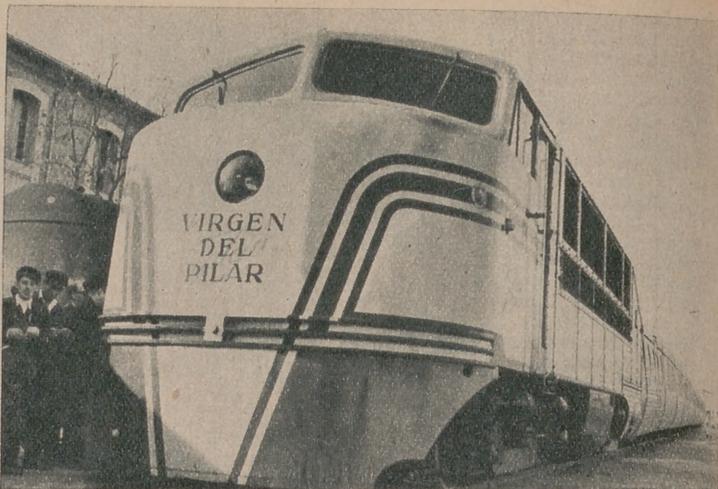
CUANDO UN PANTANO SE INAUGURA, HAY JUBILO EN LOS HOMBRES

—El caso es que llevaban treinta años diciendo que el pantano se iba a hacer.

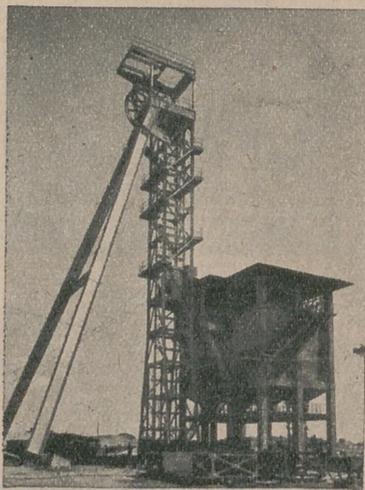
Habla un labriego. Ahora ya tiene medio siglo de trabajos encima. Ha conseguido ver sus tierras convertidas en regadío. El día de la inauguración nadie ha podido hacerle callar. Se pasó la jornada dando vivas jubilosos. Lo mismo va ocurriendo por esos pueblos de Dios. Que si un puente, que si una escuela, que si una traida de aguas, que si una fuente sencilla y necesaria. Todos se acuerdan de las promesas electorales. No valía la pena cumplirlas. Si se hacía algo nuevo tendría que ser inventado en la próxima elección. Pero los regadíos siguen adelante según lo permite la economía de la nación. Hasta en la Prensa de Norteamérica se habló del «Plan Badajoz», ese milagro que va a transformar radicalmente una región entera. La colonización y parcelación de grandes fincas sigue en marcha. Por la otra esquina, ya va siendo realidad la concentración parcelaria. En nuestros días, los productos del campo se han revalorizado. Y esto es dinero que luego se nota. A los pueblos llega el cine y otras comodidades, que también hacen falta. Los tractores crecen en número. La agricultura se moderniza.

No hay más que ir a dos pasos de Madrid. Junto a Alcalá de Henares se ven unos vagones metálicos, plateados, como urnas. Son del Servicio Nacional del Trigo. Allí hay un silo, de los muchos que se han ido haciendo. Están extendidos por toda España. En Lugo, andan revueltos con el nuevo Matadero. Va a equilibrar la economía de toda la región. En otros sitios son frigoríficos, o industrias para el aprovechamiento de los subproductos. Cada día va perfeccionándose más la técnica rural. El elogio de nuestros nuevos quesos—selectos, de las clases más civilizadas—han atraído el elogio de plumas no muy propicias al entusiasmo.

Por eso, cuando el campesino de hoy—ese campesino que oyó la promesa hace treinta años—vió correr las aguas por sus tierras,



El hombre de la calle ya tiene fe en la técnica española. Este es el tren Talgo, creación de nuestra ingeniería



Una fase de la industrialización de España: el complejo industrial de Puerto Llano

centuplicadas en valor, una extraña alegría le sacudió el cuerpo. Al otro día fué a visitar el pantano. Y lo encontró enorme, gigantesco, impávido.

Cuando regresó a su casa y le preguntó su mujer por la obra, él contestó sencillamente:

—Cosas de hombres, mujer, cosas de hombres.

LA ESPAÑA DE LOS JOVENES

Todos estos hechos, a lo largo de quince años de paz, han dado un fruto real y vivo, un fruto humano, un nuevo tipo de hombre. EL ESPAÑOL es un especial termómetro al que llegan las variaciones humanas de los españoles. En su Redacción se reciben muchas cartas. Y van perfilando al hombre, que, siendo de ahora, será principalmente del futuro.

En España ha evolucionado todo, desde la estatura—ha aumentado la talla media—hasta la manera de reaccionar y de pensar, pasando por los volúmenes de producción y las instalaciones de los grandes centros industriales. Mas lo importante, en definitiva, es el hombre. El hombre hace y deshace y forja, con rotundidad, la nación.

El joven de mil novecientos cincuenta y cuatro es totalmente distinto.

Hoy no se concibe a una España conservadora «que no nos gusta por sus tonos rosados de todo está bien» y otra España liberal «europelizante, casi laica, de patriotismo amargo y crítico que tampoco nos gusta nada». El español de hoy—fruto de estos años—crece firmemente «que está en la época más social de España y del mundo», y por eso desea «una España concreta, positiva, a la que interesa conocer y calibrar, hecha de cifras, de nombres y de paisajes tal como son, de personas que de momento son nuestro más próximo sujeto de fraternidad nacional». Y el español que ha surgido, que vive y que piensa fuerte en su Patria, cree que la presencia de todas las regiones de España es necesaria, justa y urgente. A este hermoso concepto le denomina simplemente «unidad práctica» de España.

El español de hoy desea «una España hija legítima y primogénita de esa que andan construyendo nuestros padres, y por eso aquel disgusto de querer a España porque no gustaba se va transformando hoy en el gusto y la alegría de que cada vez España «nos va gustando un poquito más a cada pantano que se construye, a cada gran hospital que se levanta, a cada premio de cine que nos llevamos, a cada aumento de producción que tememos».

Este es, ahora, el hombre ilusionado del futuro. Un hombre dispuesto a colaborar para España desde cualquier punto de apoyo. En el Ejército será un estu-pendo soldado, convencido de su utilidad; en la vida civil creará una obra grande, pensando que España está hecha de cifras de paisajes y de realidades tangibles y concretas.

Este es el hombre de ahora, el hombre de dieciocho años. España, verdaderamente, está salvada. Hay un gran cimiento sobre el que la obra realizada, la obra que van haciendo «nuestros padres», crecerá impetuosa y firme hasta desbordar las más altas murallas.

Ahora, después de quince hermosos años de pan interna, de paz trabajada día a día y minuto a minuto, los españoles pueden mirar, frente a los escenarios internacionales, altamente y con orgullo. Y tener una fe rabiosa en el porvenir. Este es, en definitiva, nuestro triunfo.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

Señor don José Antonio González Casanova

JAMAS recibí una carta con tanta albricia producida por su lectura como la carta que contesto de usted, don José Antonio González Casanova, personificación, según me parece, la más concreta de este décimosexto primero de abril. Tres lustros van desde aquel día de la primavera incipiente de 1939, que se hizo primavera total,azonada, madura cuando el Caudillo escribía y firmaba con la técnica de la arenga y la pericia lapidaria del historiador, que ha sido el estratega de todas las batallas, el postrer parte de guerra, y principiaba la posguerra. Fáciles de aguantar son las guerras, pero muy difíciles de soportar son las posguerras, porque la paz se marchita o se corrompe. Esta es la explicación de que en una estadística del tiempo vivido por la Humanidad haya más horas bélicas que minutos pacíficos, puesto que el hombre, con su instinto de conservación, se entrega al combate y se agarra a la lid como a un clavo ardiendo. Sólo interina y pasajeramente hay cuarteles de invierno, treguas y armisticios. Sin embargo, aunque la vida sea más milicia que angustia y aunque todas las cosas se hagan «secundum litem», algo hay dentro de nosotros que anhela la paz con más ahínco aún que anhela la victoria. Ahora bien, el día 1 de abril de 1939 trajo la victoria y la paz sin interrupción desde entonces, victoria y paz sin feudalismo, sin monopolio, solidarias, nacionales, colectivas.

Que cada cual se proponga un examen exacto de conciencia sobre su aportación a la paz y ojalá exista quien confiese que la paz le ha cansado, como le había la verdad, la bondad, la belleza (hay gentes para todas las mentiras, las maldades y los gustos pésimos); porque después de este psicoanálisis descubriríamos a la minoría feudal, monopolística, insolidaria, antinacional e individualista hasta el anarquismo que se harta de la paz, ya porque es un mal negocio, ya porque desea hacer la guerra por su cuenta. Los feudales y los libertarios, en medio está también el intelectual del quintero y no puedo, se aburren y se irritan ante una paz tan maciza, tan sin poros, tan sin sobresaltos, una paz doméstica, de nación y casa ordenadas, pero que no es la paz de compromiso donde es menester que perduren los castillos y donde el ácrata corre la pólvora por su afán bereber o por un poso de bandidaje, y tampoco es la paz metafísica de Manuel Kant, la paz perpetua.

Nunca tuvo España tanta paz como ahora, contribuyendo como nadie a ganarla y a sostenerla Francisco Franco, cuya paciencia y cuya creación no se habían visto presentes y reunidas en ningún Jefe de España. Hubo un 1 de abril de 1945 en que Franco montó a caballo en el desfile de la Victoria, mientras que el heroísmo descabalgaba en Europa e iba a venir una paz fría, con su cortejo de criminales de guerra. Hubo otro 1 de abril de 1947 en que unas sanciones diplomáticas nos aislaban de la comunidad internacional, pero este veto no impidió al Caudillo mantenerse firme como un estadista y como un comandante del Tercero; ni seguir adelante al país en la grandeza de su reconstrucción, que muchas veces no es renacimiento, sino simple nacimiento; ni que ustedes crecieran para dar testimonio personal de que el 18 de Julio y el 1 de abril no son fechas simbólicas, de calendario patriótico, sino días enteros de un almanaque, con su salida y su puesta de sol, con sus partos y con sus óbitos, con sus rutinas y sus misiones; pero asimismo días fuera de serie, días insólitos, en los que nos comprometimos sin palabras a no perder una guerra y a no perder

una paz, cuando los españoles arrastrábamos la fama de ser los más empedernidos perdedores del mundo.

Y aquí estamos, don Juan González Casanova. Ustedes y nosotros, los muchachos de dieciocho años (no es azar que naciese en 1936), estudiantes del segundo curso de Derecho en la Universidad de Barcelona (tampoco es un azar que su carta proceda de Barcelona), y los que no perdimos la guerra, ni la paz, aunque perdiéramos la juventud y la elasticidad y la esbeltez de los discóbolos o de los atletas dentro de los despachos burocráticos. No hay Estado sin una Administración asidua y permanente, y no hay una Administración así si no se apoya en unas constantes posaderas. Un periodista extranjero expulsado por felón me describe como un ser en el que la obesidad sobrepasa todos los límites de lo ridículo; pero prefiero esta gordura favorecida al servicio de mi credo, que no la gordura estéril de un Stendhal, a quien los Borbones y los Orleans pusieron a dieta de inacción en un siglo en que Bonaparte no tuvo otro recurso que engordar cautivo en la isla de Santa Elena. Y aquí estamos, nosotros y ustedes, pasando revista a estos tres lustros últimos de España, que son casi la plena existencia de ustedes y que son nuestra obra. Dejemos a un lado la disipación del fútbol, aunque no espere que le critique con la saña con que los escritores liberales arremetían contra las corridas de toros, y aunque tampoco lo exaltaré para luego mortificarme por un gol de más o de menos. Quince años de paz no pueden jugarse en un partido que arbitra la F. I. F. A. o la filfa, ni representa ese partido a la furia española, que se requiere para cuestiones de más empeño. Los campos de fútbol, los estadios, son una mínima parte de cuanto se ha construido en esta época del ladrillo, del hormigón y del cemento; mientras que los jugadores, excluyendo a los que son de otras patrias, son una reducidísima expresión de cuanto significa y es el español metido en faena. Sin esta pseudobatalla de Lepanto al revés, en la que acaso interviniera demasiado la potencia que detenta Gibraltar (e inventora del fútbol), el ánimo del país es óptimo y son ustedes su más plástico exponente.

EL ESPANOL se fundó en 1942 para ofrecer a los intelectuales dieciséis páginas enormes donde desahogar su espíritu bajo una política de unidad. EL ESPANOL volvió a fundarse en 1953 prefiriendo un formato pequeño, parecido al libro, para presentar los trabajos y los días de los intelectuales y de las personas inteligentes que habiendo creído en nuestra Revolución Nacional contribuyeron a sus creaciones. Ninguna ciudad en auge ni ninguna novela aparecida podían estar ausentes de nuestras páginas ni de nuestra propaganda. Sólo el intelectual sin labor se aparta el solo, y la tierra yerma, y el pueblo dormido, y la familia sin prole. EL ESPANOL quiso ser el portavoz de lo que el intelectual se saca de sus neuronas, rechazando lo que sólo obtiene de su hígado o de otras vísceras peores; pero no basta con recoger la segregación de la inteligencia abstracta o fantasmiosa, sino que era preciso ser el portavoz de las familias numerosas y productivas, de los pueblos renovados, de la agricultura en su apogeo, de la industria nacida de la nada. EL ESPANOL tiene la voluntad de ser el portavoz del 1 de abril. Dentro de quince años, señor don José Antonio González Casanova, según es su ambición, usted dirigirá EL ESPANOL de 1969, y estoy seguro, más que seguro, segurísimo, de que EL ESPANOL que usted dirija seguirá siendo el portavoz del día primero de abril.

FACIL sería desde Barcelona o desde cualquier otra ciudad española escribir un artículo que esbozara un inventario o balance de algunos de los bienes morales y económicos que ha representado para el país la Victoria y los años de paz que hasta ahora nos ha proporcionado. En esta ocasión hay además nuevos motivos de glosa y entusiasmo. Pensemos, por ejemplo, en los acuerdos con Norteamérica o en el Concordato. Pero esta tarea objetiva la realizará sin duda la sección editorial de nuestro semanario. Así, dentro de la unidad total del periódico, puede ser oportuno que nosotros dediquemos nuestra nota semanal a un aspecto abstracto, subjetivo, arbitrario, si se quiere, relacionado con la conmemoración del próximo jueves.

Los hombres tenemos una inexplicable tendencia a minisvalorar el tiempo presente. Parece como si en el ahora sólo nos retuviese algo tan elemental y biológico como el placer y el dolor. Nuestro espíritu se proyecta anhelante hacia el futuro o bien retrocede, nostálgico, hacia el pasado. En el hoy apenas nos sentimos representados. Es una extraña ley, propia de la naturaleza humana de todos los tiempos. Unicamente nos movilizamos con entusiasmo por lo irreal, por las palabras y abstracciones. Concretamente: por lo que ya no existe o por lo que aún no existe. Las generaciones nuevas de España más bien piensan en lo que aún no existe. Para esas generaciones creemos que la Victoria tiene un profundo sentido. A los quince años, el primero de abril nos sitúa ante un punto de partida extraordinario, ante el único punto de partida del auténtico futuro de nuestro país. Queremos decir que en estos quince años las razones y los objetivos de la Victoria no han envejecido. Que estamos en un momento inicial, de juventud, de juventud reflexiva, pero esperanzada y activa.

Podríamos señalar en la actual política española un posible defecto: el aburrimiento. Efectivamente, muchas veces nos aburrimos de que no ocurra nada extraordinario. Nos aburrimos de nuestro mismo orden público. Casi, casi nos sentimos reconocidos a los autores de los minúsculos sucesos que un año aparecen en Barcelona contra la Compañía de Tranvías, y a los cuatro o cinco años siguientes tienen por centro la capital de España contra la Embajada inglesa. Total, nada; pero nos ayudan a pensar, a dialogar sobre las cuestiones públicas. En definitiva, nos aburrimos. Pero ese mismo aburrimiento nos demuestra que el Régimen político español es un régimen vivo. Vivir es, en definitiva, una operación radicalmente monótona, una tarea sujeta a la cotidianidad y a la repetición. Un gran error habitual en nuestro tiempo, como ha escrito un gran poeta, consiste en afirmar que algo es viviente, porque se manifiesta desgredado, anárquico, pasional o incongruente. Sólo hay vida, a pesar de la novelística actual, cuando la singularidad de cada momento se adapta a un ciclo de repeticiones, de normas, de automatismos. El Régimen está, pues, lleno de vida. Y esta vida se acusa también por la plenitud, el caudal de inquietudes que circula por nuestra normalidad, por nuestro aparente aburrimiento. Como nunca, se piensa en la política como una empresa de responsabilidad. Las actitudes diversas, identificadas en lo fundamental, que con frecuencia aparecen en nuestras revistas, en nuestros periódicos, en nuestras salas de conferencias, en nuestros Congresos sociales, económicos, de poesía, de prensa y en tantas y en tantas otras manifestaciones del pensamiento español, nos advierten claramente de la presión, la pujanza y la extraordinaria vitalidad de nuestro Régimen a los quince años de la Victoria.

En España, como en todos los países del mundo, podemos sorprender estadísticamente, si se quiere, a través de las encuestas de nuestro Instituto de la Opinión Pública, un cierto desinterés por las cuestiones políticas, en comparación con el apasionamiento que existía en otras épocas. No obstante, hay preocupación política suficiente en nuestra juventud. Y esa preocupación tiene siempre un signo consecuente con las grandes coordenadas de la Victoria. Hay motivos para creer que las futuras minorías rectoras españolas, de seguir la actual situación espiritual, representa-

rán, cualquiera que sean las palabras que adopten, una continuidad en la línea ideológica del Movimiento. Las discrepancias que hoy nos escandalizan—algunas veces justificadamente—hubiesen pasado inadvertidas en aquellos años tremendos, entretenidos por la algarada y la sangre, pero sin vida, en que se disputaba sobre existencia de Dios o la misma unidad de España.

Existen varias promociones que opinan y escriben y que, por razón de su edad, no participaron en la guerra ni en la Victoria. Por su juventud sienten la necesidad de ser originales. La sociedad es lo igual, el término medio, la rutina; pero en esa rutina, en ese término medio, en esa equiparación, la juventud no encuentra momentáneamente sitio suficiente. Son, pues, originales. Lo son, si así deseamos decirlo, en una actitud ofensiva y defensiva. Casi siempre tienen «su» razón. Y creemos que tales jóvenes hacen falta a la continuidad de la obra que se inició con el Movimiento. Su originalidad puede ser eficaz. Es necesario tan sólo que salga del yo para encarnarse en una obra concreta que inicialmente puede ser personal, personalísima.

Comprendemos menos a los jóvenes intelectualizados de la incertidumbre, la angustia y la trascendencia. En realidad, todo hombre que viva una vida profunda tiene escasas seguridades y firmezas. Tiene una cierta propensión al escepticismo. Pero hay certezas indiscutibles. La misma certeza práctica de lo que se ve, de lo que se toca, de lo que se hace, de lo que se levanta, de lo que se inventa. La certeza de la obra bien hecha que enriquece el acervo común. Lo que hemos denominado la certeza de la mano ocupada. Pues bien, mientras la Victoria pueda ocupar la mano de las nuevas promociones en obras más o menos generales o más o menos particulares, la Victoria será joven y fecunda. Esta es la tarea de las actuales minorías rectoras: evitar por todos los medios la incoerción de la juventud. Crear un puente entre el «somos» y el «tú serás». Esto se ha venido haciendo gracias a la política de Francisco Franco. Cuando ha fallado la fantasía en alguno de nuestros núcleos rectores, el pensamiento y el magisterio del Caudillo han vuelto a proyectar dinamismo en la empresa adormecida. A los quince años el Régimen es joven y está lleno de vida, porque hay juventud en quien lo encarna y porque las juventudes—en la Prensa, en la Administración, en el Ejército, en la Universidad, en los Sindicatos—enriquecen los cauces de nuestra inevitable y fecunda rutina con su entusiasta aportación.

Claudio COLOMER MARQUES

POLITICA Y

ANTES de referirse a cualquiera de los problemas de una economía nacional o a la tónica de toda ella considerada en su conjunto, resulta absolutamente necesario establecer primero un orden de valoración entre los dos conceptos que, unidos, suelen formar el título de los manuales más clásicos en estas materias: «economía» y «política». Y ya en este orden titular, que coloca por delante la «economía», puede adivinarse el origen de los errores y las confusiones que hacen necesaria la previa aclaración del valor respectivo de ambos términos a la hora de analizar la economía de un país.

Ha ocurrido que, históricamente, la economía, como actividad y como ciencia, había alcanzado un grado notable de madurez y desarrollo, cuando todavía ni la política, pese a su condición de arte gobernant, de las sociedades, encerraba ninguna preocupación auténticamente social, ni los Estados, pese a haber nacido bajo el signo de una inevitable y creciente intervencionismo, sospechaban aún que llegaría para ellos el tiempo en que no les sería ya posible desentenderse de la vida económica de la sociedad que tutelarán.

En esta etapa, en el tiempo, en que los Estados se reducen al papel de guardianes del orden público y la política ignora su fundamental proyección hacia la sociedad, la «economía» aparece investida de un valor jerárquico superior. Imponen sus propias leyes, las dicta a la política. Y por

A L cabo de quince años de paz después de la guerra, mi pensamiento de español de la Península se vuelve, conmovido de amor, a los vencidos, a los que se entregan al gusto, amargo unas veces, rencoroso otras, de llamarse a sí mismos exiliados.

Tengo clavada en la pared, en el cuarto donde escribo estas palabras, una estampa ilustra de vencedores y vencidos: una reproducción parcial del cuadro de «Las lanzas», de Velázquez, en la cual el vencedor pone su mano en el hombro del vencido, con un ademán que ha sido cien veces comentado.

De los vencidos en la guerra española y de sus andanzas después de la derrota sé yo, por varias circunstancias, muchas cosas. Este es uno de los dos motivos por los que no puedo juzgar enteramente justo aquel artículo famoso en que José Luis L. de Aranguren, desde las páginas de «Cuadernos Hispanoamericanos», dirigió nobilísimamente la atención del lector hacia los exiliados.

Sobre ellos han ejercido evidente influencia los últimos sucesos españoles. En concreto, los acuerdos con los Estados Unidos de América del Norte han determinado virajes tan violentos que se prestarían a la carcajada si no fuese porque acá profesamos a la sangre y a la casta de España un amor capaz de borrar hasta la risa, que es una de las cosas menos borrables y más irremediables de este mundo. Hay ex ministros y ex ministras que, al percibir la súbita terminación de sus empleos y retribuciones, se han sentido invadidos por un súbito amor a la Madre Patria y a su régimen político. Con un intervalo de ocho días, un ex ministro se pasó desde el insulto dirigido a quienes intentan vender la Patria a los imperialistas hasta el escalofrío de admiración hacia quienes consiguen que «España ocupe un lugar de primer orden en el concierto de las naciones». El jurista más renombrado del exilio se ha dado cuenta, después de quince años y en sólo unos minutos, de que el Gobierno español está en el buen camino.

Y, a propósito de Gibraltar, una fracción que casi llega a mayoría, entremezcla el ladrillo con algo que se parece al aplauso.

Pero, antes de esos sucesos, ¿qué? No se disimulaban el odio ni el desprecio, ni se moderaban la calumnia y la estupidez adrede. Ellos seguían ejercitando la más cerril de las intolerancias, que es la de los que consignan la tolerancia en su programa. Un Salvador de Madariaga seguía ignorando voluntariamente veinte años de historia española, y cualquier Perico el de los Palotes seguía escribiendo que los primeros viernes de mes,

año tras año, desde 1949, siguen los señoritos banderilleando a sus enemigos en la Puerta del Sol, convertida en coso taurino para estos efectos.

Pues aquí, en esta España que lleva quince años de paz y que va curando sus heridas y las ajenas como puede, unas veces mejor y otras peor, se está trabajando y se procura acertar, y se hacen muchas cosas, y se hace menos de propaganda que cosas, y no se calumnia a los vencidos ni se les persigue, y se va consiguiendo un balance de realizaciones muchísimo más positivo que el que se obtuvo en un período igual de años anteriores, aunque en ese período igual de años anteriores hubo Monarquía, hubo República, hubo Dictablanda y hubo dictadura, diversos ensayos que no cuajaron en otra cosa que en una guerra civil.

Lo único que falta es la generosidad de los vencidos. Vencidos fueron, e insolentes y anacrónicos siguen siendo. En fuerza de ignorar a ciencia y conciencia lo que aquí hacemos, todavía en una hojilla clandestina reciente he leído que ¡el Régimen no construye pantanos! Y, si escuchan ustedes habitualmente a don Salvador de Madariaga, se habrán enterado de que el único libro editado en España, en los últimos quince años ha sido ¡una nueva edición del Catecismo!

Vuelvo mi pensamiento lleno de amor a los derrotados. A ellos no se les ha declarado criminales de guerra, ni se les ha ahorcado. De entre ellos muchos han vuelto y vuelven cada día. Alguno hay, como escribí en otra parte, que confiesa: «No quiero volver porque temo que no me hagan nada». Alguno hay que, habiendo vuelto, está indignado de que no se le persigue. Alguno que hasta ha hablado al público en conferencias organizadas por organismos oficiales, y ha dicho lo que le ha salido de las narices (que es, claro está, mocos), sin que nadie le pegue... ¡con lo que a él le habría gustado que le pegasen! ¡Con lo que a él le habría gustado retratarse con un esparadrapo en los bigotes, rodeado por el personal de la Embajada británica!

Esto es lo mejor de la paz española, que ahora va a cumplir quince años. Hay en ella y en su extensión temporal muchas cosas que arreglar todavía; para arreglarlas, vamos serenamente en busca de los años que vienen, metidos en faena, pensando y laborando sobre la marcha. Y en esta fecha, cumpliéndose los quince años de paz española, hay toda la generosidad y toda la satisfacción de saber que hay paz, incluso, para los españoles de mala voluntad.

Luis PONCE DE LEON
(Premio Nacional de Periodismo 1953)

ECONOMIA

se habla y se escribe de la «economía política».

Pero esto encierra un error tremendo que no se manifiesta. La «economía» está considerada sobre fórmulas matemáticas; ignora, por lo tanto, ni la busca, ni es su objeto, ni le interesa, la justicia. Incluso la moral. La «economía» dice: «Hay muchos obreros que pretenden trabajar, los salarios serán bajos; si pocos, altos. O bien, el trabajo produce interés. Pero nada más. Ni le preocupan los salarios de hambre ni el abuso del trabajo».

Tras una evolución histórica, cuyas luchas y vicisitudes no es necesario reseñar, ni siquiera someramente, el planteamiento es distinto. Los Estados han aceptado una responsabilidad más completa frente a la sociedad. La política no puede entenderse de la situación económica de las clases sociales. Y en este punto ¿quién debe determinar a quién? ¿Quién tiene rango superior? ¿Quién queda más que una respuesta admisible: la política debe señorear la economía, porque ésta debe servir a los hombres. Y no al revés.

Al cumplirse los quince primeros años de paz en el Nuevo Estado, conviene airear, para meditación de todos, este primero y fundamental acierto de su sistema político: el restablecimiento del verdadero orden de los dos términos, la prevalencia de la orientación política sobre el juego de las fuerzas económicas. Logrado, además, no sólo sin descoyuntar ni trastornar la

economía nacional, para secreto duelo de los teóricos de café y de cierta Prensa extranjera, sino creando al mismo tiempo nuevas fuentes de riqueza, elevando poco a poco la renta nacional, sacando paso a paso a España de la ruta de su debilidad.

Ni las condiciones económicas en que ha tenido que desarrollarse esta política eran favorables, ni el injusto bloqueo económico internacional que padecemos supuso ciertamente una baza a favor, ni las sequías reiteradas han contribuido a aumentar en modo alguno los recursos nacionales. Pese a todo ello se ha establecido, de nueva planta, un régimen total de seguridad social, cuyos beneficios todos conocen; se han empezado a cerrar los presupuestos estatales con superávit y se ha elevado el nivel de vida de toda la sociedad.

¿Podría ser más próspera nuestra situación económica? ¿Podrían haberse evitado algunos años de racionamiento? ¿Podrían ser menos elevados nuestros presupuestos estatales? Sí. Desde luego. Habrían bastado sólo dos cosas: sobornar al clima y retroceder a los abusos de la libertad económica. Y pese a que las consecuencias de ésta son conocidas de todos, quedan aún algunos llamados economistas que defienden esta solución. Que viven fuera de nuestro tiempo y no acaban de comprender que hoy el único planteamiento posible de un sistema es anteponer la política a la economía: hacer política económica, no simplemente economía.

EL ESPAÑOL

SIEMPRE GIBRALTAR

Por
MACAULAY

El diario «Arriba» publicó recientemente cuatro artículos firmados por Macaulay. Estos artículos, no solamente han tenido una profunda repercusión en la opinión española, por la contundencia, claridad y férrea congruencia de su argumentación, sino que en muy importantes periódicos de otros países han sido comentados y analizados con gran interés. Como el tema —Gibraltar—, que Macaulay desmenuza con el máximo rigor en sus artículos, constituye para los españoles algo que no pierde ni perderá, mientras la ofensa que la presencia inglesa en el Peñón supone no desaparezca, vigencia y aguda actualidad, EL ESPAÑOL los recoge textualmente a continuación.

NO es España la que frecuentemente suscita el grave problema pendiente con la nación británica, sino los propios ingleses, los que, con la torpeza de su política, hieren a menudo a España en sus fibras más sensibles, cual es la de sus sentimientos patrios.

Se equivocan quienes juzgan al pueblo español por la decadencia de su política durante siglo y medio, en que las banderías políticas y las desgracias coloniales que otros fomentaron no le dejaron lugar para plantear aquellos gravísimos problemas que siempre habían estado vividos en el sentimiento de los españoles, y entre los que ocupaban el primer lugar la presencia de la Gran Bretaña sobre la roca y puerto de Gibraltar.

Recientemente, el «Times» de Londres promueve la cuestión del Peñón y de la reacción española queriendo fundar en el Tratado de Utrecht y en el tiempo transcurrido la prescripción de los inalienables derechos nacionales.

Nadie podrá negar los hechos, que por hirientes en la carne española siempre estarán vivos, de cómo adquirió Inglaterra la tal colonia, el vergonzoso tratado que la formalizó y el tesón, digno de mejor causa, con que la conservó frente a los sitios y a las gestiones españolas para rescatarla. En lo que si hay una honda diferencia entre el juicio español y el británico es en la interpretación de las razones morales en que se apoyaron aquellos hechos. La ocupación de Gibraltar no fué, y es hora de que lo conozcan los ingleses, la consecuencia de una guerra de Inglaterra contra España, sino un episodio de la guerra civil que sobre suelo español promovieron Inglaterra y Francia con motivo de la sucesión al Trono de España, en la que Francia patrocinaba un príncipe francés, Felipe de Anjou, e Inglaterra al archiduque Carlos, a nombre del cual se tomó Gibraltar por las tropas aliadas al mando del príncipe de Hesse, y al que se rindieron los noventa hombres que, a las órdenes del general Salinas, habían extremado la resistencia.

El que el almirante Rooke, al darse cuenta del valor potencial que Gibraltar tenía en aquella época, traicionando la alianza, izase la bandera inglesa sobre el Peñón, faltando a lo convenido, después de saquear la plaza, no crea un título jurídico ni timbre de gloria para la nación inglesa, ni representa tampoco una derrota militar para la nación española, que no estaba en guerra con Inglaterra ni poseía fuerzas formales en la plaza y sí sólo un centenar y pico de paisanos y militares, a las órdenes de su gobernador, que la defendía en nombre del otro pretendiente. La presencia de la bandera inglesa sobre la fortaleza hizo salir voluntariamente de Gibraltar a su población española, que asentándose sobre la colina de San Roque estableció allí la sede de la población de Gibraltar, con su pendón, sus llaves y su Virgen, en espera de la devolución, que todavía aguarda, y en cuya población se venía proclamando, como señores de Gibraltar al suceder en el Trono, la soberanía de nuestros Monarcas.

No hemos, por tanto, de callar, si hemos de considerarnos fieles historiadores, que en la guerra de los dos pretendientes la derrotada, con el archiduque Carlos, fué la nación inglesa y no la nación

española, y que, por consiguiente, no tenía por qué hacer en Utrecht ni fuera de Utrecht concesión alguna a los derrotados.

El malhadado Tratado y sus desdichadas cláusulas están en período de revisión en la conciencia de los españoles desde el mismo día en que fueron firmados. El que los representantes de un príncipe francés, asentado sobre el Trono vacilante de España después de una prolongada guerra de sucesión, se resignasen a ceder a la Corona de la Gran Bretaña la propiedad de la ciudad, del castillo y de su puerto, contra toda moral y derecho y a espaldas de la voluntad del pueblo, no tiene fuerza bastante frente a la firme decisión de la nación de que vuelva a ella lo que se le había usurpado.

En realidad, no era un príncipe español el que, forzado por la conjura europea, renunciara a los derechos de España sobre la plaza tras una victoria de su enemigo, sino un príncipe francés establecido en el Trono de España, victorioso sobre su contrincante, el que, a través de unos representantes bajo influencia francesa, cedía lo que pertenecía a la nación y que constituía bienes inalienables de la Corona española, ya que no en vano la Reina Católica Isabel I de Castilla dejó bien sentado en su testamento que por ninguna causa ni razón pudiese ser vendida, cedida ni hipotecada la plaza española de Gibraltar.

No pasó mucho tiempo sin que Felipe V, asentado ya en el Trono de España, ante el clamor de los españoles, reivindicase la devolución de la plaza, que fué prometida por el Rey de Inglaterra en carta registrada en los Protocolos españoles.

Los sitios repetidos que sufrió la plaza y las gestiones reiteradas que en todas las ocasiones favorables se hicieron cerca de la Gran Bretaña de muestran la perseverancia y el tesón con que los



Felipe V, el primer Rey que reivindicó la devolución de Gibraltar, ante el clamor de los españoles, hace dos siglos

españoles han venido persiguiendo, a través de la Historia, la rectificación de lo que siempre España ha considerado como una usurpación.

Callan igualmente los ingleses, cuando de Gibraltar se trata, los días de zozobra de la última guerra, en que empeñada la Gran Bretaña en la prueba más difícil de toda su historia, miraba la neutralidad de España como el objetivo por excelencia de donde podía venirle una luz de esperanza. Y fué entonces cuando el «premier» inglés Churchill ofrecía al embajador de España y pariente suyo, el duque de Alba, que si España permanecía neutral y no atacaba a Inglaterra, al fin de la guerra Gran Bretaña devolvería con España la devolución de Gibraltar y la compensaría, a costa de Francia, de sus tradicionales aspiraciones en el Norte africano.

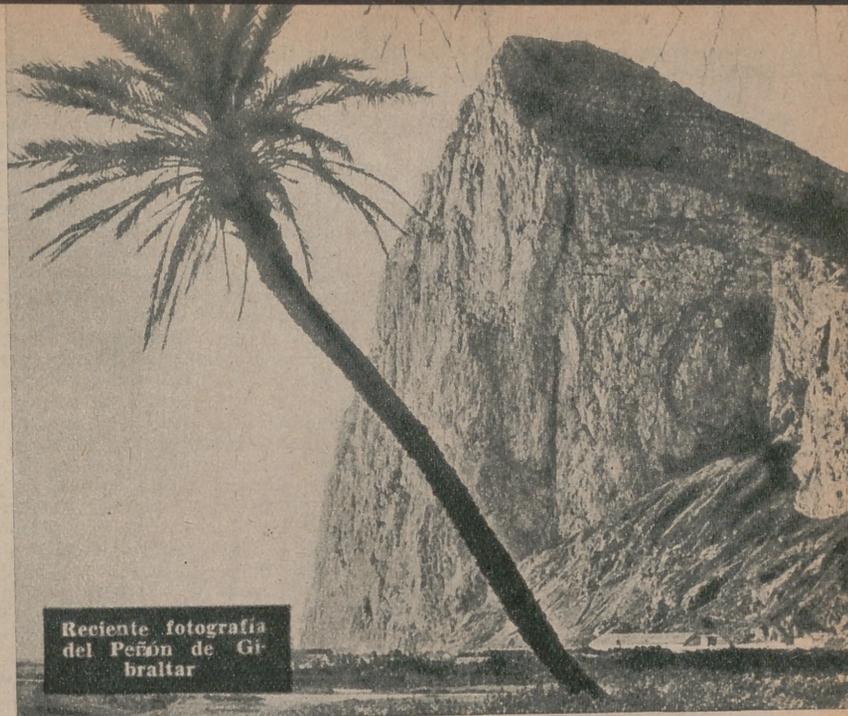
No fué España la que pidió entonces a Inglaterra, en trance de derrota, la devolución de lo que se le iba de las manos, sino la propia Inglaterra la que ofreció a España, por boca de su jefe, entre otras cosas, ese precio a su neutralidad y a su benevolencia.

No se trata, pues, como intenta propagar el «Times», de «manifestaciones históricas de estudiantes y miembros del Movimiento juvenil falangista, que encuentran ahora un apoyo oficial y que incluso llegaron a producir dos protestas diplomáticas contra la visita de la Reina en el próximo mayo», sino del sentir de todo un pueblo que jamás ha cejado en sus aspiraciones de reivindicación, y que en hora feliz de su renacimiento pide la devolución de lo que considera propio y el cumplimiento de las promesas que los Reyes de Inglaterra antaño, y el primer ministro inglés en la última guerra, en tristes horas para la Gran Bretaña, hizo a España por conducto de su embajador.

Aclarado el proceso histórico, dejemos para otro trabajo cuanto se refiere al valor militar de la fortaleza, a la visita proyectada de la Reina y a las relaciones entre nuestras naciones.

Si analizamos las causas que a través de la Historia han convertido Gibraltar en lanza clavada en el corazón de España, las encontramos en el valor militar que tuvo como fortaleza ambicionada por el imperialismo desatado de las gran

OCASO DE GIBRALTAR



Reciente fotografía del Peñón de Gibraltar

des naciones. Es de admirar la clara visión de nuestra egregia Reina Isabel cuando, con cálculo previsor, en su testamento dispone la guarda y conservación de Gibraltar a todo evento. Nosotros podríamos asegurar que del olvido de aquel regio mandato ha nacido la causa de nuestras desdichas.

Es cierto que Gibraltar se ocupa con deslealtad y por traición, pero que la nación española, por causas que otro día analizaremos, lleva muchos años sin hacer el esfuerzo para su reintegración, que debió constituir en todos los tiempos el eje de nuestra política.

Nos confiesa el «Times» de Londres sin rubor, al relatarlos la conquista, cómo «el almirante Rooke se dió buena cuenta del valor potencial de Gibraltar para el dominio naval británico como llave del Mediterráneo, para consentir su transferencia a la soberanía precaria del archiduque, y por sus órdenes el estandarte imperial fué arriado y el estandarte real de la Reina Ana de Inglaterra izado en su lugar». ¡Hermoso gesto de lealtad hacia sus aliados y timbre de honor para la Corona británica!

«París bien vale una misa», dijo, sin duda, para sí el almirante, y poner lo que se consideraba llave del Mediterráneo valía, por lo visto, más que las leyes del honor y de la lealtad debidos. ¡Así adquieren territorios y labran su ejecutoria ciertas naciones!

Mas volvamos a nuestro tema del valor militar de la posesión, ya que ello constituyó la base de la felonía y de toda una política cuyas consecuencias llegan hasta nuestros días.

Desconoce la mayoría de la nación inglesa, y parece también que sus gobernantes, cuáles son las características verdaderas de la plaza gibraltareña y su real ubicación en el extremo oriental del brazo de mar que, uniendo los dos mares, se conoce con el nombre de Estrecho de Gibraltar, pero que va desde Cabo Espartel, en el extremo oeste del Norte africano, hasta Punta Europa en el propio Peñón, con una longitud de treinta y cinco millas. Las comunicaciones, pues, de Gibraltar con la metrópoli discurren a lo largo de este canal, cuyas orillas se hallan bajo la natural dominación de la nación española.

Si miramos a su situación local en la bahía de Algeciras, la encontramos recostada en el gigante peñón de Yebel Tarik, del que tomó su nombre, ocupando un pequeño lugar del semicírculo que abriendo su arco al Sur constituye la citada bahía. Lo reducido de su área y las pendientes rápidas y cortadas del peñón en que se asienta deja poco lugar para las edificaciones, que se agrupan a su pie asomadas sobre su puerto, en el que se amontonan materialmente los barcos y las bateas. Unida al resto del territorio español por un estrecho istmo, aparece dominada por el anfiteatro de



Churchill, primer ministro británico, hizo durante la última guerra promesas de restitución a España de Gibraltar

montañas, mientras al Sur las altura del Hacho y Sidi Musa, en el campo de Ceuta, la vigilan desde la otra orilla. Gibraltar viene así a constituir el centro de un círculo de posiciones que la rodean por todos los vientos.

Cuando los cañones no alcanzaban una decena de kilómetros, no existían los altos explosivos, las grandes escuadras se tenían por omnipotentes y las más fuertes se consideraban, no sin razón, como auténticas señoras de los mares, sus barcos podían ejercitar un efectivo poder y estar seguros tras las murallas de sus puertos. Tiempos en que la plaza y castillo de Gibraltar, por el estrecho istmo que la une al Continente, único lugar por el que podía ser atacada y que defendían sus torres y sus acantilados, constituía el nido ideal para que su Marina ejerciese el dominio sobre el sector marítimo en que está enclavada. Se necesitaba de otro poder naval que, apoyándose en el predominio del resto de las costas, permitiese sitiaria y rendirla, como en dos ocasiones estuvo a punto de suceder. Mas al variar las características y los valores de los medios de acción por la revolución introducida en el arte militar, en que se fundamenta la moderna estrategia, se vienen abajo los viejos poderes, y lo que ayer se tenía por seguro refugio para la flota, se convierte hoy en cementerio propicio para sus barcos.

El advenimiento de los modernos morteros y cohetes, la acción de los torpedos y los submarinos, la conquista realizada del aire con el imperio de la tercera dimensión, han cambiado completamente para Gibraltar los términos de su problema: ni los barcos pueden ya moverse con la seguridad de antaño, ni confiarse por canales y estrechos dominados, ni concentrarse en pequeños espacios, ni subsistir en tiempo de guerra sin contar con el paraguas permanente de aviones y el correspondiente despliegue de redes de acecho que lo cubran y de aeródromos que lo sostengan.

Si todavía, al correr de los últimos años en que estos nuevos medios de acción se veían desarrollando, Gibraltar pudo desempeñar un modesto papel en la estrategia británica, se debió, como el mismo Churchill confiese en sus Memorias a la neutralidad y benevolencia españolas y no a las condiciones intrínsecas de la fortaleza.

No quiere esto decir que ante los nuevos y poderosos medios de acción, la estrategia haya disminuido de valor, sino todo lo contrario; éstos tienen nuevas exigencias, y aquel valor que ayer tuvo la plaza y peñón de Gibraltar, la tiene hoy todo el sur de nuestra Península; y al compás que la importancia de Gibraltar decrece, aumenta la de las costas, aeródromos y puertos españoles que bordean el paso entre los dos mares. Triste sino que preside el futuro de la plaza en cuestión e inútil pretender el inventar fórmulas aviesas que aspiran a echar sobre otras naciones la animosidad que el caso de Gibraltar provoca entre los españoles, pues aparte de que no con esto se restauraría su valor militar, constituiría una infamia más que España jamás habría de aceptar y que habría de volverse en forma más grave contra la Gran Bretaña.

Los estrechos constituyen pasos del tráfico marítimo de las naciones que nadie tiene derecho a

perturbar y cuya guarda, corresponde a las naciones en sus orillas ubicadas. El progreso de las ciencias ha hecho que lo que Dios puso en manos de determinados pueblos, sean éstos los que lo guarden y custodien, y que de nada sirvan la usurpación de puertos o de bases que no se cimiente en la soberanía, la amistad y el entendimiento con las naciones que los poseen.

Toda la historia de la política de Inglaterra con España durante más de dos siglos giró directa e indirectamente a la conservación de su poder y predominio sobre aquella fortaleza, que si por cuanto a España se refiere fué puñal clavado por la espalda en su corazón, fué para Francia dogal que, dividiendo sus mares e interponiéndose en la unión de sus escuadras, había de someterla a su influencia. Si en los primeros tiempos de ésta se debatió y se unió a España contra la injusticia, pronto el imperialismo napoleónico, con la invasión peninsular, torció aquella política para, agotada en sus esfuerzos imperiales, acogerse a un práctico repartimiento del mundo como precio de su sometimiento a su vecina más poderosa. Así se sumó Francia a la política de anulación y sometimiento de España que Inglaterra patrocinaba.

Evidentemente, Dios ciega al que quiere perder. Espanta la resistencia que ofrecen las mentalidades viejas ante los tiempos nuevos. Cuando el poder marítimo lo era todo, bastaban unas islas o puertos fortificados para constituir las cuentas del rosario del posesiones que, cifiendo al mundo, asegurasen las comunicaciones de los poderosos con desprecio y vilipendio de las naciones menos dotadas. Aquello que Inglaterra llamaba la ruta de su imperio. Hoy se levanta una nueva aurora en el horizonte y son las cadenas de aeródromos y la amistad y la seguridad de los países en que están colocados, los que pesan en la estrategia universal. Desgraciados de los pueblos que no se renuevan y viven encastillados en las viejas fortalezas de sus prejuicios. Albricias cantemos los que, gracias a nuestra Cruzada, hemos despertado y nos sentimos seguros de nuestro futuro.

«¡Delenda est Cartago!»

PARECEN extrañarse los ingleses, si a su Prensa nos atenemos, de que la proyectada visita de su Reina a Gibraltar haya podido desencadenar

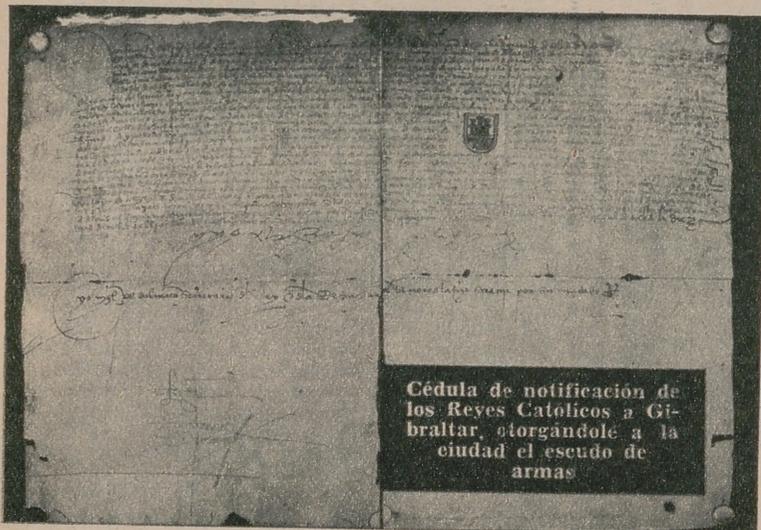
en la opinión pública española sentimientos de indignación y repulsa, que no entiendo justificados, e intentan poner en parangón estas reacciones españolas con la cortesía tradicional en los hijos de nuestra Patria.

En ese juicio, que a primera vista pudiera parecer muy cortés por el alto aprecio que parece hacerse del sentido caballeroso de nuestro pueblo, se encierran, sin embargo, sentimientos de desprecio e ignominia, asignándonos una moral de vencidos como la que el «Times» de Londres destilaba en su último artículo al tratar de esta visita. No creo que necesitemos aclarar que no es que los españoles no quieran guardar hacia su Soberana aquellos respetos y consideraciones que por su cualidad femenina, sus virtudes personales y su elevada cuna tan augusta dama, les merece, pero olvidan que Gibraltar es una herida abierta en el cuerpo de la nación que resume toda una política antiespañola que no resiste el que la toquen o lastimen.

Se escuda la propaganda británica en que algunos otros de sus Monarcas realizaron en otras épocas visitas parecidas a la plaza en cuestión, sin que se despertasen las reacciones que sólo el anuncio de ésta viene produciendo, para deducir en consecuencia que no existen razones para la pretensión de nuestro embajador en Londres de que se reconsidere, y en su caso cancelase, la escala de Gibraltar en el viaje de la Reina.

No se aperciben los ingleses de que las circunstancias

VISITA INCONVENIENTE



Cédula de notificación de los Reyes Católicos a Gibraltar, otorgándole a la ciudad el escudo de armas



Gibraltar tierra española adelantada en el mar. Nuestra espina en los pies. La calle Mayor de Gibraltar conserva el aspecto de cualquier ciudad andaluza.

de hoy no son las mismas que las de antaño, y que no hubiera merecido la pena la sangre derramada en nuestra guerra de Liberación si habíamos de seguir sometidos mortecinos y sin pulso, encajando despojos, desprecios y mediatizaciones. No es la España de hoy la misma que era ayer, y precisamente por esa libertad y voluntad de ser, conquistadas a fuerza de tantos sacrificios en nuestra Cruzada, España rechaza las mediatizaciones y reivindica aquel trozo de su territorio a que el pueblo español tiene derecho, al que jamás ha renunciado y el que, por otra parte, le fué prometido devolver en la última contienda para el caso de que no atacase a la nación inglesa en trance de derrota y permaneciese neutral en la campaña. Entonces, sin duda, los gobernantes ingleses reconocían la razón de España y el escaso valor de la fortaleza a merced de las decisiones españolas.

La trascendencia que la neutralidad de España tuvo para el futuro de la Gran Bretaña fué reconocida por Mr. Churchill en sus discursos a la Cámara y más especialmente en sus Memorias publicadas, y que, por otra parte, tienen su confirmación en las declaraciones de los testigos en el proceso de Núremberg, en el que el general Hold se expresa a este respecto en los siguientes y categóricos términos: «Nosotros no hemos ido a Gibraltar únicamente porque el consentimiento de los españoles nos ha faltado», y termina reconociendo «que la actitud de España ha sido de enormes consecuencias para el desarrollo de los acontecimientos posteriores». «En nombre, pues, de qué moral se han incumplido las promesas, se pretendió cercar a España en los medios internacionales y hoy se lleva a la Soberana a herir con su presencia los sentimientos de la nación española?»

Desconoce, sin embargo, todavía la opinión pública de España y la de la propia Inglaterra, fuera de su Gobierno que la visita de la Reina de Inglaterra a ese diminuto territorio en litigio tenía en sí más intenciones y alcance que el que hoy el «Times» de Londres, hipócritamente, pretende asignarla.

Es tan cómodo para los países democráticos incumplir sus promesas y deberes, que basta un cambio de partido en el Gobierno de la nación para realizar una pirueta política y cambiando de titulares pisotear los deberes contraídos y las palabras empeñadas. Así se trocaron aquellas promesas que el viento se llevó, en maquinaciones y conjeturas con las que se pretendió anular al acreedor. Mas la Providencia nos es propicia y a todos ve las cartas, y hoy el estigma se vuelve contra los mismos gobernantes que, en trance apurado para la Gran Bretaña, empeñaron una palabra que hoy les sale a la cara.

Es el caso que desde que la guerra terminó se acusa el nervosismo de Inglaterra en cuanto a Gibraltar se refiere e intentan asociarlo a los movimientos reivindicativos de independencia que en Suez, Chipre y varios otros territorios bajo la Corona inglesa se vienen actualmente desarrollando y los que, por cierto, han sido suprimidos en la

visita de la Soberana. Desde entonces se viene pretendiendo buscar soluciones, paliativos y paños calientes que si en algunos de aquellos territorios podrán, quizá tener un interés, aplicados a Gibraltar resultan completamente bufos. No hace mucho tiempo tuvo lugar en la plaza en cuestión el acto formal por el que el príncipe de Mountbatten, en nombre de los Soberanos, promulgaba un estatuto de dominio. Se pretendía así dar respuesta a las legítimas reivindicaciones españolas. Como si entre los soldados y funcionarios que en la plaza de Gibraltar habitan pudiera haber el menor problema de libertad o independencia. Estupefactos debieron quedar sus habitantes ante la magnitud de tal honor. No podía llegar una sencilla plaza a más ni el concepto de dominio a menos.

¿Qué habrán pensado en la extensa y fabulosa India, unida un día como dominio a la Corona británica, o los Estados de la Unión Africana, el progresivo e inmenso Canadá, la Australia, grande como nuestra Europa, Nueva Zelanda y tantos otros territorios poblados y extensos de millones de kilómetros cuadrados? ¿Asombrados quedaron los propios gibraltareños del tartarinesco acto! ¿Un Peñón, una factoría, unos pocos miles de funcionarios y soldados, amén de unas decenas de indios, judíos y chipriotas extranjeros sobre unas cuantas hectáreas de terreno, recibían aquel insólito espaldarazo!

No debió, sin duda, ser muy grata a los verdaderos dominios la noticia, ni convencer mucho a sus propios progenitores, cuando muy pronto trataron de buscar otra solución como la que para el viaje de la Reina se había decidido: utilizar la visita de la Reina a Gibraltar para otorgarle un nuevo estatuto de condado, como si se tratase de una provincia más de su metrópoli. Este era el gallo tapado que había de llevar en su cesta a Gibraltar la egregia Soberana. No se engañaba la sensibilidad española en su reacción contra el viajecito. Si la tempestad que sólo el anuncio de la visita a Gibraltar provocó en los medios españoles ha podido en algo perturbar aquellos proyectos, no quita nada a la mala fe y a la aviesa intención que al viaje de la Reina se le había asignado.

Se quejan los británicos del adjetivo de pérfida que la historia viene asignando al correr de los años, a la soberbia Albión y que muchos acaban extendiendo al pueblo británico, engañado como el que más por los artificios de su propaganda. Las naciones, como los individuos, acabamos siendo hijos de nuestros actos, y las ejecutorias de los pueblos se van labrando con las constantes de su proceder histórico.

En estas graves responsabilidades que por sus hechos las naciones contratan ante la Historia, el régimen liberal ha encontrado un magnífico artificio: el de descargar las responsabilidades históricas de los hechos cometidos por las naciones arrojándolos sobre sus Gobiernos, creyendo con ello dejar a la nación limpia de responsabilidades y resplandeciente. Eso pueden creer ellas,

en su inmensa soberbia, pero en los países que sufren las injusticias, los hechos quedan labrados con heridas y lágrimas de sangre. ¡Que les hablen a los hijos de Polonia de su entrega inicua, o a los pueblos del Este europeo, entregados a la criminal barbarie rusa, y a la propia nación española, tan vilipendiada por su política en el correr de los últimos siglos!

Mas en aquel juego de responsabilidades de las democracias, se procuró siempre dejar al margen la autoridad y el prestigio de la Corona, a la que se procuró liberar de responsabilidades encastillándola en su papel de poder moderador y convirtiendo a los reyes en señores de las grandes gracias, de las altas misiones y de los elevados pensamientos. Por eso se comprende menos el mezclar a S. M. en tan sucio negocio y que sea ella quien hiera con su augusta presencia a una noble nación a la cual un día se la necesitó y se le pidió benevolencia y mañana se la ha de volver a necesitar.

Se engaña a La Reina y se engaña al pueblo inglés al hacerles creer que Gibraltar es una piedra preciosa de su Corona, cuando lo que en realidad representa es un estigma para la misma. Si ayer pudo haber constituido un símbolo de orgullo y de poder el ondear de la bandera inglesa sobre el peñón de Calpe, los tiempos han cambiado y ante el sentir de los pueblos, de cuantos cruzan el Estrecho es sólo el símbolo de la rapacidad británica. Ni por el origen de su posesión, ni por los medios y maquinaciones empleados para mantenerla, ni por su valor militar y político, constituye la menor ventaja ni timbre de honor para su nación, sino el símbolo perenne de una infame política.

Allí podrá contemplar con su sensibilidad femenina S. M. británica una población abigarrada, compuesta de unos millares de funcionarios y empleados metropolitanos, con sus familias, y unas centenas de judíos, indios, españoles exilados o renegados, malteses y chipriotas, en una buena parte contrabandistas, poblando la pequeña «City» de una población mayor, la que queda a su espalda, la realidad injusta y dolorosa de aquella ficción. Y si extiende su vista por la campiña verde que la circunda, verá recostado sobre una verde colina el pueblo blanco de San Roque, donde la población verdadera de Gibraltar se asienta con su verdadero peñón, su Ayuntamiento y con sus llaves, en espera del día, que jamás cancela, de que se rectifique el despojo. Y más cerca del Peñón, apiñadas en el istmo que lo une al resto de la tierra española, verá las casas de La Línea, verdadero suburbio de Gibraltar, en el que tienen muchas veces su mísera morada las doce mil familias de otros tantos trabajadores que han venido hasta hoy manteniendo las actividades del puerto y de la ciudad; setenta mil almas que vienen recibiendo un trato diferencial con los naturales y cuyos derechos sociales hasta hoy han venido desconociéndose. Esta es la realidad que clama.

Dios ciega evidentemente a los que quiere perder. No en vano hace varios siglos que está pendiente sobre Inglaterra el castigo de su apostasía.

DEMOSTRADOS en nuestros trabajos anteriores que la ocupación de la plaza de Gibraltar no constituyó el precio de una victoria sino una

usurpación; que el malhadado Tratado de Utrecht fué una conjura de Inglaterra y Francia contra los derechos de España; que el pueblo español jamás se resignó con el despojo, pretendiendo recuperarlo con numerosos sitios, y que la restitución fué prometida a nuestro Soberano por Jorge I de Inglaterra, así como en tiempos de la última campaña por el propio jefe del Gobierno británico, se llega a la fácil conclusión de que ni la razón, ni la moral, ni la justicia han acompañado en su acción a Inglaterra y que la retención de Gibraltar no constituye timbre de honor, sino baldón para la Gran Bretaña.

La pérdida del valor militar de la plaza, que hoy ha pasado a alcanzar toda nuestra Península, no es una realidad que sólo nosotros definamos, sino con ello están de acuerdo cuantos son peritos en la materia, y ya empezaba a acusarlo el

estado de conciencia de los propios ingleses hace sesenta y cuatro años, cuando Charles Dike sostenía (1890) «que el valor militar de Gibraltar estaba muy reducido por los progresos de la artillería» («Problems of Great Britain»). En 1940 es el capitán Siddell Hart, notable crítico militar inglés, el que nos dice «que Gibraltar era insostenible como base naval». También durante la última contienda, Harry C. Burcher, del séquito de Eisenhower nos expone en su libro «Mis tres años con Eisenhower» que «la impresión que todo el mundo tenía en Gibraltar en vísperas de la operación Torch (desembarco en el norte de Africa), incluido el gobernador general de Gibraltar, general Mason Mac-Farlan, era que sin la neutralidad española el Peñón sería absolutamente inútil». Y hasta el propio Churchill, en sus Memorias, nos refiere varios episodios que ponen en evidencia la vulnerabilidad del Peñón, como cuando lo visita el general Marshall, en que llega a esta importante conclusión: «El Peñón es casi insostenible, pero si fuera atacado tampoco podría ser defendido». Los juicios, como se ve, no pueden ser más claros y concluyentes.

Si el origen es, pues, tan injusto e inhumano, su valor militar nulo y su retención en manos extrañas hiera y enfrenta a sus poseedores con un pueblo noble y viril como el español, estratégicamente colocado, no se comprende la torpeza de intentar perpetuar su ocupación contra todas las conveniencias.

El caso de Gibraltar es tan grave y notorio que rebasa las fronteras. El hecho de que una nación europea, en los tiempos actuales, pretenda retener como colonia un trozo, por pequeño que sea, de otra nación soberana, subleva en este mundo a toda conciencia honrada. Así lo expresa la Prensa del mundo, pese a los esfuerzos y al dinero de la propaganda británica, que viene suscitando polémicas y comentarios en favor de la tesis de nuestra nación. Ya Napoleón Bonaparte escribía en su Memorial de Santa Elena: «Ese Peñón, de fatídica recordación para los españoles, hiera continuamente lo más íntimo de su sentimiento patrio. Inglaterra se apoderará alevosamente de Gibraltar». Y un eminente americano, Benjamin Franklin, en Boston, en 1837, dejaba escrito en su libro «Hale Franklin in France»: «Tanto derecho tiene España a pedir Portsmouth como los ingleses a conservar Gibraltar».

Los que apoyándose en que en un largo período de su historia España no pesó en el terreno internacional y fué fácil presa de las intrigas y maquinaciones extranjeras, abrigan la esperanza de que España pueda volver a ser un pueblo muerto, se equivocan. España ha renacido. La guerra de Liberación española ha demostrado al mundo que España ha despertado, que sus valores admiten comparación con los de los mejores tiempos de su Historia, que conoce dónde le vino el mal, y sus renacimientos y voluntad de ser, demostrados en todas sus actividades, no hay poder humano que pueda forcerlos. Nadie especule más con que los sentimientos y reacciones españolas ante el estigma de Gibraltar sean cosa de un reducido sector nacionalista y no de un sentimiento unánime de toda la nación. Si catorce sitios puestos a la plaza para recuperarla no les dicen bastante en el sentir de España y de sus afanes reivindicatorios, oigamos las voces autorizadas que en España se vienen levantando en todos los sectores. Y si aun esto no satisface y la malicia ajena lo considerase propaganda oficial o de inserción obligada, ahí tiene la repulsa de los propios exilados rojos que, pese a su menguada sensibilidad ante lo nacional, despiertan sus sentimientos dormidos cuando de Gibraltar se trata y acaban echando su cuarto a espaldas en la polémica que la propaganda británica viene suscitando.

En este mismo sentido es harto elocuente lo ocurrido recientemente en París en la logia Plus Ultra, en la que milita un crecido número de masones exilados. De todos es conocido en España cómo la masonería ha venido siendo, durante todo el siglo XIX y parte del XX, el vehículo de nuestras revoluciones, sobre el cual Inglaterra, como logia madre, ejercía un predominio efectivo. Con motivo de ocuparse en los últimos tiempos la masonería europea internacional del problema reivindicatorio español sobre la plaza en litigio, con una torpeza que hace historia y faltando a los propios estatutos de la asociación y a las con-

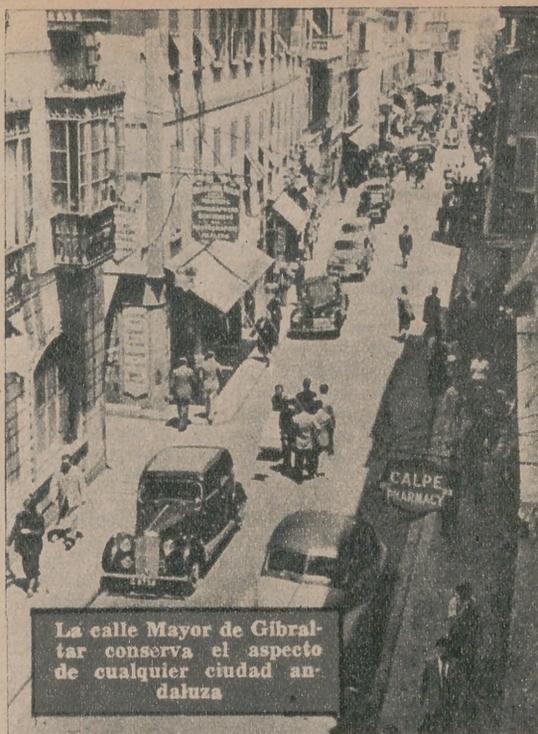
EL UNICO CAMINO

sideraciones y derechos de una de las ramas asociadas, pretendió convertir a España en víctima propiciatoria del imperialismo británico, tomando el acuerdo de enviar a las logias interesadas una plancha, en la que se tomaba la decisión de llevar al convencimiento de los masones la necesidad histórica de que punto tan importante como el de la plaza de Gibraltar no podía volver a manos de lo que ellos llamaban una nación caduca y que debía, por lo tanto, permanecer en manos de Inglaterra. La reacción que su conocimiento produjo en los masones españoles iniciados no es para contarlo, pues pese a su limitada sensibilidad patriótica, lo de Gibraltar roza la conciencia de todo español y tuvo su segunda parte en una de las últimas reuniones de la logia Plus Ultra, de París, antes citada.

Resulta, de lo que testigos personales nos exponen, que en una tenida de la citada logia varios miembros masones españoles llevaban en su solapa un distintivo, hecho con alambre plateado, que decía: «Gibraltar, español», que un refugiado gaditano, vendedor ambulante, vendía por las calles de la gran urbe. El hecho produjo en la logia enorme escándalo, que echó por tierra las reglas del silencio y disciplina en que las tenidas deben desenvolverse. Los insultos de todas clases, como enorme batalla de flores, salían de todos los labios. No obstaba la autoridad del presidente golpeando con el mallete ni el «juvelos» de la venganza. El grupo de españoles se mostraba irreducible. Un artista masón se distinguía entre los demás en la indignación. «Atarle al Peñón con una banderita de la Unión Jack en la mano a ese anglófilo de m... y que le devoren vivo las entrañas, como a Prometeo», chillaba, debatiéndose entre otros masones que le sujetaban. La lucha y la pelea llegaron a tanto, que la Policía tuvo que intervenir, y muchos de los rebeldes fueron irradiados de la logia Plus Ultra por su sentimiento nacional.

Refiero esto no por el valor que para nosotros, los españoles, tenga el juicio de quienes, por otras causas, tanto pecaron contra su Patria, aunque a muchos sirva de consuelo el que pueda haber todavía algo de bueno en sus sentimientos, sino para conocimiento y juicio de la opinión británica.

Ni en las dos grandes conflagraciones que Europa sufrió las simpatías de grandes sectores de nuestra nación, sin pensar muchas veces en las propias conveniencias, se inclinaron del lado de Alemania, lo fué en grandísima parte por la política secular que la nación inglesa ha venido teniendo con España. No es Gibraltar el cargo único que España tiene contra la Gran Bretaña, aunque por su existencia física Gibraltar constituya ofensa permanente y muestra fehaciente que revuelve todos los posos de esa política de hostilidad, inalterable al correr de tantísimos años. No constituye mi propósito, pues me saldría de las proporciones de este trabajo periodístico y necesitaría todo un tomo de Historia, el recordar la parte que Inglaterra tuvo en cada una de nuestras desgracias, ni relatar los procedimientos inconfesables de que para ello se ha venido valien-



do, sino el de establecer de una manera clara que si Gibraltar es para los españoles todos el símbolo de aquella mala voluntad, Gibraltar tendría que ser forzosamente el preludio de una nueva política.

Tampoco es nada nuevo lo que con este decimos, ya que si es verdad que España debe al Régimen actual el haber recobrado su propia conciencia, estos problemas han estado siempre vivos en el pensamiento político de los españoles. «Gibraltar, español... He aquí el legado que por medios justos yo aspiraba a dejar a mi Patria. Si muero sin conseguirlo, no olvidéis vosotros que esa es la meta...» Esto escribía el Rey tradicionalista Don Carlos VII en su testamento político. «Gibraltar, español... Yo acepto este legado y espero en Dios y en vosotros que ha de lucir para España el día en que lleguen a ser realidad tan altos y patrióticos pensamientos.» (Don Jaime III en «Manifiesto a mis leales»). «¡La cuestión del Estrecho!... Yo creo que todos los españoles, al levantarse, como un programa de vida cívica y nacional, debieran pronunciar siempre una palabra: Gibraltar, Gibraltar. Y si yo tuviera la elocuencia de los tribunos romanos, que pronunciaban el «delenda est Cartago», yo os diría: Gibraltar y acordados de Inglaterra, acordados de Inglaterra.» («Obras completas» de Vázquez Mella, tomo XI, pág. 271.)

No hay pensador español que así no respire. Angel Ganivet, aquel espíritu independiente de grupos y partidos, decía e, más bien, rezaba: «Gibraltar es una ofensa permanente». Análogas palabras encontramos en todas las grandes figuras españolas: Donoso Cortés, Aparisi Guizarro... Y si alguien nos arguyera que la mayoría formaron en el ala insobornable de la más pura derecha española, ahí tenéis a don Luis de Zulueta, ministro que fué de la República española, exiliado en Bogotá, que escribía en 1915 al republicano don Gumsindo de Azcárate: «No es para nosotros Gibraltar una cuestión de conveniencia o de interés, sino de existencia y decoro nacional. No se trata aquí de alguna zona limítrofe, sino de un pedazo de tierra indudablemente española. No se diga que el pueblo no la siente (esta aspiración) con intensidad, porque si esto no sintiese, no sentiría nada». Otro republicano, don Claudio Sánchez Albornoz, en su libro «De Carlomagno a Roosevelt», escribe en Buenos Aires en 1943: «Pero no puede haber un español digno de tal nombre capaz de escribir sin sonrojarse que Gibraltar no es de España. Y si hay alguno que pueda escucharlo sin sonrojo, yo me tomo la libertad de sonrojarme por él como español liberal y en destierro». Y hasta el inefable y servil anglófilo Salvador de Madariaga, en su libro «España» (1944),

TODO EL PANORAMA DE LA
POESIA CONTEMPORANEA EN

“ POESIA ESPAÑOLA ”

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración:

PINAR, 5 — MADRID

nos afirma: «Con una España hostil, es para Inglaterra una posición precaria, causa de tantos quebrantos de cabeza como ventajas»; y más adelante expresa: «Una España amiga y aliada sería para Inglaterra una posición estratégica mucho más fuerte que el Peñón». Y acaba diciendo: «Para mí, el problema de Gibraltar no es tanto cosa que los españoles definan, sino cosa que define a los españoles. Que España quiere Gibraltar no puede discutirse. No sería España si no lo quisiera».

El paso por Gibraltar es, pues, camino obligado para nuestras buenas relaciones con Gran Bretaña. Toda relación, para ser fecunda, necesita basarse en la existencia de un interés común y de una lealtad mutua respaldada por la opinión pública de los dos pueblos; mas al considerar estas relaciones encontramos que lo nuevo se hace viejo y lo viejo, nuevo. Veamos: «Es un hecho que durante dos siglos y medio Inglaterra y Francia han practicado exclusivamente la segunda de las dos políticas: la política de precuar y fomentar la decadencia, la enervación y el apocamiento de España.

Una de dos: o se puede invertir (no rectificar, invertir), volver francamente del revés la política secular de Inglaterra y Francia respecto a España, o no se puede. Si se puede, sería una insensatez que España no intimase con las naciones occidentales, porque ella de suyo es nación occidental; naturalmente, pertenece a ese grupo, y sus intereses más fácilmente se coordinan y armonizan con los de Inglaterra y Francia que se sostienen frente a los de ellas, en acuerdo con otras naciones cualesquiera. Si no puede invertirse la política histórica de Inglaterra y Francia con respecto a España; si no hubiera de marcharse en lo venidero con un espíritu inverso al de los pasados siglos, seríamos muy doloroso, porque en España toda otra asociación resultaría mucho más onerosa e impondría en lo militar y en toda la vida nacional sacrificios incommensurablemente mayores. Pero habríamos de resignarnos y nos plegaríamos a la necesidad, porque lo que no pueden hacer los Gobiernos es llevar a los pueblos al suicidio, ni puede pretender nadie que una nación se asocie como amigo con quien vaya, día por día, laborando su propia ruina y su muerte».

Esto proclamaba el gran tribuno español don Antonio Maura en su discurso histórico de Berlanga, el 10 de octubre de 1916; aquel caballero cristiano, al que la anti-España cerró el camino con aquella consigna del «¡Maura, no!», que importada del extranjero y extendida por las legías españolas de su obediencia fué utilizada por políticos sin conciencia para satisfacer sus apetitos.

Que España ha agotado su paciencia respecto a Inglaterra está bien demostrado: una guerra general a la salida de nuestra Cruzada puso a prueba la buena voluntad española, y pese a la insensata actuación del embajador a la sazón de la Gran Bretaña y de las maquinaciones y actividades antiespañolas de sus agentes, nuestra nación, no obstante las amenazas y presiones, mantuvo su neutralidad, evitando fuéramos enemigos y se cruzasen nuestras armas. Y cuando la marcha de la guerra permitió descubrir los peligros de la paz, fué el Caudillo español quien, sintiéndose europeo, creyó posible que el realismo y la sensatez británicas recogerían las lecciones del pasado y pretendió el poder llegar a un saldo de cuentas y revisión de nuestras relaciones para el futuro; pero la política de Inglaterra no estuvo con Europa, con la razón ni con el derecho, sino con la que ya se presumía iba a ser su enemiga. La guerra, desgraciadamente, no había cambiado las mentalidades. La libertad de los pueblos no estaba, sin duda, escrita en la conciencia de los gobernantes ingleses. Y por un concierto tácito de reparto de zonas de influencia, a espaldas de los Estados Unidos, se entregó a Rusia la mitad de Europa. Todos los males de las naciones que sufren bajo el «telón de acero» derivan de esta torpe y ciega ambición. Gibraltar es para nosotros el signo de toda esa política.

No se cansen, pues, los espíritus débiles y amigos de las componendas en busca de soluciones a nuestras relaciones. Gibraltar es para nosotros el barómetro que señala la política hostil de la Gran Bretaña y ya ven lo que marca.

MACAULAY

CONTINUIDAD

ESPAÑA remonta ahora tres lustros de paz interior. Una paz laboriosa, esforzada, creadora. En estos quince años, sin embargo, hemos tenido que mantener durante etapas muy largas una moral y una tensión espiritual típicamente castrenses. Porque nada nos fué dado gratuitamente, antes, muy al contrario, es por lo que puede y debe hablarse de batallas sucesivas planteadas y de auténticas victorias. Esta aplicación de la norma y espíritu propios de la milicia al terreno y a las cosas de la Administración pública y de la política se ha demostrado, una vez más, extraordinariamente útil y eficaz. Es una enseñanza que no conviene olvidar, y aunque el cambio de circunstancias reclame las consiguientes modificaciones en los procedimientos y determinados problemas permitan o exijan tratamientos distintos, de acuerdo con la nueva realidad, supondría un lamentable error no aceptar que el sentido castrense, en su más profunda y depurada significación, ha de alentar en la entraña de toda política que pretenda ser política de altura y de largo alcance. Los triunfos conseguidos no han de movernos al pecado de soberbia, pero sí servirnos para tomar conciencia de nuestra situación en el mundo. Una situación que se nos envidia, porque fué ganada día a día, palmo a palmo y a pulso.

Por de pronto, España puede hoy ejercer plenamente la totalidad de sus derechos, los que dimanan de su incondicional e incondicionada soberanía. Puede practicar la amistad sin renunciaciones vergonzantes ni claudicaciones, conservando intacto el patrimonio de su personalidad, de su pensamiento y de sus instituciones, tal y como el pueblo español las ha querido. Hasta 1936, esto parecía imposible.

En segundo lugar, lo español ha vuelto a representar no solamente algo perfectamente definido y singular, sino un conjunto de valores de orden espiritual, moral y material, sin los que Occidente no puede sentirse seguro ni completo. La presencia activa de España en el área de los pueblos cristianos es una necesidad. Esta presencia, una vez reconocida, ocupa automáticamente uno de los primeros planos, y de ahí que el enemigo se interfiera sistemáticamente en nuestro camino con una tozudez que, particularmente en los momentos actuales, puede acarrear muy graves peligros, aun para ellos mismos.

Por último, de puertas para adentro, como quien dice, está fraguando un fenómeno de la máxima trascendencia en función de nuestro futuro nacional. Los españoles tienen ya fe en sí mismos y en la explotación de las posibilidades del propio país. Este aspecto tiene una importancia decisiva. Las fuentes más sólidas de nuestra prosperidad las tenemos en la tierra que pisamos y en nuestra propia capacidad de esfuerzo. Esta convicción es el estimulante que estaba haciendo falta, y ya existe. La base de lanzamiento ha sido encontrada y el émbolo de la voluntad nacional está en funcionamiento. Todo depende, exclusivamente, de la perseverancia. Porque una de las notas que caracterizan esta «situación española de 1954» es que no se trata de un proceso que ahora culmina, sino de una base firmemente establecida, que permite acometer todos los rumbos.

El centro de esta hora española lo ocupan, con todos los avales y títulos que pudiera reclamar el más exigente legitimista, un hombre y un sistema político. En Francisco Franco se encuentra la clave. En él, como encarnación de la autenticidad del mando con todos los derechos y del Movimiento, como depositario de los principios y de la sustancia de la que ha de seguir nutriéndose la vida española, descansa el presente y en él ha de insertarse la continuidad.

EL ESPAÑOL

LAS LETRAS CLASICAS A LOS PIES DE MARIA

EN este Año Mariano es singularmente agradable el contemplar cómo a lo largo de la historia española el influjo maternal de la Virgen María se ha manifestado sin interrupción y a sus plantas acudieron invocando su protección las gentes peninsulares, Reyes y prelados, instituciones, legislación, sínodos y concilios, Ejército y Universidad, empresas de paz y de guerra, teólogos y artistas, sabios y poetas pusieron un altar a la Virgen en medio de su corazón y de su vida. ¿Quién enumerará tantas glorias marianas ni quién encerrará el agua de los mares en el recodo de unas páginas escritas al correr de la pluma con el fin de avivar la devoción mariana en el primer centenario de la definición dogmática de la Inmaculada?

Nos limitaremos ahora a la parte científica y literaria, confesando de antemano que la llanura se dilata sin medida y se pierde en el horizonte. Avanzamos, sin embargo, paso tras paso y paladeamos de continuo el «dignare me laudare te, Virgo Sacrata»: Dignate, Virgen Sagrada, escuchar mis alabanzas.

No juzgamos necesario detenernos en las áureas páginas dedicadas a temas marianos por nuestros autores ascéticos y místicos, como Santa Teresa, fray Luis de León, fray Luis de Granada, el padre La Puente y otros muchos.

Habíanles precedido en los oscuros días del siglo XIV teólogos concepcionistas, como los franciscanos Pedro Tomás, Antonio Andrés, Guillermo Rubió y Juan Vidal, utilizado este último por Juan de Segovia para defender la Concepción de María en el Concilio de Basilea. Estas glorias olvidadas las ha recordado recientemente el padre Antonio Braña Arrce en un opúsculo publicado en Roma en 1950 y destinado a exponer la doctrina concepcionista de los teólogos de la décimocuarta centuria.

Más no debemos desconocer libros y tratados completos dedicados a la Mariología, varios de ellos publicados en nuestros días y los demás en época remota, sin haber perdido el encanto de su estilo y el aroma de su piedad.

Los tratados mariológicos del Beato Juan de Avila y del padre Suárez; la «Vida y Misterio de la Virgen María», de Ribadeneyra; los «Diálogos sobre el Ave María», de fray Pedro de Valdivielso; la «Vida y excelencias de la Madre de Dios», compuestas por el padre Diego de Murillo; los «Sermones», de Santo Tomás de Villanueva, recientemente editados y traducidos; los «Opúsculos», del Beato Alonso de Orozco; la «Guía e imitación de Nuestra Señora», del padre Alonso de Andrade; la «Mística Ciudad de Dios», de sor María de Agreda (1), y la compilación de documentos marianos en el «Monumenta antiqua», de Pedro de Alva, se dan la mano con la «Historia Mariana de España», del padre Nazario Pérez; «La Asunción», de Bover; el «Tratado de la Virgen Santísima», del doctor Alestruy; el «Spes Nostra», de la señorita Segovia, directora de la Institución Teresiana, y la monumental colección de «Estudios Marianos», donde nuestros especialistas, arma pacífica al brazo, avanzan por las primeras líneas de la Mariología moderna. No a todas las obras mencionadas corresponde el mismo mérito; pero abunda en ellas el vigor teológico, la erudición bíblica y patristica, el raciocinio sólido, la unión deléctica, la sobria elegancia del lenguaje, el amor crecido a la Madre de Dios y una corriente de sólida piedad que rezoza las páginas y deja a su paso en el alma del lector flores lozanas de devoción a la Virgen Santísima. (Vid «Actas del Congreso Mariano de Zaragoza» en 1908», págs. 647 y siguientes.)

Por boca de estos autores habló el Apóstol de Andalucía, diciendo: «Si anduviésemos con la boca

por el suelo, por amor a Ella, era poco; si la amásemos, y derramásemos sangre, y perdiésemos la vida por Ella, era poco.» («Obras completas», II, 717, Madrid, 1941.)

Del marqués de Cádiz, Rayo de la Guerra, como lo apellidó Clemencín, refiere el Cura de los Palacios, en su «Historia de los Reyes Católicos», que era muy devoto de Santa María, Nuestra Señora; celebraba con mucha solemnidad las fiestas de la Virgen de la O y de la Anunciación, y aún la mandaba celebrar en sus ciudades, villas y lugares, en los cuales hacía dar grandes colaciones y limosnas. (Cap. 104.)

Con la abundancia láctea de su prosa, ponderaba el padre Pedro de Ribadeneyra a «la que es Nuestra Madre, Nuestra Abogada y Nuestra Reina. Ella es el caño y arcaduz por donde pasa todo el agua que de aquella fuente de vida se deriva a vuestras almas; es la tesorera general de todas las riquezas que Dios tiene en el cielo y en la tierra; es la puerta por donde habremos de entrar si queremos alcanzar perdón y misericordia en el acatamiento del Señor. Es Madre de la Gracia, por ser Madre de Jesucristo. Por donde se ven las obligaciones precisas que nos corren de ser devotísimos de esta Virgen Sacratísima, no solamente por habernos dado a su Hijo preciosísimo..., sino también porque no podemos gozar de este tesoro y sumo bien si no somos ayudados y favorecidos de la misma Reina, por cuya mano el Señor nos lo comunicó con tan inestimable liberalidad.» («Vida de la Virgen».)

Y con el mismo caudal que el del insigne jesuita corría la pluma del trinitario fray Diego de Guzmán, buscando comparaciones en cosas y personas del Antiguo Testamento. Por eso se preguntaba: «Si tal cosa quiso Dios que fuese el vaso para encerrar el maná, de oro fino y purísimo, sin que para otro servicio hubiese sido dedicado, y tal la mesa para los panes de la proposición, y tal el arca del testamento para poner allí las tablas de la Ley, ¿cuál sería la Mujer que había de encerrar en sus purísimas entrañas al que en todas estas cosas se figuraba?»

Escribiendo desde Goa a San Ignacio de Loyola, el 20 de septiembre de 1542, suplicábase que enviase dos rosarios al gobernador de la ciudad como testimonio de afecto y de piedad. Y en la célebre carta del 15 de enero de 1544 describe su sistema de enseñarles los artículos de la fe, rezando, al terminar la explicación de cada uno: «Santa María, Madre de Jesucristo Hijo de Dios, alcanzadnos gracia de Vuestro Hijo Jesucristo para firmemente, y sin duda alguna, creer el primer artículo de la fe.» («Cartas Espirituales de San Francisco Javier», págs. 38 y 40; Madrid, 1943. En «Cartas y escritos del Santo en la B. A. C.», pág. 113.)

El nombre de la Virgen Inmaculada no se caía de los labios del gigantesco misionero y de sus catecúmenos en las dilatadas regiones de la India y del Japón.

A través de las once letras del nombre de «María Virgen», buscaba también Lope de Vega, en un juego conceptuoso de alabanzas, la figura de María. Correspondióle a Ergasto la letra M, y a continuación añadió que por esa letra se indicaba que María era la Madre de Dios, «que en esto bien sé que no diréis cosa con que podáis igualarme.» («Obras de Lope». Edic. Ribadeneyra; t. 38.)

Sólo el Hijo de Dios, escribió sentenciosamente Quevedo en un fragmento exegético sobre las bodas de Caná, escogió Madre, y así miró tanto por su decoro como por su elección. (Vid. sus «Obras», en edic. Ribadeneyra, vol. 40, pág. 348.)

A los pies de la Reina del Cielo ponían las rosas de sus elogios lo mismo los santos que los artistas, lo mismo los escritores de pluma clásica y ciceroniana que los enamorados del estilo conceptista y culterano! En la ingente selva resonaba siempre la sinfonía mariana.

RAFAEL, ARZOBISPO DE GRANADA

(1) De esta obra se ha entresacado en elegante edición la «Vida de la Virgen María», con prólogo de E. Pardo Bazán (Barcelona, 1942).

LA REVOLUCION ARGENTINA

EL PROLETARIADO

COMO

Por PEDRO LAMATA

"CUARTO ESTADO"

LA INCORPORACION DE LOS PUEBLOS A LA POLITICA

I

SE habla con frecuencia de los graves peligros que supone la incorporación activa a la política de los pueblos de las clases sociales formadas por los no poseedores, por los trabajadores por cuenta ajena, para la continuidad del régimen económico social de propiedad particular de los medios de producción y de las riquezas. Este fenómeno trascendental, que hace su aparición con el siglo y viene acusando su significado hasta constituir el hecho más característico de la centuria actual, no pudo menos de atraer la aguda curiosidad de Ortega y Gasset, que hace ya veintitantos años que daba fe del dramático acontecimiento, ofreciéndonos sus dimensiones filosóficas en brillante ensayo memorable.

Al referirnos nosotros en el presente comentario a esta importantísima característica de nuestro tiempo, hemos de limitarnos a considerar el alcance de la incorporación de «las masas» a la vida pública exclusivamente desde la vertiente de la actividad política y aun dentro de ésta a las consecuencias derivadas de la actuación solidaria del «proletariado», de la «clase social», constituida por los trabajadores por cuenta ajena. Al margen ha de quedar el significado de la actuación política «masiva» de los restantes estamentos sociales, así como la repercusión del fenómeno en otros aspectos de la vida social.

Referido a esta faceta limitada sugirió el comentario la visita realizada hace unos meses a la Argentina de Perón. Pero no tema el lector paciente ser abrumado con uno de esos relatos minuciosos, que sólo son capaces de ofrecer ciertos seres especialmente dotados de un sexto sentido, el cual les capacita para no más llegados a un país desconocido captar, con la rapidez y la precisión del objetivo fotográfico, las peculiaridades de todo orden que lo caracterizan, con sus intimas y sutiles motivaciones. A nosotros, carentes en absoluto de aquella gracia especial— aun teniendo por objeto nuestra visita conocer un aspecto muy concreto de la vida política de la República del Plata: sus organizaciones sindicales— nos faltó mucho tiempo para poder calar con la necesaria hondura en muchas cuestiones relacionadas con el sistema policosindical argentino, no obstante el mes y pico dedicado al empeño.

La conciencia desoladora de este complejo de inferioridad inmovilizó hasta ahora nuestra pluma; y si hoy nos permitimos la reflexión escrita, es por creer que el tiempo transcurrido es suficiente para haber depurado de sus matices accidentales las impresiones recibidas, atentos a los cuales incidimos con facilidad en el juicio erróneo, y que las observaciones que a estas alturas siguen afirmándose en el recuerdo con acusado carácter diferencial respondieron, sin duda, a realidades evidentes, manifiestas en el ambiente policosindical de aquel pueblo entrañable.



Muchedumbres impresionantes se congregan en las grandes ocasiones nacionales para aclamar a Perón, el hombre de la revolución argentina

Con esta especie de decantación dejamos escapar la mayor parte de las impresiones obtenidas, que han perdido a la sazón el interés de que las vimos revestidas al recibirlas. La distancia, la desambientación, las preocupaciones y los requerimientos de cada día, agostan el eco de los acontecimientos apenas transcurridos, y si mañana volvemos a ellos con intención de recordarlos los hallamos mustios, flácidos, vacíos de actualidad... Algunos acontecimientos, no obstante, superan la dura prueba del tiempo, que persistiendo firmes y arraigados, actuales. Son los vencedores de la anécdota. Los que por alcanzar la línea sin fronteras por donde discurre imperturbable el progreso de la Humanidad, rebasan el escenario que les vio nacer y superan a los actores que les dieron vida.

Así, para el comentario del panorama político-sindical ofrecido por la Argentina actual, vamos a prescindir de todo lo que nos parece adjetivo y a partir de dos hechos—casi de uno—, cuya realidad se manifiesta cada vez más evidente en nuestro recuerdo:

Afirma el primero que en la hermosa nación argentina ha tenido lugar una revolución. Una auténtica revolución, llevada a cabo bajo el Gobierno del general Perón. ¿Generosa y benemérita? ¿Expoliadora y sectaria? ¿Destinada a perdurar, proyectando su doctrina policosindical sobre otras naciones de la América hispana? ¿Condenada a frustrarse en su misma obra, a sucumbir a manos de sus propios conductores?...

Sobre el hecho escueto se ciernen juicios y pareceres para todos los gustos; lugares comunes capaces de satisfacer las pasiones, favorables o adversas, de uno u otro sectarismo. También nosotros habremos de echar nuestro cuarto a espaldas. Pero por el camino que mejor nos resguarde del juicio apasionado, huyendo del lugar común, a riesgo de dejar insatisfechos a quienes buscan la diatriba o el panegírico a ultranza. Cerremos antes el planteamiento concretando el segundo de los hechos aludidos.

La incorporación activa del proletariado a las actividades políticas; la irrupción de las clases trabajadoras en el primer plano de la vida social, en los escaños tradicionalmente reservados a la «clase dirigente». He ahí el segundo hecho; la característica más notable de la revolución argentina. También en su torno silban como venablos los pareceres contradictorios. Para éstos significa «el comienzo del futuro», la iniciación de una nueva era, en la que una clase de hombres aherroja-

dos por el mundo capitalista alcanza su dignificación. Para aquéllos representa, en cambio, un acontecimiento desolador: la invasión subversiva de los bárbaros de nuestro tiempo, de las clases indotadas, inferiores, destinada a terminar con todas las formas nobles y elevadas de la vida social.

COMPARACION CON LA SITUACION ANTERIOR

La visión inmediata y directa de la vida europea, como término de comparación para valorar la revolución argentina, constituye un dato recusable, cuya estimación indiscriminada nos arrastraría a obtener conclusiones equivocadas y absurdas. Hasta 1945— aun teniendo en cuenta la labor realizada desde la Secretaría de Previsión por el entonces coronel Perón— las condiciones de trabajo de los asalariados en la República del Plata el standard of life de las clases trabajadoras y la consideración social que merecían de la sociedad porteña no guardan la menor relación de identidad, ni aun de semejanza, con las condiciones de trabajo, el nivel medio de vida y la consideración social alcanzados en las mismas fechas por los trabajadores por cuenta ajena en cualquier país europeo.

La semejanza, el antecedente, hay que buscarlo en todo caso en los restantes países hispanoamericanos. De lo que era la situación social, económica y política, de tales pueblos en 1945 y aun de lo que es en la actualidad en muchos de ellos, habrá que partir para considerar lo avanzado en estos años fecundos de Gobierno peronista. La política de seguridad social conseguida en aquel tiempo en la generalidad de los pueblos europeos, era incomparablemente más amplia y beneficiosa que la obtenida por las clases asalariadas de los pueblos de allende el Atlántico, en los que las características peculiares de tales pueblos, de las formas de explotación de sus riquezas y de los mismos empresarios y obreros, inmigrantes en buena parte, venían imponiendo, como el único admisible, el sistema de libre contratación laboral, de la oferta y la demanda determinando el precio para la mano de obra, como para cualquier otra mercancía.

El sistema propio y preferido por el capitalismo para establecer las condiciones de trabajo de los asalariados es, sin duda, el de libre contratación. A su prácti-

ca limitada debe el capitalismo sus mejores triunfos y los capitalistas sus ganancias más pingües. Pero a su práctica ilimitada también deben los trabajadores por cuenta ajena la época de su mayor miseria, de su explotación más inhumana, de su desamparo más desolador. Y si en los pueblos de la vieja Europa la acción sindical y política del proletariado había cortado en seco hacia tiempo la carrera desenfrenada de la libre contratación de la mano de obra, en la República Argentina, en cambio, aun campeaba por sus respetos en la mayor parte de las actividades, hasta que la acción sindical de los gremios amparados y tutelados desde la Secretaría de Trabajo y Previsión hizo imposible la libertad omnimoda de los fuertes en la contratación laboral.

Sin la existencia de la situación propicia a todos los abusos y a todas las imposiciones en beneficio de los poderosos que lleva consigo la libre contratación del trabajo, no sería comprensible la generalizada actitud de los sectores empresariales, opuestos a la política peronista, a la que suelen calificar de comunizante y de sectaria, de lesiva para sus intereses legítimos y para el desarrollo conveniente de la economía nacional. Porque cuando abrumados por las diatribas de los

enemigos de la revolución peronista os decidís a examinar la situación caótica de las empresas, observáls con sorpresa que ésta no es peor, no mucho menos, que la que arrostran en nuestro tiempo las empresas de cualquier país europeo. Ni la au-

toridad del patrono respecto a la disciplina laboral del personal empleado y a la potestativa organización óptima de la empresa, con miras a los mejores rendimientos de la explotación, ni la libertad de producir ni la cuantía de la retribución directa e indirecta de la mano de obra ni, en definitiva, la propia rentabilidad de los capitales invertidos en las explotaciones...

Ninguno de esos factores, reveladores del «clima» favorable u hostil que preside el desenvolvimiento empresarial, ofrece ventajas para Inglaterra o Francia o Italia, comparadas con la Argentina de Perón. ¡Para sí lo quisieran la mayor parte de las empresas europeas!, fué nuestra exclamación cuando el gerente de una gran empresa anónima nos revelaba que el dividendo medio anual obtenido por el capital empresarial en aquellos últimos años «calamitosos» era de un doce por ciento. Y nos aseguramos de que el ejemplo no constituía excepción, si no que podía aceptarse como muestra promediada y válida.

En, por tanto, la comparación, no con la situación ofrecida al desarrollo de los negocios en la generalidad de los países europeos en nuestra época, sino con la situación anterior «disfrutada» en la República Argentina; con las condiciones de vida y de trabajo ofrecidas a las clases trabajadoras argentinas hasta el advenimiento al Poder del general Perón; con esas mismas condiciones de vida y de trabajo que aun ahora pueden prevalecer en algunos otros países sudamericanos como supervivencia forzada y anacrónica de los excesos liberalistas más procaces, con los que se confunden los fuertes brotes de una especie de explotación colonial de las riquezas, hasta



Perón contempla los trabajos que realizan los alumnos de una escuela técnica

hace algunos años desconocida en aquellos pueblos de habla castellana.

Con tales situaciones, condenables por los privilegios que amparan y la injusticia que entrañan, ha de hacerse la comparación para que sea posible tachar de demagógico y de subversivo, de expoliador de los intereses de las clases empresarias, al régimen político económico de la Argentina actual. Y la misma conclusión obtendremos por el extremo opuesto.

LA REIVINDICACION DE LAS CLASES LABORIOSAS

En efecto. Trasladándonos al extremo opuesto, véndonos a observar la reacción producida por la revolución peronista en las clases asalariadas, nos hallamos ante idéntica reacción exagerada y extremosa, aunque manifestada ahora en sentido radicalmente contrario. Para las clases trabajadoras, para todos aquellos individuos cuyas varias actividades se retribuyen con un sueldo o jornal, y aun para la mayor parte de los pertenecientes a profesiones liberales, la revolución equivale a la reivindicación de las clases laboriosas.

Para estos extensos sectores sociales la obra más tangible y material de la revolución, la que vino a cambiar las condiciones de vida y de trabajo del trabajador por cuenta ajena—jornada legal y retribución laboral, previsión social, asistencia sanitaria, vacaciones y descansos, viviendas de renta módica, asistencia a la niñez y a la ancianidad, etcétera—representa el bienestar y la dignificación de los hijos del trabajo, y con este significado la acogen, la celebran y la agradecen.

Con evidente exageración a juicio del observador europeo, porque todas esas ventajas ofrecidas a los asalariados por la revolución argentina, son conquistas universalmente aceptadas por los países civilizados en nuestro tiempo, que no le son negadas al proletariado de ninguno de los países de la Europa occidental. Pero, no obstante—y aquí la diferencia, la supuesta exageración—, las clases trabajadoras sujetas a salario de los pueblos europeos no celebran, ni agradecen, ni se muestran satisfechas, del bienestar que les ofrecen las realizaciones de la política de seguridad social. ¡Noble agradecimiento del proletariado argentino frente a un pecado de ingratitud por parte del proletariado de todos aquellos países europeos!

No es creíble. Más verosímil, la consecuencia distinta que produce también en este caso el distinto término de comparación. Para las clases asalariadas de los pueblos de la vieja Europa, la conquista del bienestar que representan los logros alcanzados actualmente con la socialpolitik se diluye a través de sesenta años de reivindicaciones paulatinas e ininterrumpidas. Para los trabajadores argentinos, el tránsito hubo de ser incomparablemente más brusco y radical, saltando casi de la nada a unas condiciones de trabajo, discutibles siempre; pero tolerables y humanas. Las mismas

a las que llegaban los trabajadores europeos desde escalones sucesivos, no ya sensiblemente iguales al precedente, sino, incluso, más deseables los anteriores en ocasiones, cuando la elevación del costo de vida supera la cuantía de los aumentos de retribución laboral.

Ahí, sin duda, la razón de esa actitud entusiasta, satisfecha, de identificación de las clases asalariadas argentinas con las realizaciones sociales alcanzadas bajo el Gobierno del general Perón, que despierta en el visitante europeo el asombro admirativo. Aparte otros motivos más sutiles—a los que después nos referiremos—que justifican por sí solos el entusiasmo y la vinculación del proletariado a la revolución peronista. Pero tales motivos, de más noble y espiritual naturaleza, escapan aún hoy a la percepción de la generalidad de las gentes, aunque acaso dando lugar a un sentimiento subconsciente de adivinación por parte de los grandes sectores sociales favorecidos.

Más esta misma estimación extremosa del hecho revolucionario, tanto por parte de las clases patronales, que lo condenan, como por parte de los trabajadores por cuenta ajena, que lo glorifican, coincide por ambas partes en el reconocimiento tácito de la enorme distancia salvada por la revolución en el camino de las reivindicaciones sociales y de la transformación del orden capitalista, no obstante que la línea alcanzada por la revolución argentina no supere la línea alcanzada en el mismo camino por los pueblos europeos. Pero, de no haber sido tan distante en este caso el punto de partida, no se hubiera manifestado el entusiasmo y la indignación que gritan a flor de piel a todo el que quiere escucharlo en uno y en otro de los dos grandes sectores de la vida laboral argentina...

Ni nuestra afirmación de la autenticidad de la revolución peronista hubiera podido ser tan terminante. Las estadísticas, las cifras demostrativas de lo realizado bajo la égida del general Perón en todos los órdenes de la actividad pública, hubieran tenido que venir en nuestra ayuda. Así nos acogemos a la realidad abstracta, esencial, que comprende todo lo hecho por el régimen; pero que es mucho más que todo lo hecho. A quienes pueda interesar lo realizado por la revolución en cualquier aspecto concreto: expansión industrial, recuperación de patrimonio en manos de capitales extranjeros, revalorización de productos nacionales exportables, obras públicas, viviendas, talleres escuela, servicios sanitarios, enseñanza, asistencia social, etcétera, etc., en los dos Planes Quinquenales y en el magnífico resumen publicado en Buenos Aires, año 1950, bajo el título «La Nación Argentina. Justa, Libre, Soberana», podrán hallar cumplida referencia. A nosotros nos basta la constancia de la profunda transformación social habida—la constancia de la auténtica revolución—para pasar a buscar su característica más notable y trascendente.

(Continuará.)

Homenaje a Fernando Pérez Guerra

FERNANDO Pérez Guerra nació en El Ferrol del Caudillo en 1910 y murió dramáticamente en un accidente de circulación en 1951. Licenciado en Derecho y hombre de vastísima cultura, Fernando Pérez Guerra fué también un inspirado poeta, que escribió en castellano y en gallego poemas llenos de intensidad emocional. Una muestra de ellos son los titulados «Es casi madrugada», «Allí, en donde el sol» y «... junto las manos», que se publican en el número 25 de «POESIA ESPAÑOLA», que acaba de ponerse a la venta.

Pida un ejemplar a la Administración de «POESIA ESPAÑOLA», Pinar, 5, Madrid

LAS MINAS DE ASTURIAS

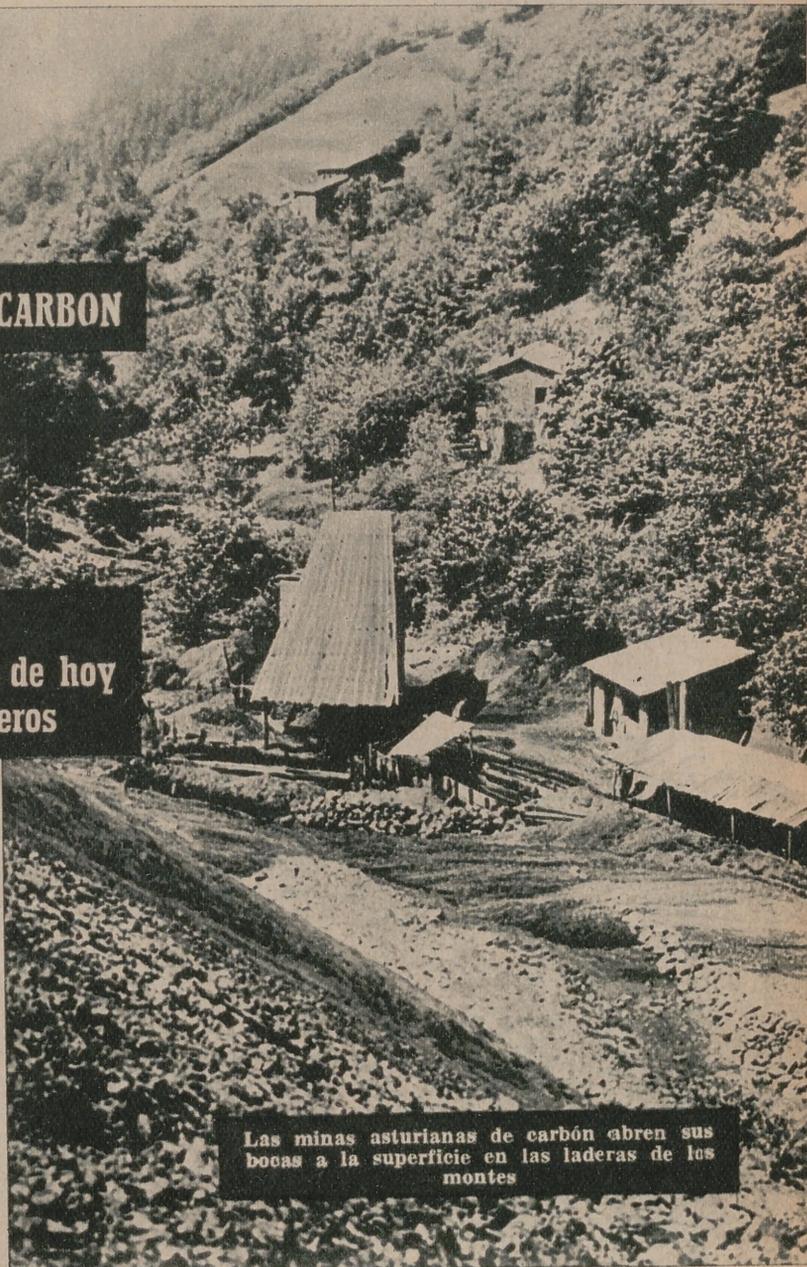
Están dando las dos terceras partes de la producción nacional

CADA AÑO DAN MAS CARBON

Algunos métodos más modernos de explotación no son aplicables aquí

Un problema grave: Los jóvenes asturianos de hoy no quieren ser mineros

MIS primeras impresiones de la cuenca minera del Nalón fueron, naturalmente, «de superficie». Era la tarde de un domingo cuando llegué a Sama de Langreo y ese día no me fué posible hacer otra cosa que ver cómo se divertían —del modo mesurado y apacible que ya conté a los lectores de EL ESPAÑOL— los mineros. El lunes realicé el primer intento para que se me permitiese el acceso a una mina, pero ni aun la mediación cordial del director del Sanatorio Adaro —establecimiento ejemplar del que también hablé ya en estas páginas— evitó que mi experiencia minera «de profundidad fuese diferida hasta la jornada siguiente. El descenso a las minas tiene, por lo visto, unos horarios estrictos, que—salvo en casos de excepcional urgencia—, no se vulneran por ninguna causa. Para añadirle más razones a su corte, pero irreductible negativa, el ingeniero-director de la Compañía Anónima de Carbones Asturianos, don Sebastián Sáenz de Santa María, me aseguró que únicamente el martes podría acompañarme en mi subterránea expedición un capataz expertísimo, al cual había de ser fiada mi seguridad. No hubo, pues, otro remedio que resignarse. Y la verdad es que no tengo ningún motivo para arrepentirme de haber esperado al martes. La compañía de Francisco Suárez, capataz-jefe de Carbones Asturianos, bien vale esta espera. Es un hombre de contextura apaisada, que se reserva su elocuencia para cuando tiene que decir algo que merece la pena. El me facilitó el traje mahón y las botas de agua con que bajé al pozo. Después me aconsejó que me pusiese un casco que, visto en la cabeza del capataz—yo no tu-



Las minas asturianas de carbón abren sus bocas a la superficie en las laderas de los montes

ve la proletaria coquetería de contemplarme al espejo vestido de minero—, le daba cierto aire de parecido con una foto de Guillermo Apollinaire, muy difundida hace veinte años, en la que aparecía con el uniforme de campaña de los soldados franceses de la primera guerra mundial.

NO SE ADMITEN RECLAMACIONES

A las nueve y media de la mañana el corazón se halla en una sazón de juventud e intrepidez como para que uno sea capaz de firmar, sin que le tiemble el pulso, un impreso en virtud del cual renuncia, por sí y por los suyos, a todo género de indemnización en el caso de que la exploración minera no tenga el buen desenlace que se espera. El capataz sigue con atención los rasgos de mi estilográfica sobre el papel, y cuando se lo entrego lo guarda

cuidadosamente en una carpeta.

Desde una ventana de la oficina veo, moviéndose en torno al castillete del pozo, grupos de mineros que esperan la hora de su entrada a la explotación. Hace una mañana cenicienta, con llovizna a ratos, pero la temperatura es benigna. El pozo está en un punto dominante, y abajo se ve el tizne carbonero del caserío de Ciaño. Suben y bajan cadenas de vagonetas, a las que de ahora en adelante llamaremos «chapas», para que nuestro lenguaje rinda a la autenticidad de las expresiones mineras el acatamiento debido.

Todavía hemos de esperar unos minutos hasta que suba la «jaula» que ha de llevarnos a las galerías del pozo. Aprovecho este rato para ir, en compañía de un joven ingeniero, Antonio Sacristán, a visitar la nave de máquinas. Allí defendemos penosamente

te el diálogo, en medio del ruido de un grupo «Leonard» que mueve un motor de corriente continua de 1.000 caballos de fuerza, ayudado eficazmente en el estrepito por tres compresores de una potencia total de 1.015 HP, que suministran el aire comprimido destinado a las máquinas neumáticas y a las instalaciones de la ventilación secundaria.

EN SAMA DE LANGREO SE HA PUESTO EL SOL

Son las diez cuando entramos en la «jaula»—el ingeniero-director me ha dicho que ellos no me perdonarían jamás que a las «jaulas» las designase con el término impropio, urbano y confortable de «ascensor», que nos conduce a la planta tercera. Antes, el capataz ha encendido la lámpara eléctrica que he de llevar yo, mientras que él—cuya rigurosa previsión, no refutada por la audacia en el momento justo, le ha permitido mantener en blanco, después de treinta y cinco años de trabajo en la mina, su capítulo personal de accidentes—carga con dos, una de ellas de gasolina. Sé que los mineros prefieren las lámparas de gasolina, porque—según me ha dicho el director del Sanatorio Adaro—, detectan mejor el grisú que las eléctricas.

Acaso sea demasiado truculento y como de novela rosa al revés llamarle a la mina el reino de las tinieblas. Lo de «boca de lobo» me parece todavía peor, más ineficaz y trasnochado. Conviendría hallar—aunque comprendo que será difícil y para mí imposible—una frase que expresase con un mínimo de propiedad y justeza la condición abrumadora y dramática de este mundo ciego. Me acomete de un modo súbito, a los primeros pasos chapoteando por el fango de la galería, la convicción de que en estos túneles tenebrosos voy a hacer algo así como un cambio de piel espiritual. Me parece que ya, después de esta experiencia, voy a contemplar el mundo «de arriba» de otro modo.

Sin duda, engolfado en un género de reflexiones bien diferentes de las mías, va delante de mí, dándome voces de advertencia, el capataz. Gracias a los gritos de Francisco Suárez y al caso que él me facilitó no me he dejado media cabeza en alguna de las trabancas de la galería, por la que, a largos trechos, he tenido que andar encorvado.

A cada poco, el capataz me repite una pregunta:

—¿Cuánto cree que llevamos andado?

Me equivoco siempre en el cálculo, porque con este lento chapoteo es muy difícil para mí determinar los cientos de metros que hemos andado.

Vienen unas «chapas» en dirección contraria a la nuestra. Nos pegamos a la pared para dejarles paso. El capataz advierte que un minero viaja de pie en una de las «chapas». Y le grita al conductor del pequeño convoy, del que tira una mula:

—¿No sabe usted que no se puede ir en las «chapas» y menos de pie?

El interpelado no encuentra modo de disculparse. El capataz, volviéndose a mí, me dice:

—Ya ve usted cómo éstos se juegan la piel. Al menor descuido, el que va de pie en la «chapa» puede dejarse la cabeza pegada a una trabanca.

Cuando hemos avanzado algo así como medio kilómetro nos desviamos de la galería central y nos metemos en un recodo donde hay dos hombres preparando la roca para introducir los barrenos. Uno de ellos lleva pendiente del cuello la careta que debería protegerle la nariz y la boca. Nueva filípica del capataz. Cuando nos alejamos de los barrenistas, Francisco Suárez comenta:

—No hay manera de hacerles entrar en el carril. Con decirle a usted que el otro día fué hallado un paquete de tabaco en el bolsillo de un barrenista...

—¿Qué hacen las Empresas cuando tienen noticia de una falta de esa naturaleza?

—Despedir fulminantemente al que la comete.

Unos minutos antes, el ingeniero don Antonio Sacristán nos había dicho que la preocupación fundamental de las Empresas mineras es la seguridad de sus obreros. Pero, por lo visto, este celo se estrella contra el sentido deportivo del peligro que, en general, tienen los mineros. Hay un dato bastante significativo: cerca del noventa por 100 de los accidentes se producen en los yacimientos por imprudencia de los trabajadores.

DESCENSO POR TOBOGAN CON «TRAMPINA» AL FINAL

—Usted querrá ver picar, claro...

—Sí, yo quiero verlo casi todo. Estamos a ciento y pico de me-

tros de profundidad y hemos andado cerca de un kilómetro. Vamos ahora—son ya más de las once— a llegar hasta la explotación propiamente dicha. Hasta el momento no he visto—salvo si se cuenta el polvo que flota en el aire— ni un kilo de carbón.

El capataz ha llamado a un obrero para que me ayude en el descenso hacia el taller. Empiezo a bajar por una especie de tobogán alucinante. A mis espaldas, el capataz alumbra con sus dos lámparas. La explotación está en disposición transversal. Para que nos entendamos mejor diré que tiene la forma de una escalera invertida. Menos mal que poseo una inclinación de 50 grados y puedo ayudarme con las espaldas, deslizándome por un cauce fangoso de carbón y tierra.

Me parece bastante difícil poder darle al lector idea de este encajonamiento. Nos hemos colado por una como jaula cuadrangular, formada con rollos de madera que distan entre sí un metro, y a veces algo menos. A ratos da la impresión de que uno está metido dentro del armazón de un enorme ataúd. A trancas y barrancas—y la expresión aquí es justísima—llego hasta el lugar donde está la capa en explotación. Calculo que tiene una potencia de un metro. No han dado aún el aire para las máquinas, y el picador espera junto a mí con el martillo neumático terciado sobre el brazo izquierdo. La temperatura del pozo debe ser de 20 a 22 grados. El aire produce la sensación de que es tan espeso y turbio como las aguas del Nalón. Descanso sobre las espaldas y tengo sobre mí, a una altura de unos 20 centímetros encima de la cabeza, una enorme losa de roca que rezuma una humedad bituminosa. Por olvidarme un poco de todo esto le pregunto al picador:

—¿Cuántos años tiene usted?

—Veintiuno.

—¿Lleva muchos en la mina?

—Entré de «guaje». Después fui ayudante de picador. Tenía diecisiete años cuando me pareció que valía para picar, y me puse a ello:

El capataz le advierte al picador:

—Oye, ese «mampostero» me parece una «trampina». No está seguro.

El picador tienta el «mampostero», que se halla exactamente en el lugar donde él tiene que meter el martillo, y dictamina:

—No hay caso; está firme.

El capataz hace con la cabeza un gesto de duda.

Han dado aire para las máquinas. Empieza a funcionar el martillo. Los bloques de carbón van cayendo ante mí con un reflejo oscuro y se deslizan con ruido por la canaleta. De pronto, el «mampostero» que había sido señalado como peligroso por el capataz se derrumba bajo el peso de una enorme laja de carbón, que «afelta»—valga este término del «argot» automovilista—al picador. Este inmoviliza un instante el martillo y nadie dice una palabra. El capataz da por terminada mi experiencia y me invita a seguir bajando. Cuando ya nos hemos alejado un par de metros

Un minero reparando un cable en una galería



del picador, el capataz rezonga con un tono de reproche casi paternal:

—Ya decía yo que era una «trampina», una «trampina». Pero no hacéis caso...

UN CISNEROS ABULENSE CUYOS PODERES SON LA DINAMITA

Francisco Suárez me revela que en el pozo hay un barrenista sensacional, un hombre que maneja la dinamita como nadie.

—Y el caso es—añade, completando la semblanza—que se trata del hombre más «ruin» que usted haya podido ver nunca. Pero arranca, por término medio, 40 metros de roca al mes.

Nos dirigimos al lugar donde trabaja el barrenista. Voy otra vez doblándome bajo las trabancas de la galería, pero esto ya es mucho más soportable que el descenso por el trampolín del taller.

Nota que una de las cosas curiosas de la mina es que no tiene ruidos aislados, sino un fragor unitario, un orquestado mugido de monstruo, como una respiración oceánica.

Sorprendemos al barrenista sin la careta protectora. Se disculpa diciendo que se la quitó sólo por un instante para hacer no sé qué cosa especial.

Es un hombre cincuentón, casi esquelético, de mediana estatura y hasta con aire de tener poca salud. Nos saluda sonriente, mientras el capataz le echa el chorro de luz de una lámpara sobre la cara. Me doy cuenta de que habla un castellano limpio, sin ningún matiz dialectal.

—¿De dónde es usted?

—De Avila.

—¿Cómo se llama?

—Claudio Cisneros Soto.

—¿Hace mucho que es barrenista?

—Más bien poco: unos doce años. Pero ya antes de venir a la mina había andado siempre con la dinamita en las canteras de mi tierra.

Nos estrechamos la mano reciamente. Sobre la música de fondo del chapoteo de mis botas en el agua de la galería voy pensando que este Cisneros abulense, de cincuenta y cinco años, y cuyos poderes son la dinamita, es sin duda un hombre ejemplar.

DE PAN TAMBIEN VIVE EL HOMBRE

El pozo tiene 260 metros de profundidad. Por sus siete galerías andan unos 1.400 obreros. Quiero saber en cuántas especialidades laborales se diversifica el trabajo de la mina y también qué salarios corresponden a cada una de ellas. Y obtengo amplios datos.

Los picadores, de cuya labor he hablado unas líneas más arriba, trabajan a destajo. La unidad de destajo para estos especialistas se determina así: cinco metros verticales de la capa, uno de profundidad y el ancho o potencia que dé la veta. Este es el metro minero para picadores, por el cual perciben unas 80 pesetas. Se le puede llamar buen picador, ca-

si picador excepcional, al que extrae un metro de carbón al día.

El cometido de los llamados ramperos consiste en palear el carbón. Perciben un salario equivalente al promedio de los destajos de los picadores de su grupo. Los posteadores, encargados de poner la madera de mina en los talleres de arranque, son asalariados por el mismo sistema que los ramperos.

Al barrenista se le paga de acuerdo con la dureza de la roca que tiene que dinamitar. Por cada metro de avance suele percibir 250 pesetas, de las que se le descuenta el importe de la dinamita, proporcionada a crédito por la Empresa. El lector sabe ya, por lo que he dicho antes hablando del abulense Cisneros, que al barrenista capaz de obtener 40 metros de avance al mes se le considera entre sus propios compañeros de trabajo como una criatura casi fabulosa.

La tarea de los vagoneros consiste en hacer la maniobra de escombros para el relleno de los talleres, y perciben por término medio 40 pesetas al día.

El entibador coloca la madera destinada a la conservación de las galerías, faena por la que cobra de 40 a 50 pesetas diarias.

De 30 a 40 pesetas ganan los caballistas, encargados de conducir una mula de las dedicadas al arrastre de los vagones desde los talleres de arranque hasta el pozo de extracción; los tuberos, a quienes está encomendado el tendido y conservación de las conducciones de aire comprimido; los camineros, que montan y cuidan las vías.

Las Empresas dan a cada obrero cabeza de familia, todos los meses, un vale gratuito por 300 kilos de carbón.

LOS MOZOS ASTURIANOS DE AHORA NO QUIEREN SER MINEROS

Hemos desandado los 60 metros que nos separaban de la entrada de la galería. Ahora, lejos del taller, podemos ya dialogar sin necesidad de forzar el tono. El capataz pide «jaula vacía», y yo consulto el reloj en el momento en que empezamos a subir: hemos estado dentro del pozo durante tres horas largas.

Ya en su vivienda, el capataz me pregunta si quiero ducharme. Acepto. Advierto que mi piel segrega en esta ocasión un líquido del mismo color del que emplea para redactar sus planfletos un animalito al que Julio Camba llamó una vez en «El Sol» «nuestro querido compañero en la Prensa submarina»: el calamar.

El capataz es un hombre de estupenda generosidad, y después de la ducha me sirve una copa de coñac. Observo que él no bebe y pido explicaciones.

—Yo no bebo casi nunca. Si acaso, los domingos, después de misa, echo unos «cullines» de sidra en cualquier «chigre» de Sama.

Después de esta declaración de sobriedad, el capataz vuelve al tema de la mina:

—Puede decir que ahora Asturias apenas si da mineros.



Picadores y entibadores realizan su delicado trabajo en el taller de la mina

—No entiendo.

—Ahora me va a entender: llevo cuatro años de capataz-jefe en esta mina, y durante todo este tiempo no he fillado ni siquiera a 20 mineros del país.

—¿Por qué cree usted que los mozos asturianos de ahora le escurren el bulto a la mina?

—La gente joven busca hoy labores más cómodas en las que haya menos peligros. Se van a los oficios que permiten ver el sol durante todo el día.

—¿De dónde viene ahora la gente a las minas?

—De todas partes, pero son pocos los que conocen el oficio. Se meten en la mina sin tener idea de lo que es, atraídos por los salarios. Muchos de ellos, a los pocos días de bajar al pozo piden que se les dé trabajo arriba, porque en las galerías no aguantan.

—¿Qué región envía ahora más mineros a Asturias,

—Andalucía. Pero de los que



En Sama de Langreo se celebran todos los años concursos nacionales de entibado de minas, a los que concurren mineros de toda España

vienen de fuera, los mejores son los gallegos. Los gallegos tienen mucha correa, son duros.

UN OFICIO NO APTO PARA CARDIACOS: EL DE LOS «PENITENTES»

Paso al despacho del ingeniero don Antonio Sacristán, y mientras llega el coche que ha de conducirnos a Ciaño charlamos. Hablamos de la producción de este pozo, y el señor Sacristán me da la cifra diaria: 602 toneladas. Esta mina ocupa, dentro del cuadro total de la producción de las minas asturianas, el séptimo lugar. Las estadísticas referentes a 1952 consignan los siguientes datos: Duro-Felguera, 1.874.000 toneladas; Hulleras de Turón, 746.000; Hullera Española, 714.000; Fábrica de Mieres, 515.000; Langreo y Siero, 330.000; La Camocha, 250.000; Carbones Asturianos, 220.000. Sumado el rendimiento de otros varios yacimientos a las cifras dadas se llega a 7.203.000 toneladas, producción global de Asturias en 1952.

Soslayo las estadísticas y me voy a un tema que, desde que llegué a la cuenca, me escarabajea en la curiosidad: el grisú. Pregunto sobre esto sin la menor ingenuidad sensacionalista, sino, por el contrario, con la seguridad de que incurro en el tópico. Pero el caso es que el tópico suele ser un imperativo periodístico ineludible. Y hay que servirlo con espíritu de humildad.

—Para prevenir las explosiones de grisú—me dice don Antonio Sacristán—funciona en el pozo un ventilador con motor de cien caballos, que produce 30 metros cúbicos por segundo, cuya finalidad—aparte la de proporcionar aire suficiente para personas, caballerías y máquinas neumáticas—es la de evitar que la presencia del metano en la atmósfera alcance proporciones peligrosas. Como usted sabe, la proporción de 2,50 a 14 por 100 de metano en el aire produce la explosión de grisú; si se rebasa esa proporción resulta combustible, pero se neutraliza su capacidad de explosión.

No hay modo de que el ingeniero y el capataz se pongan de acuerdo respecto a la fecha en que los llamados «penitentes» cumplan en el fondo de las minas todo su tremendo cometido. El señor Sacristán habla de más de cien años. Parece, sin embargo, que, sea cuando fuere, los «penitentes» existieron. Eran probablemente condenados a muerte o a largas penas de encierro, que se libraban de cumplir el castigo a cambio de dedicarse en las

minas a recorrer las galerías con una lámpara de llama descubierta, buscando el grisú. Es seguro que el lector se imagina—e imagina bien—que los «penitentes» no solían morir de viejos...

LA OPINION DE UN TECNICO

A las dos de la tarde salimos para Ciaño, donde todavía hemos de entrevistarnos nuevamente con el ingeniero-director de Carbones Asturianos.

La llovizna ha empapado la tierra y el coche se desliza por un fangal. Por un puente muy estrecho cruzamos un riachuelo de aguas revueltas y negras. Es un riachuelo minero, que se aprovecha en el lavadero del pozo, pero su funcionalismo no le impide cantar con discreta voz bucólica, por cierto levemente inadecuada al ambiente.

El ingeniero-director contaba conmigo a las doce del día, pero mi permanencia en la mina se ha prolongado en términos que me han alejado bastante del cumplimiento exacto de la cita. Pese a que es muy tarde, don Sebastián Sáenz tiene la cortesía de disimular su prisa. Y sin un solo gesto de impaciencia soporta mis preguntas.

—¿Qué hay de cierto en la afirmación de que la producción de hulla atraviesa en Asturias una etapa de crisis?

—Si usted recoge unos datos estadísticos que yo le puedo facilitar ahora mismo, comprobara que esa afirmación, por generalizada que sea, no tiene demasiado fundamento.

—¿Qué dicen las estadísticas?

—Que en 1949 la producción de hulla en las minas asturianas ha sido de 6.218.000 toneladas; en 1950, de 6.511.000; en 1951, de 6.744.000, y en 1952, de 7.203.000.

—¿Le parece a usted dalgo lento el ritmo de esa progresión?

—A mí, no. Quien conozca los problemas profundos de la industria minera de Asturias sabe que hay múltiples causas que impiden obtener más rápidos aumentos de producción.

—¿Puede usted señalarme algunas de estas causas?

—La llamada «cuenca carbonífera asturiana» ha estado sometida a una serie de empujes y plegamientos geológicos que la hacen aparecer dislocada, trastornada e interrumpida en muchas de sus zonas.

—Esos fenómenos, ¿qué reflejo tienen en la producción?

—Como consecuencia de ellos, las capas explotables, por su verticalidad, su fallas frecuentemente repetidas con corridas muy

cortas entre saltos sucesivos y su escasa potencia, no se prestan bien a la adopción en las minas asturianas de ciertos métodos de arranque, de alto rendimiento, que son de aplicación normal en los yacimientos de otros países. Sería ilusorio creer que, hoy por hoy, la mayoría de los yacimientos de hulla asturianos puedan ser explotados mediante el empleo de otros medios de arranque que el clásico martillo picador accionado por aire comprimido.

—La escasez de picadores, ¿constituye realmente un problema para las Empresas?

—Es evidente que la plantilla de picadores no aumenta en la proporción ni con la rapidez que las Empresas mineras desean. Se trata de un trabajo delicado y penoso, para el cual, puesto que requiere un aprendizaje largo, no sirve cualquier recién llegado.

Son las tres menos minutos, y ahora es ya algo más imperativo que la simple prisa—el apetito—lo que nos fuerza a dar por terminada la entrevista. En el modo cómo aprieta el acelerador se le nota al chófer que también su estómago reclama la fabada con urgencia.

DIRECCION UNICA: LA JUSTICIA SOCIAL

En un reportaje anterior les hablé a ustedes del Sanatorio Adaro, para mineros, sostenido por una mancomunidad sanitaria integrada por 15 Empresas, que han invertido hasta ahora en tal establecimiento cinco millones de pesetas.

El Sanatorio es realmente ejemplar. Del mismo modo que es ejemplar—aparte de que lo sean también en su función los Centros subvencionados—el hecho de que varias Empresas sostengan escuelas destinadas a los hijos de los mineros. Así—por citar un caso entre muchos—la Duro-Felguera, Carbones Asturianos y Carbones La Nueva subvencionan el Colegio de San Antonio, para hijos de mineros, dirigido por hermanos de la Doctrina Cristiana. Estas tres mismas Empresas sostienen el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, para las hijas de los mineros, regentado por hermanas de la Caridad.

He entrado en unas viviendas limpias, alegres, espaciosas, construidas por las Empresas para sus obreros, y cuya renta ha sido fijada a razón de 15 pesetas por cama y mesa. De modo que el minero que habita una casa de nueva planta con cuatro dormitorios paga 60 pesetas de alquiler.

Cuando regresaba desde Sama a Oviedo en automóvil vi, al llegar a La Felguera, un enorme bloque de viviendas en construcción, situado al borde de la carretera general. Frente al bloque había un gran letrero sostenido por dos columnas de hierro en el que se puede leer lo siguiente: «Instituto Nacional de la Vivienda.—124 viviendas para mineros.»

Aquel letrero me pareció a mí el indicador de un rumbo trascendental. El rumbo de un pueblo que va a buena marcha hacia una meta suprema e irrenunciable: la justicia social.

Carlos RIVERO
(Enviado especial.)

INGLATERRA Y EL MITO DE LA SUPERIORIDAD RACIAL

GENTES DE COLOR EN LAS CIUDADES DE LA METROPOLI

UN SISTEMA DE COLONIZACION FEUDAL A CONTRAPELO DE NUESTRA EPOCA

1.—LA HORA DE LA COSECHA

INGLATERRA, como los demás países coloniales, está comenzando a sufrir las consecuencias de su política de discriminación racial; en todo el mundo los indigenas, que han sido tenidos a raya únicamente por causa del color de su piel, están comenzando a dar dolores de cabeza a sus dominadores. Más aun: al paso que vamos, si no se le pone remedio rápido y eficaz, bien es posible que estemos sembrando las semillas de una futura guerra a muerte entre los blancos y los millones y millones de amarillos y negros.

El Imperio británico cuenta con 50.000.000 de súbditos de color, los cuales están siendo insultados diariamente por una minoría de cortos de vista que no comprenden que el poder de que uno goza hoy debe ser empleado en procurar que siga intacto mañana.

Hasta justo antes de que los ingleses abandonasen la India los administradores blancos miraban por encima del hombro a los hindúes y los parsis, a pesar de que muchos de ellos les daban ciento y raya en cultura y civilización. Cuando lady Mountbatten se dejó fotografiar abrazando al primer Presidente de la República india, media Inglaterra se llevó las manos a la cabeza, y aun ahora sólo se tolera a Presidentes y políticos de color de forma pu-

ramente oficial y etiquetera, a pesar de los continuos esfuerzos de las autoridades para que este estado de cosas deje de existir.

Los partidarios de la discriminación racial alegan que el negro es inferior moral y socialmente al blanco; pero, según los doctores, no hay tal. Aparte de la forma del cráneo y el color de la piel, el negro tiene exactamente las mismas posibilidades que el blanco, y su cerebro ciertamente es el mismo. De los amarillos, no digamos; el Japón, durante la guerra pasada, dió al traste para siempre con la tan cacareada superioridad del hombre blanco sobre los de otros colores.

En todo caso está más que demostrado que el complejo de superioridad racial es puro fruto del miedo, de la desconfianza o, muy a menudo, de la sensación de inferioridad esa que lleva a los tontos a chillar más alto, o a los incultos a echar mano a la pistola; es su única forma de que les den la razón cuando no la tienen.

2.—EL COMPLEJO DE LA HORDA

Corre por estos Londres un chiste muy conocido. Preguntado un inglés sobre si le gustaban o no los americanos que acamparon en Inglaterra durante la guerra pasada, contestó que sí, «pero

que no sabía por qué venían con ellos tantos soldados blancos».

La cosa es que al inglés medio todos los extranjeros le parecen negros, y los americanos sobre todo, aunque sean más blancos que un cuello duro.

Esta es una reacción muy corriente en los pueblos que van perdiendo la fuerza que les mantenía a flote; los ingleses, cada vez más débiles, se refugian en una especie de torre de marfil que no responde a la realidad por ningún sitio que se la mire.

En las pensiones de Londres es corriente encontrar cartelones que dicen: «No admitimos extranjeros»; o bien: «No se admite gente de color». La palabra «extranjero», en inglés, es un insulto.

Sin embargo, el patriotismo llevado a este extremo es de lo más primitivo y no dice mucho a favor de los que lo practican.

Hace cosa de dos años el Ministerio de Trabajo inglés importó un centenar de obreros italianos para que trabajasen en las minas de Gales, donde hacían falta brazos e incrementarían la producción. A los pocos días los mineros galeses se negaron resueltamente a trabajar «hasta que se fueran los extranjeros». Después de mucho tira y afloja hubo que ceder y volverlos a enviar a Italia. La queja no es que fuesen italianos o turcos, sino simplemente «que eran extranje-



ros». Los mineros galeses, como los negros africanos, no se mezclan con los extranjeros.

Hace poco un amigo mío comentaba los últimos acontecimientos de Suez, y en el curso de su explicación se refirió a los egipcios llamándoles «negritos»; para él, el resto del mundo es África. Un diputado laborista, no hace más de dos meses, calificó a la Guayana de «isla», cuando todos sabemos que es tierra firme; pero es que no se le ocurrió que para dirigir el imperio colonial mayor del mundo hiciese falta estudiar geografía colonial.

3.—AMARGURA MAL DISIMULADA

Recuerdo que hace dos años ya largos, cuando las anteriores elecciones generales, andaba yo por Picadilly con unos amigos ingleses viendo cómo iban los votos. Era de noche y nos detuvimos bajo una farola; al lado nuestro había un grupo de negros que seguían el curso de la votación con interés. Mi amigo los señaló con la punta de su bastón:

—Míralos—me dijo—. Vienen aquí a aprender para luego sublevarse.

En las colonias inglesas, sin embargo—y en la India hasta que los ingleses fueron—, no hay legislación ninguna, que yo sepa, limitando los derechos de los negros. Todo depende, más o menos, de la voluntad del gobernador británico local. Más aun: si el gobernador fuese totalmente opuesto a la discriminación racial encontraría apoyo más que sobrado en la legislación o la tradición británica, pero sólo técnicamente.

En las Bermudas, por ejemplo, la discriminación es rígida, mientras que en otras colonias cercanas apenas existe.

Durante las pasadas reuniones en las Bermudas Churchill tuvo que advertir al gobernador británico de la isla que si no invitaba a personalidades de color al banquete oficial que le dieron no asistiría; el gobernador, ni que decir tiene que se apresuró a invitar a cuantos negros encontró a mano. Pero muchos periodistas y observadores políticos negros o amarillos que habían acudido a seguir la reunión no encontraron hotel en que alojarse, a pesar de que muchos de ellos no estaban llenos.

En Londres mismo, la capital del Imperio colonial que más negros gobierna, solamente hoteles de tercerísima clase admiten huéspedes negros, no ya a hospedarse, pero ni siquiera a tomar una copa en el bar.

El ministro del Interior en Inglaterra y el de Colonias en el resto del Imperio no pueden poner fin a la cuestión, a menos que el Parlamento les conceda poderes especiales. Los hoteles son empresas particulares, y si un señor, aquí o en África, quiere dar un guateque, nadie le puede obligar a invitar solo blancos, porque su casa es suya. El ministro del Interior «tory» fué acusado en el Parlamento por los socialistas de hacer la vista gorda a la injusta discriminación racial de hoteles, cabarets y bares; respondió que él personalmente la desaprobaba muy de veras, pero que no podía hacer nada:

—Yo, cuando era ministro del Interior—replicó su contrincante laborista—, envié cartas a los hoteleros advirtiéndoles que estaba muy en desacuerdo con su modo de obrar.

—También lo he hecho yo—se justificó el atacado—, pero no tengo poderes para más.

Los hoteleros y similares responden que ellos no quieren llevarle la contraria al Gobierno, pero que si admiten negros en sus locales los blancos dejarían de ser clientes suyos, y que primero vivir y luego filosofar. Ellos, desde su punto de vista comercial, tienen razón, y volvemos a lo mismo; es el complejo de desconfianza de una muchedumbre mediocre, que necesita mantener a distancia a los débiles para seguir creyéndose fuerte. Como en los colegios, cuando uno que no es muy fuerte se dedica a pegar a los pequeños para que los demás le respeten.

Un hotelero me dijo una vez que él sólo admitía en su hotel a unos pocos («muy, muy pocos», insistió) negros, políticos bien conocidos o millonarios, pero a condición de que comiesen en sus habitaciones y no en el comedor del hotel, y no se mezclasen con los demás clientes en los salones de abajo.

4.—FEUDALISMO

Si yo acusara al Gobierno británico de todo esto, repito, cometería una gran injusticia. Las razones son muy otras. La única cosa en que el Gobierno inglés peca es en su exagerado miedo a conceder a sus ministros excesivo poder al tiempo que deja a sus gobernadores provinciales poco menos que carta blanca; el Foreign Office está muy lejos y los negros no tienen ni voz ni voto.

En estas colonias africanas y malayas los blancos viven en una atmósfera de semifeudalismo, pagando a los negros sueldos ridículos, hacinándolos en casas inmundas y concediéndoles justo los mismos derechos civiles que en Inglaterra se concede a los menores de edad.

Cuando el Mau Mau comenzó a hacer de las suyas en Kenya, muchos blancos y no pocos negros—Jomo Kenyatta, entre ellos—advirtieron que las causas de la rebelión eran fáciles de remediar, y que remediándolas el Mau Mau se vería sin seguidores. Estas causas son: los negros carecen de tierras y tienen que trabajar las de los blancos, los sueldos de los negros son ridículos al lado de las enormes ganancias de los terratenientes blancos, y luego que los blancos, predominantes política ya que no numéricamente en Kenya, están muy interesados en retardar todo lo posible la emancipación civil de los negros, y muchos incluso esperan poder emanciparse del ministerio de Colonias antes de que la metrópoli la haya llevado a cabo; de esa forma podrían continuar sometiendo a los pobres negros a una situación no ciertamente de esclavos, pero poco menos.

Cuando Oliver Lyttelton—el actual ministro de Colonias, macizo y corpulento, inflexible en sus decisiones y hombre de negocios fracasado—decidió hace pocas semanas comenzar un vasto plan

de desarrollo de los recursos de Kenya a fin de que subiese el nivel de vida de los negros, un diputado laborista le gritó desde su escaño: «¡A buenas horas, mangas verdes!»

Típica de esta atmósfera de «señores blancos» y «esclavos de color» es, por ejemplo, lo que le ocurrió hace cosa de un año a cierto sultán malayo. Fué invitado a cenar en un club de la capital misma de su reino y allí fué el hombre creyendo que hacía un gran honor al que le invitaba aceptando. En la puerta del club, sin embargo, le dijeron que allí no entraban más que blancos. Se armó un gran revuelo y el gobernador británico lo concluyó ordenando que se admitiera al sultán en aquel club o en el club que le diera la sultanísima gana entrar.

Otro escándalo ocurrido en aquel mismo sultanato malayo fué cuando el gobernador, harto ya de snobismos provincianos, fué a una función de gala en «mangas de smoking», es decir, en smoking sin chaqueta, pero con pechera y todo lo demás; todo el mundo puso el grito en el cielo.

Y lo peor de este estado de cosas es que la mayoría de los ingleses que van a esas colonias son gente inútil, que en Londres se moriría de hambre, y que ve la oportunidad de mantener su supremacía fácilmente, sobre una horda negra sometida.

5.—LAS TRES POLITICAS Y QUIEN SALE GANANDO

En América la política oficial consiste en conceder a los negros una estricta igualdad de derechos y deberes con los blancos, pero «separados, en beneficio mutuo». Los negros votan y viven igual que los blancos, pero no se pueden mezclar con ellos; esto, naturalmente, da lugar a protestas, escenas de violencia y lo que usted quiera. Los negros arguyen, y con razón, que el mero hecho de separarles de los blancos implica inferioridad o en ellos o en los blancos, porque donde no existe diferencia no hay por qué establecer separación.

En Inglaterra y su Imperio la política consiste en conceder igualdad civil, pero no política, e igualdad social, es decir, que los negros gozan de los mismos derechos legales que los blancos y pueden juntarse con ellos en toda especie de universidades, colegios, bares, hoteles, etc., pero no pueden votar ni gobernarse, excepto en casos que el ministerio de Colonias considere excepcionales. Ocurre, sin embargo, que los particulares pueden hacer de su capa un sayo: si yo quiero admitir en mi hotel a un negro, no hay autoridad que me lo pueda impedir; pero si quiero echarlo, no hay autoridad que lo impida tampoco.

En los dominios británicos la situación es diferente; en Nueva Zelanda, por ejemplo, los maoris son a todos los efectos iguales a los habitantes blancos; en Australia, los aborígenes gozan de igualdad legal, política y social con los conejos, pero los blancos están por encima de ambos. En Sudáfrica Malan ha comenzado una política de discriminación salvaje y violenta, contraria totalmente al espíritu colonial británico.

Un amigo mío surafricano me explicó que la actual política de Malan estuvo siempre muy enraizada en el espíritu de los boers y de los primeros colonizadores holandeses. Estos holandeses, profundos creyentes en el Dios del Antiguo Testamento, argüían: «Dios concedió a Israel el derecho de exterminar a los paganos; por tanto, si mantenemos a los negros en la ignorancia de la religión verdadera podremos hacer con ellos lo que queramos.» Y aun hoy se dice que Malan y sus ministros están sinceramente convencidos de que los negros, por ser descendientes de Cam, están malditos de Dios y son inferiores a los blancos.

Naturalmente, de todo esto los únicos que se benefician son los comunistas. En Londres muchos negros me han dicho que los comunistas son los únicos que les reciben en sus casas con toda cordialidad y les tratan como a iguales; cuando lo de la Guayana, el *Daily Worker* publicó en primera página las reacciones de muchos negros ante la supresión de la Constitución guayaní.

Un conocido periodista inglés le preguntó una vez al célebre cantante negroamericano Paul Robeson por qué había enviado a su hijo a estudiar a Rusia.

—Porque Rusia—contestó—es un país donde no hay discriminación racial.

6.—LAS MINORIAS SUDAFRICANAS

En pleno territorio de la Unión Sudafricana están situados tres islotes habitados completamente por negros, cada uno del tamaño de un huevo de paloma: en comparación con el enorme territorio angloholandés que les cerca. Estos tres islotes—Basutolandia, Sualilandia y no sé cuál es el tercero—han venido siendo reclamados por Malan desde hace cuatro años, pero sin éxito; los tres están bajo la protección directa de la corona británica, y esto es lo que les salva a sus habitantes negros de correr la desdichada suerte que les ha caído a sus colegas de la Unión Sudafricana.

Territorios como éstos, donde no existen problemas raciales, porque todos sus habitantes son negros, son escasos en el Imperio británico; Uganda es otro de ellos. Con sólo tres mil administradores blancos y toda la industria en manos de negros, este territorio llegará a ser una nueva Costa de Oro si los ingleses no lo dejan de la mano. Tal y como es, Uganda está dividida en varios reinos, gobernados por monarcas de dinastías nativas bajo la vigilancia del gobernador general, que cuida de que no se coman los unos a los otros y no vuelvan a sus viejas prácticas de brujería y trata de esclavos, aun no desaparecidas del todo, pero en camino de desaparecer.

Recientemente el Rey de Buganda—el más poderoso de toda Uganda—fué expulsado a toda prisa de su trono porque quería convertir a Buganda en un reino independiente del resto de Uganda, dentro del Commonwealth.

Uganda, por sí sola, tiene todas las posibilidades de llegar a



Muchachas negras trabajando en un hospital de Tanganika

convertirse en una nación próspera; pero Buganda, limitada a sus propios recursos, sólo podría seguir tirando bajo una monarquía tiránica y manteniendo al pueblo en la ignorancia y el miedo. El Rey de Buganda—«Kabaka», le llaman ellos—sabe esto muy bien, y sabe también—como los rajas indios lo sabían—que si el nivel de vida de su país y la cultura de sus súbditos siguen subiendo y que si Uganda se industrializa, como los ingleses tienen planeado, él y todos los demás reyezuelos tendrán que irse con la música a otra parte.

Todos estos reyezuelos africanos tienen apenas más valor que el pintoresco: el «Olowo» de Bowla se pinta las uñas desde que sus mujeres se las pintan, para no ser menos que ellas; el «Mosewone», de Londo, se compró un Cadillac para que sus súbditos le sigieran respetando, y así tantos ejemplos pintorescos como ustedes quieran.

7.—EL SISTEMA DE LAS FEDERACIONES

La política colonial inglesa, en lo que a Africa se refiere, consiste en ir creando una serie de confederaciones de colonias que, eventualmente, podrán regirse por sí solas dentro del Commonwealth, más o menos como la Costa de Oro ha venido haciéndolo desde hace varios años. Ya se ha aprobado la federación que incluye a Kenya y otros grandes territorios nortefios; ahora, el Rey de Buganda alegaba que los ingleses querían incluir a Uganda entera en una vasta federación,

mezclándola con otros territorios, de forma que los negros—ahora únicos habitantes de Uganda—se verían dominados por una minoría de blancos feudales, como ocurre en la federación recién formada justo al sur de las fronteras ugandesas.

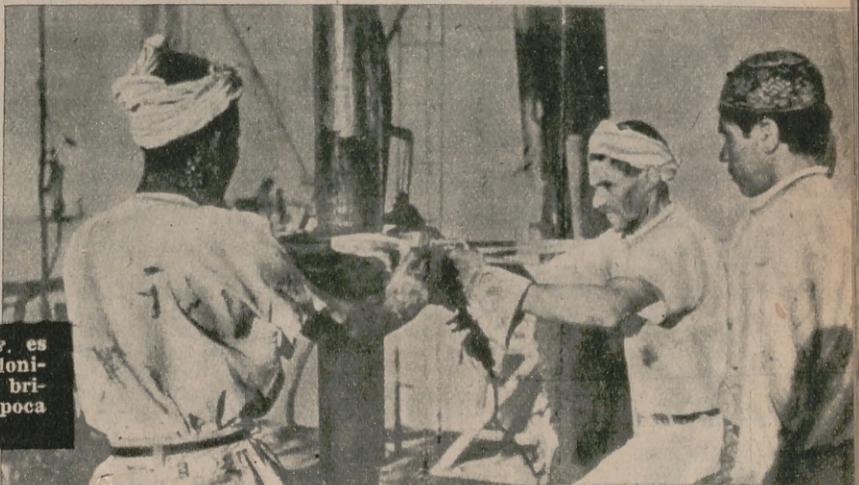
Este es, ciertamente, un peligro, aunque los ingleses se apresuraron a dar seguridades al Rey de Buganda y a los demás reyes del Protectorado de que no ocurriría así, a menos que el pueblo lo deseara.

La Federación de Kenya y Las Rhodesias fué formada después de un plebiscito en el que los negros—mayoría en los tres territorios—no pudieron votar, so pretexto de que son políticamente inmaduros.

El único vasto territorio africano que corre peligro de «desfederarse» es el Sudán; la mayoría de sus habitantes, que son capaces de votar, han optado por unirse a Egipto de una forma o de otra. Ahora bien: los ingleses, tan partidarios de unir y dividir territorios prescindiendo de los deseos de las mayorías inmaduras y de realizar estas uniones en unidades geográficas, acabarán por dividir al Sudán en dos (y quedarse con la parte Sur) so pretexto de que la elección se llevó a cabo contra los deseos de los negros del Sur y a pesar de que, efectivamente, el Sudán es parte integrante del valle del Nilo. Paradojas economicoloniales.

8.—LONDRES, NEGRO

Corre por Londres una especie de chiste que para el que ha vi-



La palabra extranjero en inglés, es un insulto. Pero el sistema de colonización feudal que practican los británicos va a contrapelo de la época actual

vido aquí ciertamente tiene gracia: «¿Por qué anochece tan pronto en Londres? Porque está lleno de negros.»

Es impresionante darse un paseo por el barrio de Earl's Court, o por Bayswater, o por Tottenham Court Road, o por Charing Cross (todos estos nombres, que para muchos lectores no significan nada, equivalen a varias veces la extensión y población de Madrid) y ver sus calles llenas de negros altos y fornidos, muchos aun con las cicatrices tribales hendiéndoles las mejillas, vestidos de colores llamativos y charlotteando en un inglés bárbaro o en sus dialectos nativos. La mayoría de ellos vinieron a Londres a trabajar, y, por causa de la discriminación racial que aquí reina han tenido que dedicarse a actividades sucias o bien a malvivir del auxilio social que aquí cobra todo atorrante que no pueda o no quiera trabajar.

Este auxilio viene a ser docientas pesetas semanales, y uno lo cobra hasta que las autoridades le encuentren a uno un empleo; uno puede rehusar los empleos que le van buscando so pretexto de no ser del gusto o de la capacidad de uno. Y así uno va tirando... a costa del contribuyente inglés. Pero es lo que dijo un negro conocido mío: «Si el contribuyente inglés me dejara trabajar y ganarme la vida decentemente, no tendría yo por qué estar viviendo a su costa; ya que no me quiere dar trabajo, que me pague por no hacer nada.» Y, la verdad, no puedo decir que no tenga razón.

Otros de estos negros son estudiantes, que vienen a Londres a aprender a sublevarse, como decía mi amigo el conservador. Estos chicos son inteligentes y aprenden rápido; durante su estancia aquí se les amarga continuamente a fuerza de no dejarles entrar en bares y similares o no poder encontrar habitaciones decentes, porque en las pensiones buenas sólo quieren blancos, aunque se les caiga la baba de idiotas que son. Si es verdad lo que falló el juez que juzgó a Jomo Kenyatta, el Mau Mau se fragó aquí por culpa de los que le amargaron la existencia a Kenyatta cuando vino a estudiar; hasta qué punto pudieron habersele ganado a su causa los ingleses lo prueba el hecho de que llegó a casarse con una mujer blanca, a la que hubo de dejar cuando su patria—Kenya—le llamó a cuestiones más importantes.

Yo solamente he visto obreros negros—y no muchos—trabajando en empleos del Gobierno, tales como Correos, o el Metro de Londres. La mujer—inglesa de nacimiento—de cierto polaco naturalizado inglés no pudo encontrar trabajo porque su marido no era inglés de nacimiento; y eso que los polacos son gente de piel blanca; pero el instinto isleño de las clases media y baja inglesas (la verdadera clase alta es siempre una excepción a todas estas miserias) desprecia a los negros en particular y a los extranjeros en general.

Dato pintoresco: Rillington Place, la calle que pasó a la historia

como nido de los idillos de John Christie, está habitada por negros casi exclusivamente. Y en el piso en que vivía el asesino vive ahora una familia jamaicana, todos color chocolate claro.

9.—BATIBURRILLO DE MENUDENCIAS

Durante esta coronación, los jefecillos negros y malayos, que llegaron por docenas, hicieron el papel que durante las pasadas sohan hacer las ristas de reyes y príncipes indios con sus elefantes y sus joyas; el único indio que llegó esta vez fué el Pandit Nehru, con traje gris oscuro y sombrero de fieltro.

Nehru está interesándose más y más en los vaivenes coloniales ingleses en Africa, y, sobre todo, en la salvaje política de segregación racial de Malan. En cierto modo, debido a las minorías indias de Kenya y Sudáfrica, el Pandit Nehru se considera directamente interesado en los territorios coloniales africanos. Pero existe también un curioso complejo, de que participan la mayoría de los indios; según un indio amigo mío, se debe, en parte, a lo mal que fueron tratados bajo el dominio inglés y, en parte también, a que nadie sabe a punto fijo si los indios son blancos o negros, como los murciélagos no son ni aves ni mamíferos. Yo recuerdo que una vez un indio, encargado de negocios de su Gobierno en una capital europea, se puso violeta de cólera porque le dije que en la casa de un amigo mío había un mayordomo negro.

Este complejo no es único; se encuentra también en los irlandeses y un poco también entre los americanos, que cuando oyen hablar de la política colonial inglesa se ponen en guardia. No recuerdo qué general americano dijo hace mucho en una conferencia de Prensa:

«La indignación moral no basta para derrotar la egoísta política de los países coloniales.»

Hace no más de tres semanas toda Inglaterra se volcó en torno al caso de dos hermanos siameses negros, que fueron operados por un eminente doctor inglés; la operación era, se dice, la primera en su género y puede ser considerada afortunada, porque de los dos hermanos uno, llamado Boko, resultó vivo, y el otro murió.

La Reina Salote de Tonga, no blanca, aunque no negra del todo, se llevó el corazón de todo el país cuando desfiló todo a lo largo de la ruta de la coronación con la capota del coche abierta, bajo un chaparrón tremendo, en solidaridad con el público, que también se mojaba. Un pobre sultán malayo, que compartía su coche, pero no sus ideas sobre la solidaridad, hubo de mojarse y callarse la boca, y, según informes, aun no se le ha curado el constipado que cogió.

Ahora la Reina Salote de Tonga acaba de recibir a Isabel de Inglaterra en su minúsculo reino isleño y la obsequió con banquetes, espectáculos y dientes de ballena, el tradicional regalo de los salvajes de Tonga. «Perdónenos Su Majestad—se disculpó—de que

los dientes éstos de ballena sean tan raquíticos, pero ya sabe Su Majestad lo difíciles que se están poniendo las cosas.»

10.—LA GUAYANA Y EL MUNDILLO DE LAS ISLAS

Cuando últimamente los ingleses revocaron la Constitución de la Guayana británica ocurrió una cosa que me contaron y cuya veracidad, por tanto, no puedo garantizar. «Ma si non e vera e ben trovata», que decía el otro.

El ministro inglés de Colonias, mister Oliver Lyttelton, tiene un hermano—la oveja negra de la familia, claro—que es uno de los compositores de jazz más importantes del mundo: Humphrey Lyttelton. El Lyttelton éste tiene un club de jazz en Londres, que es muy célebre; yo he ido a él más de una vez a oír sus «blues» y sus «calipsos», casi todos de su composición.

Humphrey Lyttelton conocía a un negro guayaní que tocaba calipsos—el «calipso» es algo así como el cante jondo de la Guayana—, y un día que su hermano el ministro daba un guateque en casa, pues lo llevó para que tocara y cantara ante los huéspedes.

Aquella noche Oliver Lyttelton estuvo amabilísimo con el cantor guayaní, y al día siguiente por la mañana ordenó la revocación de la Constitución y la ocupación militar de la Guayana. El pobre cantor, que era ardiente

POESIA ESPAÑOLA

Acaba de ponerse a la venta el número 25, que publica, entre otros interesantes trabajos, uno firmado por Ricardo Blasco sobre

“EL TREN DE JUAN RAMON JIMENEZ”

También ofrece a sus lectores un poema inédito de

JUAN RAMON JIMENEZ

de sorprendente emotividad.

PIDA UN EJEMPLAR (DIEZ PESETAS) A PINAR, 5. MADRID

partidario de Jagan, se puso morado de cólera, y tanto chilló por todas partes que hubieron de detenerle por turbar el orden.

11.—LOS NEGROS «CABALLEROS»

En este mundo de continuas paradojas que es el mundo británico se presentan a menudo casos en que un negro o un malayo son armados caballeros por el Rey y pasan, por tanto, a ser técnicamente miembros de la aristocracia británica. Uno de ellos es el actual primer ministro de la Guayana, nombrado en sustitución de Jagan. Este pobre hombre, político importante y con un título como un castillo, no pudo encontrar hotel una vez que, volando hacia Inglaterra, el avión hubo de hacer escala súbitamente en la isla atlántica de Nassau.

Josefina Baker, la célebre cantante y bailarina, hubo de ir a sesenta y tres hoteles diferentes antes de conseguir que le dieran habitación en Nueva York, hace no más de tres semanas. Pidió que le subieran la comida a la cama y se la subieron...; pero sin tenedor, ni cuchara, ni cuchillo, ni servilletas: «Los negros, como todo el mundo sabe, comen con los dedos.»

Cuando comenzaba a rumorearse la decisión persa de echar a los ingleses de Abadán, los directores de la Anglo Iranian comentaron con típica arrogancia de «señores blancos» (léase «Bwana Sahib», como en las novelas de Tarzán):

—Esos pobres desgraciados, si quieren algo, vendrán a pedirlo de rodillas.

Ya se vió. Meses después eran ellos los que tenían que salir de Abadán por piernas.

12.—LA BODA DE LA HIJA DE CRIPPS

Ya se recordara que la hija de sir Stafford Cripps se casó con un negro de la Costa de Oro; la familia Cripps, que es buena aristocracia campesina, puso el grito en el cielo, y el jefe de la familia, el barón de Parmoor, no asistió a ella. La iglesia estaba llena, sin embargo, de políticos laboristas, amigos y discípulos de sir Stafford, Bevan y Gaitskell—o sea, el perro y el gato—, entre ellos. Había también un encantador de serpientes, encargado de animar la cosa.

Esta boda cayó en la sociedad británica como una bomba: «Un ex ministro inglés emparentado con un negro—clamaba un amigo mío—; menos mal que se ha muerto y no vive para verlo.» La cosa me recordó un sucedido aún más chusco: el año pasado los expertos en heráldica ingleses descubrieron que cierta antiquísima baronía escocesa, extinta desde hacía tiempo, le pertenecía de derecho a cierto negro negrito que vive en el África misteriosa. ¿Hay quien dé más?

La mayoría de los padres ingleses se escandalizan ante la idea de que su hija se case con un negro o su hijo con una negra. Es ésta una mera extensión de cierto viejísimo prejuicio burgués, muy arraigado en Inglate-



En las colonias británicas no hay legislación que limite los derechos de los negros. Todo depende de la voluntad del gobernador inglés local

rra. Los isleños y los pobres de espíritu siempre fueron muy partidarios de agarrarse a su isleta particular, y la mayoría de los ingleses se escandalizan también si sus hijos se casan con un extranjero, o incluso si no se casan con los del vecino.

13.—LA REACCION

La reacción de los partidarios de la igualdad de razas y colores es también muy exagerada, y en cierto modo más dañina que la de los partidarios de la segregación.

Recuerdo a este propósito que un partidario acérrimo de mezclar todos los colores en un solo se escandalizó porque en un programa de la B. B. C. (la corporación radiofónica que surta de sonido a todas las islas británicas), el locutor dijo en cierta ocasión «que había estado trabajando como un negro».

—¡Qué escándalo— comentaba el hombre—decir «trabajar como un negro», por la radio, que la oyen millones de personas! Eso es insultar a todos los negros que puedan estar oyéndolo, y a todas las personas civilizadas.

Esto es un poco pasarse de listo; yo lo oí y ni siquiera me di cuenta, y, como yo estoy seguro, muchos negros. «Honni soit qui mal y pense.»

14. — ELUCUBRACIONES FINALES

Si uno intenta buscarle justificaciones al colonialismo, uno puede encontrarlas incluso en la doctrina católica. Puede decirse que los negros necesitan guía y apren-

dizaje antes de lanzarse por el mundo en busca de ese futuro que les profetiza Oswald Spengler y en el que yo no creo; pero, en fin.

El Imperio británico muestra países donde los negros, como en Kenya y las Rhodesias, no poseen nada, no tienen derecho a votar y están dominados por una minoría de blancos; o bien países donde, como en Uganda, son ellos los que lo poseen todo y sin más blancos que los 3.000 oficinistas que les administran y gobiernan; países como el Sudán, donde los negros votaron hace no muchos meses, y países como la Costa de Oro, donde ellos se gobiernan y se pintan solos, bajo la mirada vigilante del gobernador general británico.

Si los ingleses se fueran hoy de esos territorios, mañana los negros estarían subiéndose a los árboles y comiéndose los unos a los otros; sólo la presencia allí de los blancos les impide volver a las viejas prácticas de brujería y trata de esclavos. En la Costa de Oro, el más adelantado y maduro de los territorios africanos, hay ahora un caso de soborno y corrupción, en el que está envuelto el mismísimo primer ministro, que es negro, y lo que ocurrió en la Guayana hace no mucho lo sabemos todos.

Lo inútil, lo cretino, lo peligroso es seguir con prejuicios raciales que no conducen a nada y no están basados en doctrina científica alguna. Es un mero complejo de desconfianza; lo mismo, en cierto modo, que retardó la concesión de derechos políticos a las mujeres; una mayoría de hombres inferiores en todo a sus esposas tenían un miedo cerval a que éstas les desbancasen, y ya se sabe que la forma de tener razón es tener la fuerza en la mano.

Más aún, dije «lo peligroso»; los negros, los malayos y los cholatinos de las islas atlánticas están aprendiendo cada vez más, y llegará el día en que puedan tomar por la fuerza lo que ahora no se les da por las buenas, y entonces sí que el mundo va a verse envuelto en una merienda de negros de verdad.

UN POEMA INEDITO, de Juan Ramón Jiménez, en el número 25 de

POESIA ESPAÑOLA

que acaba de ponerse a la venta. Pida un ejemplar (10 pesetas) a Pinar, 5. Madrid

Jesús PARDO

ANGELES VILLARTA HABLA DE LA LITERATURA DE ULTIMA HORA

ANGELES Villarta, al ser galardonada con el Premio Fémmina, ha venido a engrosar la ya larga lista de las mujeres premiadas. Su novela «Una mujer fea» ha merecido, por parte de los componentes del Jurado del citado premio, frases como la que sigue: «Novela escrita por una mente ricamente femenina. Profundamente humana».

Responde Angeles, en su aspecto, a la descripción que el Jurado hiciera de su novela. Femenina hasta el límite, hasta en el menor de sus gestos. De su humanidad podrían hablar mejor cuantas personas conviven con ella día a día. Nosotros tenemos que añadir a aquella descripción dos facetas más que componen su carácter: sencillez y actividad.

Después de conocerla, hay que imaginar a Angeles Villarta en su piso, caminando por entre los pajarillos que decoran las puertas y las paredes del pasillo y que a primera vista sugieren la idea de un piso-selva. Pese a que ella se nos describa como pesimista su casa es tremendamente alegre.

A nuestra primera pregunta, Angeles Villarta dice rápida:

—No, preguntas, no, por favor. Vamos a conversar.

Y así nació la charla.

CATARINEU. — ¿Escribiste la novela expresamente para el Concurso?

A. VILLARTA. — Yo no escribo para ningún premio. Antes de convocarse el Fémmina la tenía ya escrita con proposiciones concretas para editarla.

P. GIRONELLA. — ¿Tenías esperanzas de ganar el premio cuando presentaste tu novela?

A. VILLARTA. — Ni las tenía, ni dejaba de tenerlas. Envié la novela a ver qué pasaba. La concesión del Premio me cogió completamente de sorpresa, porque el Jurado no había comunicado cuándo se reunía.

M. ROSEL. — ¿Ha despertado tu premio muchas envidias?

A. VILLARTA. — Hasta ahora, no tengo noticias de ninguna.

P. GIRONELLA. — ¿El Premio Fémmina ha conseguido que logres la cima de tus aspiraciones?

A. VILLARTA. — Creo que lo más importante en la obra de un escritor es la superación. En la cuestión de hacer no se llega a la cima nunca.

CATARINEU. — ¿Qué ha sido para ti lo mejor del Fémmina?

A. VILLARTA. — Lo mejor ha sido el compañerismo que me han demostrado todos.

M. ROSEL. — ¿Qué te han parecido las críticas que se han hecho a tu novela?

A. VILLARTA. — Por ahora, muy generosas. Las he leído todas y no he visto que se le hagan reparos de importancia a mi libro.

CATARINEU. — ¿Cómo juzgas el estilo de «Una mujer fea»?

A. VILLARTA. — Acaso en mi literatura haya una influencia periodística. La considero inevitable, porque soy periodista, tengo que

escribir al menos un artículo diario y en la novela ha de notarse un poco o un mucho la manera nerviosa y concisa que nos exige un periodismo activo y también nuestra vida actual.

P. GIRONELLA. — ¿Crees que has escrito una novela importante?

A. VILLARTA. — He intentado hacer una novela con emoción. El asunto tiene, naturalmente, sus defectos; pero, eso sí, no le he tomado de ninguna parte ni está influido por ninguna lectura, ni ninguna moda «made» aquí o allí. Si la releyese, tentación en la que no caeré, encontraría que algún personaje es un tanto borroso. Creo que el menos logrado es el padre de Julián, quien, por otra parte, tampoco es uno de los principales de la obra.

P. GIRONELLA. — ¿Cuál de los personajes consideras mejor reflejado?

A. VILLARTA. — He puesto más cariño en la figura de la mujer fea que en los de las mujeres guapas, y a mí, particularmente, es el que más me gusta. Aun así, quiero hacer resaltar que mi intento era conseguir que el personaje principal de mi novela «Una mujer fea» fuese el pueblo como localidad y conjunto de vidas humanas. En él predominan las mujeres no por capricho, sino como reflejo de una realidad. Se trata de un pueblo del Norte, en el que los hombres emigran, salen a distintas faenas y es constantemente mayor el número de hembras que el de varones.

M. ROSEL. — ¿Es una novela regionalista entonces?

A. VILLARTA. — En lo que se refiere a la localización lo trato como algo vivo; paisajes, clima, la tienda, la fuente, la iglesia, el cementerio...

CATARINEU. — ¿Ese es tu concepto del pueblo?

A. VILLARTA. — Creo no haber olvidado nada de lo que constituye la peculiaridad del pueblo. Y en lo referente a los personajes, actúan y se manifiestan los viejos, los adultos, los niños y hasta la lluvia es personaje de mi novela. No he considerado, en cambio, necesario insistir en determinados detalles que sitúan la localidad. Claro que si se habla de la Giralda ya es indicar que la acción se desarrolla en Sevilla, pero no es imprescindible citar Giralda y Torre del Oro en cada capítulo.

M. ROSEL. — ¿Tú conoces el pueblo de tu novela?

A. VILLARTA. — No he dicho que «Una mujer fea» tenga su escenario en Asturias — sencillamente porque lo que sucede en mi novela no ha ocurrido, que yo sepa, en ningún pueblo conocido por mí, aunque, ciertamente, al escribir la novela refleje escenarios que me son conocidos — y, sin embargo, cuando me han hablado de ella lo han hecho en el sentido de que se trata de una novela asturiana. Cada región española tiene su propia toponi-

EL "PREMIO FEMINA" ENJUICIA A LOS PERSONAJES DE SU RECIENTE NOVELA

mía y arquitectura; yo lo he soslayado a sabiendas. Si, a pesar de ello, he logrado crear el ambiente e impregnar al lector de melancolía, me sentiría muy contenta.

P. GIRONELLA. — ¿Has buscado efectos en tu novela?

A. VILLARTA. — Ni siquiera cuando llevo a la mujer fea al cementerio busco efectos sentimentales ni truculentos. No me parece sorprendente que una mujer, que no tuvo más cariño ni más amparo que el de su padre, y dado el carácter de Josefa, en una hora en que se ve acosada, envuelta en la desesperación y en el sufrimiento, fuera a refugiarse junto a la tumba de su progenitor. Lo ilógico y extraño hubiera sido que se hubiera marchado a buscar olvido a su desgracia cerca de personas que ella creía, justificadamente, que le odiaban.

CATARINEU. — ¿No te parece que le das a la masa reacciones demasiado definitivas?

A. VILLARTA. — No debe olvidarse que las masas son capaces de todo lo bueno y de todo lo malo imaginable. Los mismos que pegaron fuego a la casa fueron los que luego compartieron el pesar y las angustias de la mujer fea. Los que la exaltaron.

M. ROSEL. — ¿En qué puesto te colocas tú entre las novelistas actuales?

A. VILLARTA. — En ninguno. No me apetece ocupar ningún escalafón.

P. GIRONELLA. — ¿Estás de acuerdo en lo que se afirma en el acta del Premio Fémmina, cuando se dice que la mujer escritora se masculiniza en cuanto concurre a premios literarios para ambos sexos?

A. VILLARTA. — No creo que exista una novela femenina ni una novela masculina, de la misma manera que tampoco existe una literatura escrita por rubios o por morenos, y, por lo tanto, en principio el sexo no cuenta, pero sí tenemos una zona de limitación que debe ser respetada tanto por hombres como por mujeres: la de buen gusto y bien decir.

P. GIRONELLA. — ¿No crees, pues, en una diferencia entre «el novelista» y «la novelista»?

A. VILLARTA. — Hoy que disfrutamos aproximadamente los mismos derechos y tenemos las mismas obligaciones no debe haber ninguna diferencia en la labor de un escritor y de una escritora como no la hay en la de un secretario o una secretaria, en una farmacéutica o en un farmacéutico.

CATARINEU. — ¿Tampoco en cuanto al estilo?

A. VILLARTA. — Los estilos cambian entre los autores debido a su temperamento o su peculiar formación intelectual, etcétera, y lógicamente igual sucede con las mujeres: determinadas formas de escribir femeninas



pueden asemejarse a las de los hombres, y a la inversa.

M. ROSEL.—¿Crees en esa diferencia en cuanto a los lectores?

A. VILLARTA.—Tal vez existe un público masculino y otro femenino, que tiende a diferenciarse en sus lecturas, con cierta tendencia a un género que calificaríamos de subliterario. No es fácil ver a un hombre leyendo una novela rosa ni a una mujer con una novela del «Oeste» en la mano, pero aun en lo que se refiere al género policíaco las autoras han demostrado tanta imaginación como los autores, y yo no oculto mis preferencias por Agatha Christu, a la que considero el Conan Doyle de nuestra época.

M. ROSEL.—¿Por qué no piensas releer tu novela?

A. VILLARTA.—Ya dije cuáles eran los motivos.

P. GIRONELLA.—¿Tienes miedo?

A. VILLARTA.—Este no es un caso especial. Nunca leo lo que escribo una vez publicado.

P. GIRONELLA.—Si ves los defectos, ¿por qué no los corriges? ¿Te arrepientes de algo de lo que has escrito?

A. VILLARTA.—El examen de conciencia no lo hice todavía. Los defectos hay a veces que cuidarlos. Pueden tener un signo positivo para la creación.

CATARINEU.—¿Cuáles son tus horas de trabajo?

A. VILLARTA.—Algunas tardes y la noche.

M. ROSEL.—¿Cuánto tiempo tardaste en escribir «Una mujer fea»?

A. VILLARTA.—Más que las otras, porque no trabajé intensamente en ese tiempo. No trabajé en mis novelas de un modo constante. A veces se me pasan semanas enteras sin coger la pluma.

CATARINEU.—¿Dónde estabas cuando te comunicaron el premio?

A. VILLARTA.—Aquí, en casa. Era domingo y estaba sola. Luchaba por aburrirme. Me llamaron por teléfono, fui y me leyeron el acta. Mi gusto hubiera sido ponerme plumas y gasas... muy 1900, pero, como no tenía, no me puse nada.

P. GIRONELLA.—¿Decías que luchabas por aburrirte?



A. VILLARTA.—Sí, considero muy necesario el aburrirse. Me gustaría ser millonaria de tiempo para poder aburrirme de vez en cuando.

P. GIRONELLA.—Hay varias muchachas en tu novela de distintas reacciones que se interesan por Julián, ¿tuviste tú un Julián?

A. VILLARTA.—Posiblemente fuera también Julián, ¿por qué no? ¿Quién no tiene un Don Juan infantil, y quién no ha sido algo Inés?

M. ROSEL.—En tu novela el pueblo, al que llamas personaje más importante, está influido por las mujeres, ¿crees que esto ocurre normalmente así?

A. VILLARTA.—No cabe duda que la opinión de las mujeres influye en la masa de una manera enorme.

P. GIRONELLA.—¿Hablaste tú con tus personajes cuando escribiste la novela?

A. VILLARTA.—Siempre lo hago.

P. GIRONELLA.—¿Qué te decían?

A. VILLARTA.—Lo que en la novela.

P. GIRONELLA.—¿Qué les decías tú?

A. VILLARTA.—Lo que escribí. CATARINEU.—Si cobraran vida, ¿qué crees que te dirían?

A. VILLARTA.—Yo creo que no los traté mal.

M. ROSEL.—¿Ni aun a Fefa?

A. VILLARTA.—Ni aun a Fefa. Indudablemente tuvo muchos momentos de felicidad.

P. GIRONELLA.—¿Cuál ha sido el mejor momento de tu vida, tu mejor sonrisa?

A. VILLARTA.—Creo que nunca reí totalmente. Sonríe siempre, pero no río. En principio soy pesimista. Yo vivo de los días. Creo que lo más agradable es vivir.

P. GIRONELLA.—¿Qué opinas de ti misma?

A. VILLARTA.—Bueno... eso.

El retraso del fotógrafo impidió captar el gesto de Angeles Villarta, mucho más elocuente en esta ocasión que su palabra. Angeles nos brindó su teléfono para llamarle. Su hermana nos acompañó hasta él. La hermana de la novelista siente por ésta viva admiración. Permaneció silenciosa en la estancia, pero asentía con la cabeza, mostrando su conformidad ante todas las afirmaciones de su hermana mayor.

CATARINEU.—¿Te has gastado ya las cincuenta mil pesetas del premio?

A. VILLARTA.—Aun no. Las voy gastando poco a poco.

P. GIRONELLA.—Si tuvieras que comprar con el dinero del premio algo para algún personaje de tu novela, ¿qué sería?

A. VILLARTA.—Creo que compraría una fuente para el pueblo. Así las mujeres tendrían un sitio mejor donde charlar y distraerse más.

CATARINEU.—¿Preparas algo nuevo?

A. VILLARTA.—Preparo dos cosas de verso. Una de ellas de temas religiosos y una novela que tengo ya casi terminada.

P. GIRONELLA.—¿Te interesa el cine?

A. VILLARTA.—Tengo proposiciones para llevar mi novela a la pantalla, pero, francamente, no conozco la técnica del guión cinematográfico.

CATARINEU.—¿Consideras la literatura una afición o un medio de vida?

A. VILLARTA.—Las dos cosas. Afición, en primer lugar. El medio de vida viene después. En España, el que piense en la literatura como medio de vida exclusivamente, está expuesto a llevarse un chasco.

M. ROSEL.—¿Qué aficiones tienes al margen de las literarias?

A. VILLARTA.—Me gusta la música, la pintura, pasear por las calles, ir al cine y al teatro. Si el teatro es bueno, lo prefiero al cine.

CATARINEU.—¿Crees que puede haber buena literatura sin amor?

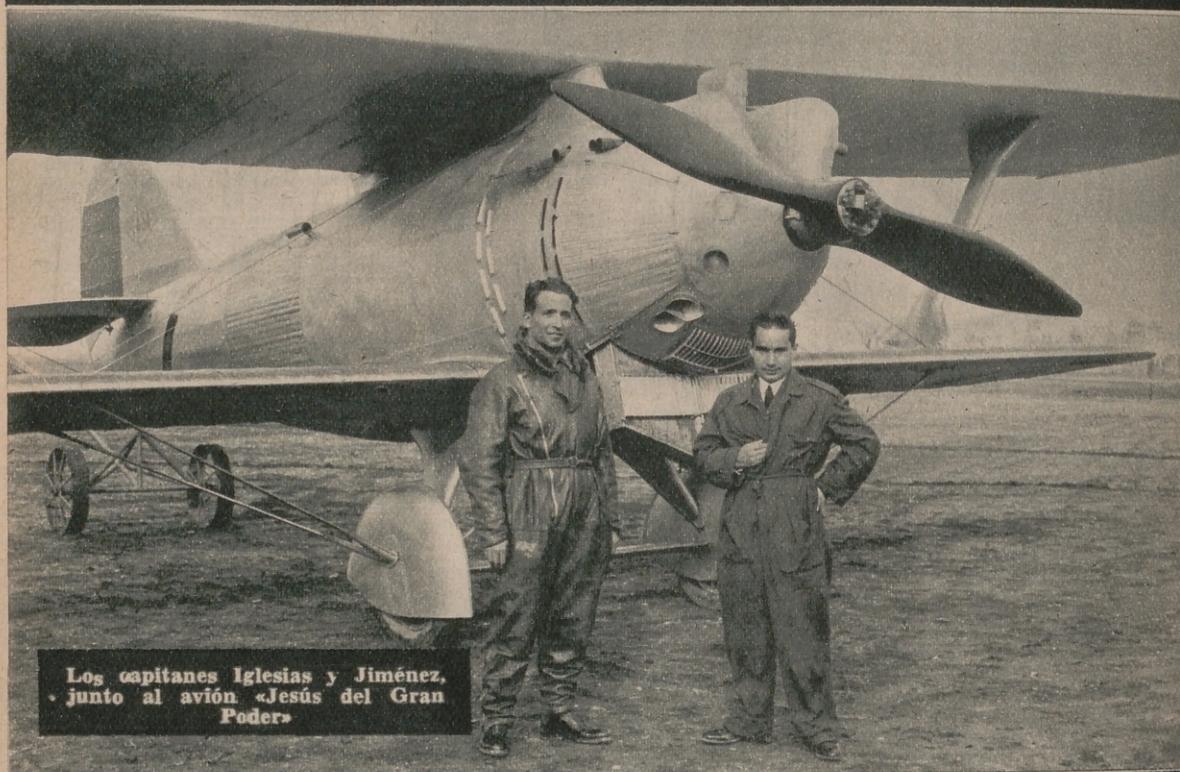
A. VILLARTA.—Como tema es eterno, pero no fundamental.

P. GIRONELLA.—¿Cómo crees que sale mejor una novela? ¿Escrita con odio, con amor o de un modo exclusivamente cerebral?

A. VILLARTA.—Con odio puede también perdurar, porque es una fuerza. Una pasión fuerte—odio o amor— puede lograr una buena obra.

A Angeles Villarta le gusta charlar y no le importará que truncemos su aburrimiento en cualquier tarde de domingo. Así lo afirma al despedirnos. Otro motivo por el que brindar. Ya en la calle, conversando los tres periodistas, convenimos en que la autora de «Una mujer fea» era sin discusión una mujer sumamente agradable.

BODAS DE PLATA DE UN VUELO HISTORICO



Los capitanes Iglesias y Jiménez, junto al avión «Jesús del Gran Poder»

ANDO EL AVION
SUS DEL GRAN
ER" ASOMBRO
L MUNDO

Raid triunfal de
200 kilómetros a
las islas del Atlántico y
los pueblos
Hispanoamérica



Los héroes de la gesta momentos antes de iniciar el raid

CRONICA RETROSPECTIVA DE LA GESTA REALIZADA POR PILOTOS ESPAÑOLES

SE cumplen ahora veinticinco años de la hazaña del «Jesús del Gran Poder». Para los que nos hallamos a caballo de dos épocas, el acontecimiento tiene siempre una resonancia especial. Hoy, esto de volar parece la cosa más natural y sencilla. Se cruzan tranquilamente sierras, ríos, mares, quieta geografía desplegada allá abajo. Pero no podemos eludir el recuerdo, que surge como rasgando las nubes, aquellos tiempos heroicos de la Aviación, en los que España jugó tan destacado papel.

Porque sólo a fuerza de audacia y de heroísmo se ha llegado a este señorío del espacio que hoy jalona las rutas aéreas.

DOS INTREPIDOS CAPITANES

El día 26 de marzo de 1929, a las 10,30, volaba sobre Bahía un avión. El ruido de los motores provocó un sobresalto en la alegre y elegante ciudad brasileña, abierta como un abanico de luces sobre el Atlántico. Todas las miradas trataron de inquirir en el cielo, donde el aparato hacía evoluciones para tomar tierra. Nadie esperaba allí el aterrizaje del «Jesús del Gran Poder», pero lo hizo a causa de que el capitán Jiménez, que tripulaba el aparato, se hallaba casi agotado, y por la falta de gasolina.

La noticia produjo una gran emoción en toda España y aun

en el mundo entero. Gobernaba aquí el marqués de Estella, bajo cuyo mando se hicieron tantas cosas buenas, y era Ministro de Marina don Mateo García de los Reyes. La Exposición de Barcelona atraía la atención del extranjero sobre España, que se encontraba en uno de sus mejores momentos. Y en la constelación de las Repúblicas hispanoamericanas fulguraban los nombres de una serie de primeros magistrados que se asociaron de todo corazón a aquella empresa: Washington Luis, en el Brasil; Irigoyen, en la Argentina; Campistegui, en el Uruguay; Ibáñez, en Chile; Leguía, en Perú; Chacón, en Guatemala; Machado, en Cuba.

Aquel 26 de marzo de 1929 fue fiesta en el gran mundo de la Hispanidad. Y no era para menos. Los capitanes Jiménez e Iglesias, salidos del aeródromo de Tablada, en Sevilla, dos días antes, a las 5,40 de la tarde, habían volado durante más de cuarenta y tres horas sobre el Atlántico, venciendo la interminable soledad de la noche, y cubierto una distancia de 6.547 kilómetros y 700 metros exactamente, a una velocidad media horaria de 90 millas.

Y allí estaba el «Jesús del Gran Poder», apenas repuesto de su aventura transoceánica, pero preparado ya para iniciar su periplo a través de los pueblos de Hispanoamérica con un alborozado mensaje de paz.



«Jesús del Gran Poder» lleva a las islas en la cola las alegorías de los países que visitó en América

SEIS TONELADAS DE PESO Y 4.000 LITROS DE GASOLINA

El «Jesús del Gran Poder» era un aparato sexquiplano, de fabricación española. Llevaba una carga de 5.350 kilos entre esenciales, lubricantes y otros elementos; de gasolina, 4.125 litros y de aceite, 325. Y su peso total era de unas cinco toneladas y media.

El 10 de enero de 1928, Jiménez e Iglesias habían intentado el vuelo Sevilla-Cabo Juby y regresaron que no pudieron realizar por ater-

rizaje forzoso en Saffi, y el 15 de mayo del mismo año habían salido para cubrir la distancia hasta Karachi, adonde tampoco pudieron llegar porque, a causa de una tempestad de arena, el aparato hubo de aterrizar en un lugar apartado a orillas del Eufrates.

El avión llevaba, pintados por Juan Lafita, en la parte derecha del timón, un nazareno de la Cofradía del Jesús del Gran Poder, y en el fondo, la silueta de la iglesia de San Lorenzo; en la iz-

quierda del timón, un majo a caballo llevando a la grupa a una muchacha típica de las romerías. En ambas cruces del fuselaje se veía pintado un flamenco con sombrero ancho, con una botella de manzanilla en la mano, y al otro lado, un mozo tocando la guitarra, pintados por Martínez de León. Y en otra de las caras se contemplaban un par de pases de el Gallo y dos tipos sevillanos. De esta manera fue el aparato en su viaje a Oriente, pero en el aeródromo iraki de Sahibak un oficial inglés le pintó las insignias de la escuadrilla de Mesopotamia, que era un águila, y en el otro lado dos caballos árabes del Irak.

De modo que, cuando salió para su «tourné» hispánica, el «Jesús del Gran Poder» no sólo era un mensajero del tipismo español, sino también un veterano de los aires.

«DOS GRUMETES»

Los protagonistas de la hazaña —una hazaña que hizo voltear de júbilo las campanas de las viejas iglesias de Castilla— se llamaban Ignacio Jiménez Martín y Francisco Iglesias Brage, quienes por

todo alimento para tan largo y atrevido viaje llevaban frutas, termos con café, higos, dátiles, chocolate y frascos de ceregumil.

Ignacio Jiménez había nacido en Avila el 22 de mayo de 1898. Ingresado en el Ejército el 4 de septiembre de 1914, ascendió a capitán de Infantería el 30 de mayo de 1925. Sirvió en Regulares, de donde pasó al servicio de Aviación. En Africa formó parte de la escuadrilla de bombardeo del comandante Franco, sufriendo en 1923 un accidente que le produjo la fractura del cráneo y le tuvo luchando durante días entre la vida y la muerte.

Francisco Iglesias, nacido en El Ferrol del Caudillo el 21 de mayo de 1900, ingresó en la Academia de Ingenieros el 21 de septiembre de 1918, y ascendió a capitán de Ingenieros el 30 de septiembre de 1926. El sería quien, después de la hazaña del «Jesús del Gran Poder», se dedicó a preparar una expedición científica al Amazonas, suspendida en marzo de 1936 por el Gobierno, que destinó el barco preparado a tal fin, el «Artabro», a expediciones en nuestras colonias de Guinea, mientras por su

parte Jiménez proyectaba un vuelo de gran envergadura—66.363 kilómetros—alrededor de todo el viejo mundo.

Estos fueron los héroes de aquellas memorables jornadas. Iglesias contaba entonces veintiocho años, y Jiménez, treinta. Por eso el Presidente de la Argentina, Irigoyen, hubo de llamar al recibirlos en audiencia: «Ante ese vuelo espléndido pensé encontrar dos fornidos capitanes de mar; en cambio, veo que tienen ustedes el aspecto juvenil de dos grumetes.»

IMPOSIBLE ATERRIZAR

Bahía, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires... El «Jesús del Gran Poder» va devorando kilómetros y kilómetros en un ininterrumpido devaneo de etapas, que, a partir de la capital del Plata, adquieren un carácter impresionante.

En la etapa Buenos Aires-Santiago de Chile, el avión tiene que elevarse a 5.000 metros de altura. Han entrado en la ruta de los Andes, que se abren allá abajo, bajo las alas del aparato, como un grandioso y temible espectáculo.

Desde Lima hasta Panamá, la dirección del avión es casi constante al Norte, sobre la costa, y teniendo próximas a las derecha las imponentes cumbres andinas. A 50 kilómetros de Lima vuelan sobre Trujillo, y después de recorrer otros 600 kilómetros descubren el Golfo de Guayaquil, que tiene en su centro la isla Puna. En esta parte del viaje vuelan sobre el Ecuador y Colombia, en homenaje simbólico.

La cordillera de los Andes tiene en el territorio ecuatoriano bien destacadas dos hileras de cumbres casi paralelas: la de más tierra adentro se llama la Cordillera Real, y la otra, la del Oeste. Ambas cuentan con elevaciones de 4.500 a 6.000 metros, mientras la zona intermedia está constituida por elevados valles y altas mesetas de más de 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar. En esta zona alta están todas las poblaciones importantes del Ecuador, excepto Guayaquil, la ciudad fundada en 1535 por Santiago de Benalcázar. Quito, la capital, está a 2.850 metros de altitud, es decir, más alta, con respecto al mar, que las más elevadas cumbres de Guadarrama y Gredos. El aire sutil que respiran los quiteños no proporciona el suficiente apoyo para el peso del «Jesús del Gran Poder» y para la carburación del motor en el extraordinario esfuerzo que tiene que hacer para despegar, y por eso tienen que contentarse con aclamar a Jiménez e Iglesias al verlos volar sobre sus tejados, pues no pueden aterrizar. Y lo mismo ocurre con Colombia, donde tampoco se han establecido escala, porque la zona poblada está también en las altas montañas: la capital, Bogotá, tiene 2.645 metros de altitud, más de 200 metros más que la cumbre de nuestra Peñalara.

Pero los aviadores no pierden el viaje, pues esta parte del vuelo les permite contemplar uno de los más grandiosos parajes montañosos del globo: amplias mesetas y valles floridos entre suaves lomas o dentadas crestas rocosas, profundos abismos con

cataratas, cauces glaciares y elevadas cumbres, donde las lavas se mezclan con la nieve y forman cascadas de barro ardiente que baja hasta los valles; selvas donde abundan los monos, los caimanes, las grandes serpientes, los colibríes y el ibis flautero, el bellissimo canto; montañas por donde vuela el cóndor y retumba la tormenta; altas mesetas donde se cría la llama.

Todo eso es lo que queda abajo, lo que va desfilando sobre el paisaje quebrado y fuerte, señoreado por las alas de España.

ACCIDENTE EN GETAFE

El viaje tuvo, naturalmente, sus peripecias, unas agradables, desagradables otras, pero todas más o menos naturales, como en una verdadera epopeya.

El 12 de abril, uno de los aparatos militares argentinos que acompañaba en la despedida al «Jesús del Gran Poder» capotó sobre el aeródromo de El Palomar, y en el accidente resultó muerto el aviador Leopoldo Fader.

En la tarde del 10 de junio de 1929, señalada para la llegada a Madrid del «Jesús del Gran Poder», se desató sobre la capital un ciclón que sembró la inquietud por si el accidente impedía la llegada del aparato; pero, afortunadamente, la perturbación atmosférica fué de corta duración y de radio reducido. En cambio, uno de los aparatos de la escuadrilla de Sevilla, que venía dándole escolta, tripulado por el comandante Benllo y que llevaba como observador al capitán Selgas, sufrió una brusca parada del motor ya casi encima del campo de aviación de Getafe y tuvo que tomar tierra fuera del campo, en terreno poco a propósito, donde capotó y se incendió. Los jefes y oficiales del aeródromo, que advirtieron el accidente, cruzaron el campo rápidamente en auxilio de sus compañeros, casi al mismo tiempo que una llamarada advertía al público el accidente. La emoción que se produjo fué enorme, aunque, por fortuna, no ocurrieron desgracias, pues Benllo y Selgas pudieron salir del aparato sólo con ligeros rasguños antes de que se produjera el incendio.

No faltó, sin embargo, en la hazaña el tributo de la sangre española, pues al regresar a España el «Almirante Cervera», a bordo del cual se trasladó a Cuba la Delegación española encargada de recoger a los aviadores y al aparato al final del viaje, se supo

que, poco antes de entrar el crucero en el puerto de La Habana, se cayeron al mar seis marineros y uno de ellos resultó ahogado.

DOCUMENTOS IMPORTANTES

En el itinerario de aquel viaje memorable hubo varias modificaciones: escalas no proyectadas y supresión de otras que figuraban en el plan del vuelo.

Bahía no esperaba al «Jesús del Gran Poder», y sin embargo recibió su visita por las razones que antes hemos dicho. Tampoco lo esperaba Arica, pero Jiménez e Iglesias tomaron allí tierra en cumplimiento de una noble y simbólica misión: la de ser portadores de los documentos que ponían término feliz a las diferencias de dos pueblos, diferencias debidas a errores cometidos en otra época, resultado de los ideales que dominaban entonces en el mundo: el pleito de Tacna y Arica, entre Chile y Perú. Y tampoco lo esperaba Payta, pero la inundación del aeródromo de Guayaquil impidió a los aviadores tomar tierra en este puerto ecuatoriano, por lo que lo hicieron 350 kilómetros al Sur, en la peruana ciudad de Payta, que significa desierto desnudo por sus alrededores desolados.

Jiménez e Iglesias pensaban visitar varias Repúblicas centro-americanas, seguir a Méjico y desde allí desplazarse quizá a los Estados Unidos. Pero al llegar a Panamá recibieron órdenes para continuar su vuelo a Guatemala y Cuba, sin tocar en Méjico, y regresar desde La Habana a España. Esto produjo sentimiento en algunas Repúblicas hispano-americanas, especialmente en Méjico y Honduras, por lo que el Gobierno de Madrid tuvo que hacer pública la siguiente nota:

«Algunos países hispanoamericanos, que hubieran deseado que aterrizarase en ellos nuestro avión «Jesús del Gran Poder», lamentan no haber recibido, o no recibir, su visita. El Gobierno de Su Majestad aprecia vivamente el fraternal afecto hacia España y la profunda simpatía y admiración hacia nuestros gloriosos aviadores Jiménez e Iglesias, que trascienden a través de ese sentimiento, y hubiera querido poder dar satisfacción a cuantos amistosos y cordiales requerimientos le han sido dirigidos; pero se trata de un vuelo ajeno a consideraciones de orden político y más sometido a etapas técnicas y prueba de motores que a hacer visitas especiales, que podrán servir de base a otra expedición que se organice. El Gobierno está setá seguro de que así lo comprenderán los países hermanos, cuyos deseos, sinceramente agradecidos, no ha podido, muy a su pesar, satisfacer, y a los cuales reitera con este motivo la expresión de su acendrada y afectuosa amistad.»

20.000 KILOMETROS RELOJ EN MANO

La importancia del viaje del «Jesús del Gran Poder», más que en el salto sobre el Atlántico, reside en el itinerario realizado a través de las naciones hispano-americanas. De Bahía el avión salta a Río de Janeiro, y ya todo será una serie ininterrumpida de escalas clamorosamente recibidas. He aquí el resumen del viaje, reloj en mano:

LABIOS

Unos labios en que reír...
Unos labios en que gozar...
Unos labios en que besar...
Unos labios en que sufrir...
Unos labios en que rezar...
Unos labios en que morir...

Este es uno de los poemas de JESUS JUAN GARCES que encontrará usted en el número 25 de

“POESIA ESPAÑOLA”

la revista de máxima actualidad literaria, que se publica mensualmente.

Escala	Distancia	Día	Salida	Llegada
Sevilla-Bahía	6.550 Kms.	28 marzo	9,30 mañana	4,31 tarde
Bahía-Río de Janeiro	1.265 »	2 abril	5,47 mañana	4,45 tarde
Río de Janeiro-Montevideo	1.700 »	4 abril	3,10 tarde	4,00 tarde
Montevideo-Buenos Aires	360 »	12 abril	9,13 mañana	8,45 tarde
Buenos Aires-Santiago	1.200 »	22 abril	6,10 mañana	4,16 tarde
Santiago-Arica	2.700 »	23 abril	9,45 mañana	4,40 tarde
Arica-Lima	2.700 »	29 abril	10,13 mañana	3,58 tarde
Lima-Payta	800 »	30 abril	7,08 mañana	5,30 tarde
Payta-Colón (Panamá)	1.650 »	9 mayo	9,37 mañana	4,40 tarde
Colón-Managua	810 »	10 mayo	8,07 mañana	10,30 mañana
Managua-Guatemala	730 »	17 mayo	7,45 mañana	5,00 tarde
Guatemala-La Habana	1.900 »	24-26 marzo	5,40 tarde	10,30 mañana

Los kilómetros recorridos fueron exactamente 19.665, síntesis de un viaje triunfal iniciado el 25 de marzo en el aeródromo de Tablada y terminado el 18 de mayo en La Habana, de donde el 27 de ese mismo mes zarpaba el «Almirante Cervera», en el que regresaban a España el contralmirante don Mateo García de los Reyes, Ministro de Marina; la Delegación española por él presidida, los capitanes Jiménez e Iglesias y el «Jesús del Gran Poder», desmontado.

TRIBUTOS DE ADMIRACIÓN

El 7 de junio, al amanecer, llegaba a Cádiz el «Almirante Cervera», sobre el que ronroneaban una serie de escuadrillas que desde los distintos aeródromos habían acudido allí a recibir a los intrépidos aviadores. Jiménez e Iglesias pasaron a bordo del hidro tripulado por el comandante Franco, en el que siguieron en vuelo a Sevilla, escoltados por todos los aparatos concentrados. Y tres días después, a las 5,10 de la tarde, se elevaba en Tablada el «Jesús del Gran Poder», rumbo a Getafe.

Detrás quedaba una estela de homenajes y tributos de admiración...

El 31 de marzo, el periódico brasileño «Estado de Sao Paulo» escribía: «La hazaña no sólo revela la pericia y precisión de los aviadores, capitanes Jiménez e Iglesias, sino también la eficiencia del material y la habilidad de los técnicos españoles. La aviación en España no es sólo una vaga promesa ni una esperanza lejana: es en la actualidad una notable y evidente realidad.»

El «Mercurio», de Santiago de Chile, en su número correspondiente al 13 de abril, decía: «El pueblo de Chile agradece a los aviadores hispanos la visita y recibe emocionado el mensaje que España nos envía, y les pide que lleven a la tierra inmortal el eco de las simpatías que han despertado a su paso como testimonio del afecto que nos une, mezcla de gratitud, admiración, orgullo y fe en el futuro de la raza y de la nación en que nacimos.»

En los Estados Unidos el viaje despertó también vivas simpatías. Las rutas que había de recorrer el «Jesús del Gran Poder» estaban consideradas por los técnicos americanos como peligrosísimas, y la facilidad con que los capitanes españoles fueron recorriendo todas las etapas determinó una verdadera admiración en los centros de aviación americanos por la gran proeza que ello constitu-

yó. Esta admiración se tradujo en que sobre Panamá el aparato español paso escoltado por seis aviones militares y navales norteamericanos. Y no es ajeno a ese sentimiento un comentario del «New York Herald Tribune», que en su número del 4 de abril conceptuaba el vuelo como otra victoria española, vituperaba a los anglosajones por concentrar toda su atención en sus propias hazañas, pasando por alto las grandes aportaciones de la raza latina a la aviación, y criticaba la actitud de muchos de sus colegas, que no dedicaban sino breves líneas a un vuelo que «puede considerarse entre los más atrevidos».

Y en el homenaje rendido por Madrid a los heroicos aviadores, el hoy general Kindelán deshojaba esta alabanza: «El vuelo del «Jesús del Gran Poder» ofrece una síntesis simbólica, en la cual entra toda España. Sus tripulantes son uno gallego, castellano el otro. Se construyó en Madrid con motor catalán, y partió de tierras andaluzas. Este vuelo, como los de Franco, Durán y Ruiz de Alda, Gallarza, Lóriga y Esteve, y de la patrulla Atlántica, no son manifestaciones esporádicas de la pujanza de la aviación española; son consecuencia de un esfuerzo perseverante y el resultado de una organización técnica y un ideal. En su realización afortunada hay siempre un sedimento heroico: el que fueron adquiriendo en los campos africanos los aviadores españoles.»

«ESE ES, ESE ES»

Así terminó aquel vuelo histórico. A las ocho menos diez del día 10 de junio de 1929, surgiendo inopinadamente por detrás de una línea de árboles y ganando altura en virtud de un formidable tirón, el «Jesús del Gran Poder» aparecía sobre el aeródromo de Getafe, mientras los obreros que lo habían construido exclamaban: «Ese es, ése es.» Después...

Apenas todavía entonces queda en pie el «Jesús del Gran Poder», como un recuerdo y un símbolo, protagonista de un acontecimiento inserto en uno de los mejores momentos de la historia contemporánea de España, tras el cual había de venir el vendaval con su muerte de mitos y de heroísmos.

Por eso, a la luz del aniversario, hemos querido traer aquí la conmemoración de aquella hazaña. ¡He aquí otra vez el «Jesús del Gran Poder»!

VEINTICINCO AÑOS DESPUES

Han pasado veinticinco años desde aquella hazaña, a lo largo de los cuales ha ido desfilando una historia pletórica de acontecimientos, de avances técnicos, de conquistas en todos los órdenes de la vida. La aviación ya no es un intento poblado de mitos y de sueños; es una realidad, una tremenda y feliz realidad, al alcance de todos.

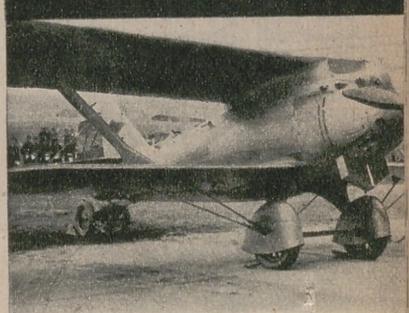
Nos lanzamos a la busca de aquellos dos hombres que hace veinticinco años llevaron a tierras de América el saludo auroreal y estremecido de la aviación española. Y hoy, como entonces, nos resulta difícil llegar hasta ellos, porque andan también en preparativos, pues han de asistir en Sevilla y en Madrid a los actos conmemorativos de aquel acontecimiento, dar conferencias, reavivar, en suma, la recordación de aquel vuelo, otra vez como protagonistas, a los que el tiempo ha respetado. Ellos y el «Jesús del Gran Poder» siguen en pie.

EL ULTIMO ESPAÑOL QUE HABLO CON BARBERAN Y COLLAR

En esta tarde soleada del sábado nos encontramos al entonces capitán y hoy coronel Iglesias «por las nubes». Hablamos con él en el piso 19 de un rascacielos. Frente al edificio pasa la autopista de Barajas. Sobre los tejados suena el ronroneo de



Arriba: Los pilotos a su llegada a Getafe, después del vuelo a América. Abajo: El aparato Bœquet «Jesús del Gran Poder», en el que los dos capitanes batieron la segunda marca mundial de distancia.



los aviones que enfilan en todas las direcciones las rutas del mundo. Y hasta el nombre de la calle tiene algo de simbólico: avenida de América. Diríase que, colocado ante su mesa de trabajo, el hoy coronel Iglesias sigue embarcado en su gran aventura americana.

Aquel grumete de 1929 es hoy un hombre de cincuenta y tres años, modesto, sencillo y afable. Durante la guerra de Liberación mandó primero una escuadrilla de «Breguets XIX», y luego, al ascender a comandante, fué designado jefe del Estado Mayor y de la sección de operaciones de las fuerzas aéreas del Norte. Y por último pasó a la jefatura de la Escuela de Observadores y Especialistas de Málaga, desempeñando, además, las funciones de profesor de Navegación.

Al terminar la guerra, en septiembre de 1939, fué nombrado secretario general y técnico del Ministerio del Aire, de reciente creación. Ascendió a teniente coronel del Arma de Aviación en 1940. En 1941 obtuvo el título de ingeniero aeronáutico, Cuerpo al que pasó en 1943. Dos años más tarde cesó como secretario general del Ministerio del Aire y fué nombrado jefe de obras de los aeropuertos y de la zona territorial de Industria de Galicia, donde permaneció durante seis años. Ascendió a coronel del Cuerpo de Ingenieros Aeronáuticos en 1947, y en 1952 fué destinado a la Dirección General de Aeropuertos, en cuyo destino cesó en junio de 1953 por haber sido designado para el cargo de subdirector y jefe de Material de la Iberia, en cuyo despacho nos hallamos frente a él.

Estos días anda muy ocupado, pues a primeras horas del lunes ha de salir hacia Sevilla para asistir a los actos allí organizados en conmemoración del vuelo del «Jesús del Gran Poder». Y sobre la marcha vamos hilvanando unas impresiones en el discurso de un diálogo que podría prolongarse amablemente durante horas y horas.

—¿Quiere contarnos algo de su vida a partir de aquella hazaña de hace veinticinco años? ¿Nos equivocamos si nos lo imaginamos a usted casado y con unos hijos dispuestos a seguir la tradición del padre?

—Pues, si se equivoca. Sigo soltero. Mi único gran amor ha sido y seguirá siendo la aviación. A ella he dedicado y seguiré dedicando toda mi vida.

—¿Ha vuelto usted por América desde entonces?

—Ha vuelto dos o tres veces. En mayo de 1933, por mis estudios y conocimientos del Amazonas, la Sociedad de Naciones me designó miembro de la Comisión de los Tres, nombrada para encargarse de la Administración del territorio de Leticia, en litigio entre Colombia y Perú, permaneciendo allí más de un año como comisario encargado del orden y presidente de la Comisión. En 1941 fui invitado especial del Gobierno del Perú para asistir a los actos conmemorativos del VI Centenario de la muerte de Pizarro y del descubrimiento del Amazonas. Y con objeto de asistir a los actos en honor de Ore-

llana, celebrados en pleno Amazonas, ideé y realicé un viaje siguiendo el curso del río Huallaga, desde los Andes hasta el Gran Río, en una balsa de troncos, a lo largo de 500 kilómetros.

—¿Cómo ve usted, desde esta distancia del tiempo, aquellos primeros vuelos de la aviación?

—Aquellos vuelos representaron una etapa de la aviación que ya no se puede repetir, porque era iniciar la conquista de la navegación a grandes distancias. Esta fiebre de records de grandes distancias y sobre el Océano se extiende principalmente entre los años 26 y 33. En estos intentos se perdieron muchas vidas. Pero se hizo mucho y muy rápidamente, aunque el mundo lo haya olvidado. Gracias a estos esfuerzos, en la Conferencia Transoceánica celebrada en Roma en 1932, se llegó a la conclusión de establecer una línea regular en el Atlántico Sur. El Atlántico Norte resultaba todavía muy peligroso por las condiciones meteorológicas imperantes en el mismo. Y sin embargo, según las estadísticas de 1953, en cuatro meses cruzaron en avión por las rutas nortatlánticas unas 300.000 personas.

—¿Qué impresión le produjo el accidente que sufrieron Barberán y Collar?

—El año 1933, Barberán y Collar saltaban de Sevilla a Camagüey, y de aquí a La Habana. Cuando llegaron a la capital de Cuba se extrañaron de encontrarme allí, pues desconocían que yo iba de paso, en barco, por razón de mi cargo de presidente de la Comisión de los Tres. Estuve en su recibimiento, cenamos juntos, pasamos cordialmente unas horas, y a las doce de la noche nos despedimos. Al día siguiente yo seguiría mi ruta y ellos también la suya. Pero al llegar a Barranquilla me enteré del fatal accidente: se habían perdido y nada se ha vuelto a saber de ellos. La casualidad había querido que yo fuese el último español que habló con los dos infortunados compañeros.

Y el coronel Iglesias hace un gesto como si quisiera indicar con él que las cosas de la aviación eran entonces así. Y termina:

—Hoy todo ha cambiado enormemente. Entonces lo que contaba era el hombre, la personalidad. Figúrese usted la desproporción que existe entre el «Jesús del Gran Poder» y estos super-«Constellation», con capacidad para ciento y pico de pasajeros, que ahora hemos adquirido para la Iberia. De todos modos, el mundo de la aviación podemos decir que sigue en sus comienzos. ¿Nos hemos detenido a considerar bien las posibilidades que ofrecen los vuelos interplanetarios.

AQUEL TELEGRAMA DEL CAPITAN JIMENEZ A SU PADRE

El «Jesús del Gran Poder» es el único avión español que conservamos como superviviente de aquellos primeros vuelos transoceánicos que fueron abriendo rutas a través de mares y continentes. El de Barberán y Collar se perdió; el «Plus Ultra»

fué regalado a la Argentina; el de Haya se rompió en Nigeria, y el de Gallarza y Lóriga, único de la patrulla Elcano que llegó a su destino, fué regalado a Filipinas.

El viejo avión será exhibido estos días, como una parte más de los actos conmemorativos organizados en el XXV aniversario de aquel famoso vuelo. Junto a él podrá contemplarse otra vez la silueta de sus dos audaces tripulantes, Jiménez e Iglesias, ayer unidos en el entusiasmo de la misma empresa, luego separados para seguir cada uno el curso de su propia vida.

El capitán Jiménez contrajo matrimonio en 1933, a raíz de un vuelo a Filipinas, con doña Carmen Elizalde, apellido español vinculado a aquellas lejanas tierras, y hoy es padre de tres hijos: uno mayor y dos hijas menores. Perteneció al Arma de Aviación. Participó en la guerra de Liberación, y al terminar la misma se retiró con el grado de comandante para dedicarse a sus asuntos particulares, situación y categoría en la que hoy sigue, condecorado con la Medalla Aérea.

Hemos tratado de alcanzarle ya casi con el pie en el estribo, cuando, en camponía de su esposa, salía también para Sevilla a fin de asistir a los actos allí organizados en conmemoración del raid. Pero cuando sonaba el teléfono de su domicilio, el matrimonio enfilaba ya las carreteras del Sur.

Y en una actitud de adiós nos hemos quedado entre las marcos con aquel telegrama que desde Bahía envió a su padre en Madrid, aquel 26 de marzo de 1929: «Aterrizamos sin novedad Bahía. Terminada gasolina. Tengo utricaria, presentada antes salir Sevilla. Ignacio.»

He aquí al otro protagonista de aquella hazaña, el otro de aquellos dos grumetes, que hoy cuenta cincuenta y cinco años y que, mientras redactamos estas notas, se halla, como en aquella memorable ocasión del 24 de marzo de 1929, frente a las rutas por donde entonces se lanzó a la conquista del espacio.

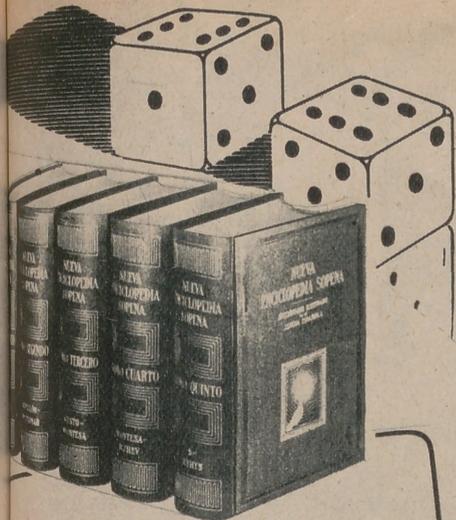
CLAVES ROSAS

Claves, rosas, donceles entallados, sobre un pie: claves, como se ve, más que pintados: pinceles. Rosados son los claves, no de rubor, de las rosas que copian, blancas, sinuosas, lo que ellos, rosas, perfilan. Pero, prudentes, vigilan y firman. Claves rosas.

BLAS DE OTERO

Esta es una de las cinco composiciones de BLAS DE OTERO, que se publican en el número 25 de

“POESIA
ESPAÑOLA”



Un verdadero acierto

Desde hace mucho tiempo se dejaba sentir la falta de una moderna Enciclopedia que proporcionara información verdaderamente amplia, así como los datos más actuales y fidedignos sobre todas las materias, pero que a la vez resultase a un precio moderado que la hiciese asequible a todas las clases sociales. llenar esa necesidad tan hondamente sentida, significaba la resolución de un arduo problema técnico, pues una Enciclopedia de la extensión requerida implicaba un número considerable de volúmenes que en los momentos actuales significaba un elevado costo.

Con su dilatada experiencia en la confección de diccionarios y enciclopedias y tras un largo periodo de estudio y preparación, la Editorial RAMON SOPENA, S. A. vino a resolver esa difícil cuestión con la publicación de su

NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA

De que se compone la

NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA

Más de 400.000 artículos enciclopédicos y lexicográficos, con más de 2.000.000 de acepciones y con las etimologías del griego, latín, árabe, sánscrito, etc.; así como miles de americanismos, neologismos, provincialismos y voces técnicas.

53 láminas en color y 44 láminas en negro, comprendiendo temas de Anatomía, Botánica, Zoología, Cerámica, Trajes Regionales, Señales Marítimas, Filatelia, Mineralogía, etc.

11 mapas a colores al tamaño de triple, doble y página sencilla, comprendiendo España, Europa, Asia, África, América, Oceanía, Mapa Celeste, Planisferio, Rutas de Napoleón, Razas y Religiones.

171 mapas en negro de todos los Países del mundo y provincias españolas.

400 grabados al tamaño de página entera comprendiendo las diversas manifestaciones de las Ciencias y las Artes.

25.437 grabados nítidamente impresos, colocados entre el texto. Interesante apéndice con la lista alfabética de verbos españoles (alrededor de 12.000) y paradigmas de su conjugación.

Suplemento al final de la obra con los acontecimientos de última hora.

MÁS DE QUINCE MILLONES DE PALABRAS

En CINCO VOLUMENES, que gracias a un bien meditado plan editorial y al compacto tipo de letra, perfectamente legible, fabricado especialmente para esta obra, contiene positivamente igual cantidad de texto, en número de palabras y letras que otras Enciclopedias en *doble número de volúmenes* y que merced, en gran parte, al elevado tiraje y a otros factores técnicos, pudo ofrecerse a un precio tan reducido que no excede del normal de una obra en tres o cuatro tomos.

Esto explica que la publicación de la NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA constituyese uno de los más sensacionales acontecimientos editoriales de estos últimos años y que la obra fuese objeto de una acogida francamente entusiasta por parte del público. Prueba de ello es que en mucho menos de un año quedó totalmente agotada la copiosa edición que se hizo de esta novísima Enciclopedia.

Hay no cabe la satisfacción de anunciar que se ha puesto a la venta una NUEVA EDICIÓN, corregida y puesta al día con los datos y hechos más recientes y que, pese a las mejoras introducidas seguimos vendiendo al mismo precio y con idénticas facilidades que la edición anterior.

En su propio interés

le recomendamos curse Vd. **inmediatamente su pedido**, asegurándose así la posesión de tan valiosa obra, y caso de desear más amplios informes, solicite GRATIS el magnífico FOLLETO ilustrado a colores remitiendo en uno y otro caso el cupón adjunto, debidamente cumplimentado a los

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

EDITORIAL EXITO, S. A. - P.º de Gracia, 24 BARCELONA

Muy Sres. míos: Sirvanse remitirme lo señalado con una X dentro del círculo correspondiente: Un ejemplar de la NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA en 5 volúmenes, en la encuadernación y forma de pago que también señalo.

- EN TELA**
- A PLAZOS, al precio de 1.350 ptas. a razón de 75 ptas. a reembolso de la obra completa y el resto en 17 mensualidades de 75 ptas. cada una.
 - AL CONTADO, al precio de 1.215 ptas. pagaderas contra reembolso de la obra completa.
- EN MEDIA PIEL**
- A PLAZOS, al precio de 2.070 ptas. en 18 mensualidades de 115 ptas. cada una, la primera contra reembolso de la obra completa.
 - AL CONTADO, al precio de 1.863 ptas. pagaderas contra reembolso de la obra completa.
- Envía franco de portes, con perfecto embalaje, por cuenta y riesgo de Uds.
- FOLLETO ilustrado, GRATIS.

FIRMA

NOMBRE Y APELLIDOS _____

EDAD _____ PROFESION _____

DOMICILIO _____

LOCALIDAD _____

PROV. _____

EMPLEADO EN _____

DOMICILIO EMPLEO _____

EDITORIAL EXITO S.A.
PASEO DE GRACIA 24 - BARCELONA



EL GOLPE DE MANO

NOVELA, por Luis ROMERO

NO es que el frío no le deje dormir, es que está nervioso. Es inútil intentar engañarse a sí mismo; está nervioso y hasta siente miedo o, si se prefiere, temor. Desde luego, hace mucho frío y esta pobre hoguera sobre los restos del horno, más que dar calor, lo que hace es llenar la habitación de humo. El «Viejo» está acurrucado a su lado y se tapan con las mismas mantas. Tampoco debe dormir. De los cuatro cristales de la ventana, tres están rotos, y los agujeros taponados con sacos apenas impiden que entre el frío. Por el único cristal penetra el resplandor hiriente de la luna. Intenta ver la hora en el reloj de pulsera. La una y veinte. Les han dicho que la luna se pondrá a las cuatro y cuarto. Para esa hora tienen que estar preparados. Primero saldrán el «Viejo» y él; los otros tardarán cinco minutos justos. La misión más arriesgada es la de ellos dos; tienen que inutilizar la ametralladora. Exactamente «inutilizar» es la palabra que ha empleado el capitán. Pero la forma de inutilizarla consiste en meter una carga de dinamita en la chabola de los sirvientes y en disparar sobre el centinela. Entonces, inutilizada la maldita *Maxims*, los compañeros caerán sobre la posición y..., ¡en fin!, ya se sabe lo que es un golpe de mano.

Les han dicho que procuren descansar hasta la hora de entrar en acción, pero todavía no ha conseguido pegar un ojo. Dentro de tres horas... Bueno, se dice muy fácil: «En cuanto se ponga la luna, ustedes dos bajan por el río helado con cuidado de que no les vean. Seguramente los rusos estarán dormidos. No se precipiten, ya han visto dónde está la ametralladora. Al centinela se lo cargan y echan la dinamita dentro de la chabola. Si sale algún tío, lo frien. Inmediatamente se atrincheran y esperan a los otros, que ya estarán subiendo la pendiente de la orilla para caer sobre los rusos de la posición contigua. Tienen diez minutos para todo; hemos calculado que no pueden llegar refuerzos antes de ese tiempo. A los diez minutos les pro-

tegerá la artillería.» En realidad, esta mañana ha sido particularmente alegre; las cosas iban bien. Un buen rancho, ni un disparo de la artillería enemiga, y además ha recibido carta de Menchu. A media tarde han llamado al sargento; ha regresado con cara de circunstancias. Naturalmente, se han ofrecido todos voluntarios para el golpe de mano. Siempre ocurre igual, se ofrecen todos voluntarios y es como si no se ofreciera ninguno; escogen al que quieren. Al oscurecer han vuelto a llamar al sargento. Cuando éste ha regresado a la chabola, en seguida se ha dado cuenta de que a él le habían seleccionado. Ha notado, por un instante, como si la cabeza le vacilara. El sargento ha adoptado un tono algo enfático mientras se dirigía a él: «Ha tenido usted el honor de ser elegido». ¡El honor de ser elegido! Ahora está durmiendo aquí, junto a este tipo a quien llaman el «Viejo», que ni siquiera sabe quién es.

Luego se han reunido los siete en casa del capitán y les ha dado las instrucciones. Lo más arriesgado es inutilizar esa *Maxims*. A él, el capitán le ha dicho: «Usted, Gómez, es fuerte y decidido; junto con el «Viejo», les voy a dar un trabajo de los buenos.» El «Viejo» hace pocos días que se ha incorporado a la compañía; ha venido con la primera expedición de relevo. Es un tipo raro, un catalán hosco y poco comunicativo. Nadie tiene quejas de él, pero no es como los demás muchachos. Luego les han dicho que descansen hasta que la luna se ponga. Y aquí está, hecho un ovillo y compartiendo las mantas con este tipo que ni siquiera sabe cómo se llama. Dentro de unas horas, los dos saldrán a pecho descubierto por la nieve adelante. Cruzarán el río fiados en la casualidad. Si el centinela de la *Maxims* les ve, no les salva ni la paz ni caridad. Y cruzar el río no es cualquier cosa. Salir de las alambradas y encontrarse solo, solo ya, separado de todo y fiado únicamente a su fuerza, a su pericia, a que el centinela esté adormilado, a que Dios, en última instancia, le proteja.

Bueno, no estará solo; este hombre que duerme aquí, o que finge dormir, será su compañero. Vuélvete a mirar el reloj. La luz no le da bien y tiene que incorporarse un poco. El «Viejo» da media vuelta y le dice:

—¿No te duermes?

Le contesta pensando que, en realidad, tiene ganas de charlar un poco, de distraerse, a ver si estas horas pasan de prisa y las cosas terminan de una vez.

—No; no he pegado el ojo...

El «Viejo», cuyo rostro no se ve porque está de espaldas al resplandor de la luna, le pregunta burlesco:

—¿Hay canguelo?

Se estremece y le va a contestar ásperamente, pero calla. Dentro de unas horas, este hombre y él saldrán de la alambrada y en todo el mundo no tendrá más camarada que él. Morirán juntos o se salvarán juntos. El otro ya le ha apoyado una mano dura, pesada, sobre el hombro y le está diciendo con una voz cariñosa, llena de amistad:

—No te preocupes; yo también lo tengo siempre antes de empezar el fregado. Luego todo pasa. Y si te arreean, ¡mala suerte!

Dej bolsillo de la guerrera saca un cigarrillo «Salem» y se lo ofrece; él se coloca otro entre los labios. Enciende una cerilla y le da fuego. Nota cómo el «Viejo» le mira atentamente a la cara; nota cómo le observa y le examina. La mano no le tiembla; el «Viejo» debe ser un tío bien templado. El no ha querido encender el fósforo para que el temblor de los dedos no le denunciara la zozobra. La cara del «Viejo» se ilumina mientras prende el cigarrillo. Es la primera vez que se fija bien en él. No es joven desde luego; tendrá por lo menos treinta y tantos años. Grandes arrugas, nariz cumplida, ojos pequeños... La luz se ha apagado. Se apoyan ambos contra la pared. Ha tropezado con el casco y lo aparta. ¿Merece la pena llevar el casco? El capitán ha dicho que lo lleven puesto, pero con el casco se está siempre como un poco atontado. Y además, este frío absurdo de Rusia. El invierno, según dicen, se está acabando, pero hoy el enlace les ha informado de que en un termómetro que hay en el puesto de mando se han registrado veinticinco grados bajo cero. El frío atonta y entumece los miembros. Claro que ya verán los rusos quiénes son ellos. ¿O es que creen que el frío va a acobardarles? El «Viejo» ha carraspeado, luego le pregunta:

—¿Cuántos años tienes?

El tiene veintitrés años; es ya mayor. En la División se alistó gente muy joven. Tiene curiosidad por conocer la edad de su compañero, pero éste le contesta vagamente.

—Soy mayor que tú, mucho mayor. Ya ves cómo me llaman. Incluso tengo canas.

Tiene una voz ronca, profunda. El perfil se destaca ahora contra la luz de la luna, que entra por el único cristal de la ventana. Las cejas, de pelos muy largos, le dan un aire enérgico y duro. En este momento el «Viejo» le pregunta de dónde es.

El nació en Ciudad Real y allí pasó su infancia. Pero Ciudad Real no es para él más que la casa de sus abuelos y algunos recuerdos infantiles. Sus padres vinieron a domiciliarse en Madrid cuando iba a comenzar el bachillerato. Luego vivió en Madrid y durante la guerra rodó de un lado a otro. Casi podría decir que es madrileño. Cuando le va a preguntar al «Viejo» que de dónde es, éste se le anticipa con una nueva pregunta:

—¿Con quién hiciste la guerra?

Le extraña esa pregunta. ¿Con quién podía haberla hecho? Estaba con su familia en San Sebastián y huyeron a Francia inmediatamente para pasar a la zona nacional. En Zaragoza, poco antes de movilizar su reemplazo, ingresó en una Bandera de Falange. El «Viejo» no le mira, se le había apagado el cigarrillo y lo está encendiendo de nuevo. El no se atreve a contemplarle, no vaya a creer que le observa.

—Estuve toda la guerra en una Bandera de Falange.

El «Viejo» apaga la cerilla con las yemas de los dedos y lanza una bocanada de humo. Luego, con voz serena, reposada, exclama:

—Yo la hice con los rojos.

Hay un silencio largo, difícil. Este hombre decidido, duro, y él van a salir de las alambradas dentro de unas horas y van a quedarse solos en un centenar de metros que separa dos mundos. ¿Podrá confiar en él? Hace solamente dos años era su mortal enemigo; han hecho una guerra fren-

te a frente. ¿Por qué estará ahora aquí este hombre mayor y cetrino? Podría el capitán haberle elegido otro compañero, y no este hombre, que puede pegarle un tiro y pasarse a los rusos, y avisarles el golpe de mano y... Bueno, si a él le ha pegado un tiro, ¿para qué quiere más? El «Viejo» tiene la cabeza reclinada en la pared y mira, si la oscuridad le deja ver, al techo. Echa bocanadas de humo y está como distraído o pensando en sus propios problemas. Por un momento desconfió de él; apenas le conoce, hace poco que está en la compañía, los camaradas no saben quién es. Ha venido de Barcelona y es un obrero que ha hecho la guerra con los rojos.

—¿Por qué no te pasaste? ¿No podías?...

Se lo pregunta casi con timidez. Tiene miedo a que este hombre le confiese que es un comunista, porque entonces, ¿qué puede hacer él? ¿Ir al capitán a decirselo? ¿Arriesgarse a que le pegue un tiro y le deje tumbado en la nieve? ¿Vigilarle todo el rato llevándole encañonado? ¿Bonita manera de dar un golpe de mano!

El «Viejo» vuelve la cabeza hacia él. No le puede ver el rostro y, sin embargo, parece que le sonríe con cierta tristeza.

—No, no podía pasarme...

Carraspea un momento y, por fin, en voz baja, hace la confidencia:

—Eran los míos, es decir, así lo creía yo. ¡En fin!, no hablemos de cosas que no hacen al caso ahora. Eso es ya pura historia.

Nota que un malestar se añade al malestar que



ya sentía. Y, sin embargo, el «Viejo» no parece un traidor. Es fuerte, seguro. Mientras el que más o el que menos ha soportado sus bravuconadas, ha sido el único que se ha mantenido sereno y no ha hecho comentarios. Ha limpiado cuidadosamente el fusil y se ha sentado en un extremo de la habitación sin decir nada a nadie. El «Viejo» le apoya la mano en la rodilla.

—No tengas miedo. No me pasé entonces porque nunca abandoné a mis camaradas. Puedes confiar en mí. Si no nos matan, volveremos juntos.

La mano le aprieta ahora en el brazo.

—Te juro que si te hieren no te abandonaré y, o me matarán contigo, o te traeré a las líneas a cuestas, o como sea...

Tiene una voz convincente y la mano que le aprieta en el brazo es segura, firme. Una vez le hirieron y estuvo a punto de caer prisionero. La Bandera se retiraba de una posición y él apenas podía andar con el brazo izquierdo colgándole. Gracias a Dios, un compañero le ayudó e hallaron un lugar en que pudieron resistir hasta la noche. Es preferible que le maten a uno que caer prisionero.

La carta de Menchu era larga. Recibir cartas es lo más importante en estos meses. Le hablaba de los amigos, de lo que acontece en Madrid, de una serie de cosas que tienen un interés muy diferente de lo que ella puede figurarse. No, allí no comprenden bien todo esto. Sólo los que han hecho la guerra pueden entenderlo. Las mujeres creen que la guerra es otra cosa. «Me gustaría estar ahí contigo...» No sabe qué pintaría Menchu aquí, con este humo de la lumbre medio apagada, con este frío que no deja dormir. Y a las cuatro y cuarto se pone la luna. Entonces habrá que desentumecerse; meterse entre pecho y espalda un buen trago de coñac, revisar las bombas de mano, ponerse el fusil en bandolera, ajustarse los guantes, y él y el «Viejo» pasarán bajo las alambradas, mientras los demás, con el oficial, esperan, reloj en mano, a que transcurran los cinco minutos. ¿Qué haría Menchu aquí? No, esto no es el cine. Hace mucho frío, y uno se encuentra solo esta noche junto a un hombre con el que apenas se han cambiado diez palabras en toda la vida. Y tira «palante», y a «inutilizar» una ametralladora que ni siquiera se sabe bien dónde está, y que la vigila un centinela que es de suponer estará insomne, por la cuenta que le tiene. Un centinela, claro... Ahora se da cuenta fie que entre ese centinela, que no tiene idea de quién es—«un ruso», en abstracto—, y ellos dos se planteará una lucha a muerte. El ruso vigilará la blancura del río y, si les ve, hará fuego implacablemente y dará la voz de alarma; no tendrán salvación. Pero, si no les ve, serán ellos los que tendrán que matar al ruso. ¿Cómo lo harán? ¿Hay que cbrar rápidamente y arrojar la carga de dinamita en el interior de la chabola antes de que los que duermen se enteren de nada. Se vuelve hacia el «Viejo».

—¿Qué haremos con el centinela?

La respuesta es tajante; el «Viejo» ha pensado seguramente en todo.

—Yo me ocupo de él; tú buscas la puerta de la chabola y la empujas con el pie, mientras tiras dentro la dinamita. Lo malo es si nos ven por el camino y nos dejan como a un colador. Si el centinela nos ve, palmamos los dos.

De pronto, como si estuviera inquieto, le pregunta:

—¿Qué hora es?

El tiempo avanza muy despacio. No son más que las dos menos diez. El «Viejo» se echa en el suelo, quiere dormir un rato todavía. El se echa también y se junta mucho al otro para darse mutuamente calor; pero sabe que no podrá dormir. Si le pasara algo..., sus padres. Sí, les mandan un oficio del Ministerio de la Guerra. Debe ser horrible, porque los hijos... «Tengo el honor de comunicar a usted que su hijo...». No, no debe decir eso, tal vez: «Lamento tener que poner en su conocimiento...». Si le mataran hoy, sus padres todavía recibirían dos cartas; en la última les decía muchas cosas y les hablaba de cuando era niño. Lo cierto es que desde la guerra vive un tanto despegado de ellos. Todavía recibirían dos cartas con su letra, con su aliento, y él ya estaría muerto. Y sus padres leerían las cartas y se pondrían contentos, porque su muerte no llegaría a ellos hasta que no la supieran. El oficio ése que debe mandar el Ministerio de la Guerra... Se le hace un nudo en la garganta. Cuando regrese a Madrid va a ser más cariñoso con sus padres; alguna vez los llevará al cine o al teatro; mejor al teatro, porque a su madre le gusta mucho. Ahora sus padres se quedarán solos porque él es

hijo único; todas las esperanzas puestas en su porvenir se derrumbarán en cuanto reciban el oficio ése. ¿Quién lo leerá primero? «Me veo en el penoso deber de poner en su conocimiento que su hijo César...» Pero se da cuenta de que está a punto de llorar pensando en su propia muerte. Las cosas no están tan graves, al fin y al cabo; van a dar un golpe de mano y eso es todo. Claro que han de meterse en las líneas enemigas completamente a ciegas, claro que han de cruzar el río con la nieve blanca y despejada, claro que si el centinela les ve y les deja acercarse no tienen salvación; pero también a su favor trabaja la oscuridad y la sorpresa. Hay que mantenerse firme, bien templado, y avanzar cauteloso; y en el momento oportuno obrar rápida y eficazmente. Cuando den el golpe, los compañeros, que habrán venido desplegados y en línea recta, saltarán las trincheras y sorprenderán a los que duermen en la casa defendida por la contravertiente. Lo mejor es no pensar y dormir un par de horas aunque sea. No es bueno lanzarse a una acción no estando completamente sereno. Aunque siempre ocurre lo mismo: primero se está nervioso, y cuando llega el momento decisivo se nota una gran serenidad. Esto debe ser como aquello que dijo César: «Alea jacta est.» Una vez que digan: «¡En marcha!», ya estará tranquilo, porque entonces, de su pericia, de su habilidad y de su valor dependerá el éxito de la empresa y su propia vida. A lo mejor le dan una Cruz de Hierro. Y en el otro platillo está su vida; su vida de veintitrés años bien zarandeados. Pero hay que vencer, eso es lo importante, y casi le parece que si el golpe de mano se realiza con éxito, el objetivo (y la palabra objetivo se confunde aquí casi con el porvenir de la Humanidad) estará resuelto. Un hombre no cuenta nada; la vida de un hombre carece de importancia cuando lo que se juega es la historia del mundo. Un día sus hijos podrán decir: «Mi padre murió defendiendo Europa; mi padre murió en la orilla de un río en que se decidía el porvenir del mundo.» Pero... si le matan, no tendrá hijos, sus hijos no dirán nada. Bien, es lo mismo; habrá muerto defendiendo algo importante. Si por lo menos pudiera dormirse. ¿Qué pensará el «Viejo» de todo esto? ¿Para qué habrá venido a Rusia?

Algunos de los compañeros deben dormir. Se escuchan las respiraciones acompasadas y uno de ellos está roncando. Seguramente es Perojo. Cuando venían en el ferrocarril hasta la frontera de Polonia, Perojo, que estaba entonces en su misma escuadra, roncaba por la noche y le gastaban algunas bromas. Perojo es amigo suyo desde hace tiempo. Iban juntos al Instituto antes de la guerra; luego estuvieron bastantes años sin verse. Durante la guerra estuvo preso en Madrid. Es un muchacho alegre y despreocupado. En invierno, se le heló uno de los pies y tuvieron que evacuarle a Riga. De regreso explicaba muchas aventuras de «amor internacional», como él decía, y algunas broncas con los soldados alemanes. Es el único que aunque sea en broma, ha reconocido que le ha fastidiado el hecho de que le hayan seleccionado para el golpe de mano. Ahora, sin embargo, está roncando como un bendito. Se ve la lucecita de un cigarrillo; alguien que tampoco duerme. Debe ser el cabo Pino. No le es simpático; se cree un general y no es buen compañero. Sólo piensa en ascender; se dice que ha venido a Rusia con el exclusivo fin de que le hagan sargento. Hay que reconocer que es buen soldado y que para una acción como ésta no irá mal; es duro y, aunque no sea más que por espíritu castrense, será valiente. Durante la guerra había en su Bandera un sargento que se parecía física y moralmente al cabo Pino; ya no puede acordarse de cómo se llamaba. Era un tipo poco simpático. Cerca de Morella, atacando una cota, iba unos metros delante de él; el enemigo disparaba y había que ir cubriéndose con las piedras. Una ráfaga de ametralladora hirió en la muñeca al sargento y el fusil se le cayó de la mano. Se estremece todavía recordando cómo se puso en pie y, alzando la mano desarmada y sangrante, empezó a insultar a los que le habían herido. En el silencio de la tarde y la batalla, los disparos sonaban aislados, y la voz del sargento lo llenaba todo: «¡Cobardes! ¡Canallas! ¡Hijos de perra! ¡Bajad aquí si tenéis agallas!» Cayó hacia atrás como una pelota. No pudieron llegar hasta arriba y tuvieron que replegarse. El cadáver del sargento quedó abandonado. El cabo Pino será buen compañero para esta madrugada. ¿Qué estará pensando ahora? Y esos que duermen, ¡qué felices son! Se ve que no sienten ni el frío ni los piojos, que andan revolucionados esta noche. Si le dieran una Cruz de Hierro, Menchu se pondría muy contenta. Pero Menchu tiene de la gue-

rra un criterio de litografía; lo más, de cine. En el cine, todo es diferente. La sensación de sufrimiento es ajena al espectador y se comunica únicamente por la imagen; pero aquí, por ejemplo, el frío es frío, en los pies, en las manos, en la nariz.

El «Viejo», sin decir nada, se levanta y se acerca a la hoguera. Apenas se le ve la silueta en la escasísima luz que la ventana deja pasar. Se oye el chasquido de algunas ramas secas. Sopla y una leve claridad ilumina la estancia. Un chisporroteo y una llama viva que todo lo inunda de luz. Se nota el calor que llega hasta las mantas, y en las manos y en la cara se percibe como una caricia.

El cabo Pino refunfuña:

—¿Quién ha encendido ese fuego? ¡Que lo apague inmediatamente! Si nos ven los rusos...

Pero el «Viejo», que está todavía de pie, dice simplemente:

—Yo lo he encendido; tenemos frío.

Regresa hasta donde estaba echado y se envuelve en las mantas. Sigue el resplandor iluminando la habitación donde duermen los seis soldados que a las cuatro y cuarto en punto cruzarán la tierra de nadie para dar un golpe de mano. El cabo Pino no insiste.

Otro de los que estaban sobre un montón de paja, se acerca al fuego a calentarse. Lleva el uniforme y el cabello lleno de briznas de paja. Levanta las botas hasta la altura del fuego. Habla en general, pero es evidente que se dirige al cabo Pino en particular, cuando dice:

—Mejor es que te arreen un mortero que morirte de frío. Además, son las dos y cuarto; dentro de un par de horas...

La habitación se ha caldeado un momento. Los soldados están despiertos, excepto dos que permanecen acurrucados en un rincón. Desearía hablarlos a todos, conocerles un poco mejor; pero al mismo tiempo plega que en estas horas decisivas, es preferible evitar toda dispersión, y vivirlas para uno mismo, para los propios recuerdos.

El «Viejo» tiene el pelo gris y revuelto. Se quita el abrigo, lo hace un rollo y lo coloca a guisa de almohada. Carraspea y cierra los ojos; en seguida se los tapa con un brazo. El que está cerca de la lumbre, echa en ella otro leño. El humo se esparce por la habitación y el soldado —que se llama Rubio— va hasta la puerta y la abre un momento. Se nota el aire helado, pero es preferible que respirar humo; aunque cerca del suelo el aire está más limpio. Nuevamente el cabo Pino exclama:

—¡A ver si terminamos de una vez!

El otro no contesta, mantiene la puerta abierta durante un momento, y en seguida vuelve junto al fuego. El resplandor ha decrecido. Se sienta en un taburete y saca del macuto papel y pluma. Apoyándolo en un libro que tiene sobre las rodillas, se pone a escribir.

La temperatura es soportable pero los piojos han vuelto a la carga. Se echa junto al «Viejo» y se tapa la cabeza con la manta; desea dormir, o cuando menos, aislarse. Si pudiera reconstruir, ahí, bajo la manta, su mundo, su pequeño mundo familiar y secreto. Es lo que más desearía, acercarse a sus padres, a su infancia; apartarse cuanto le fuera posible del «Viejo» y de estos soldados, de esta casa sórdida y llena de humo que huele a cuadra, a soldados; que huele a su propio cuerpo sucio. Si ahora consiguiera, en estas dos horas que quedan, reconstruir su mundo individual y refugiarse en él, se consideraría feliz. Alejar ese golpe de mano en que su vida se arriesgará demasiado, alejar la voz del capitán cuando le decía: «Muchacho, hemos de demostrar a esos rusos que tenemos riñones», alejar esta tierra llana hasta el delirio, blanca hasta el delirio, helada hasta el delirio. Todo eso se puede borrar metiendo la cabeza bajo la manta y respirando el olor del uniforme, de su cuerpo, del cuerpo del «Viejo», de la madera podrida del entarimado. Su padre y su madre son evocados con insistencia, pero no comparcen al conjuro con suficiente claridad, con la nitidez que él desearía. Los imagina solamente de una manera vaga, y no le hablan, no le dicen nada. Intenta fijarles, les pide ayuda, pero se le escapan. Se le escapan porque la manta huele mal, y por las rendijas del suelo se filtra un aire demasiado frío, y porque la bota izquierda le aprieta. Tiene que cambiar de postura, y el «Viejo» rezoña algo, pero se le estaba durmiendo el brazo.

Ha tropezado contra el fusil. Nota el empavonado frío, y recuerda que dentro de un momento este fusil cobrará para él la máxima importancia. Su padre, cuando era pequeño, le regaló una



escopeta muy buena. Disparaba pequeños balines y era, en cierta forma, peligrosa; sólo le dejaban utilizarla estando su padre delante. Ahora aquellas cosas que parecían peligrosas, ya no lo parecen, ni lo son. Desde hace cinco años vive entre granadas, bombas de mano, fusiles y machetes. Sin embargo, ese mundo cariñoso de la infancia lleno de tabús y reglas, ese mundo tan tierno y protegido, ahora le parece lleno de poesía y nota cómo una sensación agradable le sube por la espalda hasta los parietales. Su padre le escribe unas cartas breves, serenas, en que apenas se deja traslucir la inquietud. Le escribe como si quisiera ignorar el peligro en que se halla, o como si al menos, le pareciera incorrecto estarlo continuamente recordando. Pero, de pronto, en esas cartas, aparece una pequeña frase, o una palabra sólo, en que vibra toda la angustia y la dolorosa inquietud en que vive desde que él salió de España. Claro que su familia ya debería de estar acostumbrada, pues la guerra duró tres años. Pero la guerra de España fué otra cosa; algo fatal e irremediable en que todos se encontraron metidos. Era un riesgo trágico del que todos eran partícipes, y especialmente aquella masa combatiente que alcanzaba a la totalidad de las familias. Ahora es distinto; él ha buscado un destino individual, compartido únicamente con unos pocos miles de jóvenes de toda España. Desearía recordar a su padre. Ahí está, en el comedor de la casa de Madrid; un comedor nuevo que pusieron después de la guerra. Su padre está sentado a la mesa con un traje oscuro. Pero la cara no aparece; el rostro es sólo una mancha borrosa. Sin embargo, ese es su padre. Su madre debe estar sentada en frente, pero tampoco consigue «verla» con suficiente claridad. Lo que más le descansaría es dormir un rato, porque pensando y pensando, se está poniendo nervioso. Su padre, su madre, todo está muy lejos, y es inútil quererlo traer hasta aquí, las únicas realidades a su alrededor son esta hoguera, estos compañeros, las mantas y el golpe de mano que darán en cuanto se ponga la luna. El golpe de mano. Pueden matarle. No solamente pueden matarle, sino que existen muchas probabilidades de que eso ocurra. Hay que cruzar el río a cuerpo descubierto, y por mucha oscuridad que haya, puede verles el centinela. El capitán ya les ha indicado, teniendo en cuenta las posiciones enemigas, un trayecto por donde es fácil que no les vean; pero, ¿y si los rusos tienen situado algún escucha hacia el matorral? Desde luego, si en el matorral no hay escucha, es fácil que lleguen, y esa, aunque débil, es un punto de defensa, porque de noche los disparos no son siempre certeros. Desde el matorral hasta el nido, hay unos cincuenta metros solamente. Si la nieve no está allí blanda, que seguramente no lo está, pues la luna la habrá helado, pueden hacerse esos cincuenta metros en poco tiempo. Tal vez en dos o tres minutos, teniendo en cuenta que por lo menos una vez convendrá hacer cuerpo a tierra. ¿Y no sería preferible hacer esos cincuenta metros arrastrándose? Le da al «Viejo» un golpe en el hombro.

—¿Duermes, «Viejo»?

El otro se incorpora sobre el codo y se vuelve hacia él.

—¿Qué pasa?

—He pensado que desde el matorral al nido podríamos ir arrastrándonos, aunque tardemos algo más, incluso le podemos decir al capitán, que en vez de cinco minutos, tarden seis o siete, en salir los demás.

—Si tú lo prefieres, a mí me es igual; mientras no se nos hielen los codos o las rodillas.

Después, bruscamente, le pregunta:

—¿Estuviste en Teruel?

El no estuvo en Teruel, y el «Viejo» le explica los sufrimientos de su compañía cuando la acorralaron los legionarios. Se salvaron muy pocos. Iban precariamente vestidos.

—Teruel fué horrible, una matanza inútil. Si tú no estabas allí, eso ganaste. Si me hubieran dicho que iba a volver a luchar en la nieve...

Verdaderamente es extraño, pero resulta necio desconfiar; aquello fué aquello y esto es esto. Además, ahora que lo piensa, prefiere tener por compañero al «Viejo» que al cabo Pino, o a Perojo, que es un «Viva la virgen»; incluso que a Rubio, que es muy fuerte y animoso, pero un despistado. Sin embargo, le es imprescindible preguntar algo:

—Oye, «Viejo». ¿Tú eras de los comunistas?

Ahora puede ver el rostro, y nota que le mira entre irónico y amistoso.

—No.

Eso le tranquiliza algo. El «Viejo» le sigue mirando. Saca el paquete de cigarrillos y le ofrece uno. Rubio continúa escribiendo pegado al fuego; debe ser muy larga la carta. Al cabo de una pausa, el «Viejo» dice:

—Yo era sindicalista. Si no te asusta la idea, te diré que todavía lo soy, pero... por mi cuenta, ¿comprendes?

Enciende el cigarrillo. El «Viejo» antes de guardar el paquete saca otro cigarrillo y se lo lanza por el aire a Rubio que, sin duda, se lo ha pedido por señas. Refiriéndose a la carta dice:

—Ese está escribiendo una larga despedida.

—Yo prefiero no hacerlo; daría un susto a mis padres si les avisara de lo que iba a pasar. Si todo saliera bien, mañana, que estaré optimista, se lo contaré. Si nos sacuden en mitad del coco —yo no las tengo todas conmigo— ya se enterarán. Cuando pienso que nos vamos a meter en un fregado todavía mayor del que ya estamos metidos diariamente, y recuerdo a mis padres, se me hace un nudo en la garganta.

Otra vez se han sentado. El fuego apenas da llama, y la habitación ha quedado en penumbra. Rubio escribe a la luz de las brasas, y el cabo Pino, junto a la ventana, está contemplando la luna.

—Desde luego, sois formidables. Tenéis un padre, una madre, una posición; tenéis todo lo que se puede tener, y venís aquí a partiros los cuernos contra ese hatajo de cabritos. Sois estupendos. Casi nunca os entiendo cuando habláis de vuestras cosas, de vuestras ideas, pero me resultáis simpáticos. Unos tíos con mucho coraje.

—Defendemos vuestras ideas, y aceptamos el riesgo; eso es todo.

El «Viejo» se queda sombrío y pensativo.

—Yo no defiendo, ataco. Ya lo ves, ataco; y tú también atacas; todos nosotros atacamos. A veces me siento bien junto a vosotros, aunque seáis muy diferentes a mí.

Son las dos y media y no tiene sueño. El cabo Pino sigue mirando la luna. Rubio ha pasado la lengua por el borde del sobre y ha cerrado la carta. Echa otro leño al fuego y se va a su rincón a dormir.

El «Viejo» habla sin mirarle a la cara.

—Cuando esta tarde he visto que salíais voluntarios todos los de la compañía, me habéis dejado de una pieza. Llevo pocos días entre vosotros y aun no os conozco bien. Con el frío que hace, y una compañía dispuesta voluntariamente a jugarse el tipo, ¿tiene narices!

—Pero tú has salido también, te has ofrecido...

—Amigo, vamos a dejarlo, mejor no darle explicaciones.

Calla un momento, pero instantáneamente se vuelve hacia él y le coge del brazo; le habla al oído.

—Prefiero que lo sepas, por lo menos tú, que vas a ser mi compañero de «hazaña». Hace pocos días el capitán recibió mi ficha política y me mandó llamar.

Se interrumpe el «Viejo», y se le queda mirando escrutadoramente.

—Dime una cosa, pero palabra de honor. El capitán ¿no te ha prevenido?

El capitán no le ha dicho absolutamente nada. Al contrario, le parece recordar que sus palabras han sido: «Llevarás un buen compañero, un tipo bragado.»

—No, no me ha dicho nada de particular.

—Bien, me alegro. Pues como te digo, había recibido mi ficha política... Bueno, que llevo contigo la misión más peligrosa del golpe de mano. Para ti la designación, supongo que es una forma de honrarte, para mí un castigo, o si prefieres, una prueba. Claro que en el fondo es lo mismo; juntos, sea por lo que sea, vamos a jugarnos la vida con idéntico riesgo.

—«Viejo», no te preocupes. La verdad es que nos han elegido y eso es lo único cierto. Por lo demás aquí todos somos camaradas; todos comemos más y pasamos el mismo frío. Cuando termine esto iré a verte a Barcelona y nos tomaremos unas copas; nos gastaremos estos marcos que nos pagan los alemanes.

—Mejor hablaremos mañana de lo que haremos en el futuro. Y, por cierto, ¿cómo te llamas?

—Gómez, César Gómez. Y tú, «Viejo», ¿cuál es tu nombre?

—José Vives, para servirte.

Se va notando ligado a este hombre; se va sintiendo amigo. Correrán el mismo peligro y están ahora tapándose con las mismas mantas. Recuer-

da que en la cantimplora, tiene un poco de café y que tal vez les sentaría bien tomárselo.

—Tengo un poco de café en la cantimplora, ¿quieres que lo caliente?

Buena la marmita y derrama en ella el café. Se acerca a la lumbre y la coloca junto a las brasas. Se sienta en el banquillo que ocupaba Rubio; junto al fuego se está más caliente. Otra vez se escuchan ronquidos, y el cabo Pino parece una estatua junto a la ventana. Por un momento cree que se ha dormido, pero la luz de la luna le da en la cara, y los ojos están abiertos. El olor del café le recuerda su casa por las mañanas. Antes de ir al Instituto la casa olía a café. También a veces, por la calle, al pasar ante algunos establecimientos, se olía el café que tostaban. El recuerdo de la casa es confortante. Durante algunos años creyó que el café con leche por las mañanas era algo consustancial con el hombre, algo de lo cual era imposible prescindir sin que el mundo se viniera a bajo. Luego vino la guerra y allí aprendió que todos los valores estables, los valores burgueses, significaban bien poco a la hora de las grandes verdades. El ya no era el hombre que iba a ser; el hombre que llevaba camino de ser: un abogado, un señorito, un burgués. No; en la guerra ha aprendido muchas cosas, y aquí, más todavía. Ahora sabe que se puede prescindir del café con leche de las mañanas. El no estaría aquí para defender ese café con leche matutino de todos los burgueses de Europa. Si el día en que esta guerra acabe, las cosas van a quedar como antes; si el día en que esta guerra acabe, hay unos señores que dicen: «Aquí no ha pasado nada», les habrán engañado miserablemente. Y, desde luego, él no se conformará, y como él serán muchos los que no se conformen. Si los hombres pudieran hablar, entenderse, posiblemente el «Viejo» y él estarían de acuerdo en muchas cosas. Si cuando la guerra termine, los financieros juegan su juego, los poderosos acaparan los bienes, los latifundistas siguen siéndolo y los burgueses comen a tres carrillos, ¿qué hacen estos seis hombres en una chabola esperando que la luna se ponga? Estos seis hombres han matado, van a matar, ¿puede matarse gratuitamente, por gusto, por deporte? No; él ha aceptado voluntariamente, y nada menos que por dos veces, la responsabilidad de matar y el riesgo de morir. En esta guerra, en todas las guerras, el soldado se juega el cuerpo, pero, además, el alma. Naturalmente que él defiende a su familia, a sus amigos—a los que allá, en Madrid, se divierten o estudian—, pero hay algo más aún; él ha venido a defender a mucha más gente, y no a defenderles unas posiciones adquiridas, sino unas posiciones que hay que conquistar. Los comunistas prometen a los desheredados; ellos tienen que darles. Están obligados a darles, si no lo hacen, serán unos vulgares cipayos.

El café comienza a burbujear, está hirviendo. Lo retira del fuego. Se está bien aquí, hace calor. El «Viejo» se acerca y se sienta en el suelo. Le alarga la marmita. El «Viejo» la coge con las dos manos para calentárselas, pero se quema. También se quema los labios con el borde de la marmita al acercársela. Bebe un sorbo, y se la devuelve. El bebe otro sorbo, pero el café está todavía demasiado caliente. Es un café malo, pero tiene la virtud de calentar el cuerpo; además, ayuda a pasar el rato. Otra vez se acuerda del café de su casa, y le invade la ternura.

—Mi madre antes de la guerra hacía muy buen café; ahora es difícil encontrarlo bueno.

El «Viejo» ha vuelto a coger la marmita; con ambas manos, y tiene la mirada fija en la pared, que apenas se distingue.

—Yo acostumbraba a tomar café los domingos en un bar de mi barriada. Allí me reunía con los amigos. Después de la guerra no he vuelto; mis amigos se han dispersado también. ¿Conoces Barcelona?

—Estuve allí cuando la Liberación solamente...

—Yo vivía en un barrio muy simpático... Bueno, tal vez no era simpático y, desde luego, no era bonito; pero era mi barrio, ¿sabes? Mi padre trabajaba en una fundición. Los domingos nos juntábamos los amigos en el bar a tomar un café con gomas. Era la costumbre. Pero en casa, cuando yo era pequeño, no desayunábamos café con leche. Mi madre me daba un trozo de pan y un arenque. Hace muchos años que no tomo arenques; no es que sean muy buenos, pero las cosas esas siempre se recuerdan. Luego me fui de casa.

Otra vez le alarga la marmita. Bebe un sorbo de café y se siente reconfortado, casi alegre con el café

Con suma facilidad...

hará que le admiren
por su

CULTURA GENERAL Y ORTOGRAFIA

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro
de
Cultura
por
Correspondencia



lor que le recorre el pecho y le llega hasta el estómago.

—Cuando nos veamos en Barcelona tenemos que tomarnos un buen café para desquitarnos de este tan malo; tomaremos del mejor que haya, yo te invito.

—¿Estás seguro de que no te importará ir conmigo por la calle? Los días de trabajo voy vestido de tranviario. Claro que no se sabe nunca de qué irá uno vestido después, ni siquiera si irá vestido, ni si habrá después.

Se coloca la marmita entre las rodillas, y siente en ellas el calor casi humano del recipiente. A veces hay que agradecerle a Dios cosas muy simples, como por ejemplo estos sorbos de café, y tener al lado un amigo que hable de cosas intrascendentes.

—Escucha «Viejo». ¿Tú crees que si salimos bien de este asunto nos darán una Cruz de Hierro? No es que me preocupen esas cosas; pero siempre es bonito.

—Yo preferiría un permiso. Me gustaría ir unos días a Alemania; ver ciudades, ver cosas nuevas. Me gustaría, aunque fuera, ir a Riga. En fin, si me preguntan no se bien lo que quiero. Desde luego que lo que más me interesa es que el centinela no nos vea mientras tú y yo vamos por la nieve. Eso es lo más importante. Aunque pienso que es ridículo escapar de ésta, y que luego un disparo de artillería loco te haga saltar las tripas por el aire. Cuando el Ebro, me hirieron en una pierna, y menos mal que había bastante carne.

—Yo estuve herido también, pero en el hombro. Fue como un mazazo, algo bestial. Estuve tres meses en el hospital. En Santander lo pasé estupendamente. Luego la convalecencia. Pero prefiero seguir en esta maldita posición, sin que me manden a Riga o a Koenigsberg con plomo dentro del cuerpo. Y hablando de otra cosa; creo que es preferible ir sin casco y sin abrigo. Aguantar el frío, pero tener agilidad para movernos. Tenemos que andar muy vivos si queremos salvar el pellejo.

Otra vez se hace el silencio; un silencio pesado que parece que se haya sentado entre ellos. Hablar es hermoso, hablar con un hombre. Hablar cuando se tienen muchas cosas que decir, y el mismo tiempo no se sabe bien qué decir. Hablar cuando se sospecha que tal vez se habla por última vez. Sería curioso conocer la historia del «Viejo», preguntarle quiénes eran sus padres, cómo vivía, qué ha hecho en estos treinta y tantos años de habitante del mundo. Conocer qué piensa de las cosas y de las personas, y si cree en Dios. Saber qué espera si esta madrugada le matan, y qué espera si esta madrugada no le matan. Los hombres deberían hablar más entre ellos, conocerse mejor. A fin de cuentas, ¿qué sabe cada uno de los demás? ¿Y los demás de cada uno? Pasamos por el mundo a codazos, hiriéndonos o amañándonos, pero sin conocernos. Ahora también podría explicarle al «Viejo» que tal vez es su último amigo, muchas cosas que nunca ha explicado a nadie, ni a

sus padres, ni a Menchu, ni a sus mejores amigos en la paz o en la guerra.

Pero ya es tarde. ¿Para qué saber nada de nadie? Lo único importante ahora, lo único real, es que dentro de algún tiempo vendrá el capitán, les dirá unas palabras, les dará las últimas instrucciones; que los otros quedarán atentos, reloj en mano, esperando que transcurra un número determinado de minutos (conviene decir al capitán que sería mejor que pasaran seis o siete minutos en vez de cinco, porque, efectivamente, convendría mucho ir desde el matorral hasta el nido arrastrándose por la nieve. Por un lado es mejor eso; cautela y soportar la angustia de la lentitud en favor de la seguridad. Pero también es posible que, aunque ofrezcan menos probabilidades de ser vistos, esa demora permita al centinela fijarse mejor. Es difícil elegir cuando lo que se arriesga es la vida; lo mejor es improvisar sobre el terreno, guiarse por la corazonada. Porque todo sistema tiene sus pros y sus contras. Si desde el matorral salen a la carretera, y teniendo en cuenta que la nieve, aunque helada no mete mucho ruido al pisarse, no sería mal procedimiento, y en medio minuto están sobre el centinela y...). Pero él estaba pensando en otra cosa, en algo más humano y ajeno a lo que va a pasar o no pasar. ¡Ah, sí!, pensaba en que los hombres no llegan a conocerse nunca, que ni siquiera interesa conocerse. Menchu misma, si ahora le mataran, ¿qué sabría realmente de él? Toda la vida diría a sus parientes y a sus amistadas: «Yo tuve un novio que mataron en Rusia. Un muchacho muy serio; y nos íbamos a casar poco después...» Diría cosas y cosas sobre él, y los que la escucharan, le imaginarían de una manera muy diferente de como es en realidad. Entonces ese ser evocado, esa posibilidad para él de vivir en el recuerdo de los demás, se frustraría, porque, desde luego, no sería en él en quien pensaban, sino en un personaje inventado de buena fe. Y, además, Menchu, tarde o temprano, se casaría con otro hombre. El estaría muerto, irremediablemente muerto, y sólo sus padres le recordarían, sólo sus padres le sujetarían al mundo con el hilo tenue de su cariño, porque no pretenderían interpretarle, explicarle, y se limitarían a recordarle amorosamente.

Seguramente son ya las tres. No quiere mirar el reloj; le da rabia pasar el tiempo pendiente del reloj. Menchu explicará a quien le escuche, que su novio era muy valiente; seguramente dirá que «murió como un héroe», pero no sabrá que él está ahora aquí, lleno de zozobras, y que le inclesta el frío, el humo, y los piojos, que es apenas una pobre cosa pendiente del reloj, y que en lugar de ocupar sus últimas horas en preocupaciones trascendentales, está simplemente pensando en las musarañas, dejándose mecer por el ir y venir de las ideas, confiando en que pasen de prisa los minutos y, empujadas por éstos, las horas, y llegue el capitán y les dé las últimas instrucciones. Si por lo menos pudiera dormir como esos dos: uno se llama Artamendi y el otro Pelaz. En todo el tiempo no han sacado la cabeza de debajo de las mantas. Rubio también debe dormir pues se escucha su respiración acompasada. El cabo Pino está ahora sentado en el suelo, junto a la ventana, con las piernas cruzadas. La luna debe estar ya muy baja. A Perojo se le ve echado, pero a lo mejor tampoco puede dormir; esta tarde conservaba el buen humor de siempre. ¿Sería auténtico o fingido?

A las tres de la mañana todavía hay en España muchas personas que se están divirtiendo. Los últimos días, él y los amigos, se acostaban al amanecer. Bebieron mucho, organizaron grandes juergas. En realidad no debió de haberlo hecho, pudo aprovechar las últimas noches de su estancia en casa, para estar con los padres, para en largas sobremesas, decirles todas aquellas cosas que nunca les había dicho. Se hizo una buena fotografía; su madre le ha escrito diciéndole que la ha puesto en un marco y que la tiene en la mesilla de noche. Pero una fotografía no es nada; luego, si uno muere, esa fotografía es un motivo de angustia continua. Y lo que es peor con el tiempo pasa de moda y la imagen queda ridícula.

Tiene hambre; les han dado de cenar un puré con tocino, y un pedazo de queso. Si le dieran a elegir ahora, se comería una tortilla de patatas; hace mucho tiempo que no come una tortilla de patatas. Cuando iba de viaje con sus padres, la madre llevaba una cesta de mimbre con platos y vasos de aluminio, y servilletas y cubiertos. Todo estaba bien ordenado allí. En la fiambarrera lleva-

ba una tortilla de patatas fría; eran muy buenas aquellas tortillas que hacía su madre cuando iban de viaje. Como era pequeño, le daban solamente un sorbito de vino, y luego, en el termo, el café estaba todavía calentito. Tiene hambre, en la oscuridad él recuerda de la tortilla de patatas, adquiere una extraña realidad en la saliva. Se vuelve hacia el «Viejo», que está otra vez fumando:

—«Viejo», ¿te comerías ahora una tortilla de patatas? Una tortilla de patatas fría, con un trago de Valdepeñas.

—Desde luego; una tortilla de patatas o un buen bistec, y hasta un plato de judías con butifarra. Estos alemanes, en la cena, no se comportan. Queso, mermeladitas, purés, té... ¡Vayan al cuerpo! Por lo menos esta noche nos podrían haber obsequiado con algo más sustancioso. De morir, mejor hacerlo con la panza llena. Tal vez nos den poca cena para que estemos ligeritos. Te aseguro que estoy pasando aquí tanta hambre como la que pasaba en Barcelona. Y conste que nunca me quejo; el hambre para los pobres es una costumbre muy antigua.

—Algún día mejorarán las cosas. No sabría explicarte bien qué relación guarda este golpe de mano con ese eventual mejoramiento de la sociedad, pero estoy seguro de que, por lo menos en mí, se relacionan de alguna forma.

—Te creo, pero he vivido demasiado, y cuando me he fiado de las promesas de los demás, me han engañado.

—Yo creo; por eso estoy aquí. Tengo que creer y confiar, porque si no fuera así, no tendría ningún sentido estar esperando a que la luna se ponga.

El cabo Pino se levanta y viene hacia ellos.

—¿Me queréis dar un pitillo?

El «Viejo» saca otra vez del bolsillo de la guerra el paquete de *Salem*. Se lo da al cabo Pino; no queda más que un cigarrillo. El cabo tira la caja y coloca el cigarrillo entre los labios; coge hábilmente con los dedos una brasa, y enciende el cigarrillo sin quemarse.

—¿Tampoco podéis dormir vosotros? Yo no he pegado ojo. Me gusta pensar bien las cosas. Los otros cuatro vendrán conmigo y necesito reflexionar qué es lo que cada uno tiene que hacer.

Se pasea con las manos a la espalda; lleva los dedos cruzados unos con otros y los mueve nerviosamente. Otra vez se para ante ellos.

—Pesa sobre mí la responsabilidad de salvar la vida a cuatro hombres. Si ello es posible, claro, porque por encima de eso existe otra responsabilidad más importante: cumplir la operación. Vosotros debéis uniros también a mí una vez terminada vuestra misión. El regreso será peliagudo, aunque nos proteja algo la artillería. Esos disparos que habéis oído esta mañana es que estaban preparando la puntería.

El «Viejo» le mira irónicamente y luego pregunta:

—¿No viene el teniente con nosotros? He oído decir que será él quien mande la cosa. Cruzará el río, sin duda; no va a mandar desde las alambradas.

El cabo Pino se entristece. Evidentemente el teniente está dispuesto a cruzar el río mandando a la gente.

—Bien, pero el golpe lo da una escuadra, y ésta debe ir a las órdenes directas de un cabo. En este caso, va bajo mi mando, aunque para mayor facilidad diera directamente el teniente las órdenes.

Está impaciente y le molesta la tranquilidad con que duermen algunos de los soldados. Lleva bien abrochado el uniforme y el gorro reglamentariamente colocado.

No comprende bien al cabo Pino. Ha salido de un cuartel y según dicen los compañeros, el único ideal que le ha traído a Rusia es el deseo de ascender a sargento. No tiene ideas políticas; su catecismo son las Ordenanzas Militares. No simpatiza con los falangistas. Para él la guerra es una cuestión profesional, y el soldado debe funcionar como en el cuartel. Su ilusión sería no tener que convivir con los soldados, y ha luchado lo indecible para que le llamaran de usted; le molesta formar parte de la tropa. Es un tipo bien extraño e incomprensible, pero hay que descubrirse admirativamente ante un individuo que por ganar unos galones, que para él no significarían nada, es capaz de arriesgar la vida en esta descomunada aventura de Rusia. El cabo Pino está junto a él erguido, insomne, preocupado sólo porque no tendrá el mando de la minúscula expedición de castigo.



Ciertamente es difícil comprender a los demás. Del «Viejo» no sabe nada apenas, pero le ve decidido, sereno. Han recibido su ficha política, y el capitán le ha seleccionado para el puesto más peligroso. Una especie de castigo, o la exigencia de una reivindicación. (Y, a él, ¿por qué le habrán seleccionado? Seguramente por considerarle bien fogueado y veterano de la guerra, por ser de más edad que casi todos los demás... En fin, que para él la selección ha sido una forma de honrarle. ¡Bueno...!) ¿Y Rubio? Le conoció en Madrid, en el banderín de enganche. Es alto, fuerte, pero muy distraído. Trabajaba en un Banco. Durante la guerra estuvo «enchufado» con los rojos. No es muy comunicativo. Ha estado escribiendo una media hora, y en este momento parece que duerme tan tranquilo. Perojo, durante las marchas le tomaba el pelo, diciendo que había venido a Rusia huyendo de su novia a la cual había dejado embarazada. Rubio es un buen soldado; cumplidor y poco protestón. En el macuto lleva tres o cuatro novelas policíacas que presta a los compañeros. Cuando este invierno atacaron los rusos, se portó como un jабato. Se le terminaron las municiones y las bombas de mano, entonces caló el machete en el fusil y saltó gritando de la trinchera. Está propuesto para la Cruz de Hierro. Uno de la compañía de ametralladoras que trabaja en el mismo Banco que él, dice que a su padre le mataron los comunistas. Perojo es un buen chico también y viejo amigo suyo. Es lo que se llama un tipo divertido. Un día, en la época que atravesaban a pie, en largas caminatas, las llanuras de Polonia, se negó a trajar unos sacos alegando que estaba fatigado. El teniente le increpó duramente y le preguntó indignadísimo: «¿Usted a qué a venido a la División?» Perojo contestó imperturbable con su acento andaluz: «Porque me gusta la juega, mi teniente.» Estuvo arrestado tres días, y le obligaron a caminar con el equipo completo a cuestas. El no perdió el buen humor, y su venganza consistió en explicar a todo el mundo que el teniente, durante la guerra de España, estaba en una posición que el enemigo batía con fuego de fusilería mientras era visitada por un general; de pronto notó que una bala le hería en la cabeza, y creyéndose muerto o mal herido, quiso componer una escena heroica, para lo cual irguió su cuerpo y gritó un estentóreo ¡Viva España! mientras caía al suelo. La bala no le había hecho más que una insignificante rozadura que ni siquiera sangraba, y el gorro quedó un metro más allá, por mala suerte, ni agujereado. Aseguraba Perojo que el general le reprendió paternalmente su teatralidad. Pues bien, Perojo, tan frívolo, tan amigo de la risa, que el mismo confesaba que vino a la guerra porque le gustaba la juega, está también aquí, en esta habitación, durmiendo como un bendito, y esperando que llegue el momento de arriesgarlo todo a una carta. Los otros dos, que descansan como angelitos, se llaman Artamendi y Pelaz, son dos amigos del Frente de Juventudes. Siempre van juntos y son muy jóvenes, pero han dado pruebas de dureza y valor. Desde luego que el jaleo les cogirá descansados. A estos dos, sí les comprende. Tienen una idea y la defienden hasta el fin, con todos los riesgos que la defensa implique. ¿Y él, él mismo?

Todo esto pasará; es la tensión que precede a los acontecimientos. La mala suerte es el hallarse desvelado. Mañana, cuanto ahora está pensando, ni siquiera podrá recordarlo. Tal vez recordará que estaba algo desvelado, y que sintió un poquín de miedo. Es lógico y normal. Quien no tiene un punto de miedo, excluye el mérito que al valor pueda atribuírsele. Todo pasará, y un día, allá en España, se juntarán los camaradas a tomar unas copas alegremente. Entonces todo será: ¿Te acuerdas de...? ¿Os acordáis de cuando...? Ahora, desde aquí, parece imposible que hace unos meses solamente se encontrara con Perojo en la calle de la Montera; hacía tiempo que no se veían y fueron a tomarse una cerveza al bar Jauja, de la calle Peligros. El tomó una ensaladilla rusa. Ahora Perojo está aquí, en una casa de Rusia medio deprimida, y de cuando en cuando, se rasca rítmicamente los piojos. Un día, dentro de unos meses, todo esto habrá terminado y volverá a encontrarse con Perojo, o con Artamendi, y hasta quién sabe si con el cabo Pino, que ya será sargento, por lo menos, y se irán a tomar una cerveza. Entonces le preguntará: «¿Te acuerdas, Pino, de aquella noche que te pasaste una hora mirando la luna por la ventana?». También le hace gracia imaginar que, a lo mejor, toma el tranvía en Barcelona, y resulta que el cobrador es el «Viejo». Se levantaría y le abrazaría ante el asombro de todos. Luego se irían a un bar elegante —sí, a un bar elegante—, pero el «Viejo» con el uniforme de pana; y se emborracharían pensando en la nochecita que durmieron bajo la misma manta. Y en seguida irían a una taberna: «¡Prepárenos seis tortillas de patatas!». Desde luego que tiene que hacer un viaje a Barcelona para comerse una tortilla de patatas con el «Viejo».

Va a ser estupendo el día en que vuelva a España. Dormir en una cama, ir bien vestido, salir con chicas. ¡Bueno... Menchu...! Pero si hace el viaje a Barcelona, no va a pasar nada porque algún día salgan con unas chicas. Luego, en desagravio, empezará a preparar la boda. Han de casarse pronto; mañana le va a escribir a Menchu que comience a hacerse la ropa; bordados y esas cosas que se tardan mucho en hacer. Le dirá también que en cuanto vuelva a España va a dedicar un año a organizar su vida, a buscarse unos ingresos seguros, y en seguida ¡a casarse! Se casarán el día en que él cumpla veintiséis años; ese día, exactamente. Menchu y su madre se van a llevar bien. No se conocían antes, pero ahora le han escrito diciéndole que van todos los días juntas a misa. Está bien que recién por él, y hasta ahora ha tenido suerte; cuando los ataques las pasó negras, pero en la guerra no hay más que cara o cruz; lo demás se reduce a sustos e incomodidades. Si su padre quisiera colocarle en alguna de las empresas que asesora... Le podrían pagar un buen sueldo, y eso es una base segura para casarse. Pensar ahora en terminar la carrera es una tontería; es preferible que se dedique a actividades comerciales. Pero, ¿qué significa actividades comerciales? Bueno, no va a estar ahora resolviendo jeroglíficos; lo cierto es que su padre le colocará, ganará un buen sueldo y podrá casarse. Se casará vestido de «guripa», aunque el uniforme no sea muy decorativo. Y ahora que piensa en su

padre, ¿qué tal sería que le pidiera que le buscara al «Viejo» un buen empleo? Algo digno y bien remunerado, y no que tenga que estar viviendo con un jornal de muy pocas pesetas, que es lo que deben ganar los tranviarios. Al fin y al cabo, su padre ha de tener en cuenta que se trata de una buena persona, y que durmió con su hijo una noche en que iban a dar un golpe de mano. Ha de tener en cuenta que el «Viejo» y su hijo cruzaron solos, completamente indefensos, el río, y que juntos atacaron a los sirvientes de una ametralladora rusa. Y en fin, ¿quién sabe si el «Viejo» no le salvará la vida en un momento de apuro? O él al «Viejo», que para el caso es lo mismo. Porque, desde luego, si al «Viejo» le hieren, o aunque le maten, él le trae hasta las líneas. Se entristece pensándolo, porque, por un momento, se ve cavando en la durísima tierra una fosa para enterrar al «Viejo». Se ve él mismo llorando, aunque el «Viejo» no acabe de imaginárselo muerto. Entonces, lleno de ternura, se vuelve hacia él y le ve vivo; bien vivo, con las manos huesudas y nudosas apoyadas en las rodillas.

—Escucha, cuando termine la guerra, tú te vienes a Madrid. Mi padre es un hombre importante y te buscará un buen empleo. Un lugar en que ganes más que en los tranvías; un trabajo mejor. Mi padre estará encantado de hacer un favor a un compañero mío. Pero, no solamente estará encantado, será para él un honor colocar a un tío como tú.

—Gracias; ya veremos... Cuando acabe la guerra, cuando...

—Pero, ¿es que crees que esto durará eternamente? En cuanto pase el invierno, los alemanes prepararán la gran ofensiva; eso lo saben hasta los negros.

El «Viejo» se pone de pie y se estira bostezando. Luego dice:

—Vayamos a nuestro rincón, y procuremos dormir esta media hora que nos queda.

Sacuden una de las mantas y la ponen sobre el entarimado. Se tumban en el suelo, los dos convenientemente acoplados y se tapan con la otra manta. De nuevo la habitación queda a oscuras y en silencio. La luna debe estar ya muy baja, y la luz que entra por el único cristal de la ventana es muy poca. En el fogón se ve la roja luminosidad de las brasas. Vuelve a hacer frío, vuelve a quedarse a solas consigo mismo.

El suelo está duro, y por las rendijas entra frío. Dormir en el suelo es casi ya una costumbre. Al terminar la guerra, cuando llegó a casa, tenía intención de dormir con el colchón en el suelo; luego no lo hizo. Lo cierto es que no hizo ninguna de las cosas que se propuso durante la campaña. Pero no consiguió reincorporarse plenamente a la vida civil. Algo extraño, que nunca ha sabido explicarse bien, le ha estado inhibiendo de cuanto le rodeaba. Esa fué, entre otras, una de las causas que le llevaron inmediatamente al banderín de enganche de la División Azul. Sus padres, no es que le fueran extraños, pero no los identificaba totalmente con los de antes. Tenía la sensación de que el cordón umbilical hubiera prolongado su función hasta que estalló la guerra. Luego se rompió, y al volver a casa, él y sus padres, aunque nunca lo comentaron, se dieron cuenta de que sus relaciones no eran las de antes. Y como con sus padres, sucedió con la casa, y con el resto de la familia, y con la propia ciudad. Una desgana de vivir, y una irritación sorda por cuanto pasaba; tal vez la palabra adecuada era decepción, pero tampoco este término resultaba exacto, porque seguía apasionadamente cuanto ocurría a su alrededor y en el mundo, y en cierta forma se responsabilizaba con ello. A veces pensaba si no sería que la guerra, para poder mantener la tensión necesaria, obliga a ilusionarse más de lo que después la lógica y la realidad toleran. Mientras luchó en la guerra, mientras estuvo metido en ella, no se dió

bien cuenta de lo difícil que iba a ser al final «arreglar todo aquello». Sin duda alguna ganar batallas es más fácil que gobernar un país deshecho y arruinado, y tarde o temprano iba a ser necesario gobernarlo, porque la guerra es un hecho transitorio. Si, un hecho transitorio, pero en ese hecho se queda una generación; una generación que resulta destruida en cada guerra. Si pasa lista a sus amigos... Cuando terminó la campaña intentó reintegrarse a sus estudios, pero le fué imposible, no le interesaba ya todo aquello. La vida lenta, estática, ordenada, la vida en que los resultados se fían a largo plazo, en que los hombres forman parte de engranajes odiosos, no le interesaba. Estudió algo, reanudó antiguas amistades, pero se dió cuenta de que su vida había sufrido un cambio radical. Claro que luego pasarían años y años, y las cosas quizá se fueran serenando, pues siempre debía haber ocurrido así; pero de momento no podía con aquello, le abrumaba, y lo que es peor, le aburría. Por entonces bebió bastante y se aturdió. En Madrid había demasiada miseria, demasiada frivolidad, demasiada «mangancia». No; no podía ser feliz viviendo en aquel ambiente después de tres años de guerra. Además, la salida era problemática, pues ahí estaba otra guerra; y en cada esquina un huérfano, una viuda, un perseguido, un mutilado. Por eso se juntaba con algunos amigos, ex combatientes como él, y se iban a beber juntos, para recordar hechos pasados y para olvidarse de lo que les rodeaba. Las guerras deberían poderse terminar con el último disparo.

Y aquí está otra vez. Una nueva guerra, en la cual se hace necesario derrotar implacablemente al enemigo. Pero, ¿qué ocurrirá si triunfan totalmente estos alemanes? Un hombre como él; un hombre de veintitrés años no puede abarcar el mundo, perfeccionarlo en la medida de sus buenos deseos, ni gobernarlo según sus ardientes convicciones. Hay que confiar en la Providencia divina, aunque a través de la Historia está bastante claro que, frecuentemente, parece que Dios se olvide de los hombres y los deja a merced de sus propias miserias y limitaciones. El vino a esta guerra; no escatimó sufrimientos, hizo las marchas agotadoras, con la boca sedienta y los pies llagados, ha pasado en la trinchera uno de los inviernos más fríos que se recuerdan, aguantó los ataques rusos, ha sufrido hasta el infinito, se ha esforzado hasta la extenuación y, cuando esta tarde han pedido voluntarios, se ha ofrecido inmediatamente. Por eso está aquí, dispuesto a cumplir firmemente lo que cree que es su deber; su deber de pequeño soldado, de hombre. Si los demás, los que están por encima de él se equivocan, allá ellos. El jugará su carta hasta el fin, y que Dios juzgue a cada cual.

Se acuerda otra vez del «Viejo», que está junto a él. ¿Quién puede comprender a este hombre? cualquiera sabe por qué ha venido aquí. El capitán ha recibido su ficha política y le da esta oportunidad. Por un momento ha desconfiado de él, pero con ese instinto que la guerra le ha dado, está seguro de que será un buen compañero.

Ya no tiene miedo; la cosa se ha superado. Está resuelto, pase lo que pase, es igual. En la historia del mundo, en la que todos intervinimos con los ojos cerrados, su papel de esta noche es inutilizar una ametralladora rusa y lo hará.

El tiempo pasa angustiosamente lento, y a veces, al apoyar la cabeza sobre el antebrazo, el tic tac del reloj de pulsera se confunde con los latidos del corazón. También podría ser que se oyeran los relojes de los compañeros, o los corazones de los compañeros. Apenas entra ya luz por la ventana; la luna debe estar poniéndose. Ya no hay que pensar más en este asunto; convendría no pensar absolutamente en nada, si acaso, en Dios...

La puerta se ha abierto súbitamente; entran el capitán, el teniente y un enlace. Llevan una gran linterna, con la que iluminan a los soldados que duermen en el suelo arrollados en las mantas.

ASEGURESE USTED

EL ESPAÑOL



—¡Muchachos, arriba!

Están plegando las mantas y arreglándose el uniforme. Se colocan el fusil en bandolera. El enlace les distribuye las bombas de mano que llevaba en un macuto, y ellos se las guardan en la pequeña bolsa de asalto. El «Viejo» y él dejan el abrigo y se colocan cuidadosamente los guantes de lana. El capitán le entrega la carga de dinamita. Revisan la munición. Al cabo Pino le prestan una metralleta. Todos están tranquilos; algunos se han despejado al principio, pero ahora se les ve lúcidos, despiertos. Hablan apenas lo indispensable. El capitán ha mandado al enlace que eche leña al fuego, y la habitación está iluminada y caliente. La luna se ha puesto hace cinco minutos. Sincronizan todos los relojes; las 4,10 en punto. Se repiten las consignas: a las 4,15, el «Viejo» y él saldrán de las alambradas; darán un pequeño rodeo hasta el matorral, y desde allí atacarán frontalmente. Hay que desembarazarse del centinela y volar la chabola. Inmediatamente se refugiarán en la trinchera en que, de noche, debe estar instalada la ametralladora *Maxims*. En ese momento, los cuatro restantes, el cabo y el teniente, estarán ya al otro lado del río y se lanzarán sobre la casa y la trinchera enemiga. Si pueden deben traer prisioneros. Y el «Viejo» y él procurarán llevarse la *Maxims*. En caso de que ocurra algo que lo haga imposible, deben inutilizarla. A las 4,25 iniciarán el regreso. Si alguien escapa o acuden refuerzos, ellos dos, con la *Maxims*, deben hacer fuego, para impedir la aproximación enemiga. A las 4,28, como máximo, deben encontrarse ya hacia el centro del río, pues el grupo de Artillería iniciará a esa hora un fuego rápido sobre el sector, concentrándolo especialmente sobre la posición que habrán atacado. Con suerte, no deben sufrir ni una sola baja.

La noche está suficientemente oscura. Pasan bajo las alambradas, rozando la cara con la nieve. Al otro lado se ponen en pie. El capitán y los otros que van a dar el golpe, les hacen una señal de despedida con la mano. El «Viejo» y él se miran, se abrazan y salen andando cautelosamente hacia las posiciones enemigas. A lo lejos, se escuchan algunos disparos aislados de fusil.

* * *

A lo lejos se escuchan algunos disparos aislados de fusil. Serguei Ivanovich tiene frío. Tendrían que haberle relevado a las cuatro, pero el cabo seguramente se habrá dormido otra vez. Está en una pequeña trinchera donde de noche dejan empujada la *Maxims* tapada con una lona. Todo está tranquilo y sólo a lo lejos se escuchan algunos disparos. Hace días que en este sector no ocurre nada; duelos de artillería, algún tiroteo provocado por el nervosismo de los centinelas; nada importante. Esta noche ha vuelto a hacer mucho frío, y lo menos ha transcurrido un cuarto de hora desde que debieron haberle relevado. Como la chabola está cerca, se siente tentado de ir a decirle al cabo que debe ser más puntual. No sería extraño que se hubiera distraído otra vez jugando a las cartas. Ya se ha puesto la luna. Cuando hay luna la guardia es muy cómoda, pues se ve claramente todo el río helado, hasta las posiciones de

los españoles. Pero en cuanto se esconde la luna, hay que estar muy atento, especialmente hacia la parte del matorral. Por esa parte no hay un centinela en muchos metros; después de los ataques, colocaban un escucha en el matorral, pero ya no es necesario y el servicio está sobrecargado. Lo que sí han hecho mal es retirar el centinela de la trinchera de la derecha. Cuando hay luna puede vigilarse bien desde aquí, pero ahora, por ejemplo, ya no se ve nada. Los soldados duermen tranquilamente en la casa, porque está bien defendida por la contravertiente. De cuando en cuando los españoles tiran algún morterazo, pero para los casos de apuro, hicieron cavar un buen refugio a los prisioneros.

El cabo aparece somnoliento y se acerca con el soldado que tiene que relevarle. No hay novedad; todo tranquilo. Un momento... parece que la nieve haya crujido. Mira, pero apenas ve nada. Escuchan atentamente. Llegan el cabo y el soldado, pero están medio dormidos. Les hace señas de que se acerquen en silencio. Se meten los tres en la trinchera, y Serguei les señala con el dedo hacia el matorral. Los ojos se acostumbran a la oscuridad. El cabo cree haber visto algo. En efecto, dos soldados avanzan cautelosamente hacia el matorral. El cabo les impone silencio y ordena por señas a Serguei que prepare la ametralladora. No se ven ni oyen más que dos hombres. ¿Qué pretenderán esos insensatos? Serguei quita la lona a la ametralladora y se entretiene en observarlos por el punto de mira; buen blanco. El cabo va sigilosamente a la chabola y despierta a los otros tres sirvientes. Cogen los fusiles y se colocan en la trinchera.

Todos miran atentamente, pero no ven más que dos hombres. Les da risa. Dos víctimas; no merece la pena dar la voz de alarma. Ya están en el matorral. Serguei les está encañonando, pero el cabo le rechaza con el brazo y toma la ametralladora. Les indica por señas que guarden silencio y permanezcan inmóviles. De pronto, los dos españoles se lanzan en línea recta, a la carrera, en dirección a ellos. Aprieta el gatillo de la ametralladora. Uno de los españoles se arroja al suelo y lanza una bomba de mano, pero la distancia es excesiva y explota lejos. Luego se pone en pie y vuelve a correr hacia la trinchera. Otra ráfaga y otra. Lanza una segunda bomba, pero uno ya ha sido derribado; el otro grita algo, intenta lanzar una nueva bomba, pero le alcanza la ráfaga y le ven troncharse y caer cerca del cadáver del compañero. Forman dos pequeños bultos oscuros a unos treinta metros de distancia, o tal vez menos. Todavía disparan dos ráfagas más sobre los cuerpos muertos.

No se han dado cuenta de que seis hombres han rebasado velozmente su campo visual, y mientras tres de ellos están ya sobre la casa de la contravertiente, otros tres, arrodillados en la nieve, han quitado el seguro de las bombas de mano y van a lanzarlas sobre el pequeño grupo que forman los rusos junto a la *Maxims*.

Son las cuatro y veintidós minutos en punto. Dentro de tres minutos, ni uno más, el objetivo habrá sido cumplido. Si les da tiempo, procurarán, aunque sea a rastras, rescatar los dos cadáveres que han quedado entre el matorral y el río.

(Ilustraciones de Gabriel.)



El senador McCarthy y su señora

JOSEPH MCCARTHY, EL

EL "MCCARTHYSMO" ES EL FENOMENO POLITICO MAS DISCUTIDO DE LOS ESTADOS UNIDOS

LA RUIDOSA POLEMICA HA ALCANZADO TAMBIEN A EUROPA

El espionaje atómico, el F. B. I. y la televisión son las armas de McCarthy contra el comunismo

SIN duda alguna el «ismo» más importante que ha producido esta posguerra en los Estados Unidos y puede decirse que en el mundo entero, ha sido el «mccarthysmo». Este «ismo» ha adquirido tales proporciones, que se da por descontado que subsistiría aunque desapareciese su propio «inventor», el senador por Wisconsin, Joseph McCarthy, que ha sido calificado como la personalidad política más discutida (de los años cincuenta), en los Estados Unidos y fuera de ellos.

Y bien; ¿qué es el «mccarthysmo»?

Para realizar el trabajo que el lector tiene delante de sus ojos, hemos tenido que abrirnos camino, casi a fuerza de barrenos, en una impresionante cantera de papeles, libros, documentos, informes, ensayos, periódicos y revistas. Parece increíble que desde el 9 de febrero de 1950, fecha en que el senador McCarthy inició su guerra particular, hasta mediados de este mes, se haya escrito tanto sobre el senador y su «ismo». Es casi imposible abrir un periódico o sintonizar con una emisora de radio, sin tropezar, a las primeras de cambio, con el nombre del famoso senador. Según estadísticas dadas a la publicidad, ha habido periódicos americanos que en un solo número han citado el nombre de McCarthy hasta 47 veces. Incluso el Presidente Eisenhower ha sido batido en este terreno publicitario. No creemos exagerar lo más mínimo si decimos que en la ac-

tualidad la principal ocupación de los periodistas norteamericanos es reseñar las peripecias del senador McCarthy y de la «pin-up» número 1, Marilyn Monroe.

¿ANGEL O DEMONIO?

El denominador común de cuanto hemos leído sobre el «mccarthysmo» es una falta casi total de objetividad y un excesivo apasionamiento. La gente se ha dedicado más a atacarlo o a defenderlo que a estudiarlo. Los ataques son furiosos e implacables; las defensas son fanáticas y entusiastas. Inútilmente hemos buscado un término medio, algo equidistante entre la animosidad más encolerizada y la devoción más fervorosa. Mccarthystas y anti-mccarthystas forman dos mundos separados cada uno metido hasta las orejas en su trincheras; dos mundos que se hostilizan y que se intercambian, como proyectiles, las más atroces acusaciones.

Para los primeros, el senador es una especie de arcángel San Gabriel que defiende con su espada flamígera el santuario de la Constitución de los Estados Unidos y de sus venerandas instituciones. Para los segundos, el senador es la más grave plaga que ha caído sobre las tradicionales libertades americanas, una mezcla de Torquemada, Fouché y Beria y, más despectivamente, un «chasseur aux sorcières», un «cazador de brujas».

La ruidosa polémica sobre McCarthy, ha alcanzado también a

Europa. En general, la Prensa europea considera al senador por Wisconsin como un inquisidor que está causando irreparables daños al prestigio de los Estados Unidos en el mundo. Esa Prensa se ha contagiado de todas las extremosidades del otro lado del Atlántico en un tan alto grado de virulencia que nunca una personalidad política norteamericana ha sido tan estrujada y tan vilipendiada.

El lector comprenderá que en estas condiciones es muy difícil hacer un trabajo serio y objetivo sobre nuestro hombre. No obstante, lo hemos intentado; en definitiva, no nos duelen prendas en este asunto, hasta el punto de alistarnos en cualquiera de los dos ejércitos combatientes.

EL AMETRALLADOR DE COLA

Parece oportuno que antes de hablar del «mccarthysmo» digamos quién es McCarthy. Vaya, pues, por delante, una pequeña semblanza biográfica.

Joseph McCarthy nació el 14 de noviembre de 1909 en un pueblo insignificante del Estado de Wisconsin. Su padre, un humilde granjero; sus hermanos, siete. Privaciones. A los diecinueve años, Joseph, de origen irlandés, católico, comenzó a recorrer los más variados oficios, que es la gran escuela de formación del americano medio. Trabajó como lavaplatos, pinche de cocina, empleado de una bomba de gasolina y albañil. Simultaneó estos oficios

"AMETRALLADOR DE COLA", EN LA "GRUTA DE LOS VIENTOS"



Joseph McCarthy ríe un chiste con el secretario del Ejército, Robert Stevens



Para algunos, el senador es la más grave plaga que ha caído sobre las libertades americanas

El Senado. Este mote alude a las tormentas oratorias que de vez en cuando organizan los senadores. McCarthy había de dar a esos vientos la velocidad de un tornado sobre Florida.

MCCARTHY, EN LA «GRUTA DE LOS VIENTOS»

Al llegar a este punto de su biografía, hay un compás de espera. Es el momento que aprovechan los enemigos del senador para preguntarse con gesto de perplejidad cómo un hombre que du-

rante cuatro años había representado el papel de convidado de piedra en la «Gruta de los Vientos» sin que absolutamente nadie reparase en él, se convirtió, de pronto, en la supervedette de la televisión, de la prensa y de la radio americanas. Esos enemigos están todos conformes en declarar que hasta el 9 de febrero de 1950 McCarthy había sido un hombre gris, mediocre y sin facultades de orador. Aquí asoma por primera vez su oreja el apasionamiento. En primer lugar, el senador había sido el clásico «self made man»; en segundo lugar, había liquidado su licenciatura de Derecho en un año; en tercer lugar, se había destacado en el Pacífico; en cuarto lugar, había ganado un puesto en el Senado a una edad muy poco frecuente. Con material biográfico de calidad mucho más íntima, los Estados Unidos y cualquier otro país han alumbrado hombres extraordinarios, incluyendo a la inmensa mayoría de los Presidentes de la Unión. No creemos, en una palabra, que McCarthy llevase la mediocridad en los huesos desde su nacimiento. Además, la personalidad es algo que van creando los años y la experiencia unidos al esfuerzo propio. Es posible que, en principio, McCarthy no fuese un buen orador; pero tomó lecciones de dicción en una escuela de arte dramático. Es posible que al comienzo de su carrera no supiese grandes cosas sobre el comunismo, pero hoy las sabe. Y así todo lo demás. Incluso hay gentes que le re-

diversos con los estudios universitarios. Se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Marquette, y en un curso resumió los cuatro cursos de la licenciatura. Se hizo abogado; ejerció durante una temporada y después se lanzó a la carrera judicial. En 1939, cuando tenía veintinueve años, fué elegido juez, derrotando al otro candidato, que había ejercido el cargo durante veinticuatro años. Puede decirse que siempre constituyó para McCarthy una debilidad derrotar a candidatos atornillados desde tiempos inmemoriales en sus cargos electivos, unas veces en beneficio propio y otras en beneficio de sus amigos.

En 1941 se fué a la guerra en el Pacífico, contra los japoneses. Primero se batió con los «marines» y después como ametrallador de cola de un bombardero de las fuerzas aéreas. Tomó parte en 17 acciones de guerra contra los japoneses y sin llegar a ser un héroe se portó como un valiente. Refiriéndose a esta época, McCarthy ha recordado con frecuencia que es el «ametrallador de cola» de la lucha contra los comunistas. La puntería de McCarthy, fué muy celebrada en su escuadrilla. Se licenció en 1945 con el grado de capitán.

En 1946 se presentó a las elecciones como candidato al Senado por el Estado de Wisconsin. Derrotó a su contrincante por una mayoría de 240.000 votos. Ingresó, pues, en lo que los americanos llaman la «Gruta de los Vientos»:

prochan su estatura. (1,80 metros), su peso (85 kilos), sus facciones de boxeador—el boxeo fué un deporte que practicó en su juventud—y, antes de contraer matrimonio, su afición a salir con chicas guapas. Increíble, pero es la pura verdad.

EL DISCURSO DE WHEELING

Vayamos ahora con los primeros balbuceos del mccarthysmo. El día del alumbramiento de este «ismo» se sitúa en el 9 de febrero de 1950, como hemos dicho más arriba. Ese día, los republicanos festejan al gran Presidente Lincoln con banquetes y discursos de sobremesa. El Comité Nacional Republicano encarga los discursos a las personalidades del partido y las distribuye por todo el país. A McCarthy, le pidieron que hablase en Wheeling, en el Estado de Virginia. Tema: «El comunismo dentro de la Administración Truman».

El propio senador ha confesado sinceramente que no estaba familiarizado con este tema; el suyo era el de la construcción de viviendas, que escaseaban al terminarse la guerra. De forma que, siguiendo los hábitos de todos los políticos de este mundo, llamo en su auxilio a un periodista del «Washington Post», experto en anticomunismo. (Otros biógrafos espontáneos dicen que el periodista no era del «Washington Post», sino del «Chicago Tribune». Da lo mismo.)

A los postres del banquete, en la fecha indicada, el senador Mc Carthy se levantó para pronunciar su discurso. Tal vez un discurso vulgar. Pero que llevaba su carga de dinamita en uno solo de sus párrafos: «Tengo en el bolsillo una lista de 146 funcionarios del Departamento de Estado que pertenecen al partido comunista».

Esta afirmación cayó como una bomba. Al día siguiente, la onda explosiva sacudió los cimientos del Departamento de Estado y las melenas del señor Dean Acheson. Al gran público, llegó unos días más tarde. Concretamente, el 17 de febrero de 1950. En ese día, una rueda de periodistas preguntó en Washington al senador Scott Lucas qué pensaba de lo que había dicho McCarthy en Wheeling. La respuesta de Scott Lucas tuvo el efecto, inesperado para él y para los demócratas, de un feliz «slogan» publicitario:

—McCarthy, es el más grande cazador de títulos: sensacionales del mundo.

Tres días más tarde, el «cazador» de «títulos sensacionales» se convirtió en un «cazador de brujas». En efecto, el 20 de febrero de 1950, McCarthy corrigió y amplió el discurso de Wheeling, a lo largo de seis horas de implacable perorata, insistiendo en que el Departamento de Estado estaba infestado de comunistas. Esta vez, no bastó para echar agua al fuego el senador Lucas, y la Administración demócrata, emplazada ante la opinión pública, encargó al Senado la formación de una Comisión Investigadora, que presidió el senador Tydings. Estuvo su mayor empeño en pararle los pies al senador por Wisconsin, pero la cosa le salió cara. En las elecciones siguientes McCarthy se prometió acabar con la carrera política de Tydings y le opuso co-

mo candidato a uno de sus amigos, John Butler. En vísperas electorales, los «mccarthystas» pusieron en circulación millares de fotografías en las que Tydings aparecía estrechando amistosamente la mano de Earl Browder, que había sido secretario general del partido comunista norteamericano. Esto fué el «delenda est Tydings», que fue derrotado por Butler.

CUARENTA MILLONES DE «MCCARTHYSTAS»

A partir del discurso de Wheeling, la prensa y la radio comenzaron a sacar a las primeras planas el nombre de McCarthy. El gran público, fué familiarizándose con su cara de boxeador e interesándose por su campaña de desenmascaramiento de los comunistas infiltrados en la Administración Truman. Pronto de McCarthy se pasó al «mccarthysmo» y a la delimitación de las legiones de los en pro y de los en contra del senador. La gran polémica que había de tener resonancias mundiales riñó sus primeras batallas. La popularidad de nuestro hombre subió como un cohete; una popularidad que han vigilado estrechamente los institutos de la opinión pública.

Uno de ellos, el famoso Gallup, publicó hace poco el estado de la popularidad de McCarthy. Es algo asombroso, si tenemos en cuenta que en febrero de 1950 apenas se le conocía en la «Gruta de los Vientos». Hace tres años, el 73 por 100 de los ciudadanos «auscultados» declararon que desconocían por completo todo lo que se refiriese al senador. Hoy, 80 millones de norteamericanos (siempre según Gallup), siguen sus pasos, declarándose partidarios de él nada menos que 40 millones. En porcentajes, las cifras se reparten así: El 62 por 100 aprueba sus actividades anticomunistas; el 19 por 100 las condenan, y otro 19 por 100 no tiene opinión. En ese mayoritario 62 por 100 figuran tanto republicanos como demócratas, tanto católicos como protestantes, e incluso, judíos, aunque en la débil proporción de un 15 por 100, lo cual no explica muy bien la acusación lanzada frecuentemente contra McCarthy de que es antisemita.

Esta fantástica popularidad, numéricamente expresada, sólo la comparte con nuestro hombre el Presidente Eisenhower, que cuando McCarthy se dedicaba a ametrallar aviones japoneses sobre el Pacífico, desde la anónima cola de un aparato de bombardeo, ya era comandante supremo de los ejércitos aliados en Europa.

MIEDO, F. B. I. Y TELEVISION

Y bien. ¿Cómo explicar la formidable difusión del «mccarthysmo» y del «antimccarthysmo», hasta constituir, repetimos, uno de los fenómenos políticos más discutidos y apasionantes de esta posguerra, por otro lado tan pródiga en acontecimientos?

Después de estudiar a fondo la cuestión, hemos creído llegar a la identificación de tres causas principales explicativas del fenómeno. Una, de orden político: El creciente temor del pueblo norteamericano a las actividades subversivas de los comunistas; otra, de orden informativo: El acceso del

senador a los archivos secretos del F. B. I., y, finalmente, una tercera de orden que pudiéramos llamar técnico: La televisión.

En cuanto a la primera, conviene tener presente que cuando Mc Carthy pronunció su discurso en Wheeling, el público norteamericano había asistido ya a los diversos procesos, todos ellos espectaculares, del espionaje atómico ruso en los Estados Unidos. Los asuntos Harry Dexter White, Alger Hiss, Greenglass, Lillenthal, los Rosenberg, etc., que permitieron a los rusos poner fin al monopolio atómico de los Estados Unidos, en el que éstos hacían descansar la piedra angular de su seguridad, habían sembrado la alarma y la confusión. Dichos procesos, divulgados entre el pueblo norteamericano la convicción, refrendada por hechos incontrovertibles, de que había sido traicionado, de que todavía estaba siendo traicionado por hombres en los que la Administración había depositado la más alta y a veces temeraria confianza. Es difícil creer que Roosevelt o Truman fueron agentes de Moscú. Pero no existe la menor duda de que ambos pecaron de irresponsables o de excesivamente escépticos en cuanto a la contaminación comunista en las altas esferas gubernamentales. Alger Hiss, acusado de entregar documentos secretos a los rusos, acompañó a Roosevelt en la conferencia de Yalta. Y cuando al mismo Presidente el subsecretario de Estado Adolf Berle le contó la entrevista que había tenido, el 23 de agosto de 1939, con Whittaker Chambers, comunista arrepentido, el cual estaba dispuesto a desenmascarar a todos los altos funcionarios de la Administración que le proveían de documentos secretos con destino a los rusos, Roosevelt tomó la cosa a broma. A su vez, Truman fué informado por Byrnes, el 6 de febrero de 1946, sobre las actividades de Henry Dexter White, según documentos que obraban en poder del F. B. I. ¿Cuál fué la reacción de Truman? Algo increíble: Nombrar a White director ejecutivo, para los Estados Unidos, del Fondo Monetario Internacional. Casos como éstos, hasta cien.

¿Podrá sorprenderse alguien de que la opinión norteamericana, a la vista de estas «sorpresas», atemorizada por la amenaza de la guerra atómica, tomase profundamente en serio al senador Mc Carthy? ¿No era ya patente para todo el mundo que el brillante «Brain Trust» (Trust de los cerebros) de Roosevelt estaba integrado por hombres que habían llevado demasiado lejos la «colaboración» con Rusia? ¿No es verdad que entre enero y noviembre de 1953 sólo el Departamento de Estado despidió, por deslealtad, a 306 funcionarios?

El desenmascaramiento de los comunistas infiltrados en la Administración, a veces en puestos de extraordinaria responsabilidad para la seguridad de los Estados Unidos: He aquí el «coto de caza» del senador McCarthy, en el que hace fuego a discreción la Comisión senatorial que preside. ¿Cuál ha sido la eficacia de esta cacería? Acaba de revelarla Edgar Hoover, director del F. B. I. en una entrevista concedida a «The American Legion Magazine», re-

vista de los ex combatientes: Desde que McCarthy ha entrado en funciones, el número de afiliados al partido comunista norteamericano se ha reducido a menos de la mitad.

NI SANTONES NI TABUS

Nos obligaría a extendernos demasiado el enumerar uno a uno los episodios de la lucha que contra viento y marea viene sosteniendo la «Comisión McCarthy». Puede decirse que a ella no ha escapado nadie, desde personalidades como el doctor Jessup hasta embajadores como Charles Bohlen (hoy en Moscú), pasando por la Voz de América, profesores, Universidades, escritores, periodistas, actores, etc. Se ha reprochado a McCarthy este fuego a discreción, sin respetar santones ni tabús. Pero hay que tener en cuenta que la suya es una Comisión Investigadora y que ello no ha de suponer necesariamente que cuantas personas comparezcan ante ella han de resultar culpables. Si se exigiese esto último, ningún tribunal judicial ordinario podría actuar, ya que la ley establece que todo acusado es inocente mientras no se demuestre lo contrario.

ESCENOGRAFIA

Pasemos ahora al F. B. I. y a la televisión. Estos han sido los instrumentos claves del «mccarthysmo». Al tener acceso su Comisión a los archivos secretos del F. B. I., la información del senador sobre actividades comunistas —hechos y personas concretas— ha sido de primera mano e insuperable. El F. B. I. es una fuente de un crédito inmenso en los Estados Unidos. Recientemente, sus archivos permitieron a McCarthy lanzar contra Truman una acusación de tal gravedad que éste tuvo que acudir a Washington a defenderse. Se trataba del caso Harry Dexter White, que nuestros lectores ya conocen. Si no hubiese sido por su condición de ex Presidente, Truman lo habría pasado probablemente muy mal.

Pero ha sido sobre todo la televisión la que «manufacturó» y lanzó vertiginosamente a la popularidad al senador por Wisconsin. El procedimiento de televisar para millones de espectadores los trapos sucios de la política doméstica norteamericana fué puesto por primera vez en práctica, a gran escala, por el senador Kefauver y su Comisión investigadora del crimen. El público siguió en la pantalla del «video» todas las intervenciones de Kefauver, y su popularidad llegó a ser tan vasta que incluso se pensó en él como posible candidato para la Casa Blanca.

McCarthy, que posee en alto grado el sentido de la propaganda, eligió la televisión como arma ofensiva contra el comunismo. Sólo Bing Crosby y Bob Hoppe pueden disputarle hoy la primogenitura en este terreno. Las grandes compañías de la televisión han descubierto que la «mise en scène» de la Comisión McCarthy atrae tanto al público que en una ocasión fueron tres las que se disputaron la «representación», concediéndole tiempos que, valorados comercialmente, suponían 300.000 dólares.

Estas «representaciones» son, en efecto, muy espectaculares. El senador, sentado a una mesa, ofi-

cia de juez imparcial o de implacable fiscal, según las ocasiones. Son sus ayudantes los que conducen los interrogatorios, con una endiablada habilidad. El sospechoso interrogado y los testigos parpadean y sudan bajo la luz cegadora de los focos, conscientes de que cada una de sus palabras, cada una de sus muecas, es vista y oída por millones de ojos curio-



El senador Mac Carthy sale de la estación de Filadelfia, protegido por dos policías de su escolta.

sos. El escenario tiene algo de misterioso y a veces de siniestro; clima, en una palabra, de novela policíaca, de éxito casi siempre seguro.

LOS PROCEDIMIENTOS

Sin el menor propósito de hacerle un favor a McCarthy, sino todo lo contrario, H. De Galard ha ilustrado así los procedimientos del senador en un trabajo aparecido en la revista «Les Temps Modernes».

«El testigo, uno de los empleados de la sección suramericana de la Voz de América, se pierde en largas disertaciones sobre las tendencias «comunizantes» de sus colegas. «Decir la Voz de América es tanto como decir la Voz de Moscú», exclaman.

«Después, de repente, ataca a uno de los jefes de las «emisiones religiosas» de la Voz de América, afirmando que es ateo. McCarthy tiene un sobresalto. «¿Cómo? Dice usted que el jefe de emisiones religiosas de la Voz de América es un ateo? Eso es muy grave», dice falsamente sorprendido.

«En fin, sigamos. Tomo nota», concluye el senador, magnánimo. Algunos periodistas han ido a telefonear a su periódico para las ediciones de la noche. Media hora más tarde, uno de los secretarios de la Comisión murmura algo al oído de McCarthy. Este se vuelve hacia sus colegas y anuncia: «Se me dice que Mr. X, que ha sido acusado y que está en Nueva York, acaba de telefonear para protestar y para pedir que sea escuchado por la Comisión lo más pronto posible. Sugiero que

la Comisión acepte. Estamos aquí para establecer la verdad y todo ciudadano atacado tiene derecho a venir a defenderse.»

«Todo el mundo está de acuerdo. Se telefona a Mr. X. Este responde que toma un avión y que estará en Washington dentro de hora y media.

—Es mediodía. Entretanto, vayamos a almorzar, concluye McCarthy. Se levanta la sesión. Será reanudada a los dos y media.

«A las dos y media, Mr. X está allí. Protesta vehementemente. No es un ateo, se le ha calumniado vergonzosamente y piensa procesar al testigo que le ha acusado.»

«McCarthy, escucha pacientemente, y después sus ojos se pliegan de una manera inquietante. Todo el mundo sabe que va a ocurrir algo. El desgraciado testigo ha caído en una trampa.»

«¿Ha terminado usted?, pregunta secamente McCarthy, que ahora representa la escena de la cólera. Bien; hagan entrar a la señorita Y.»

«Una joven pelirroja, de aspecto modesto y un poco ruborizada, es introducida por un policía. Mr. X, ha palidecido. Sabe que está perdido. McCarthy, sonriente, cede la palabra a Roy Cohn (uno de sus ayudantes), que comienza el interrogatorio:

—¿Conoce usted a Mr. X?, pregunta.

—Ciertamente, responde la joven. He sido su secretaria y su amante durante dos años.»

McCarthy suplica con voz patética:

«Atención, señorita. Eviten los detalles, porque en este momento millares de niños en todos los hogares de América nos miran y nos escuchan». Después, se sienta en su butaca.

—¿Por qué le ha dejado usted?, continúa Roy Cohn.

—Porque no se quería casar conmigo.

—¿Ah!... ¿Y por qué?

—Porque no es un creyente. Me repetía constantemente que era ateo y que todas esas tonterías eran buenas para los burgueses.

«Al fondo de la sala, viejas solteras y jóvenes prisionistas han dado un pequeño grito de horror. Mr. X se ha hundido. Aplastado en su rincón, ni siquiera tratará de defenderse y al día siguiente presentará su dimisión al director.»

Esta escena que queda más arriba descrita por una pluma antimccarthysta, pero que se aproxima a la realidad, en cuanto a la organización, es una de las cosas que más unánimemente se reprochan al famoso senador: Sus procedimientos, tal vez demasiado crudos, escandalizar y repugnan a muchas personas. Según la estadística de Gallup a que antes hemos aludido, una sexta parte de los partidarios de McCarthy no aprueban sus métodos. Podemos aceptar este hecho, después de preguntarnos: ¿Es acaso menos escandaloso y repulsivo el que el jefe de emisiones religiosas de la Voz de América sea precisamente un ateo? Esta pregunta ni siquiera se la hace el señor H. De Galard.

VAYASE UNA COSA POR LA OTRA

Sin embargo, se comprende perfectamente que en un país como los Estados Unidos, donde la li-

bertad del individuo se ha entendido quizá con excesiva amplitud, y donde los procedimientos policíacos son instintivamente repetidos, se alcanzan voces indignadas contra la forma de actuar de la Comisión McCarthy. Estas voces ven en peligro las tradicionales libertades americanas y la sagrada intimidad de cada conciencia, y ponen el grito en el cielo. Lo comprendemos, perfectamente, repetimos, pero no podemos por menos de sonreír cuando recordamos que muchos de los periódicos que atacan contumazmente a McCarthy por «violar la intimidad de las conciencias» dedican páginas de escándalo a la vida privada de los ciudadanos que se ponen a tiro.

Con todo, cualesquiera que sean los reparos que se pongan a los procedimientos de McCarthy, no hay que olvidar nunca la finalidad que persigue: La de purgar al Estado y a la sociedad americana de agentes comunistas, cuyo propósito es, precisamente, demoler esas libertades tradicionales y esas venerandas instituciones. Váyase una cosa por la otra.

¿AMBICION O PATRIOTISMO?

Dijimos al principio de este reportaje que mucha gente cree que al «mccarthysmo» sobreviviría al senador McCarthy. Esto puede tenerse por seguro. La «chasse aux sorcières» es una exigencia permanente de la seguridad de los Estados Unidos, e incluso muchas de las personas que combaten al senador por Wisconsin manifiestan públicamente su preocupación por las actividades subterráneas de los agentes soviéticos y sus enlaces en la Administración.

¿Está próximo el final de McCarthy? Nuestros lectores tienen noticias muy frescas sobre su tropiezo con el Ejército y con el propio Presidente Eisenhower. Esta vez parece ser que nuestro hombre ha ido demasiado lejos. Los demócratas y el ala «antimccarthysta» republicana, impotentes para acabar con el senador, han recurrido al más peligroso de los ardidés, sin desaprovechar oportunidad: El de enfrentarle con el único político que puede contrarrestar su enorme prestigio y popularidad: Eisenhower. ¿Se prestará el Presidente a este juego? Casi es seguro que no.

Arguyen también los antimccarthystas que lo que persigue nuestro senador es nada menos la Presidencia de los Estados Unidos en 1956. ¿Es ésta la única respuesta a la pregunta de si McCarthy es un patriota desinteresado o, por el contrario, un hombre demasiado ambicioso, con prisa por llegar a su objetivo? Es posible; después de todo, no hay incompatibilidad entre el patriotismo y la ambición. Pero McCarthy es un hombre realista y no ignora que las respuestas de los ciudadanos auscultados por Gallup a la pregunta «Si McCarthy se presentase contra Eisenhower en 1956, ¿por quién votaría usted?», han sido poco prometedoras para sus supuestas aspiraciones a la Presidencia: Eisenhower, 79 por 100; McCarthy, 9 por 100; sin opinión, 12 por 100. Claro está que de aquí a 1956 pueden ocurrir muchas cosas.

M. BLANCO TOBIO

EL MERIDIANO DE MOSCU PASA POR PARIS

JUNTO AL SENA Y LA TORRE EIFFEL BULLE UN AUTENTICO MUNDO SOVIETICO

REVELACIONES EN EL "CASO LECOEUR"

NO es descubrir nada nuevo si decimos que el partido comunista francés es, juntamente con el italiano, el más fuerte de Occidente: cuenta con una potente organización de cuadros, dispone de una importante representación en la Asamblea Nacional, y, sobre todo, a través de la C. G. T. lleva las riendas del sindicalismo galo al compás de las consignas que irradian del Kremlin.

El telón de acero no termina en el Elba, sino que del lado de acá, junto al Sena y la torre Eiffel, bulle un auténtico mundo soviético, con su Politburó, su Comité Central, sus «estrellas» populares, sus métodos inquisitoriales y sus misterios de terror. Todo un auténtico «Estado dentro del Estado», a través del cual la sombra de las bulbosas torres mscovitas se proyecta sobre París y los campos de Francia.

Esto es lo que ahora ha salido a relucir, una vez más, a propósito del «caso Lecœur», cuya lectura en la Prensa gala nos transporta, sin quererlo, a ese otro mundo que es el «paraíso» soviético.

Pero empecemos por la cabeza.

LOS HOMBRES DE LA NUEVA CONVENCION

La terminación de la segunda guerra mundial hizo que en Francia los comunistas proliferasen como hongos. El hecho es que, al cabo de nueve años de paz más o menos fría, millones de franceses, tanto en las fábricas como en el campo, siguen fieles a la bandera de la hoz y el martillo. Pero los que cuentan no son ellos; los que cuentan son los que mandan.

Y los que mandan se llaman Thorez, Duclos, Billoux, Fajon, Servin, Mauvais, Villon, Viens, Lianté, Dupuy, Delfosse, Stil, Voguet, Vial, Roucaute, Ramette. Toda la plana mayor del comunismo, constelación de «estrellas» expuestas a la veneración del pueblo. Y ni siquiera todos ellos, sino solamente unos cuantos.

Thorez, secretario general del partido, es más bien una figura simbólica y decorativa, desde que en 1950 sufrió una hemorragia cerebral que le llevó a buscar una cura en la Unión Soviética y hoy le retiene en la Costa Azul. En

su ausencia, Duclos, además de líder parlamentario, ejerce las funciones de secretario general interino, contando con Billoux y Fajon como «asociados a los trabajos del Secretariado».

Es en este Secretariado, más que en el Congreso Nacional y el Comité Central del Partido, donde se concentra prácticamente todo el poder del comunismo en Francia. Y es también en él donde, desde hace unos días, falta una figura: Lecœur, vencido y eclipsado por Servin.

El asunto estalló en la calle el mismo día en que el diputado comunista René Camphin, secretario de la Federación del Paso de Calais y paisano de Lecœur, aparecía muerto en París, al parecer por una emanación de gas.

TORMENTA EN ARCUEIL

El asunto venía fraguándose en silencio desde hacía algún tiempo, barruntado por algunos periódicos. «El aparato policíaco del partido ha descubierto un cierto número de contradictores internos: algunos parlamentarios, secretarios federales, acaso incluso un miembro importante del Buró Político.»

En el Comité Central de octubre último, celebrado en Drancy, Duclos pidió a Lecœur, secretario de organización del partido, que hiciese su autocritica. En el Buró Político, Fajon, Billoux, Mauvais y Waldeck Rochet apoyaron la petición. Lecœur accedió de mala gana y cometió entonces una falta que formaría luego la pieza maestra de la acusación: empleo para esta autocritica la primera persona del plural, «nosotros», en lugar del «yo». Pero Duclos quiso todavía ser benévolo y recomendó a los reunidos de Drancy: «Demos a Lecœur un plazo.»

Y ese plazo es el que ahora ha vencido. Duclos ha considerado llegada su hora y la tormenta ha estallado en las reuniones del Comité Central en Arcueil, donde Lecœur ha sido relevado, por una decisión unánime del Comité, de sus funciones de secretario de Organización, las cuales han sido confiadas a Marcel Servin.

LA OPERACION LECOEUR

El verdadero golpe de teatro se produjo el 6 de marzo ante

la «Comisión Política» del Comité Central. Servir, que había sido excluido provisionalmente de la Comisión de Cuadros, se presentó para hacer una comunicación importante, con el consentimiento de Thorez y Duclos. Explicó todo sencillamente diciendo que su comparecencia ante la Comisión de Encuesta y su exclusión provisional de la Comisión de Cuadros formaban parte de una operación montada en todas sus piezas por Mauvais, gran inquisidor del partido, para desmascarar los manejos de Lecoeur. Duclos confirmó todas estas afirmaciones y remachó: «Debemos a nuestro camarada Marcel Servin toda la confianza que se debe a un dirigente del partido.»

Pero el día antes Duclos había cargado ya de lleno contra Lecoeur:

«El Comité Central debe saber que hubo que discutir mucho para conseguir la inserción en el informe de organización de una frase autocrítica, en la que se puede subrayar que el autor del informe ha tendido a darle un carácter estrictamente impersonal, como si no fuesen con él las propias responsabilidades en cuanto dirigente del trabajo de organización del partido. Además, importa precisar que este informe de organización no fué establecido sino después de haber sido rechazado otro por unanimidad del Buró Político.»

La suerte de Lecoeur estaba echada; el pretexto para ello era la aceptación de la doctrina oficial recomendada por Moscú después de la muerte de Stalin: la dirección del partido debe ser colectiva.

EL PLIEGO DE CARGOS

Las acusaciones formuladas contra Lecoeur son típicas en los métodos del comunismo y pueden resumirse en las siguientes:

Haber sostenido la idea errónea de un estado de aislamiento y de ineficacia del partido.

Haber substituído el «trabajo de masa» por la acción de «pequeños grupos forzosamente incontrolados e incontrolables».

Haber creado una red de «instructores políticos» que interfieren entre los militantes y la dirección del partido.

Haber considerado que podían existir dos clases de comunistas: los que militan y los que se limitan a una adhesión pura y simple, lo que es contrario a los estatutos del partido.

Haber despreciado las «células de empresa» en beneficio de las «células locales».

Haber empleado el «nosotros» en lugar del «yo», lo que denota una postura de rebeldía a la autocrítica.

Haber mantenido una concepción falsa de las relaciones del partido con las otras organizaciones democráticas, especialmente los Sindicatos y los movimientos intelectuales.

Haber tratado de suplantar a la jefatura del partido a través del Departamento de Organización.

En suma: desviacionista, liquidador, oportunista, vanguardista,

confusionista, aventurero... Todo esto era Auguste Lecoeur.

LECOEUR, SOLO

Según la tradición, que quiere que el acusado esté ausente, Lecoeur no asistió a la reunión del Comité Central, lo que permitió a Ramette, Villon, Viens, Llante, Mauvais, Dupuy y Delfosse estigmatizar su «huida ante la responsabilidad».

Nadie de sus antiguos amigos y camaradas levantó la voz en defensa del acusado, el cual, como antes Marty y Tillon, pasaba así a esa categoría de seres que en el argot comunista se llaman «muertos en vida». Al contrario, se lanzaron contra él, a la hora de la desgracia, con el ardor que da el resentimiento contenido.

Los intelectuales del partido se la tenían guardada, pues Lecoeur los había atacado vivamente durante los últimos años como elementos inútiles e ineficaces. Stil y Voguet habían llamado la atención del Comité Central sobre la postura de Lecoeur. El primero de ellos le acusaba de «demagogía obrerista y populista», él, que en septiembre de 1952 había sido llamado al orden por el «tono frenético» de sus artículos, impropios para «movilizar a la clase obrera». Y el segundo le tenía colocado el sambenito de «intervenciones aventureras en el campo cultural».

Muchos dirigentes de la C. G. T. esperaban también con ganas la noticia, pues la tendencia de Lecoeur a tomarlo todo en sus manos les hacía sombra.

Y el mismo León Delfosse, subordinado a Lecoeur en la dirección del partido en el Departamento del Paso de Calais, tiraba también su piedra contra él: «El partido comunista patina en el Paso de Calais porque la política del mismo ha sido violado bajo la influencia de Lecoeur.»

CAMBIOS EN EL PARTIDO

Lo más curioso de todo es que Duclos ha encontrado materia para su primera acusación precisamente en el informe que Lecoeur presentó en el último Comité Central. Lecoeur se lamentó entonces de las «faltas oportunistas», «los métodos de organización que rodean esta tendencia oportunista», «el sistema de los instructores políticos de células que ilustra las desviaciones oportunistas», etc.

Duclos no tenía más que apoyarse en estos cargos inventados por el propio Lecoeur. De cualquier forma, después de todo, la conclusión estaba clara: «Estos hechos—dijo Duclos—a los que interesado no sabrá contestar, parecerán, sin duda, suficientes al Comité Central para decidirse a considerar con el Buró Político que hay que introducir cambios en la dirección del trabajo de organización del partido.»

Y el Comité Central no tenía más que decir, amén: aprobó el informe de Duclos y declaró especialmente:

«Debemos emplear los máximos esfuerzos para asegurar el funcionamiento de los organismos regulares del partido:



La Policía parisién custodia el edificio donde se editan los periódicos comunistas

1.º Orientando los esfuerzos de organización del partido hacia las empresas y, en primer lugar, hacia las grandes empresas; y

2.º Mediante la puesta en práctica y el respeto del centralismo democrático, desarrollando el carácter colectivo de la dirección en todas las escalas, elevando el nivel de la crítica y de la autocrítica.»

El caso Lecoeur quedaba así fallado.

QUIEN ES LECOEUR

En las últimas elecciones legislativas francesas de 1951, dos diputados iban a la cabeza de la lista comunista en el Departamento del Paso de Calais: Auguste Lecoeur, considerado como el «delfín» de Maurice Thorez y ahora caído en desgracia, y René Camphin, miembro del Comité Central y uno de los peces gordos del comunismo francés, desaparecido en circunstancias misteriosas, casi a la misma hora en que Lecoeur entraba en el infierno de los condenados por Moscú.

Auguste Lecoeur, nacido en Lille el 4 de septiembre de 1911, era un ex minero del Paso de Calais. Hizo la guerra de España en las brigadas internacionales. Agitador de primera fila, el fué quien organizó la famosa huelga de mineros de 1941. Y en gracia a todos estos méritos había desempeñado el cargo de subsecretario de Estado para la Producción Industrial.

Su carrera como «estrella» del comunismo francés había sido rá-

Escena callejera durante un choque de manifestantes y policías



pidas. A los cuarenta y dos años estaba considerado como el «hombre del futuro» del partido. Bajo la égida del inválido Thorez, y junto con Jacques Duclos y Etienne Fajon, era uno de los tres secretarios del partido, puesto en el que había sucedido a León Mauvais, mientras Fajon había heredado a André Marty.

Un día Lecoeur vio pasar la gloria por su puerta. Se cree que durante la ausencia de Thorez en la Unión Soviética, desde 1951 a 1953, impuesta por prescripción médica, Lecoeur trató de suplantarlo a Duclos como jefe principal del partido, en el que, como secretario para la organización, era el tercer personaje después de Thorez y Duclos.

Y ahí empezó su perdición.

EL POLICIA NUMERO 1

Con León Mauvais, que se ha quedado entre bastidores, Marcel Servin es el verdadero triunfador de las jornadas del 5 y 6 de marzo en Arcueil. La víspera de la reunión del Comité Central, Servin era todavía un sospechoso. Había comparecido varias veces ante la Comisión de Encuesta, en la que se sentaban codo con codo Mauvais y Lecoeur, y estaba suspendido provisionalmente como responsable de la Comisión de Cuadros. Después de la requisitoria de Duclos contra Lecoeur el 5 de marzo, fué el nombre de Roucaute, secretario administrativo del partido, el que sonaba como sucesor de Lecoeur. Pero todo cambió de golpe al día siguiente, cuando Servin compareció ante la Comisión Política del Comité Central y explicó la «Operación» montada por Mauvais.

De un golpe, Marcel Servin saltaba al primer plano como sucesor de Auguste Lecoeur en el importante puesto en que este último había sucedido a León Mauvais, secretario de organización. Claro es que este nombramiento no tiene un carácter definitivo, pues sólo el Congreso convocado para los días 3 al 8 de junio en Arcueil puede proceder a estas designaciones. Pero el Comité Central tiene entre tanto el derecho, del que ha hecho uso, de «reforzar» el Secretariado, enviando a él «delegados» o adjuntos. Y de todos modos, ya de antemano, puede suponerse lo que pasará en ese Congreso, primero que se celebra desde 1950.

Antiguo diputado por el Alto Saona, Marcel Servin es un ex minero, como Lecoeur, pero más joven que éste, pues cuenta actualmente treinta y cinco años. Es uno de los hombres de confianza de Maurice Thorez, quien, cuando era miembro del partido, le nombró su colaborador directo, poniéndole al frente de la Jefatura de su Gabinete. A continuación jugó un importante papel en la Comisión de Control del partido, organismo de vigilancia interna. Y con este carácter se le encargó de diversas «encuestas», una de las cuales dió lugar a que estallara el asunto Marty-Tillón.

Pero Servin no es sólo el «favorito» de Thorez y el policía número 1 del partido. Es también, y sobre todo, el hombre de confianza de Moscú, pues está

considerado como el enlace entre el Kremlin y la dirección del partido comunista francés.

LOS TRAJOS SUCIOS DEL PARTIDO

La crisis interna que hoy agita al comunismo francés empezó propiamente el día en que Maurice Thorez cayó postrado en el lecho. Aquel día Lecoeur vio pasar ante él la gran oportunidad. Acompañó a Moscú al jefe enfermo, sirvió de agente de enlace, comenzó a inquietarse.

Las actividades del joven y bullicioso diputado alarmaron a Duclos, cuya situación en el partido quedaba en peligro. Y entonces el hoy secretario general interino comenzó a montar sus baterías. Sospechando que Lecoeur habría obtenido de Thorez, enfermo, promesas de sucesión, se trasladó a las orillas del mar Negro, donde aquél buscaba remedio a su enfermedad, después a Moscú, donde se encuentra la verdadera dirección, y volvió convertido en secretario general interino del partido.

Pero Auguste Lecoeur continuaba siendo muy apreciado a los ojos de Thorez, al que debía su promoción, en el Congreso de 1950, al Buró Político y al Secretariado del partido, ocupando así el puesto de dos militantes: Arthur Ramette y León Mauvais. Después de aquel ascenso, Lecoeur no tenía en el partido más que un superior, Thorez, y dos iguales: Jacques Duclos y André Marty. Y cuando cayó Marthy...

Fué entonces sobre todo cuando Lecoeur comenzó a inquietarse seriamente por la creciente influencia de Marcel Servin. Fué éste, bajo la dirección de Mauvais, que se la tenía guardada a Lecoeur, quien instruyó el proceso de Marty. El odio de Mauvais contra Lecoeur se comunicó a Servin, al mismo tiempo que Duclos veía, con mirada cada vez menos favorable, crecer el papel de Lecoeur en el partido.

Y llegó lo inevitable. Estallaron las primeras batallas serias entre Servin y Lecoeur. Pero el primero era sólo la «cabeza de turco». Detrás, entre bastidores, se movía la mano de Mauvais. Y más lejos estaba Duclos esperando su revancha sobre el temible adversario... hasta que ha caído bajo la guillotina de los métodos comunistas.

LA CRISIS SIGUE ABIERTA

La eliminación de Lecoeur no es más que el comienzo. La crisis interna del comunismo francés sigue abierta y va a desarrollarse, según todos los indicios, en una doble dirección.

De aquí al 4 de junio, fecha señalada para la apertura del Congreso del partido, el peso del aparato policíaco va a dejarse sentir sobre todos los dirigentes sospechosos de pertenecer de cerca o de lejos al «grupo Lecoeur». Ciertos dossiers están ya dispuestos y otros se encuentran en preparación, una treintena de convocatorias ante la Comisión de Encuesta está en marcha, y es Marcel Servin el que va a conducir la depuración.

Se trata, en el fondo de todo ello, de una lucha por el poder.

En 1950, Lecoeur no sólo sucedió en el Buró Político y en el Secretariado de Ramette y Mauvais, sino que triunfó también sobre Duclos y Billoux en la lucha por la secretaría de organización. Y hace justamente un año el equipo Billoux-Lecoeur parecía haber ganado la batalla para la sucesión de Thorez, prácticamente abierta desde su hemorragia cerebral en 1950. El resultado es que todos ellos se la tenían guardada al ex minero del Paso de Calais.

Ahora, no pudiendo tomar Thorez una parte activa en la dirección del partido, en razón de su enfermedad, excluido André Marty y descartado Auguste Lecoeur, Jacques Duclos queda solo, de hecho, como el único de los antiguos secretarios en ejercicio, rodeado en la dirección del partido por Billoux y Fajon, miembros del Buró Político asociados a los trabajos del Secretariado. De momento, el mando será colectivo: lo ejercerá el triunvirato Duclos-Billoux-Servin. Pero no cabe duda de que entre Duclos y Billoux acabará estallando, si no ha estallado ya, la lucha por el mando absoluto del partido.

Todo ello hace pensar que Thorez debe estar a punto de iniciar el supremo y último tránsito.

FRANCIA A LA DERIVA

Esto es lo que pasa en Francia, uno de los temas más fundamentales de la actualidad al otro lado de los Pirineos, donde tantas cosas nos recuerdan lo que ocurre al otro lado del Elba.

Los lobos de la camada comunista francesa se devoran entre sí, exactamente como se devoran en Rusia y en los demás países donde el comunismo ejerce un mando efectivo. No faltan optimistas que quieren sacar de aquí la conclusión de que el comunismo francés está en crisis, que los militantes no aumentan, que las cuotas bajan, que, al final, todo el aparato montado por Moscú en el país vecino terminará diluyéndose poco menos que como un azucarillo en un vaso de agua.

Pero la realidad es bien distinta. El «asunto Lecoeur» es sólo la manifestación de un problema interno que en nada afecta, como no ha afectado en Rusia la desaparición de Beria, al poder del comunismo. Quien en este caso ha dado órdenes ha sido Moscú, para el que Lecoeur representaba junto al Sena la tendencia Beria. Y con manos o menos depuraciones, con más o menos sangre, el partido comunista francés seguirá siendo lo que es: un Estado dentro del Estado, una fuerza incrustada en la política francesa, que se cuece en su propio caldo, lanzada a la deriva.

Ello explica el que París siga oponiéndose a la Comunidad Europea de Defensa, el que las cosas marchen muy mal en Indochina, el que en Marruecos se cometan errores garrafales y otras muchas cosas que bien podríamos traer a colación... si no fuese porque ello alargaría demasiado esta especie de novela sinies- tra.

Moisés PUENTE



LA "RUTA" DE LOS FESTIVALES CINEMATOGRAFICOS, EN MARCHA

CANNES, BERLIN, SAN SEBASTIAN, VENECIA, SAO PAULO Y MAR DEL PLATA, PANTALLAS DEL MUNDO POR ROTACION

España ha conseguido ya importantes premios



AL VII FESTIVAL DE CANNES, QUE SE CELEBRA EN ESTOS DIAS, ASISTEN 16 NACIONES CON MAS DE 50 PELICULAS

Ilustran esta página fotografías de «Todo es posible en Granada», «Cómicos» y «Aventuras del barbero de Sevilla», las películas españolas que entran en competición con las últimas producciones de dieciséis países en el Festival de Cannes que se celebra ahora

HAY una ruta de festivales cinematográficos, marcada estratégicamente sobre el mapa de Europa occidental y con dos nuevos puntos de ampliación en Suramérica, a la que España ha conseguido incorporarse ahora con una bella y prometedora etapa: San Sebastián.

Esta ruta, combinada también en el tiempo para evitar enojosas competencias, se inicia en el año con el festival brasileño de Sao Paulo, que tiene lugar en febrero; de allí se desplaza el delicioso Mar del Plata (Argentina) en los primeros días de marzo; enlaza al iniciarse la primavera con la importante competición de Cannes, en la Costa Azul francesa y, de allí, a Berlín en la mitad de junio, a San Sebastián en el mes de julio y, por último, el broche de la capital veneciana, con su Muestra de Arte Cinematográfico al finalizar el caluroso agosto.

Pero en esta soñadora ruta internacional del celuloide en este delicioso trotar de películas y estrellas, todas las etapas no brillan con la misma fuerza, al

menos por ahora. Hay festivales acreditados por el tiempo, con una solera envidiable y con un poder de sugestión capaz de movilizar, con el solo anuncio de su convocatoria, a los más famosos del cine, a las mejores películas de nuevo cuño y a las más destacadas personalidades de la industria de todo el mundo.

Otros festivales, en cambio, más bisoños, apenas conocidos todavía, luchan contra el recelo de quienes se permiten el lujo de acudir solamente a los lugares que puedan darles prestancia.

LA VETERANIA ES UN GRADO...

En aquel orden de resonancia, fama y universalidad habría que colocar en primerísimo puesto a la Muestra de Arte Cinematográfico de Venecia, a la famosísima «Bienale» (curiosa denominación, por cierto, de un certamen que empezó celebrándose cada dos años y que hoy tiene definitivamente carácter anual, sin que haya perdido por ello su primitiva calificación de «bi-anual»). El origen de este festi-

val, que obedece a una iniciativa feliz del comercio y la municipalidad venecianos, se remonta al año 1932. Así, pues, ya tiene la «Mostra» italiana sus veintidós años cumplidos, aunque de 1943 a 1945 se hubiera suspendido a causa de la segunda guerra mundial. Con el certamen del próximo agosto, Venecia habrá llegado a celebrar su 15 edición (teniendo en cuenta que se anularon los resultados de las competiciones convocadas de 1940 a 1946) y ofrecerá, como siempre, el mayor esplendor en las numerosas fiestas que acompañan a las proyecciones oficiales de las películas que aspiran a premio.

El segundo lugar, por antigüedad, e importancia, corresponde al Festival Internacional del Film, de Cannes, proyectado en el maravilloso fondo de la Costa Azul, y que se celebra anualmente en estos primeros días de primavera. En 1954 Cannes presenta su VII edición.

Y nos quedan, después, los principiantes de Berlín, Mar del Plata, San Sebastián y Brasil, por este orden, que aspiran a emular

las hazafías de sus «maestros» —Venecia y Cannes— y a conquistar también la popularidad y la fama, atrayendo por unos días los ojos del mundo.

EPIDEMIA DE FESTIVAL- LES DE CINE

Era Italia, aun no hace muchos años, con su Bial veneciana, el país que mantenía la exclusividad de estas reuniones internacionales; pero su propio éxito, acrecentado y difundido en los últimos tiempos, dió lugar a una fiebre de festivales que amenazaba con disolver la eficacia de cada uno.

Todos los países querían organizar su manifestación internacional, y las capitales de lujo trataban de montarla apoyándose en las épocas más airayentes del año. La presencia de un buen número de extranjeros famosos, las grandes fiestas, la presentación de las mejores cintas mundiales, significaba un poderoso imán para la afluencia de forasteros. Propaganda, fama, comercio, dinero, en fin de cuentas... Así, aquel dueño de un famoso casino, que decía: «El festival del cine es para mí el festival del caviar. Necesito cinco toneladas de caviar fresco para cada recepción, que ha de llegarme en aviones especiales. El caviar del festival es una de mis mayores preocupaciones».

Y al caviar añadan ustedes muchas más toneladas de manjares exquisitos y bebidas especiales, porque cada país se obliga a ofrecer una comida, una cena o, cuando menos, un «cocktail» bien servido.

Pues bien, después de Venecia vino Cannes. Y luego Mar del Plata, Berlín, San Sebastián, Sao Paulo... En todos ellos se pretendía, además, otorgar premios a las mejores películas, con la consecuencia lógica de que no eran suficientes las novedades cinematográficas de cierta altura para abastecer a tanto festival, ni los premios repartidos con tal profusión hubiesen representado valor alguno.

EL CALENDARIO OFICIAL

La epidemia hubo de ser atajada, y así llegó a establecerse un calendario oficial, limitando el número de manifestaciones internacionales y clasificándolas en categorías. El organismo encargado de la poda ha sido en este

caso la denominada Federación Internacional de Asociaciones de Productores de Películas, a la cual pertenecen las organizaciones productoras de las naciones del mundo occidental, y cuya fuerza, por tanto, es considerable, siendo respetadas sus decisiones en el ámbito internacional.

En diciembre pasado, la F. I. A. P. P. acordó reconocer para 1954 determinados festivales y clasificarlos, al mismo tiempo, en estas categorías:

Categoría A.—Los de Venecia y Cannes. Con carácter de competición internacional; esto es, autorizados para conceder premios.

Categoría B.—Sao Paulo, Mar del Plata, Berlín y San Sebastián. Sin carácter de competición, esto es, no autorizados para conceder premios.

Categoría C.—Para películas especializadas (deportivas, de turismo y de folklore). Cortina d'ampèzzo (Italia) y Bruselas.

Y aun se fijó una cuarta categoría para manifestaciones estrictamente nacionales, entre las que se cuentan las de Punta del Este, Locarno y El Cairo. A las que habría que añadir otras muchas que no han solicitado ser reconocidas por la F. I. A. P. P., pero que también se celebran todos los años, con regularidad. En España tendríamos que anotar la Semana Cinematográfica de Málaga y los Cursos Cinematográficos de Santander, y en el extranjero, otras muchas.

Con este calendario a la vista ya sabemos que los auténticos premios mundiales cinematográficos sólo pueden otorgarse en Cannes o Venecia. En otro lugar no podrá haber más que distinciones especiales, sin carácter de premio.

LO QUE ES UN FESTIVAL

Todos los periódicos del mundo dedican amplios espacios y una abundante información gráfica a los festivales cinematográficos más importantes. Y no digamos de las revistas especializadas, que incluso realizan ediciones «extra». Y es que son muchas las razones que abogan en favor de esta preferencia.

El cine, como espectáculo más extendido, más universal, más popular, salva todas las fronteras y sus tentáculos se extienden hasta el último rincón del globo. Fíjense ustedes en esa impresionante cifra de 220 millones de espec-

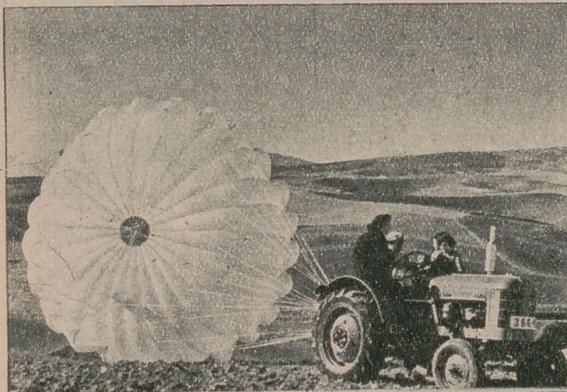
tadores que se calcula asisten semanalmente a los 100.000 cinematógrafos que funcionan en todo el mundo.

La pantalla populariza y llega a divinizar a las grandes «estrellas», y el público nunca se satura de noticias, fotografías y anécdotas de sus artistas predilectos. Las nuevas generaciones ya se incorporan al cinematógrafo bajo el signo de Silvana Mangano, Marilyn Monroe y Montgomery Clif; y los que rebasan la edad de cincuenta años aun tienen vivo el recuerdo de Mary Pickford o Ramón Novarro; entre unos y otros, multitud de «estrellas» fugaces, unas, y más afortunadas, otras, con cuya vida interna, al margen de la pantalla, se han llenado miles de columnas impresas reclamadas por la avidez insaciable de los aficionados.

Esto que van a leer ustedes pertenece a la crónica de un reciente festival. Y ya me dirán si no es bastante significativo:

«Las playas quedaron desiertas por completo. La muchedumbre se congregó en el lugar donde descenderían sus ídolos. El tren hizo su entrada en medio de una calurosa y sostenida salva de aplausos. Y bien pronto aparecieron en las ventanillas y en las plataformas los rostros risueños de los calificados y populares viajeros. Muchos fotógrafos se desplegaron rápidamente por todos los sectores de la estación y, mientras, la policía trataba de contener a la multitud que, aplaudiendo y gritando los nombres de sus artistas predilectos, pugnaba por acercarse a ellos para abrazarles o pedirles autógrafos. O mirarlos de cerca nada más, todo ello pese a la severa actividad policial.»

Ahora bien, un festival no se reduce a la exhibición de artistas y proyección de las películas que cada país selecciona para el certamen. Ya hemos hablado antes de esplendorosas fiestas con intervenciones personales de los «astros», que ofrecen las Delegaciones concursantes. Se celebran también conferencias internacionales de Prensa, en las que se transmiten a los cuatro vientos las palabras del artista o director más famoso; se montan «stands» de propaganda para repartir fotografías y cuidadas ediciones de catálogos y folletos, que rivalizan en mostrar las excelencias de cada industria. Hay, en



Fotogramas de «Bien venido, Mr. Marshall!» y «La guerra de Dios», películas que merecieron sendos premios en Cannes y Venecia, respectivamente

fin, toda una máquina burocrática, organizadora, para mover ordenadamente este mundo cosmopolita de actores, directores, técnicos, periodistas y jerarquías del celuloide, que han abandonado por unos días los estudios, los contratos y los despachos de producción, para entrar en un mundo más agitado todavía que el de los escenarios de rodaje.

BALANCE DE UN FESTIVAL

Si los artistas ganan popularidad; los productores, conocimientos, y las ciudades, fama y dinero, hay otros resultados tangibles en el balance de un festival. Cuando el Jurado de Cannes o Venecia pronuncia su veredicto, los corresponsales de Prensa lo transmiten a los periódicos de todo el mundo. Y esta gigantesca propaganda, gratuita, que puede valerse en cientos de miles de pesetas, es la suficiente compensación para los afortunados propietarios, intérpretes y realizadores de la cinta. Luego vendrá el consabido: «premiada en el festival X...», que sirve de garantía a los compradores, primero, y al público, después.

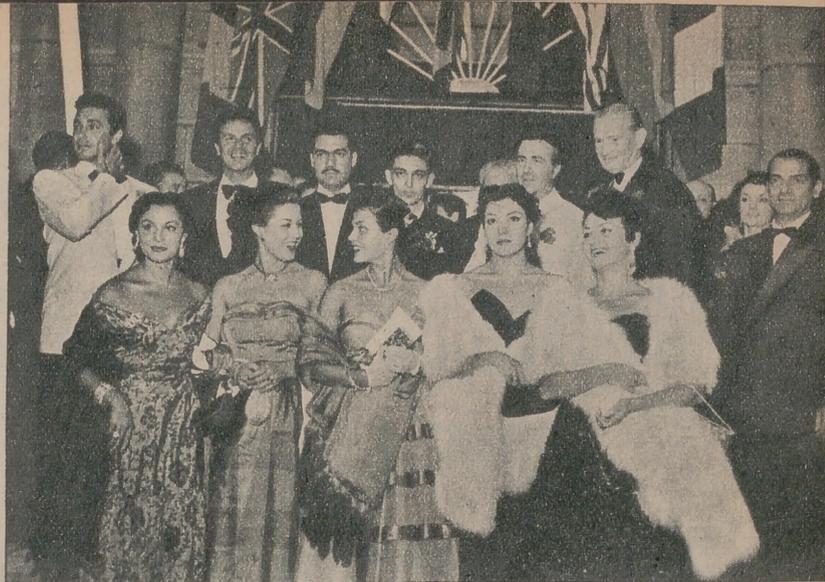
No obstante, un poco se han venido desacreditando estos premios, por ciertos «manejos» y temporizaciones de que se acusa a los Jurados. Sin ir más lejos, España ha sido víctima en la «Muestra» veneciana del pasado año de cierta presión de los representantes soviéticos que se negaban a reconocer una lícita victoria nuestra..., aunque fracasaran, en parte, finalmente, sus torpes propósitos.

De los festivales salen también contratos para los artistas (Aurora de Alba, apenas iniciada en el cine español, se nos quedó en Italia, bien contratada, con ocasión de un festival), ventas de películas para los diversos mercados (suele haber, al margen de las proyecciones oficiales, sesiones de carácter comercial para suscitarse estas ventas), proyectos de coproducciones, y otras notables ventajas derivadas de un contacto directo entre las industrias de los distintos países. Ya sabemos que es más eficaz una conversación de veinte minutos, mantenida personalmente, que 50.000 palabras en documentos privados a lo largo de meses.

ESPAÑA Y LOS FESTIVALES

Revisando la historia de la «Bienale»—el festival más antiguo—ya encontramos una participación de cintas españolas en 1934. Incluso encontramos también algún premio—la Copa Bienale—en los años 1941 y 1942, para las películas «Marianela» y «Goyescas». Pero esto no significa que hayamos prestado siempre la atención debida, ni mucho menos, a la cinematografía en su proyección internacional. Hubo largas interrupciones en nuestra asistencia a los certámenes mundiales y, lo que es peor, se acudió sin organización e interés, factores ambos indispensables para conseguir algo efectivo donde se lucha con tanto denuedo por los primeros puestos.

Pero el panorama ha cambiado notablemente en los últimos tiempos. Desde hace algunos años, la



Grupo de estrellas reunidas en el Festival Cinematográfico de San Sebastián, en 1953.

industria española, asistida convenientemente por el Estado, inició una recta política internacional, convencida de la urgente necesidad de abrir fronteras y conquistar mercados para nuestras películas. Ya se ha formalizado decididamente la asistencia a los festivales de turno y se participa en ellos con una delegación oficial acompañada de los más famosos artistas y realizadores, se seleccionan cuidadosamente las cintas más apropiadas, se edita una propaganda especial y, sencillamente, se reclama el digno lugar a que se hace acreedora España por su importancia entre las principales potencias europeas y americanas del celuloide.

Los frutos de esta buena política no se han hecho esperar mucho. El año de 1953 ha sido feliz para nuestro cine. Se obtuvo, por vez primera en el historial de Cannes, un gran premio para una cinta española («Bien venido, Mr. Marshall») y, a continuación, «La guerra de Dios» era galardonada en Venecia con un «León de bronce», consiguiendo también el premio de la Oficina Internacional del Cine Católico.

Esto significaba ya el primer paso importante para atraer la atención del mundo hacia nuestras cintas. Los títulos españoles de «Bien venido Mr. Marshall» y «La guerra de Dios» figuraron impresos en periódicos de todos los idiomas, y nuestros artistas se hacían populares en cincuenta naciones.

LAS RECEPCIONES ESPAÑOLAS

No hemos hablado de algo que tiene gran significación. Se trata de las fiestas españolas en Cannes y Venecia, que, montadas con un carácter típico, han tenido una aceptación extraordinaria. Incluso han llegado a superar en éxito y asistencia de público a las de todos los demás países. Y todo cuenta a la hora de hacer balance. Las intervenciones personales de Paquita Rico, Carmen Sevilla, Ana Esmeralda, Lolita Sevilla y otras famosas del género folklórico cinematográfico, entusiasmaban a la concurrencia extranjera, que siempre busca nuestro tipismo andaluz.

NUESTRO FESTIVAL

Como decíamos al principio, Es-

paña se intenta incorporar a esta gran rotación de los festivales cinematográficos internacionales con la Semana anual de San Sebastián. Su historia es muy corta, ya que en 1954 presentará su segunda edición, pero promete situarse a la altura de los que tienen más años de vida. Al capital donostiarra es una bellísima ciudad y en el mes de julio supone un marco incomparable para atracción de extranjeros y gentes del país. Todo es cuestión de organizar bien las cosas y dedicarle una buena propaganda. El pasado año ya se exhibieron cintas de importancia y acudieron artistas y personalidades de otros países. Para 1954 se esperan grandes cosas. Quizá no tarde mucho San Sebastián en hacer una lícita competencia a las reuniones de Cannes y Venecia. Así lo deseamos todos, en beneficio del cine universal y, especialmente, de nuestro querido cine español.

FUTURO OPTIMISTA

Hay que sentir optimismo ante el futuro. Entre otras razones, porque están recientes aquellos espléndidos resultados de Cannes y Venecia, conseguidos en 1953 para nuestro cine. Y porque España tiene ya conciencia de la importancia que ha de concederse a estas competiciones mundiales, en las que un premio tanto significa en el orden espiritual y en el económico.

En estos días finales de marzo se celebró el VII Festival Internacional de Films de Cannes, en el que participan 16 naciones con medio centenar de películas largas. España presenta batalla con tres importantes cintas: «Todo es posible en Granada», de Sáenz de Heredia; «Cómicos», de J. A. Bardem, y «Aventuras del Barbero de Sevilla», dirigida por Ladislao Vajda.

La primera de ellas—ya estrenada en Madrid—es una película inteligente, con sensibilidad, ironía y humor, y de realización técnica impecable. Tiene muchas posibilidades de ser bien acogida en el Festival. Y aunque sería mucho pedir que cada año nos llevásemos un premio en Cannes y otro en Venecia..., mientras no esté dictado el fallo hay esperanza.

Antonio CUEVAS

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

RENOVACION DE LAS IDEAS SOBRE LA FAMILIA

Por Robert PRIGENT

LA TRADICION ROTA

LA familia anterior al antiguo régimen, como todas las instituciones, podía durar casi indefinidamente en un sistema de técnica estacionario. Pero cuando la técnica se puso en movimiento, los edificios sociales más sólidos se conmovieron en sus cimientos.

Desde el descubrimiento de la brújula, de la pólvora y de América, la familia ha entrado en un período de crisis, de evolución, del que era difícil ver cuál había de ser el resultado final.

EVOLUCION DESTRUCTIVA

De hecho, la historia de la familia, desde el siglo XVI, parece ser una lenta destrucción: la discusión del principio de la soberanía monárquica absoluta tiene necesariamente su contrapartida en la célula familiar.

A partir del siglo XVII diversas obras afirman la igualdad de la mujer y del hombre, sin producir el menor escándalo. Todavía no es lo que se llamará feminismo, pero constituye su base. La reacción contra el absolutismo del Luis XIV entraña lo que los tradicionalistas no pueden llamar más que decadencia. La misma defensa, tan frecuente, de la autoridad paterna es prueba de que ésta es discutida. En el siglo XVIII las prácticas anticoncepcionistas se extienden, desde 1750, por la sociedad «avanzada», término con el que se designa a sí misma una parte de la aristocracia y de la alta burguesía.

Cón el capitalismo, la urbanización y el reinado del individuo en el siglo XIX, la familia estalla y se ve reducida a su dimensión vital: la pareja y sus hijos. Los colaterales viven separados, a favor del progreso económico y de la dispersión geográfica. Los ancianos buscan cada vez más en el ahorro el pan de sus últimos días.

Esta evolución impetuosa del siglo XIX, este replanteamiento de instituciones que parecían sólidamente afianzadas se produce, como todos los movimientos importantes, en parte espontáneamente y en parte bajo la influencia de una vanguardia motriz.

El teatro, la novela, toman partido definitiva-

BAJO la dirección de Robert Prigent, ex ministro francés de Sanidad y Población, el Institut National de Estudios Demográficos de París ha publicado una serie de interesantes trabajos sobre la «Renovación de las ideas sobre la familia», que resumimos para los lectores de EL ESPAÑOL.

Es secular la lucha contra la familia y son infinitas las formas que adoptan los gérmenes disolventes en sus ataques a los principios incommovibles que constituyen la doctrina de la Iglesia sobre esta cuestión.

Todas estas tendencias disolventes han demostrado con su fracaso la locura de luchar contra el Derecho Natural, contra el orden mismo de la vida, dispuesto por Dios. Los Estados laicos, incluso los que persiguen a la religión tras el telón de acero, para no destruirse de manera suicida tienen que restablecer, como demuestra el presente libro, las normas más elementales de la moral católica, aunque no quieran confesarlo, y defender el concepto de la familia cristiana.

El estudio que nos ocupa se centra principalmente en la evolución de la familia francesa. Pero en el campo de las ideas, los fermentos revolucionarios que atentan contra la familia han operado, en todo el mundo y la enseñanza de su fracaso tiene validez universal.

Las dos grandes Revoluciones de la historia moderna, la francesa de 1789 y la soviética de 1917, pretendieron atentar contra la familia y han tenido que dar marcha atrás apresuradamente.

No hay nada más moderno que los principios eternos y los que se han quedado anticuados son precisamente los «modernistas» que predicaban el amor libre. Hoy sus teorías hacen reír.

«RENOUVEAU DES IDEES SUR LA FAMILLE», por Robert Prigent.—Editado por el «Institut National d'Etudes Démographiques».—París, 1954.—369.—Precio: 800 fr.

En espera de que se conviertan en realidad las soñadas selecciones raciales, va entrando cada vez más en las costumbres el aborto, preconizado abiertamente por diversos escritores. En los países de civilización europea la natalidad disminuye sin sembrar la alarma, porque continúa aumentando la población. El anarquismo y otras doctrinas «avanzadas» son adversarios de la natalidad, generadora de «carne de cañón» y «carne de trabajo». La madre fecunda es objeto de burlas. Defendida, sobre todo, por los conservadores, por los «reaccionarios», la familia es presentada, cada vez más, como una institución anacrónica, como una supervivencia del pasado. Sencillamente se la «soporta».

Como en otros muchos campos, la guerra de 1914-1918 precipita la evolución. La mujer obtiene un puesto en la fábrica, en cargos de responsabilidad; las chicas continúan su emancipación, y en

Institut national d'études démographiques

RENOUVEAU
DES IDEES
SUR LA FAMILLE

Ouvrage réalisé sous la direction de

Robert Prigent

Travaux et Documents

Cahier n. 18

PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE

el frenesí de los bailes de la primera posguerra son frecuentes los noviazgos burgueses, en los que «los padres aun no están enterados». Es ésta también la época de *La garçonne*, de Victor Marguerite, el autor que para justificar el aborto dice a la mujer que «su cuerpo es suyo». A los ojos de muchos la desintegración de la familia está llamada a seguir adelante. Los soviéticos continúan esta destrucción de acuerdo con cierta norma. Lenin proclama que no hay socialismo sin libertad total de divorcio. El aborto es legal y oficial. Incluso antes de Huxley hay autores que imaginan cierta generación al margen de los órganos femeninos. Se trata de la gran liberación esperada. Los que en ciertos medios anuncian la incubadora prenatal no parecían en aquella época más audaces que los que proponían el sufragio femenino hacia 1830.

UNA CONTINUACION LOGICA

Si hacemos un alto en este punto nos situamos mentalmente en esa época y tratamos de penetrar en lo que entonces era oscuro porvenir, nos encontramos con que desde hace cuatro siglos la «vanguardia» anuncia continuamente nuevas destrucciones de la familia tradicional y siempre se va saliendo con la suya. ¿No es lógico, pues, pensar que van a tener razón los profetas que anuncian nuevas degradaciones? ¿No siguen los soviéticos pretendiendo destruir la familia y el matrimonio? El intelectual «ilustrado» veía ya perfilarse profundos cambios para las nuevas generaciones.

CAMBIO

Si dejamos pasar un cuarto de siglo nos encontramos con una situación muy diferente de lo previsto. Aunque no perdura, es cierto, la antigua cohesión, la familia goza de una sana recuperación de fuerza.

Hasta la segunda guerra mundial eran raras las Constituciones nacionales que mencionaban los derechos de la familia. De las treinta y nueve Constituciones nacionales establecidas después de la segunda guerra mundial, treinta y tres han insertado artículos sobre la familia y sus derechos y cuatro han mencionado derechos que interesan individualmente a los miembros de las familias. Hay treinta y dos Constituciones nuevas que mencionan el derecho de la familia a la protección del Estado. Estos países están distribuidos por todo el mundo, tanto en el «grupo occidental» como en el grupo comunista o en el de los países insuficientemente desarrollados.

La Declaración Universal de los Derechos del Hombre, de 1948, rompe con el individualismo de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano al declarar que «la familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y del Estado».

En todos los países se desarrolla una nueva institución, los subsidios familiares, concedidos a los niños y a veces también a la mujer que trabaja en el hogar.

La Unión Soviética ha dado marcha atrás y ha restablecido la familia, ha restaurado la autoridad de los padres, ha prohibido el aborto, ha glorificado el matrimonio y ha restringido el divorcio.

Hay que citar otras manifestaciones: retiro de la poligamia en los países musulmanes, prohibición del concubinato en la China roja y un nuevo aumento de la natalidad en los países occidentales más estériles.

Lo que mejor subraya el cambio total de la tendencia es la diversidad de las civilizaciones en que se registra todo esto, así como su continuidad en un mismo país, incluso a través de profundos cambios políticos. Así, por ejemplo, el Código de la Familia, inaugurado en Francia por el Gobierno Daladier-Reynaud en 1939, es reforzado primero por el Gobierno Pétain, luego por el Gobierno de De Gaulle, con la colaboración de los socialistas, tradicionalmente muy tibios en su actitud hacia la familia, y de los comunistas.

Todas aquellas ideas de «vanguardia», en lugar de hacernos «pensar en el porvenir», nos hacen «sonreírnos del pasado». Incluso resultan anacrónicos algunos ataques actuales contra la familia, como el de Jules Romains, que habla de «la solidaridad por la tripa».

En 1937, la reedición de la obra *Du mariage*, de León Blum, iba acompañada de una advertencia al lector que resulta por demás elocuente: «Recordamos a los lectores de esta nueva edición de *Du mariage*, que fué escrito hace treinta años, o sea en una época en la que ni el público ni el autor

sentían las mismas preocupaciones que hoy.» Nada tiene de particular que un autor cambie con la edad, pero es muy significativo que haya cambiado el público. Las ideas «nuevas» no han arraigado y resultan ya un poco arcaicas.

CAUSAS DEL CAMBIO

Observamos en este cambio tres causas, políticas, biológicas y económicas, estrechamente ligadas entre sí.

Las izquierdas políticas habían sido siempre antifamiliares. La restauración de la familia en la Unión Soviética puede interpretarse de diversas formas. Pero en todo caso es un hecho muy concreto que ha tenido gran repercusión. Por otra parte, el descenso de la natalidad llegó a extremos tales que el peligro de extinción resultó evidente para ciertos países. Ha habido pruebas incontrovertibles: Francia, despoblada, ha sufrido la invasión y Australia ha sentido en 1941 la amenaza amarilla sobre sus tierras desiertas.

Por último, la biología no se ha plegado a las teorías. La plena igualdad a que se tendía era incompatible con la distribución de tareas que la Naturaleza ha establecido entre los sexos.

LA FUNCION FAMILIAR

La Unión Soviética ha sido la primera en experimentar el carácter insustituible de la familia. Sabe lo que cuesta criar colectivamente a los niños y lo mediocres que son los resultados.

Ofuscados por su oposición al régimen, los autores de «vanguardia» no fueron capaces de apreciar la importancia de esta función familiar. Espeque de refugio entre las leyes y las relaciones económicas, sólo la familia puede cumplir unas tareas que la sociedad es incapaz de desempeñar. En diversos países, a causa de la guerra, se han hecho experiencias muy instructivas. Si hubiese que sustituir los cuidados de la madre por unos servicios remunerados, teniendo en cuenta el trabajo dominical, las horas extraordinarias de día y de noche, etc., etc., el costo de los niños absorbería una parte excesivamente grande de la renta nacional.

En algunos puntos ha disminuido incluso el trabajo profesional de la mujer. La carencia emancipación de la esposa con frecuencia produce tan sólo la imposición a ésta de una doble servidumbre: la del hogar y la de la profesión. Son muchos los matrimonios formados por personas igualmente dotadas de títulos y diplomas que han tenido que recurrir al viejo y simplista recurso de la división del trabajo en el seno de la familia.

Por último, la emancipación del hijo, la disociación de la familia, ha favorecido la delincuencia juvenil.

La prolongación de los estudios, la disminución de la autoridad paterna y otras causas ocasionaron un debilitamiento de la familia, una especie de dimisión de su función esencial: formar hombres. Ha sido preciso ayudarla, o, más exactamente, se ha hecho preciso reconocerla.

Uno de los vaticinios más frecuentes a principios de siglo era la inminente supresión del matrimonio, su sustitución por la unión libre. En los medios de «vanguardia» estas palabras tenían una resonancia particular. Resulta sorprendente ver lo poco que preocupa hoy esa antigua controversia. Si la unión libre se practica hoy, no tiene, desde luego, pretensión de ser una reivindicación social.

Cabría decir que la sociedad se ha «liberado de la unión libre», objeto de predicaciones que acababan por constituir una moral. Pasaron los tiempos en que los artistas de Greenwich, en Nueva York, se creían en la obligación de ocultar que estaban casados. Y el matrimonio es lo suficientemente fuerte para no necesitar ni siquiera defensores.

Ciertamente, el teatro, el cine, la novela siguen atacando con frecuencia a la institución familiar con las nuevas armas del psicoanálisis. Pero cualquiera que sea la virulencia de los complejos más perversos, la familia resiste y parece en cierto modo inmunizada.

Esto no significa que se haya dicho la última palabra ni que la consolidación de la familia sea definitiva. Los «innovadores» han tenido que dar marcha atrás ante la resistencia de la realidad de la vida, pero se disponen a nuevos ataques. Aparte de la importantísima resistencia de las religiones y de las morales materialistas que se inspiran en ellas, aunque no lo quieran reconocer, no se podrán producir cambios serios mientras no haya importantes progresos biológicos o económicos que no están a la vista.

WILMA MONTESI ACUSA

UNA SOCIEDAD SENTADA EN EL BANQUILLO

CUARENTA y tantos millones de italianos andan estos días totalmente apasionados en torno al caso Montesi, que ha sido considerado como uno de los más formidables escándalos de la posguerra y cuyo total enredo y profundas y misteriosas complejidades han rebasado el marco de Italia para llevar al resto de los países la noticia extraordinaria de este trágico suceso cuyas increíbles ramificaciones y casi increíbles derivaciones siguen aun hoy constituyendo nota singularísima en el interés y atención de todo el pueblo de Italia.

Este dramático caso que protagonizó en su arranque una bella muchacha romana de veintidós años, llamada Wilma Montesi, ha sobrepasado en mucho los límites de una triste tragedia humana en la que Wilma encontró la muerte en circunstancias demasiado oscuras y con un trasfondo de intriga, corrupción y vicio que ha arrastrado en su torbellino a buen número de personajes de las letras, del periodismo, del cine y de las artes, a las que hay que añadir todavía otros de la política y la administración pública.

Algún corresponsal de Prensa ha llegado a calificar este episodio como una tragedia digna de los Borgias, de las películas neorrealistas de Vittorio de Sica o de los «westerns» de Hollywood. Y lo cierto y verdad es que conforme han ido pasando los días nuevos nombres se agregaban a la lista de los comprometidos en el asunto y nuevas y sensacionales revelaciones provocaban la sorpresa popular. Desde jóvenes procedentes de familias y medios estimabilísimos, hasta altos magistrados de la nación, hombres de altas finanzas y negocios, representantes de la Policía y miembros del Gobierno italiano, todos han pasado a jugar un papel en este complicado suceso que aparece rodeado de una atmósfera misteriosa donde de todo parece tener cabida: la misa negra, el tráfico de estupefacientes, los más innobles vicios y la búsqueda ansiosa de esos paraísos artificiales que producen las drogas.

Dimisiones de altos puestos, intervención de famosos letrados, proceso enredadísimo con una sorpresa agazapada detrás de



El doctor Tommaso Pavone (a la derecha) ex jefe de la Policía, cenando en un club nocturno del Irán con su mujer y el empresario Paone (en el centro). A consecuencia de su amistad con Hugo Montesi, Pavone dimitió tras una conversación de horas con Scelba

nueva vista, y una seria quiebra en el prestigio popular de un partido político.

La triste inicial que compuso la muerte de Wilma Montesi a la orilla del mar, en un misterio que no ha sido aún suficientemente esclarecido, ha dado ocasión para desarrollar toda una novela repleta de las truculencias más disparatadas, con todos los atractivos para la voracidad de los ansiosos de escándalo y, lo que es mucho más triste y desconsolador, reveladora de un clima de descomposición moral que afecta a considerables partes de la sociedad italiana y a no poca representación de la juventud.

La guerra, que ya clavó sobre este pueblo su trágica huella, parece como si aún alentara a través de esta intriga donde el amor y el misterio andan repartidos a partes iguales. Es un suceso que había de apasionar lógicamente a las multitudes y sobre el cual todavía no ha sido pronunciada la última palabra.

El lector que se enfrente con la ya larga y triste historia de todo este proceso, cada día más complejo y enrevesado, forzosamente se ha de ver abocado a unas consideraciones que rebasan el límite de las que pudieran hacerse ante un simple crimen para proyectarse sobre todo un orden de cosas de mayor trascendencia y alcance.

PELIGROSIDAD DE LA DROGA

Por de pronto, todo el tráfico y consumo del llamado «veneno blanco» supone, aparte de la transgresión de la ley humana, un grave descaño de la moral de la Iglesia y un atentado contra la propia dignidad del hombre. La moral cristiana no ofrece dudas a este respecto, y no solamente prohíbe el consumo de estupefacientes, sino que condena también el tráfico de los mismos, y no se permite ni siquiera su expendición a los farmacéuticos, con fines medicinales, si no es por los cauces que las leyes determinen.

Quien primero sufre las consecuencias de esta peligrosidad del consumo de drogas es el propio individuo. El toxicómano entregado al vicio, de cuyas garras es

muy difícil escapar después de haberse dejado atrapar en ellas, arruina en muy pocos años su propia salud y queda reducido a un mísero guifiapo humano, propicio a toda clase de enfermedades físicas y morales, y con la terrible responsabilidad de dejar un espantoso rastro de su vicio en un linaje tarado.

Pero cuando el consumo y afición por los estupefacientes se extiende en una sociedad, adquiriendo carácter de verdadera epidemia, la peligrosidad de la droga aumenta en proporciones espantables, consiguiendo echar por tierra en poco tiempo todos sus nobles basamentos para el presente y para el porvenir. En ella florece, rápidamente todo un muestrario de las peores lacras. Los individuos que militan en este clan son capaces de las más abominables monstruosidades para obtener el veneno; saltan sobre toda barrera moral y legal, sin reparar en la gravedad de delitos y de pecados. Por eso están a merced de los empresarios de este sucio negocio, que logrará verles reducidos a la condición infrahumana de simples autómatas y de esclavos sin voluntad ante la promesa de unos gramos de su droga favorita.

La familia, ese primer soporte de toda sociedad sana, queda destruída y cuando el vicio muere en la juventud el porvenir queda cerrado y huérfano de toda esperanza; la impotencia física, la perversión moral y el desprecio de toda espiritualidad son los resultados inevitables. Las ideologías políticas más materialistas, las masonerías económicas más ambiciosas, las psicosis humanas más inconfesables, encuentran un ejército propio en estos grupos degenerados, fáciles instrumentos para todos los manejos. En definitiva, el vicio de las drogas es otra de las cabezas de esa hiedra del materialismo que amenaza al hombre contemporáneo y que pretende reducir los más puros y nobles valores del espíritu a una elemental reacción química que destruye toda axiología cristiana, sustituyéndola por un repertorio de sensualidad y abyección.

Todas estas consideraciones se

ven comprobadas en la historia de este proceso, que es prueba viva y actual de los estragos de todo orden que causa la fiebre de la droga. Como triste ejemplo de todo ello comenzamos hoy este capítulo de indignidades que, abierto en Italia con la muerte de una bella muchacha de veintidós años, todavía no se ha cerrado definitivamente.

UNA MUCHACHA A LA ORILLA DEL MAR

En la mañana del 11 de abril de 1953, el joven Fortunato Belli se dirigía hacia el lugar de su trabajo; acababan de sonar en el reloj las campanadas de las ocho y media y para llegar puntualmente a su labor dejó el camino y atravesó la playa para acortar así el itinerario. Fortunato Belli tiene diecisiete años de edad y la playa que cruza el camino de su quehacer cotidiano, en el que todavía no ha pasado el grado de aprendiz, es la bella y pequeña playa de Tor Vaianica próxima a Ostia, a unos 30 kilómetros de Roma.

Una ligera bruma se deshila sobre la mañana, el mar está en calma y unas olas tranquilas, lánguidas y apacibles, mueren dulcemente en las arenas de la costa. Al primer sol del día brillan los cercanos tejados de la vecina ciudad de Ostia; pero el muchacho no repara en ello; su atención se fija súbitamente en una figura alargada que parece reposar a poca distancia de las primeras espumas. Intrigado por esta solitaria bañista matinal, a deshora y a destiempo, Fortunato se aproxima a ella. Al llegar a su lado se encuentra ante el cuerpo de una mujer que, tendida boca abajo, parece como si durmiera. Su cuerpo está desnudo, apenas velado por una veste de lana que sólo alcanza a cubrir la cabeza y parte de la espalda.

Fortunato Belli se inclina sobre el cuerpo tendido y coge uno de los brazos desnudos que le pesa inerte al alzarlo. La mano está helada. El joven da media vuelta al cuerpo y comprueba con terror que se trata de una bella muchacha, muy joven, muerta.

Inmediatamente corre a poner el hecho en conocimiento de la Policía. Cuando regresa acompañado de los representantes del orden, un grupo de inevitables curiosos rodea el cadáver. La breve vestidura de la muchacha está echada sobre su cuerpo, anudada bajo la barbilla, cayéndole sobre la cabeza y el dorso. Ninguna otra prenda de vestir cubre el cuerpo ni tampoco se distingue abandonada sobre la playa. El cadáver no presenta señal alguna de violencia. Las facciones de la muchacha conservan la calma y la normalidad y su rostro es tan apacible como si la muerte la hubiese sorprendido durante el mejor de los sueños.

A pesar de una búsqueda minuciosa, los policías no descubren indicio alguno que permita identificar el cadáver.

UN NEGRO FIAT, AUTOMOVIL FANTASMA

Uno de los guardias que acude al hallazgo del cadáver aventura: —Me parece reconocer la cara de esta muchacha. Diría que la he visto en ese Fiat negro que

cruza frecuentemente las calles de Ostia.

El sargento, que manda la brigada, frunce el entrecejo. Al volante de ese gran Fiat negro se ve siempre a un muchacho joven: Piero Piccioni. Piero es el hijo de un ministro del Gobierno demócratacristiano. El sargento se apresura a decir:

—Hay que ser prudentes.

Tras las inútiles investigaciones para identificación del cadáver, sobre el que no se descubre prenda ni joya alguna que ayuden a ello, la fotografía de la muchacha es publicada por toda la Prensa italiana. A la mañana siguiente un hombre de unos sesenta años, de aspecto abatido y voz tímida, Rodolfo Montesi, se presenta en



Adriana Tenerini, secretaria del periodista Silvano Muto, de veintidós años, que ha sido protagonista de un dramático caso ante el Tribunal con Adriana Bisaccia

el depósito de cadáveres y reconoce a su hija Wilma, de veintidós años.

Se inicia una investigación sobre el caso y se procede a la autopsia del cadáver que, practicada por el doctor Di Lorenzo da por resultado este dictamen: muerte por asfixia. El Juzgado de Instrucción encargado del asunto no acepta esta conclusión y el 24 de abril se publica un comunicado en el que se dice que las circunstancias de la muerte de Wilma no han podido ser suficientemente esclarecidas, por lo tanto la investigación continúa, y todos aquellos que puedan aportar nuevos datos sobre el caso deberán presentarse en el Palacio de Justicia.

La Policía habría dado, con anterioridad, por cerrado el proceso de investigación. Cuando el padre de Wilma, pequeño comerciante de Roma, es llamado a declarar, comparece ante los interrogadores estrujando el sombrero entre las manos y con síntomas de nervosismo escucha al inspector, que le dice:

—Creo que se debe desechar la hipótesis de un crimen, ya que nada hemos encontrado que pudiera justificarla. Estimo más bien que se trata de un accidente. El dictamen médico reza: muerte por asfixia. De todas formas, me permito preguntarle: ¿Cree usted que su hija haya podido tener alguna razón para suicidarse?

El señor Montesi se sorprende ante la idea del posible suicidio. No la puede aceptar. Su hija era muy feliz. Se llevaba maravillosamente con su hermana Wanda y mantenía relaciones prematrimoniales con Angelo Giudiani, joven agente de Policía, destinado por aquel entonces en Potenza, con quien pensaba casarse a finales del año 1953.

—¿Como se explica entonces la presencia de su hija en la región de Ostia?, preguntó el inspector. Usted mismo ha dicho que se encontraba aquella tarde en el cine con su madre y su hermano, para llegar hasta donde se la encontró hubo de recorrer una buena distancia...

Con cierta excitación el padre aventuró su propia teoría.

—Mi hija padecía eczemas en la piel. El médico le había indicado que los baños de mar le serían beneficiosos y quizá Wilma quiso llegar a la playa para bañarse en el agua del mar.

El inspector de Policía recibe esta versión del hecho con satisfacción visible. A su parecer, con ella todo puede quedar explicada. Wilma Montesi llegó a Ostia para bañarse sus piernas con eczemas en el agua marina. Ello explica por qué se ha desnudado abandonando sus ropas. Mientras tomaba el baño cualquier indisposición la ha sorprendido siendo arrasada por el mar y llevada hasta la playa de Tor Vaianica, ese bello paraje costero donde los romanos gustan tostarse al sol de los estios.

Esta es una versión, pero no es una explicación que pueda satisfacer a la popular opinión italiana. Puede haber terminado la investigación con esta reconstrucción de los hechos, que adolece de una ingenuidad manifiesta, pero la Policía italiana deja abiertos, con ella, los caminos para las más diversas y fantásticas suposiciones.

En la ciudad de Ostia y en sus alrededores comienzan a circular algunos rumores sobre el hecho. La gente recuerda que Wilma Montesi ha sido vista en el gran coche negro que conduce el hijo del ministro Piccioni. Tal vez si la Policía hubiese dirigido sus pesquisas hacia este Fiat habría hallado en él algunas ropas de esta muchacha, o tal vez hubiera encontrado rastro de ella en alguna de las lujosas villas de recreo levantadas junto a esa costa mediterránea; villas suntuosas en las que, al parecer, tienen lugar algunas veladas extrañas...

Poco a poco se va trazando el perfil de esta muchacha, de ojos oscuros, ligeramente fijos bajo sus cejas arqueadas. Era guapa, de rostro redondo y ondulado cabello. Era dulce y apacible, con una apariencia de seriedad.

LOS ÚLTIMOS DIAS DE WILMA

Las pesquisas llevadas a cabo para averiguar los pasos de Wil-

ma en los días que precedieron a su misteriosa muerte, dan como resultado los siguientes hechos:

El día 9 de abril, Wilma con su madre y su hermana Wanda, se encuentran en el cine, pero al poco de estar allí y pretextando una ligera molestia, sale del local y regresa a su casa. Ya en su habitación, prepara una cajita en la que mete un brazaletes del que cuelga una medalla de la Virgen, una sortija y un portarretratos de cuero de antilope con la fotografía de su novio, que antes guardaba en el bolso. Cierra el cofrecillo y le deja sobre la mesa, después de quitarle una tarjeta donde constaba escrito el domicilio de su familia. Desde este momento su horario se ha podido reconstruir minuciosamente con esta distribución de tiempo:

17'10. Wilma sale de su casa. La ve salir el portero. Viste una chaqueta a cuadros y echarpe negro con dibujos verdes.

17'30. Se dirige a la estación del ferrocarril y toma un billete para Ostia, «la playa de Roma».

18'00. La doctora Rosetta Passarelli, empleada en el Ministerio de Defensa, viaja en su compañía desde Roma a Ostia y asegura que el aspecto de la muchacha era de absoluta tranquilidad. El tren llega a Ostia hacia las 18 horas.

18'10. Giovanna María Capra, de treinta y dos años, observa a Wilma Montesi, que llega de la plazuela Magellano y camina lentamente hasta la Finanza, regresando por el mismo camino. A su lado, marchan, con apariencia silenciosa, dos muchachas bien vestidas, que parecen estar pendientes de las decisiones de Wilma. Cuando las tres desaparecen de su vista son las 18 y 25.

18'55. La vendedora de periódicos, Schiano, que tiene su puesto junto a la pequeña estación de Castellusano, vende a Wilma una tarjeta postal. Es la misma que recibirá su novio dos días después. La vendedora habla con Wilma, pero no ve a ninguna otra persona; bien es verdad que se encuentra dentro del quiosco y desde allí a través de la ventanilla, la visión es, naturalmente, reducida.

18'59. Puesta de sol. En el Boletín Meteorológico del aquel día se dice que la temperatura no ha pasado de los diez grados. La temperatura del agua a esa hora no puede suponerse superior a siete grados. Fuerte viento y mar agitado. Wilma está todavía viva. Para encontrarse en su casa a la hora de la cena debería tomar inmediatamente el tren. No dispondría sino de pocos minutos para bañarse. Pero las condiciones del tiempo no son, ciertamente, invitadoras al baño.

Desde el momento en que la muerte de Wilma se presume hacia el mediodía del viernes 10 de abril, cabe pensar que antes de ello y desde la salida de su casa ha debido comer, al menos una vez, como igualmente presumir que ha dormido. Es de suponer también que ha debido hacerlo en una casa privada, ya que su presencia no hubiera pasado inadvertida, en caso contrario, a los porteros de albergues, hoteles o pensiones.

Sabiendo, además, que Wilma era siempre extremadamente pun-

tual, el no haber dado aviso a su familia de su ausencia hace deducir que no pudo o no quiso deliberadamente justificarla.

HECHOS SORPRENDENTES

1. En la zona de Ostia, las corrientes marinas siempre moderadas corren constantemente de Sur a Norte. Lógicamente, el cuerpo de la muchacha debería haber sido encontrado, en el caso de haber sido arrastrado por ellas, en Fiumicino y nunca en Tor Valanica. Pero aunque pudiera admitirse que un caprichoso y complicado juego de olas y mareas la hubieran llevado hacia el Sur, no es posible aceptar un recorrido de 18 kilómetros en dieciocho horas, contra corriente y contra viento.

2. Nadie ha visto a Wilma en el momento de su muerte. Sin embargo, muchos la han visto el día anterior.

3. La autopsia revela que en el estómago de la muerta no se encuentran más que los restos de la comida del jueves 9 de abril: puré de patatas y pan tostado.

4. El doctor Di Lorenzo que practicó las primeras investigaciones médicas, dió, como suyo, un nombre falso. Se llama Di Giorgio. Mintió—dice—, para no hacerse publicidad.

5. Las dos muchachas, que ciertamente se encontraron con Wilma la tarde del 9 de abril, no han sido halladas.

6. A pesar de una pretendida invitación de Wilma a su hermana para que la acompañase a Ostia, a nadie se le ocurrió orientar las averiguaciones hacia esta ciudad.

7. Seis meses antes y sobre el mismo litoral que se extiende entre Ostia y Tor Valanica se encontró el cuerpo del estudiante napolitano Vincenzo Pollio, toxicómano, que murió ahogado. De las más recientes indagaciones sobre su muerte, parece deducirse que formaba parte de una organización napolitana de la cual era cliente también Duilio Francime, novio de la señorita Cocetta Bissaccia, y también toxicómano. Debe agregarse todavía que, durante su estancia en Milán, Francime frecuentaba la sala de baile «Arethusa» y era amigo de Mary Pirimpo, la cortesana que murió en misteriosas circunstancias.

LAS INVESTIGACIONES DE UN PERIODISTA METIDO A DETECTIVE

Después de varios intentos de vuelta a la actualidad del asunto Montesi por diferentes periódicos, el interés del mismo va decayendo a medida que pasa el tiempo. Con la explicación del pediluvio como cura para los eczemas que sufría Wilma Montesi, la investigación sobre su muerte parece concluirse. Un comunicado de la Policía hace público que Wilma Montesi había sido víctima de un accidente y que el asunto se consideraba cerrado. En realidad, el asunto no había sino comenzar.

Todo parece quedar reducido a lo siguiente: una sencilla muchacha, sin ningún misterio en su vida ha muerto incidentalmente a la orilla del mar.

Pero en este punto aparece un nuevo e incisivo protagonista. Tie-

ne veinticuatro años, es moreno, con un pequeño bigote y un aire entre plácido y decidido. Es periodista y acaba de fundar, hace apenas unos meses, un semanario: «Attualità». Se llama, Silvano Muto. ¿Qué es lo que decide a Muto a intervenir en el asunto Montesi? ¿Lo hace por pura curiosidad profesional o para servir ciertas maniobras políticas? Este es un punto que no está de momento aclarado. Lo cierto es que el joven periodista decide volver por su cuenta y riesgo a investigar sobre el caso.

Silvano Muto se dirige hacia la playa trágica. En el mismo lugar donde fué encontrado el cuerpo, Fortunato Belli, el mismo muchacho que halló el cadáver ha levantado en la arena la piadosa señal de una breve cruz blanca. Ante ella, Silvano reflexiona y piensa en una cuestión capital: Wilma Montesi tuvo que ser desnudada (por ladrones, maleantes o por un agresor) o bien apresuradamente «vestida de nuevo». La Policía había dicho: «Desnudada, ella se despojó de sus vestidos para tomar el pediluvio y la ropa le fué robada por algún maleante.»

Para Muto esta hipótesis presenta demasiados puntos débiles. Mientras considera que todas, absolutamente todas las prendas le han sido robadas, incluso aquellas que menos pueden ser codiciadas por los ladrones, piensa también en la única vestidura que la cubría, a la que no había llegado mancha alguna y que estaba abotonada bajo la barbilla con un solo botón.

Distraídamente Silvano extiende su mirada sobre la playa desierta. Entonces repara en la existencia de un pequeño bosquecillo de arbustos y se decide a realizar una pequeña exploración, que termina llevándole delante de un pabellón de recreo, al lado del cual se encuentra la barraca del guarda. Este bosquecillo lo conoce Silvano Muto por su reputación: ha sido llamado «el escondite de la droga». Por aquellos alrededores, y de trozo en trozo, figuran pequeñas estaciones de balnearios con sus casas modestas y las suntuosas villas de algunos ricos romanos. Estos caminos y estas casas abandonadas durante las tres cuartas partes del año, la proximidad del mar y los fáciles accesos, favorecen la ruta del contrabando: del tabaco americano, del alcohol y, sobre todo, de las drogas.

Silvano consulta la Crónica Judicial: en 1952, el estudiante Vincenzo Pollio, toxicómano, fué encontrado muerto a la orilla del agua. ¿Dónde? Extraña coincidencia: justamente en Tor Valanica.

ENTRA EN ESCENA EL MARQUÉS DE MONTAGNA

Muto ha olfateado una pista y la persigue. En Ostia entra en las «trattorias» e intenta hacer hablar a la gente.

—¡Ah, sí!—le dicen—. El dueño de la última casa de Tor Valanica es el marqués de Montagna de San Bartolomeo. El diablo sabrá lo que hace en su casa. Se habla de mujeres y de drogas. Es un siciliano.

El dominio de aquella orilla de Tor Vaianica está compartido entre el marqués de Montagna, el conde Falna, antiguo director del potente trust metalúrgico Montecatini, y M. Bellavista, abogado de Montagna y algunos otros personajes importantes.

El marqués posee un pasado turbio que más adelante será motivo de escándalo, a lo largo del proceso Muto. Siciliano de origen, noble de reciente cuño, después de 1946; su abuelo fué contramaestre en unas minas. El marqués ha pasado ya de los cuarenta años y defiende su porte elegante con una afectación de príncipe de Gales. Inmensamente rico, tiene intereses en numerosos e importantes negocios y es una de las personalidades más destacadas en la vida de la alta sociedad romana. Dice la Prensa italiana que en su afán de placer ya no se contenta con consumir cocaína, sino que se dedica al tráfico de esta droga, cuya actividad le produce los más abundantes ingresos.

LA DOBLE VIDA DE WILMA MONTESI

Silvano Muto ha adquirido la clara certeza de que Wilma tenía una doble vida. En apariencia era una muchacha sencilla, hija de un pequeño comerciante de Roma, que se ocupaba en las labores de su casa y que gustaba de entretenerse en cualquier quehacer casero mientras cantaba junto a la ventana. Pero de otra parte, se había dejado atraer y arrastrar por las promesas de lujo, que una banda de ricos libertinos le hacía, hasta conseguir hacerla asistir a las grandes bacanales que organizaban en sus villas próximas a Ostia y en las que siempre figuraban los estupefacientes como número fuerte del programa.

El organizador de estas orgías, acusa Muto, es el marqués de Montagna y uno de sus asociados, el hijo de Piccioni. Muto ha llegado ya a sus conclusiones: en la noche del 9 al 10 de abril, ellos administraron a Wilma una dosis demasiado elevada de droga que le ocasionó la muerte, y cuando se dieron cuenta de la tragedia ocurrida, se apresuraron a medio vestirla y llevaron su cuerpo hasta la playa vecina, dejándole allí. Y esto fué todo.

Silvano Muto está seguro de su teoría, pero para probarla necesita del testimonio de algunos testigos. Entonces, este hombre extraño se lanza a buscarlos. Sin reparar en medios, haciéndose pasar por homosexual y toxicómano, y mezclándose entre esa degenerada fauna que se agita en el Saint Germain des Pres de Roma, situada en los alrededores de la Vía Veneto y la Vía Babuino, lugar donde los comerciantes en «paraísos artificiales» reclutan su mejor clientela. Allí encuentra a Adriana Bisaccia, una muchacha morena que le hace algunas confidencias.

—¿Wilma Montesi? Sí, yo la he conocido. Pertenecía a la banda del marqués de Montagna. Organizaban orgías y tomaban cocaína, y fué durante una de esas fiestas

cuando la pequeña Wilma murió.

Estos detalles confirman a Muto en su hipótesis. Está preparado para dar el gran golpe.

El día 6 de octubre de 1953 los quioscos de todas las ciudades italianas reciben, como cada semana, un paquete del semanario «Attualità». En él, a toda plana, figura el siguiente titular: «La verdad sobre la muerte de Wilma Montesi.» Toda Italia repetirá bien pronto esta frase del largo artículo que firma Silvano Muto y en el que escribe: «Wil-



Adriana Bisaccia, la muchacha indicada por Silvano Muto como autora de las revelaciones que le sirvieron para redactar el artículo

ma Montesi murió después de haber ingerido una dosis demasiado fuerte de cocaína. Este «accidente» tuvo lugar en uno de los pabellones del paraje de Capocotta, junto a la playa de Tor Vaianica, durante el curso de una orgía en la que tomaron parte personalidades pertenecientes a las más altas esferas de la sociedad romana.»

¿Algún nombre? Por ahora se trata solamente, dice Silvano Muto, de un señor X y de un señor Y.

NUEVAS COMPLICACIONES Y PUNTOS SUSPENSIVOS

En esta crítica situación, surge Ana María Moneta Caglio, nuevo personaje en el drama, que pronto jugará en él un papel importantísimo. Ana María Caglio se presenta en la oficina de Silvano Muto y afirma conocer suficientemente al marqués de Montagna.

—Yo sé todo lo que ha pasado con Wilma Montesi. Voy a revelar a usted toda la verdad.

Las declaraciones de la Caglio habrían de causar una nueva y escandalosa sensación en el ya célebre proceso. Muto cuenta con una inesperada y potente arma de combate que se le viene, de pronto, a las manos, sin buscarla. Ana María Caglio será testigo importantísimo en la marcha de las indagaciones sobre este misterioso y complicado suceso.

De improviso, en la novena jornada del proceso contra el periodista Muto, fué presentada una carta importantísima que en seguida recibió el nombre de «testamento espiritual de Moneta Caglio». He aquí su traducción literal:

«Roma, 30 de octubre de 1953.

Dejo esta carta en manos de la señora Lora Procopio; no es la copia de la enviada al notario Silvio Ciaccia de Milán. En la otra he equivocado la fecha, pero es semejante. Deseo que todos sepan que yo he estado durante mucho tiempo ignorando todos los tráficos ilícitos de Ugo Montagna. Yo le he deseado simplemente un gran bien, pero sin tener sospechas sobre su doble vida. Tenía simplemente sospechas, pero creía que se trataba de mujeres, deudas y letras de cambio. Haced justicia. Os conjuro para ello a fin de que ninguna otra joven deba tener mañana mi mismo fin. Creed sólo a esta carta y no a otra; cualquier otro escrito mío habrá sido alterado. Tengo principios demasiado cristianos para suicidarme; pero conociendo la manera de ser de Ugo Montagna y de Piero Piccioni, el hijo del honorable, tengo miedo de poder desaparecer sin dejar rastros de mí misma. Además he sabido que el jefe del tráfico de estupefacientes es Ugo Montagna. El es responsable de la desaparición de muchas mujeres. El es el cerebro de esta banda mientras Piero Piccioni es el asesino. Podría decir muchas otras cosas que yo sospecho; pero dejo a vosotros la tarea de indagar. Una tarde estuve en compañía de Ugo Montagna y de Piero Piccioni y del jefe de Policía Tomaso Pavóne para hacer callar cualquier cosa sobre el caso Montesi. Estuve en el portal una hora y cuarto y a la vuelta, Ugo mismo dijo que había estado hablando de ello. Si yo no vuelvo a hablar más, volved a ir a la señora Marri que sabe todo lo mío y que hablará como si hablase yo misma. Volved también para oír hablar de mí, y sea a la Marri o a Romano Cirillo o a Invanhoe Brogi, director del Banco de América y de Italia. Auguro que se hará justicia con los criminales.

Firmado: Marianna Moneta Caglio.»

Luego, las vistas han sido aplazadas. Una noticia de Roma afirma que Scelba espera que esto evite que el Parlamento discuta tan embarazosa cuestión. Las distintas facciones del partido demócratacristiano han recibido orden de cesar las polémicas de Prensa en que se hallaban enzarzadas.

En números posteriores informaremos a nuestros lectores de su desarrollo, porque los acontecimientos que se van desvelando encierran para todos una provechosa enseñanza: la de mostrar bien a las claras hasta qué grado de corrupción puede llevar a una nación el vicio organizado de manera tan monstruosa y hasta qué punto la negligencia o la debilidad en la represión de estos focos subterráneos de inmoralidad y abyección lleva consigo los grandes males capaces de acabar con una sociedad organizada.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



WILMA MONTESI ACUSADA



Silvano Muto, el periodista autor del artículo que ha dado la pista al desconcertante asunto judicial. Abajo: Giampero Piccione, hijo del ministro de Asuntos Exteriores, gravemente comprometido en el caso Montesi

UNA SOCIEDAD SENTADA EN EL BANQUILLO



Esta fotografía de Wilma Montesi fué obtenida días antes de su muerte

(VEA PAG. 60)

DRAMA EN EL TENEBROSO MUNDO DEL VENENO BLANCO